



EN EL MOMENTO EQUIVOCADO
LOUISE DOUGHTY

Lectulandia

Yvonne Carmichael es una reputada genetista que, por una vez en su vida, toma la más irracional de las decisiones. Ese instante tiene lugar en el Parlamento de Londres, donde ha acudido como especialista para participar en una comisión parlamentaria relacionada con cuestiones genéticas. Durante uno de los descansos, entabla conversación con un desconocido maduro, atractivo y elegante que la invita a visitar la cripta medieval que se oculta justo debajo del gran vestíbulo de Westminster. Una invitación que les conducirá a una relación tan insensata como excitante y animal. Yvonne se siente más viva que nunca, pero su amante oculta bastante más que una pasión arrolladora y la afición por el sexo en lugares públicos. Cuando la aventura se descontrola y desemboque irremediabilmente en un acto violento, Yvonne se verá acusada de un terrible crimen que la llevará ante la justicia y hará que toda la verdad de su escarceo salga a la luz.

Lectulandia

Louise Doughty

En el momento equivocado

ePub r1.0

whatsername 03.12.13

Título original: *Apple Tree Yar*
Louise Doughty, 2013
Traducción: Sergio Lledó

Editor digital: whatsername
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A todo aquel que camina por el mundo
consciente de que existe otra verdad*

Como el ojo, el oído y el codo, el genoma no muestra ningún plan definido, sino que está lleno de compromiso, contingencia y descomposición.

STEVE JONES

Nos pasamos la vida oyendo mal, viendo mal y comprendiendo mal para que las historias que nos contamos a nosotros mismos sean congruentes.

JANET MALCOLM

Prólogo

Se acerca el momento. Va llegando poco a poco. El momento en que me doy cuenta de que hemos perdido. La joven abogada, la señorita Bonnard, está de pie frente a mí, una mujer pequeña, como seguramente recordarás, con una melena caoba bajo la peluca judicial. Su mirada es fría, su voz suave. La toga negra le queda más chic que siniestra. Irradia calma, credibilidad. Llevo dos días sentada en el banquillo de los testigos y estoy cansada, muy cansada. Más tarde sabré que la señorita Bonnard ha elegido esta hora del día a propósito. Se ha pasado toda la tarde preguntando por mis estudios, mi matrimonio, mis aficiones. Ha dado tantos rodeos que al principio no me percaté de que las preguntas de ahora son trascendentales. El momento se acerca, pero lentamente. Avanza poco a poco hasta el clímax.

El reloj de pared del juzgado marca las tres y cincuenta minutos de la tarde. Hay una atmósfera cargada. Todos están cansados, incluido el juez. Me cae bien este juez. Toma notas escrupulosamente y cuando necesita que un testigo hable más despacio alza la mano con educación. Se suena la nariz con frecuencia, lo cual le hace parecer vulnerable. Es inflexible con los abogados, pero se muestra amable con el jurado. Una de ellas tartamudeó durante el juramento, y el juez asintió con una sonrisa y le dijo: «Tómese todo el tiempo que necesite, señora». El jurado también me gusta. Parece una buena muestra representativa; un ligero predominio de mujeres, tres personas de raza negra y seis asiáticas, con edades comprendidas entre los veinte y los sesenta y pico. Cuesta creer que un grupo de individuos tan inofensivos pueda meterme en la cárcel. Mucho más ahora, que están arrellanados en sus asientos. Ya no se los ve tan atentos y entusiasmados como al comienzo del juicio, cuando sus rostros resplandecían de adrenalina por sentirse importantes. Seguramente, al principio les sorprendió tanto como a mí que el horario del juicio fuera tan reducido, por las mañanas desde las diez hasta la hora del almuerzo, sin acabar nunca más allá de las cuatro de la tarde. Pero ahora todos lo comprendemos. La lentitud del proceso, eso es lo que resulta extenuante. Ahora estamos inmersos en dicho proceso y saturados con tanto detalle. Están agobiados. Tienen tan poca idea como yo de adónde quiere llegar esta joven.

Y luego, en el banquillo revestido de madera, tras las gruesas láminas de vidrio blindado, estás tú: mi coacusado. Antes de que yo subiera al estrado estábamos sentados uno junto a otro, aunque separados por los dos funcionarios del tribunal. Me han advertido que no te dirija la mirada cuando interrogan a los otros testigos. Según dicen, daríamos la impresión de ser cómplices. Ahora que estoy en el estrado me miras con serenidad y sin emoción alguna, y tu mirada tranquila y casi vacía me reconforta porque sé que quieres que mantenga la calma. Sé que verme aquí de pie y aislada, observada y juzgada, despierta tu instinto protector. Puede que les parezcas

impasible a quienes no te conozcan, pero yo he visto muchas veces esa mirada que finge despreocupación. Sé lo que estás pensando.

No hay luz natural en la sala número ocho y eso me molesta. En el techo hay paneles con fluorescentes y en las paredes más tubos fluorescentes. Todo es muy austero, aséptico y moderno. Los revestimientos de madera y los asientos abatibles con sus fundas verdes no encajan. La exasperante futilidad de las formas contrasta con el trascendental drama que nos ha traído hasta aquí.

Echo un vistazo a la sala. El secretario del juzgado, sentado una fila por delante del juez, tiene los hombros caídos. Susannah está en la tribuna pública, junto a unos estudiantes que han aceptado hace una hora y una pareja de jubilados que llevan ahí desde el principio, aunque no parecen tener relación alguna con el caso: aficionados al teatro que no pueden permitirse un espectáculo del West End. Incluso Susannah, que me observa con su habitual atención, también mira el reloj de vez en cuando, deseando que acabe el día. Llegados a este punto nadie espera grandes acontecimientos.

—Me gustaría que retrocediéramos un poco en su carrera —dice la señorita Bonnard—. Espero que sea paciente conmigo.

Ha mostrado una corrección absoluta durante todo el interrogatorio. Lo cual no le impide aterrorizarme con su compostura antinatural y la sensación de que sabe algo muy valioso que los demás estamos a punto de averiguar. Supongo que tendrá unos veinte años menos que yo, treinta y tantos, como mucho, casi la misma edad que mis hijos. Su ascenso en los juzgados debió de ser meteórico.

Un miembro del jurado, un hombre negro de mediana edad con una camisa rosa que se sienta en el extremo derecho, bosteza sin ocultarlo. Miro al juez, que intenta mostrar interés pero tiene los ojos cansados. Solo mi abogado, Robert, parece estar alerta. Observa a la señorita Bonnard atentamente con el entrecejo fruncido y arqueando sus espesas cejas canosas. Después me preguntaré si sospecharía algo, si la aparente ligereza de su tono le daba alguna pista.

—¿Podría usted recordar a la sala —continúa— cuándo fue la primera vez que asistió a una comisión en el Parlamento? ¿Cuánto hace de eso?

No debería sentirme aliviada, pero no puedo evitarlo; la pregunta es fácil. Todavía no ha llegado el momento.

—Hace cuatro años —contesto con firmeza.

La joven mira sus notas con teatralidad.

—Eso fue en una comisión de estudio de la Cámara de los Comunes el día...

—No —digo—, en realidad era una comisión permanente en la Cámara de los Lores. —Aquí estoy en terreno seguro—. Ya no existen las comisiones permanentes, pero en aquel momento la Cámara de los Lores tenía cuatro de ellas y cada una cubría un aspecto diferente de la vida pública. Me presentaba ante la comisión permanente

de Ciencias para dar fe de los avances en secuenciación informática para mapeo genético.

Me interrumpe de golpe.

—Pero usted trabajaba a tiempo completo en el Instituto Beaufort, ¿verdad? Antes de que se hiciera agente libre, quiero decir. Instituto Beaufort para la Investigación del Genoma, creo que es su nombre completo...

La incongruencia de su discurso me desorienta por un momento.

—Sí, sí, trabajé allí a tiempo completo durante ocho años hasta que reduje mi horario a dos días a la semana, era como una especie de asesora que...

—Es uno de los institutos de investigación más prestigiosos del país, ¿verdad?

—Bueno, junto con los de Cambridge y de Glasgow, supongo que sí. Yo estaba muy...

—¿Puede decir al jurado dónde está situado el Instituto Beaufort?

—En la calle Charles II.

—Me parece que es paralela a Pall Mall. ¿No baja hasta Saint James's Square?

—Sí.

—Hay una cantidad enorme de instituciones por allí, ¿verdad? Institutos, clubes privados, bibliotecas de investigación... —Mira hacia los miembros del jurado y les dedica una tímida sonrisa—. Círculos de poder, ese tipo de cosas...

—Yo no estoy... yo...

—Disculpe, ¿cuánto tiempo decía que trabajó para el Instituto Beaufort?

Me resulta imposible evitar la nota de irritación en mi voz, a pesar de que también me han prevenido contra ello.

—Todavía trabajo allí. Pero trabajé a tiempo completo durante ocho años.

—Ah, sí, lo siento, ya nos lo había dicho. Y durante esos ocho años ¿usaba el transporte público todos los días, autobús y metro?

—El metro normalmente, sí.

—¿Iba andando desde Picadilly?

—Desde la estación de metro de Picadilly, sí.

—Y durante las horas del almuerzo, los descansos para el café, con tantos sitios para comer por allí y bares a los que ir tras el trabajo... —En ese punto la abogada de la acusación, la señora Price, emite un pequeño suspiro y comienza a alzar el brazo. El juez mira a la joven letrada por encima de sus gafas y esta pide perdón con la mano en respuesta—. Disculpe, milord, estoy a punto de llegar ahí, sí...

Milord. Mis anteriores experiencias con el juzgado de lo criminal se reducían a la televisión y esperaba que dijera «Señoría». Pero estamos en el Old Bailey. El juez es un lord, o una lady si es jueza. Me advirtieron de que las pelucas y las ceremoniosas formas de tratamiento podrían parecerme extrañas o amedrentarme. Pero ni las pelucas ni las formas de tratamiento arcaicas me intimidan, más bien me parecen

cómicas. Lo que me amilana es la burocracia, el teclear del estenógrafo, los portátiles, los micrófonos, la sensación de que a cada palabra dicha se acumula otro expediente sobre mí, la demoledora parafernalia de las formalidades. Eso es lo que me intimida. Hace que me sienta como un ratón de campo atrapado entre las gigantescas cuchillas giratorias de una cosechadora. Tengo esa sensación a pesar de estar tan preparada como la mejor de las testigos. Mi esposo se encargó de ello. Contrató a un abogado de relumbrón para prepararme; cuatrocientas libras a la hora. La mayor parte del tiempo he recordado que tenía que mirar hacia el jurado cuando contestase, en lugar de volverme instintivamente como si pidiera ayuda. Para recordarlo, he seguido el sencillo consejo de mantener las puntas de los pies dirigidas hacia ellos. He procurado que la posición de los hombros fuera la correcta, permanecer en calma, mirar a los ojos adecuadamente. Todo el equipo coincide en que no lo estoy haciendo nada mal.

La abogada reconoce la autoridad del juez y vuelve a mirarme.

—Así que, en total, lleva visitando el distrito de Westminster ¿cuánto, unos doce años? ¿Más?

—Seguramente más —digo, y noto cómo va llegando el momento, allí mismo: una profunda sensación de incomodidad en mi interior similar a una ligera punzada en el plexo solar.

Soy capaz de diagnosticármelo a pesar de que me desconcierta.

—Entonces —dice con una voz que se ralentiza y se vuelve más cortés— ¿sería apropiado decir que tras todos esos trayectos y paseos desde el metro, a la hora de comer y demás, está usted bastante familiarizada con esa zona?

Va llegando. Empiezo a perder el aliento. Noto cómo mi pecho se infla y se desinfla, al principio imperceptiblemente, pero cuanto más intento controlarme más obvio resulta. El ambiente en el interior de la sala se tensa, todos lo advierten. El juez me mira fijamente. ¿Son imaginaciones mías o el miembro del jurado de la camisa rosa que veo de reojo se ha enderezado un tanto y se incorpora en el asiento? De repente no me atrevo a mirarlos directamente. No me atrevo a mirarte a ti, sentado en el banquillo.

Asiento, súbitamente incapaz de hablar. Sé que en unos segundos empezaré a hiperventilar. Lo sé, a pesar de que nunca antes me haya pasado.

La voz de la abogada es grave y sinuosa.

—Conoce las tiendas, las cafeterías... —El sudor me hace cosquillas en la nuca. El cuero cabelludo se me contrae. Ella hace una pausa. Ha notado mi intranquilidad y quiere que sepa que he acertado: sé adónde quiere ir con el nuevo rumbo que da al interrogatorio y ella también sabe que soy consciente de ello—. Las callejuelas adyacentes... —Se detiene de nuevo—. Los callejones traseros...

Y entonces llega el momento. Este es el momento en el que todo se desmorona.

Yo lo sé, y tú también, ya que te llevas las manos a la cabeza en el banquillo. Ambos sabemos que estamos a punto de perderlo todo, que nuestros matrimonios están acabados, nuestras carreras han terminado, yo he perdido la estima de mis hijos y, para colmo de males, nuestra libertad está en juego. Todo por lo que hemos trabajado, todo aquello que intentábamos proteger, está a punto de derrumbarse.

Ahora hiperventilo de forma clara, respiro como un pez fuera de su pecera. Mi abogado defensor, el pobre Robert, se queda mirándome, sorprendido y preocupado. La acusación descubrió su línea de ataque antes del juicio y no había nada inesperado en la presentación del caso ni en los testigos que llevaría al estrado. Pero ahora estoy ante tu abogada, que es parte del equipo de la defensa, y ambas defensas habíamos llegado a un acuerdo. «¿Qué está pasando?», casi oigo pensar a Robert. Lo leo en su rostro cuando me mira: hay algo que Yvonne no me ha contado. Lo único claro que tiene de lo que está a punto de suceder es que no sabe lo que pasará. Debe de ser la pesadilla de todos los abogados, encontrarse con algo para lo que no están preparados.

Bajo el estrado, sentados tras las mesas que tengo a mi lado, los del equipo de la acusación también me miran fijamente: el abogado de la fiscalía junto a su ayudante, la representante de la Fiscalía General de la Corona en la mesa siguiente, y una fila más atrás el inspector general de la Policía Metropolitana de Londres, el agente del caso, el encargado de las pruebas instrumentales... Y además, junto a la puerta, el padre de la víctima en su silla de ruedas y la agente de asuntos sociales que se encarga de él. Conozco tan bien a los protagonistas de este drama como a mi propia familia. Todos se fijan en mí. Todos, amor mío. Todos menos tú. Tú ya no me miras.

—¿No es cierto que conoce usted un pequeño callejón llamado Apple Tree Yard?
—pregunta la señorita Bonnard con su voz sedosa y entrecortada.

Cierro los ojos muy lentamente, como si cerrara las persianas a todo lo sucedido en mi vida hasta este momento. No se oye un solo ruido en el juzgado. Después, oigo que alguien que está en los bancos de delante arrastra los pies. La abogada hace una pausa efectista. Sabe que permaneceré con los ojos cerrados uno o dos segundos para absorberlo todo, para intentar controlar mi respiración entrecortada y ganar unos instantes, pero el tiempo se nos ha escapado como agua entre los dedos y ya no queda nada, ni un solo segundo.

Todo ha terminado.

X e Y

1

En realidad, para empezar por el principio habría que hacerlo dos veces. Comenzó aquel frío día de marzo en la capilla de Saint Mary Undercroft, en el palacio de Westminster, bajo todos esos santos ahogados, quemados y torturados de mil formas. Todo comenzó aquella noche, cuando me levanté de la cama a las cuatro de la madrugada. No soy una verdadera insomne. Jamás he pasado noches enteras en vela, ni he estado semanas suspendida en esa atmósfera de cansancio deprimente, irritable y con la cara demacrada. A veces me despierto sin ningún motivo, y eso mismo sucedió aquella noche. Se me abrieron los ojos y mi cerebro se activó al segundo. Dios mío, pensé. Ha sucedido... Cuanto más repasaba los hechos, más absurdo me parecía. Volví a meterme bajo el edredón con un movimiento brusco, cerré los ojos y los abrí al momento, consciente de que tardaría al menos una hora en conciliar el sueño. Conocerse a uno mismo, una de las grandes ventajas de hacerse mayor. Es nuestro premio de consolación.

A esa hora no hay claridad ni entendimiento. Lo único que existe es el ruidoso trasiego de nuestros pensamientos, y cada uno más confuso y enrevesado que el siguiente. Así que me levanté.

Mi marido dormía como un tronco, con una respiración ronca, molesta. «Los hombres pueden alcanzar un estado vegetativo constante durante la noche —me dijo Susannah en cierta ocasión—. Es una afección muy conocida.»

Así que me levanté y salí de la cama congelada de frío. Cogí mi bata de lana tupida, recordé que tenía las zapatillas en el cuarto de baño y cerré la puerta con cuidado porque no quería despertar a mi marido, el hombre al que amo.

Tal vez no haya claridad ni entendimiento a esa hora, pero sí hay ordenadores. El mío está en una buhardilla con techos inclinados a un lado y unas puertas de cristal que llevan a un minúsculo balcón ornamental al otro, donde se encuentra el jardín. Mi marido y yo tenemos un despacho cada uno. Somos de ese tipo de parejas. En el mío hay un póster de la doble hélice del ADN en la pared, una alfombra marroquí y un cuenco de arcilla para clips que hizo nuestro hijo cuando tenía seis años. En una esquina hay una montaña de revistas *Science* tan alta como mi escritorio. Las tengo apiladas ahí para que no se caigan. El despacho de mi marido tiene un escritorio con tablero de cristal, estanterías blancas empotradas y, tras el ordenador, colgada en la pared, una sola fotografía en blanco y negro enmarcada en madera de haya en la que aparece un tranvía de San Francisco del año 1936. Su trabajo no tiene nada que ver con los tranvías, es experto en las anomalías genéticas de los ratones, pero igual que no tiene un muñeco de felpa en su sillón favorito, tampoco pondría una foto de un ratón en la pared. Su ordenador es un simple rectángulo inalámbrico. Todos los bolígrafos y demás artículos de papelería están en una pequeña cajonera gris bajo el

escritorio. Sus libros de estudio están todos ordenados alfabéticamente.

Encender un ordenador de madrugada es reconfortante en cierto modo. El grave murmullo, la lucecita azul que brilla en la oscuridad, el propio acto de ponerlo en funcionamiento y la atmósfera, todo acentúa esa sensación de hacer algo prohibido, cosa que nadie hace a tales horas. Tras encenderlo me acerqué al radiador de aceite que tengo pegado a la pared. Como soy la única que permanece en casa en horario de oficina, tengo mi propia estufa aquí arriba. La puse a baja potencia, y comenzó a llenarse de aceite y a calentarse, emitiendo su crujido característico. Volví al escritorio, me senté en la silla de cuero negro y abrí un nuevo documento.

Querido X:

Son las tres de la madrugada, mi marido está durmiendo abajo y yo me encuentro en la buhardilla escribiéndote una carta a ti, un hombre con quien me he visto una sola vez y al que probablemente no vea nunca más. Entiendo que resulte extraño escribir una carta que jamás será leída, pero tú eres la única persona a la que puedo contárselo.

X. Me gusta que sea un inverso genético. La X, como seguramente sabrás, es lo que caracteriza al sexo femenino. La Y es lo que hace que te crezca el pelo en las orejas a medida que envejeces y tal vez te suponga una tendencia al daltonismo, como a muchos otros hombres. Pensar esto, sabiendo dónde hemos estado hoy, lo hace más placentero todavía. Esta noche, ahora mismo, veo sinergias por doquier. Todo me resulta agradable.

Mi ámbito de estudio es la secuenciación de proteínas, y la deformación profesional es inevitable. Se extiende al resto de tu vida, algo que acerca la ciencia a la religión. Cuando empecé el posdoctorado veía cromosomas por todas partes, en los surcos que dejaba la lluvia sobre la ventana, en la estela de vapor que se desintegraba tras los aviones, emparejados y a la deriva.

Mi querido X, tu letra se usa para muchas cosas, desde las películas triple equis hasta el más inocente de los besos, incluso la firma de un crío en una tarjeta de cumpleaños. Cuando mi hijo tenía unos seis años escribía equis en las tarjetas hasta que no cabían más, y cuando se acercaba a los bordes las hacía más pequeñas, como si quisiera demostrar que en una tarjeta no pueden representarse la cantidad de equis que hay en el mundo.

Tú no sabes mi nombre y no tengo intención de decírtelo, pero comienza por Y, otra razón por la que me gusta personificarte con la equis. No puedo evitar pensar que me llevaré una decepción cuando sepa tu nombre. ¿Graham, tal vez? ¿Kevin? ¿Jim? X me gusta más. Así podremos hacer lo que queramos.

En este punto de la carta decidí ir al baño, así que paré, salí de la habitación y volví dos minutos después.

He tenido que dejar de escribir. Me ha parecido oír un ruido abajo. Mi marido suele levantarse para ir al baño por la noche, como todos los hombres en los cincuenta. Pero mis recelos son innecesarios. Si despertara y viera que no estoy, no le sorprendería encontrarme aquí, ante el ordenador. Siempre he dormido poco. Ese es el secreto de mis logros. Algunos de mis mejores ensayos los escribí a las tres de la madrugada.

Mi marido es un hombre bueno, corpulento, que empieza a quedarse calvo. Nuestros dos hijos rondan ya la treintena. Mi hija vive en Leeds y también es científica, aunque no en mi mismo campo; ella es hematóloga. De momento mi hijo vive en Manchester; por la escena musical, dice. Compone sus propias canciones. Creo que tiene bastante talento —claro que soy su madre—, pero no parece encontrar su lugar. Probablemente le resulte difícil teniendo una hermana tan destacada. Es menor que él, pero por poco. Me las ingeníé para concebirla a los seis meses de tenerlo a él.

Pero sospecho que estarás igual de interesado en mi vida doméstica que yo en la tuya. Es obvio que yo me

fijé en tu gruesa alianza de oro, tú te diste cuenta de ello e intercambiamos una breve mirada en la que se sobreentendieron las reglas de lo que estábamos a punto de hacer. Imagino que vivirás en una cómoda casa de las afueras como la mía y que tu esposa es pulcra y eficiente, probablemente rubia, una de esas mujeres esbeltas y atractivas que se conservan impecables. Quiero imaginar que tienes tres hijos, dos chicos y una chica —¿tu ojito derecho?—. Son todo especulaciones, pero como te he explicado, soy científica y mi trabajo consiste en especular. Por el conocimiento empírico que tengo de ti solo puedo saber una cosa. Hacer el amor contigo es como ser devorada por un lobo.

A pesar de que puse la estufa a baja potencia, la habitación se había calentado rápidamente y me había quedado traspuesta en mi silla de piel acolchada. Llevaba escribiendo una hora, corrigiendo al mismo tiempo, y estaba agobiada, cansada de seguir allí con mi tono cínico. Cuando repasé la carta para arreglar las frases que sonaban raro me percaté de que había faltado a la verdad al menos en un par de ocasiones. La primera era una mentira de nada, uno de esos actos de mitificación propia en los que magnificas o disminuyes un detalle como forma de abreviar, para describir tu persona a otro, más por ser conciso que por engañar. Se trataba de la parte en la que dije que he escrito algunos de mis mejores ensayos a las tres de la madrugada. No es verdad. Sí es cierto que a veces me levanto por la noche y me pongo a trabajar, pero mis mejores ensayos nunca los escribo a esa hora. Cuando rindo mejor es a las diez de la mañana, justo después de desayunar una tostada con mermelada amarga y un café solo doble. El otro punto en el que no fui del todo sincera es más serio, eso sí. Era la parte en la que hablaba de mi hijo.

Cerré el archivo de la carta, titulándolo *IVAdatos3*. Luego la oculté en una carpeta llamada *CorreoContab*. Me tomé un momento para observarme en ese acto de artificio, tal como había hecho cuando me repinté los labios en la capilla. Me recosté en mi asiento y cerré los ojos. Aunque todavía era de noche, ya empezaban a oírse píos y trinos, el optimista despertar de los pájaros que se desperezan y revolotean por los árboles al amanecer. Esa fue una de las razones por las que nos mudamos a las afueras, ese pequeño gorjeo, pero en cuanto pasaron unas semanas empezó a parecerme tan irritante como antes placentero.

No es más que una excepción. Sin hacer daño a nadie. Un episodio. En ciencia aceptamos las aberraciones. Solo cuando esas aberraciones siguen produciéndose nos detenemos a mirar si existe un patrón. Pero lo característico de la ciencia es la incertidumbre, aceptar las anomalías. Las anomalías fueron nuestras creadoras, véase si no el axioma «la excepción que confirma la regla». Sin reglas no habría excepciones. Eso es lo que horas antes había intentado explicarle a la comisión permanente.

Aunque todavía no empezaba a caer, hacía tiempo de nieve, eso es lo que recuerdo de aquel día. Ese aire denso y particularmente frío que parece colmar el

ambiente en los momentos previos: promesa de nieve, me dije mientras caminaba hacia el Parlamento. Era un pensamiento agradable porque llevaba botas nuevas, unos botines de charol de tacón bajo, el tipo de botas que lleva una mujer de mediana edad que quiere sentirse más joven. ¿Qué más? ¿Qué fue lo que llamó tu atención? Llevaba un vestido de punto gris, claro y suave, con cuello vuelto. También me había puesto una chaqueta de lana negra, ajustada, con grandes botones plateados. Tenía el pelo recién lavado; tal vez eso ayudara. Acababa de escalármelo hacía poco y había teñido de caoba mi vulgar melena castaña. Supongo que me sentía bien conmigo misma, nada extraordinario.

Si esa descripción me hace parecer engreída es porque lo soy, o al menos lo era hasta que te conocí y sucedió aquello. Un chico al que doblaba la edad me había tirado los trastos semanas antes —hablaré de ello más tarde— y tenía la confianza por las nubes. Aunque lo rechacé, había despertado mis fantasías, y pensar en ello seguía subiéndome la moral.

Era la tercera vez que me presentaba ante una comisión del gobierno y para entonces ya conocía la rutina. De hecho, acababa de hacer una presentación la tarde anterior. Cuando llegué pasé por las puertas giratorias que hay a la entrada de Portcullis House y coloqué el bolso en la cinta transportadora de la máquina de rayos X. Incliné la cabeza ante la guardia de seguridad con una sonrisa, y le comenté que el día anterior me había dejado puesta la pulsera de plata para conseguir el masaje gratis. Me volví para la foto del pase diario sin escolta. El arco magnético pitó de nuevo, igual que el día anterior, así que levanté los brazos para que la corpulenta guardia me cacheara. Como mujer respetuosa de la ley, me alucina la idea de que me registren. Ya sea allí o en el aeropuerto, siempre me decepciona que no bajen la guardia conmigo. La chica me palpó los brazos bruscamente y puso las manos como si fuera a rezar para pasar los bordes entre mis pechos. Sus compañeros masculinos observaban la escena, y el cacheo resultaba más ambiguo que si lo hicieran ellos mismos. «Me gustan sus botas —dijo ella mientras las estrujaba un poco con ambas manos—. Seguro que son muy útiles.» Se levantó, cogió el pase con su cordel y me lo entregó. Me lo colgué al cuello y después me encorvé un poco para acercarlo al lector que abría la siguiente puerta.

Todavía me quedaba media hora antes de presentarme ante la comisión. Había llegado con tiempo suficiente para comprar un buen capuchino y sentarme a una mesita redonda bajo las higueras del atrio. Puse un poco de azúcar moreno en el café y rebañé el resto del sobre con el dedo para chuparlo. En las otras mesas había parlamentarios con sus invitados, funcionarios, miembros del servicio descansando, periodistas, investigadores, personal de secretariado y auxiliares... Ahí teníamos el día a día del gobierno, sus rutinas, los pormenores, el aglutinante que lo mantiene todo unido. Mi cometido era ayudar a la comisión a pronunciarse sobre las

limitaciones recomendadas para la tecnología de clonación. La mayor parte de la gente sigue pensando que la genética consiste en eso, como si todo fuera cosa de experimentos de gestación, en cuántos ratones, ovejas o plantas idénticos podemos hacer. Cosechas de trigo interminables; tomates cuadrados; cerdos que nunca enfermen ni transmitan enfermedades. El mismo debate estéril de siempre. Hacía tres años de mi primera presentación ante un comité, pero en cuanto solicitaron mi participación supe que repetiríamos exactamente las mismas discusiones.

Lo que intento decir es que aparte de mi buen humor de aquel día, no ocurría nada extraordinario.

Aunque en realidad sí que ocurría, ¿no es cierto? Yo estaba allí bebiéndome el café, colocándome el pelo detrás de la oreja cuando me inclinaba para mirar mis notas, y durante todo ese tiempo no me percaté de que tú me observabas.

Más tarde describirías esa escena detalladamente desde tu punto de vista. Al parecer, en cierto momento alcé la vista y miré alrededor como si me llamaran para luego volver a mis notas. Te preguntaste qué me había llevado a hacer eso. Minutos después me rasqué la pierna derecha. Al cabo de un rato me froté debajo de la nariz con el dorso de la mano, cogí una servilleta de papel de la mesa y me soné los mocos. Mientras tanto tú lo observabas todo a escasos metros, confiando en que si te miraba no podría reconocerte porque no te conocía.

A las diez y cuarenta y ocho minutos cerré la carpeta, pero como no me molesté en meterla en el bolso supiste que iba camino de algún comité o sala de conferencias. Antes de levantarme, metí la servilleta y la cuchara en la taza de café. «Una persona ordenada», pensaste. Después alisé mi vestido por delante y por detrás, atusándolo con un rápido movimiento. Me pasé las manos por los cabellos a ambos lados de la cara. Me eché el bolso al hombro y recogí la carpeta. Cuando me alejaba de la mesa miré hacia atrás para comprobar que no había dejado nada. Después me dirías que gracias a eso supiste que tenía hijos. Los niños siempre olvidan cosas, y una vez que se coge el hábito de comprobar la mesa antes de marcharse es difícil deshacerse de él, aunque tus hijos se hagan mayores y abandonen el hogar. Sin embargo, no adivinaste sus edades, eso se te escapó. Diste por sentado que los había tenido tarde, una vez establecida mi carrera, en lugar de pronto, antes de comenzarla.

Me alejé de la cafetería con confianza, según tú, como una mujer que sabe adónde va. Pudiste observarme mientras cruzaba el espacioso y ancho atrio y subía la escalera que lleva a las salas de comisiones. Mis pasos eran decididos, con la cabeza alta, sin mirar alrededor mientras caminaba. Según dijiste, parecía no ser consciente de que alguien pudiera observarme y eso te pareció atractivo, porque daba una impresión de seguridad e ingenuidad al mismo tiempo.

¿Tuve yo alguna corazonada ese día mientras tomaba el café? Eso quisiste saber

más tarde, instándome a decir que había notado tu presencia, deseando que me hubiera percatado de ella.

«No, en la cafetería no —dije yo—, ni remotamente.» Pensaba en la forma más sencilla de explicar a una comisión de legos por qué muchos de nuestros genes no funcionan en oposición a la codificación de proteínas. Pensaba en la mejor manera de explicar lo poco que sabemos.

«¿Ni una pista? ¿Nada en absoluto?» Eso te dolió un poco, o al menos eso quisiste hacerme creer. ¿Cómo era posible que no te presintiera? No, allí no, pero quizá sintiera algo en la sala de comisiones, tal vez.

La presentación había ido según lo previsto y la mañana estaba a punto de concluir para mí. Acababa de responder a una pregunta sobre la rapidez con que se desarrolla la tecnología de clonación. Como las comisiones son públicas y se informa acerca de ellas, tienen que hacer preguntas que representen las preocupaciones del ciudadano. La señora Chair había pedido una breve pausa para revisar sus papeles y asegurarse de que se seguía el orden de las preguntas. Uno de los parlamentarios que tenía a su derecha —Christopher no-sé-qué, decía en su distintivo de plástico— gesticulaba con frustración. Yo esperaba pacientemente. Cogí la jarra que tenía ante mí, me serví un poco de agua en el vaso y di un trago. Mientras hacía esto tuve una extraña sensación, noté tensión en el cuello y los hombros. Me pareció como si hubiera alguien más en la sala, justo detrás de mí, como si el ambiente se cargase de repente. Cuando la señora Chair volvió a alzar la vista vi que desviaba la mirada hacia las sillas de atrás. Luego ojeó sus papeles, volvió a mirarme y dijo: «Le ruego que me disculpe, catedrática, enseguida estoy con usted», y se inclinó sobre la secretaria que tenía a su izquierda. Yo no había conseguido cátedra en ninguna universidad británica. La única vez que ostenté ese título fue cuando mi marido formó parte del plan USCR de intercambio de investigadores en Boston y di clases en América durante un año. Ella tendría que haberse referido a mí como «doctora».

Volví la cabeza. En las dos filas de atrás estaban sentados los investigadores de campo de los parlamentarios con sus libretas y sujetapapeles, los ayudantes, cuya misión es aprender algo que los ayude a ascender en el escalafón. En ese momento vi de soslayo que la puerta de la esquina se cerraba, suavemente y sin ruido alguno. Alguien acababa de abandonar la sala.

«Gracias a todos por su paciencia —dijo la señora Chair, y me volví para mirar a la comisión—. Christopher, te ruego que me disculpes. Es verdad que estabas puesto en el número seis, pero tenía un borrador anterior escrito a mano y lo he leído mal.»

Christopher como-se-llame aspiró, se incorporó y comenzó a formular la pregunta en voz alta y clara para maquillar su ignorancia sobre los principios de la genética.

Unos veinte minutos después la comisión se disolvió para almorzar. Me habían

pedido que asistiera tras el descanso, aunque mi participación ya había concluido. Solo para ir sobre seguro y no correr el riesgo de tener que llamarme otra vez la semana siguiente y pagarme un día más de dietas. El secretariado y los investigadores salieron de la sala mientras me levantaba y recogía mis cosas. Varios de los parlamentarios se habían ido por su puerta de servicio exclusiva y el resto de la comisión continuaba deliberando en voz baja. La única periodista que había en el banco de prensa anotaba algo en su libreta.

El pasillo estaba abarrotado de gente; al parecer todas las comisiones acababan temprano para almorzar. Me quedé un momento pensando si iba a la cafetería del atrio o salía del edificio. Un poco de aire fresco no me vendrá mal, me dije. Comer en la misma cafetería que los parlamentarios y sus invitados había perdido su atractivo hacía tiempo. El pasillo se despejó un poco mientras vacilaba y frente a mí quedó un hombre sentado en un banco. Hablaba en voz baja por el móvil, pero a pesar de ello me miraba. Cuando vio que reparaba en su presencia dijo algo al teléfono y se lo guardó en el bolsillo. Se levantó del banco con la vista clavada en mí. Si nos conociéramos su mirada habría insinuado: «¡Eh, eres tú!». Pero como no era el caso, insinuaba algo completamente diferente, aunque seguía habiendo un elemento de reconocimiento. Todo quedó decidido en el instante en que le devolví la mirada, pero eso no llegué a comprenderlo hasta mucho después. Me volví para cruzar el pasillo con una media sonrisa, y el hombre me salió al paso, diciendo:

—Has estado muy elocuente. Eres buena explicando cosas complejas. La mayoría de los científicos no saben hacerlo.

—He dado muchas charlas —contesté— y he tenido que hacer bastantes presentaciones para conseguir financiación a lo largo de los años. Una no puede arriesgarse a que se sientan estúpidos.

—No, yo diría que no es muy buena idea.

Entonces todavía no lo sabía, pero ese hombre eres tú.

Caminábamos uno junto a otro, como si fuéramos amigos o colegas, y la conversación fluía tanto, era tan natural, que cualquiera que pasara habría dicho que nos conocíamos desde hacía años. Al mismo tiempo, se me alteró la respiración y me sentía como si hubiera mudado de piel, como si hubiera desaparecido algo, tal vez simplemente los años, o mi habitual recato. Por Dios bendito, pensé, hacía años que no me pasaba eso.

—¿Te pones nerviosa antes de una presentación?

Hablabas con naturalidad, y yo te seguí el juego.

Sin que ninguno de los dos decidiera el camino, o eso creí yo, llegamos a la planta baja y atravesamos el atrio para llegar a la escalera mecánica que baja hasta el túnel que conecta con el edificio principal del Parlamento. Es una escalera muy estrecha, demasiado para que pudiéramos seguir los dos juntos, y me indicaste con un

gesto que pasara yo primero. Gracias a eso pude mirarte bien, observar tus grandes ojos marrones y tu mirada directa, tus gafas de montura metálica a la moda retro, o simplemente pasadas de moda —no supe decidir entre lo uno y lo otro—, el cabello castaño, hirsuto y ondulado, con algunas canas. Te eché unos años menos que yo, no muchos. Me sacabas una cabeza, aunque eso es lo normal. Sonreíste como si te percataras de lo tonto que resultaba todo aquello. Una vez llegamos abajo me alcanzaste con una firme zancada. No eras extraordinariamente guapo, pero había algo en la forma en que te movías, informalidad y confianza. Llevabas un traje oscuro que me parecía caro, aunque yo no entiendo mucho de eso. Sí, había algo en tu porte que resultaba atractivo, cierta gracia masculina. Tus movimientos eran relajados, parecías a gusto con tu persona. Dabas la impresión de poder competir contra ti mismo en una pista de tenis. Estaba bastante segura de que no eras un parlamentario.

—¿Entonces? ¿Te pones? Nerviosa, quiero decir.

Solo cuando repetiste la pregunta reparé en el silencio que se había producido mientras bajábamos.

—No —dije—. Con estos no. Sé mucho más que ellos.

—Sí, espero que sea así.

Inclinaste levemente la cabeza en reconocimiento a mis aptitudes.

Atravesamos el túnel en silencio, pasamos junto al león de piedra y el unicornio que hay a cada flanco y llegamos a la columnata. Era de lo más extraño. Paseábamos relajadamente, como si nos conociéramos de toda la vida, la gente desfilaba ante nosotros, y todavía no nos habíamos presentado. Nada de nombres, ninguna formalidad, ese era tu estilo, ahora lo comprendo. Nos saltábamos el protocolo y así establecíamos que las reglas habituales no funcionaban entre nosotros, ni funcionarían en el futuro. Todo esto solo puedo saberlo en retrospectiva, claro está.

Cuando entramos en la zona de la columnata que queda a la intemperie del New Palace Yard tirité y me crucé de brazos. Parecía natural girar a la izquierda y pasar al salón Westminster a través de la Great North Door. A la hora del almuerzo aquello estaba repleto de gente: grupos de colegiales, estudiantes y turistas amontonados. Estábamos en el área pública de los dominios del Parlamento. A medida que nos adentrábamos en el colosal salón de piedra dejamos a nuestra izquierda las colas de visitantes que esperaban tras las cintas para entrar en las galerías del Parlamento: un grupo de viejecitas, dos hombres con impermeables de plástico, una joven pareja de enamorados mirándose, muy juntos, con las manos metidas en los bolsillos de los tejanos del otro.

Cuando llegamos al otro extremo del salón nos detuvimos. Yo miré atrás, hacia la puerta que conducía de nuevo a la salida, y vi que el cielo quedaba enmarcado como en un cuadro. ¿Cuántas veces en la vida se siente una atracción instantánea por alguien que acabas de conocer, la repentina y sobrecogedora sensación de que estás

destinado a encontrarte con esa persona? ¿Tal vez tres o cuatro veces en la vida? Para mucha gente esto solo sucede mientras sube la escalera mecánica de un centro comercial o una estación de tren y la otra persona baja la escalera desde el otro lado. Otras nunca llegan a experimentarlo.

Te miré y me devolviste la mirada de nuevo. No necesitamos más.

Hiciste una pequeña pausa y dijiste: «¿Has visto la capilla de la cripta?». Lo preguntaste a la ligera, en tono conversacional. Negué tímidamente con la cabeza. «¿Te gustaría verla?»

En ese momento estaba al borde del acantilado. Ahora lo sé.

«Claro», dije yo en tu mismo tono coloquial. Efecto reflejo, lo llaman. Lo hacemos continuamente.

Inclinaste la cabeza levemente hacia mí. «Ven conmigo», dijiste. Te volviste, me colocaste la mano en el codo de una manera muy sutil, y sentí que me dirigías sin apenas tocarme. Notaba la presencia de tus dedos en mi codo incluso después de que los retirases. Subimos juntos los anchos peldaños de piedra que hay al otro lado del salón. En lo más alto, bajo la magnificencia vidriada de la Memorial Window, había una guardia de seguridad, una mujer fornida con el cabello rizado y gafas. Me quedé atrás mientras tú te dirigías a ella. Te inclinaste para decirle algo. No oí lo que hablasteis, pero estaba claro que bromeabas con ella, que la conocías bastante bien.

Cuando volviste a mi lado llevabas un rectángulo de plástico negro del que colgaba una llave. «Recuérdame que se la devuelva a Martha o me meteré en un buen fregado», eso dijiste.

Nos dimos la vuelta. Bajé tras de ti por otra escalinata de piedra más pequeña y pasamos por unas verjas de hierro negro hasta llegar a una pesada puerta de madera. La abriste con la llave. Entramos. Se cerró a nuestra espalda con un sólido portazo. Estábamos en lo alto de otra escalinata, esta vez formada por unos peldaños muy estrechos que descendían hasta una escalera de caracol. Pasaste tú primero. Al final de esa escalera había otra pesada puerta.

La capilla de la cripta es pequeña y recargada, con unos arcos que se inclinan como ramas de árboles bajas y el techo cubierto con tracería de oro. Hay verjas de hierro forjado con diseños intrincados frente al altar y una pila bautismal ornamentada. Según me cuentas, los parlamentarios pueden bautizar aquí a sus hijos, y también casarse. No estás seguro acerca de los funerales. Las paredes y el suelo de la capilla tienen azulejos, las columnas son de mármol, y el lugar, a pesar de su decoración, parece secreto, tal vez porque se trata de una iglesia subterránea: culto oculto.

Cuando recorro la nave central la soledad del lugar lo despoja de toda santificación. No hay bancos, solo filas de sillas apilables. Parece desaprovechada.

Mis pasos resuenan. Las iglesias están para que la gente entre a cualquier hora, y esta permanece cerrada con llave y solo se abre a los parlamentarios. Me sigues por la nave central a paso lento y guardando la distancia, pisando ligeramente con las suelas de los zapatos, un sonido que contrasta con el afilado martilleo de mis tacones. Aunque te quedes atrás, sigues hablándome acerca de la capilla. Su nombre real es iglesia de Saint Mary Undercroft, pero todo el mundo la llama la capilla de la cripta. Sus paredes estuvieron enyesadas durante muchos siglos, pero el incendio de 1834 acabó con el yeso y dejó al descubierto las maravillas de la decoración de la capilla, así como los enormes bajorrelieves que muestran escenas de martirios. Y allí, sobre nuestras cabezas —todavía te doy la espalda, pero me invitas a que mire al techo—, un santo quemado, otro ahogado... «San Esteban, santa Margarita», dices. Me invitas a reparar en las gárgolas paganas. Barbarismo, creo, barbarismo medieval. Recuerdo esas vacaciones en las que visité junto con mi marido el norte de España, donde cada pueblecito parecía recordar a la Inquisición con su propio museo de la tortura, a veces bastante gráfico. Mármol, piedra labrada, azulejos historiados, inscripciones en latín, todo ese ritual de la alta Iglesia anglicana. No, no siento ni el más mínimo atisbo de contemplación espiritual aquí, solo una leve curiosidad intelectual y ¿qué más?, me pregunto dando la vuelta lentamente. Entonces me percaté de que es el silencio lo que me lleva a hacerlo. Me vuelvo porque has dejado de hablar, ya no se te oye deslizarte por las baldosas. Ni tan siquiera te oigo respirar.

No te has evaporado. No has desaparecido, ni te has ocultado tras una columna o en la pila bautismal. Estás ahí de pie, mirándome.

Te miro y sé, sin que ninguno de los dos diga nada, que ese es el punto donde se decide todo.

El sonido de las suelas de tus zapatos avanza, resuena, se acerca a mí. Cuando me alcanzas tiendes la mano y me resulta completamente natural ofrecerte la mía en respuesta. Me la coges. Tu mano me reclama. Me llevas de nuevo al otro lado de la nave, a la parte trasera de la capilla. «Quiero enseñarte una cosa.» Pasamos tras un biombo que oculta otra pesada puerta de madera, esta estrecha y muy alta, en forma de arco. «Entra tú primero, no hay mucho espacio ahí dentro», dices.

Abro la puerta no sin esfuerzo, pues pesa bastante. Tras ella hay una habitación minúscula con un techo muy alto. Justo frente a mí veo un armario azul eléctrico, como un archivador pero con infinidad de botones y luces. Junto a él hay una fregona sucia apoyada contra la pared y un juego de escaleras metálicas. Arriba, a la izquierda, los gruesos haces de una multitud de cables de alimentación eléctrica forrados de plástico desaparecen hacia el techo. «Antes era el cuarto de la limpieza», dices al entrar.

La habitación es tan pequeña que tienes que pegarte a mí para cerrar la puerta. «Allí», dices. En el reverso de la puerta hay una pequeña fotografía en blanco y negro

de una mujer, y bajo ella una placa de bronce: Emily Wilding Davison. Estoy de pie frente a la placa, mirándola y dándote la espalda. Tú estás justo detrás de mí, muy cerca, tanto, que te siento aunque no me toques; es decir, siento que estás ahí sin tocarme. Me pasas una mano sobre el hombro y señalas la placa. Tu respiración agita mis cabellos mientras hablas.

«Se ocultó aquí la noche del censo de 1911», dices, y yo respondo rápidamente sin darme la vuelta: «Sí, conozco la historia, a pesar de que no recuerdo los pormenores». Es una historia de sufragistas y me pertenece a mí, no a ti. Emily Wilding Davison se arrojó bajo las herraduras del caballo del rey en el derbi de Epsom. Murió para que mujeres como yo, que viven a principios del siglo veintiuno, podamos dar las cosas por sentadas: votar, trabajar, esperar que nuestro marido saque los platos del lavavajillas. No tenemos que entregar a nuestros esposos todas nuestras pertenencias cuando nos casamos con ellos. Ni tan siquiera tenemos que casarnos con ellos si no queremos. Podemos dormir con quien nos plazca, según los límites de nuestra propia moral, claro está, exactamente igual que cualquier hombre. Ahora nadie nos lleva a la plaza del pueblo para lapidarnos, no nos ponen artilugios de metal en la boca si hablamos demasiado, ni nos ahogan en un pozo porque un hombre al que hemos rechazado nos ha acusado de brujería. Estamos a salvo, es cierto. Ahora, en estos tiempos, en este país, estamos a salvo.

En cuanto me doy la vuelta tomas mi cabeza entre tus manos y me tocas el pelo, y yo te coloco suavemente las manos junto a los hombros, dejo que me eches el cuello hacia atrás y cierro los ojos.

En el momento de besarnos —tu boca suave, plena, todo lo que una boca debería ser— me percaté de que supe que ocurriría desde el mismo instante en que me fijé en ti al salir de la comisión; solo era cuestión de cómo y cuándo. Te acercas, te pegas a mí y me empujas contra la puerta. Tu cuerpo se comprime lentamente sobre el mío, me arrebató el aliento y vuelvo, por primera vez desde que tenía veinte años, a ese vértigo irracional que sientes cuando un beso es tierno, pero tan incontenible que apenas puedes respirar. Me parece increíble estar besando a un completo desconocido, pienso, consciente de que la mitad de la emoción procede de esa incredulidad. No seré yo quien se separe, seguiré besándote hasta que pares tú porque la sensación es totalmente absorbente: en silencio, con los ojos cerrados y los sentidos concentrados en el roce de las lenguas. Soy toda boca.

Después, tras un largo rato, haces algo con lo que te ganarás mi cariño cuando piense en ello. Te detienes. Dejas de besarme, te separas de mí y al abrir los ojos te descubro mirándome. Sigues tocándome el pelo con una mano, con los dedos entrelazados. La otra mano la tienes en mi cadera, y sonrías. No hablamos, pero sé lo que estás haciendo. Me miras a los ojos para comprobar que todo está en orden. Te devuelvo la sonrisa.

Todavía no sé a quién culpar de lo que ocurrió después. ¿Fuiste tú, fui yo, o los dos a la vez? Mis manos se deslizan hacia abajo, ¿o fuiste tú quién las empujó?, allí donde la hebilla fija la gruesa piel de tu cinturón. Intento quitártelo, pero me tiemblan los dedos y el cuero, recio e inamovible, se niega a ceder. Tienes que ayudarme. Hay otro momento de torpeza en el que me tiras del cuello del vestido. Piensas que llevo una blusa y una falda bajo la chaqueta que no he tenido tiempo de quitarme. Haces una pausa, te quitas las gafas, las metes en el bolsillo de la americana y, mientras tanto, me inclino para desanudarme uno de los botines y sacármelo. Después vuelvo a inclinarme torpemente, porque todavía llevo el otro botín con su pequeño tacón, y libero una de las piernas de los pantis y las bragas. Cuando me penetras, el contacto de la piel con la piel posee una electricidad delicada, como la electricidad estática de las prendas recién lavadas. Nuestra única desnudez, el único punto en el que mi carne conecta con la tuya, es en el interior. No decimos ni una palabra.

Incluso ahora, recordar este momento tiene el poder de paralizarme en medio de una tarea, sea cual sea, y hacer que mire al vacío, todavía anonadada por lo fácil y natural que fue, cómo algo que siempre ha estado lastrado por el tabú y la convención puede ocurrir simplemente obviando los impedimentos físicos de nuestros cuerpos. En un momento nos estamos besando, algo ya extraordinario de por sí, y al siguiente estamos haciendo el amor.

No me corro. Estoy demasiado perpleja. Supongo que sí lo disfruto, aunque disfrutar no es la palabra exacta. Lo que siento es esa misma excitación apasionante que experimenta la gente cuando está en un parque de atracciones y puede disfrutar del miedo porque el peligro es ilusorio. Por más temor que tengas, estás a salvo. Voy contigo. Te sigo. Estoy cagada de miedo, pero me siento completamente a salvo. Nunca antes me había pasado eso.

Después nos quedamos de pie durante un rato. Tú sigues pegado a mí. Me doy cuenta de que ambos estamos escuchando. ¿Cuántas llaves de la capilla habrá?, me pregunto. Permanecemos atentos a cualquier ruido de pisadas sobre las baldosas, y a las voces. Todo está en silencio. Ambos suspiramos brevemente al unísono, algo a medio camino entre la tos y un jadeo divertido. Eso me separa de ti. Te echas hacia atrás, te pegas a la pared de la minúscula habitación, te llevas una mano al bolsillo, recuperas las gafas y me pasas un pañuelo de algodón. Sonrís. Correspondo con una sonrisa de complicidad y me pongo el pañuelo entre las piernas mientras te abotonas la ropa.

Tienes que salir antes que yo de la pequeña habitación. Yo cojo mi bota y te sigo. Camino por el suelo de la capilla, desaliñada y renqueante, con los pantis y las bragas colgando de uno de los tobillos, una bota en la mano y un pañuelo de algodón entre las piernas. Coges una silla y me la acercas para que me siente, como un sanitario que acomoda a una víctima de un accidente de tráfico. Te separas y me miras con las

cejas arqueadas y cara divertida mientras yo me levanto como puedo y suelto la bota en el suelo para subirme las bragas y los pantis con ambas manos moviendo el pie, porque la pierna del panti se ha quedado del revés y ahora obviamente me siento ridícula y recuerdo que, aunque en los primeros encuentros desnudarse es atractivo y excitante, volver a vestirse después suele resultar embarazoso. Hace tantos años desde que tuve un primer encuentro que lo había olvidado por completo.

Cuando vuelvo a sentarme te arrodillas a mis pies y recoges el botín del suelo — yo me sonrojo y pienso momentáneamente que los pantis que llevo no son nuevos—, después me pones la bota, atas los cordones, me miras sonriendo, todavía con mi pantorrilla entre las manos y dices: «¡Encaja!».

Sonrío y te pongo una mano en la mejilla. Me encanta que tomes el mando porque me he puesto a temblar. Te has percatado de ello y tu sonrisa me dice que te gusta. Estiras el brazo, me colocas la mano en la nuca y me acercas a ti para darme un largo beso. Tras un momento empieza a dolerme el cuello, pero me gusta, porque me besas como si siguiera significando algo para ti y ambos sabemos que es innecesario.

Después te apartas y dices: «Será mejor que le devuelva esa llave a Martha».

Busco mi bolso y me doy cuenta de que debe de estar todavía en la habitación, ni siquiera recuerdo haberlo soltado. «Mi bolso», digo, remarcándolo con un gesto. Vas a cogerlo por mí y te quedas de pie observándome mientras yo hurgo en su interior. «Espera un momento», te digo.

Estoy buscando mi bolsa de maquillaje. No tengo colorete, pero la antiquísima sombra de ojos que llevo y nunca uso lleva un pequeño espejito en la tapa. Me lo pongo delante, me repaso el rostro con círculos pequeños, como si intentara descubrir qué tipo de persona soy. Encuentro el pintalabios, me aplico un poco y lo difumino. Salir de la cripta con los labios recién pintados sería demasiado obvio, pienso, y me sorprendo al percatarme de ello. Cualquiera diría que hago esto todos los días.

Cuando me levanto, las piernas siguen temblándome. Me has observado todo el tiempo con esa sonrisa irónica, como si te divertiera haberme perturbado, observar el esfuerzo que me cuesta recomponerme hasta volver a ser una persona capaz de afrontar el mundo exterior. Miras el reloj.

—¿Tienes tiempo para un café rápido? —preguntas, pero el tono me dice que solo lo haces por educación.

Tengo la entereza de decir, y luego me felicitaré por ello:

—De hecho tengo que hacer un par de recados fuera del edificio y luego vuelvo a presentarme a la comisión por la tarde.

De modo que tú finges llevarte una desilusión, pero entonces algo vibra en tu bolsillo, sacas el teléfono, te das la vuelta, miras la pantalla, presionas unos botones... Cuando te vuelves otra vez me queda claro que para ti este encuentro ha concluido. El mensaje que acabas de recibir te ha hecho pensar en tu siguiente

parada.

Cuando nos dirigimos a la puerta, ahora con pasos sonoros y decididos, el sonido de dos personas que salen, digo: «Espera un segundo». Vas un poco por delante de mí y veo que tu chaqueta está arrugada por la espalda. Te la aliso con una mano, con dos movimientos rápidos y certeros. Miras hacia atrás mientras lo hago con una media sonrisa. «Gracias», dices, pero lo haces de manera distraída. Sales y sostienes la puerta ante mí. Paso y espero para que subas la escalera antes que yo. Necesito que seas tú quien emerja al mundo primero, así puedo copiar tu indiferencia, observar cómo le devuelves la llave a Martha, y luego despedirme de ti y dar media vuelta. Cuando subimos la escalera me fijo en que tu chaqueta sigue arrugada, y pienso en que la próxima vez que vea a un hombre con la americana así recordaré este día y me preguntaré qué habrá estado haciendo. Al final, la siguiente vez que vea ese caro traje gris será en el estrado de la sala número ocho del Tribunal Penal Central, Old Bailey, ECI.

2

A la mañana siguiente, estoy sentada a la mesa de la cocina, leyendo el periódico local gratuito que deslizan cada semana bajo la puerta, cuando entra mi marido. También le cuesta empezar por las mañanas; a ninguno de los dos nos gusta hablar. Esos son los rasgos comunes que prolongan un matrimonio: no tener tu media naranja ni un equivalente intelectual, sino ser felices con un simple intercambio de gruñidos en el desayuno.

Ya se ha vestido. Esta mañana su jornada empieza pronto y me alegro, porque sigo con la cabeza en la capilla de la cripta y en la posterior noche de insomnio, de modo que quiero estar sola para reflexionar tranquilamente y convencerme de que continuó siendo completamente normal. Mi marido arrastra los pies hasta la tetera, se prepara una taza de té y murmura: «¿Te pongo otra?». Niego con la cabeza. Se lleva la taza al piso de arriba. La madera de la primera planta cruje y lo oigo caminar por el estudio, que está justo encima de la cocina. Poco después oigo el cepillo eléctrico en el cuarto de baño contiguo al estudio. Sé que cuando suba encontraré la taza de té en el escritorio o en el platillo del jabón del lavabo, fría e intacta. Al cabo de diez minutos baja la escalera, vuelve a la cocina y se inclina sobre mí. Alzo la cabeza y se despide con un beso seco y distraído. Sale al pasillo y luego vuelve de nuevo. «¿Tienes tú las llaves del coche?»

Lo miro y respondo: «En el abrigo marrón».

«Ah», dice él, recordando la ropa que llevaba el día anterior al volver a casa. Mi marido no es tan despistado como puede parecer. Al contrario de lo que dice el mito, los científicos no suelen ser individuos atolondrados con los ojos saltones y el cabello encrespado. La razón por la que deambula hasta la cocina y me pregunta por las llaves del coche no es que sea incapaz de localizarlas por sí mismo. Lo hace para recordarme que después de tantos años de matrimonio todavía me ama. Y yo le digo dónde están para recordarle que sigo correspondiéndole.

Una de las mejores cosas de ser trabajador autónomo es el silencio que reina en la casa tras el ruido del portazo.

Suspiro injustificadamente y me saco el móvil del bolsillo de la bata. Esta mañana vestirme supondrá un añadido voluntario. Tecleo en Google «clínica ginecológica privada». No pienso ir al centro que me corresponde, esté donde esté, y esperar dos horas en una habitación llena de adolescentes gimoteando.

Confirmando la cita. Repaso mentalmente la lista de todo lo que debería revisar, empezando por herpes, pasando por la sífilis, gonorrea, etcétera, y acabando con la prueba del SIDA, aunque esta solo me dirá si soy seropositiva, y si quiero una

confirmación tendré que volver a hacerme la prueba dentro de doce meses. Sé que no volveré a hacerme la prueba. Dentro de doce semanas todo estará olvidado, concluido. La única razón por la que me hago esta revisión es para congratularme de lo racional que soy. Al menos no tengo que preocuparme por un posible embarazo. Hace tres años pasé la menopausia sin sofocos ni dramas, mis períodos simplemente fueron perdiendo intensidad hasta que desaparecieron. Tampoco tengo que preocuparme por la salud sexual de mi marido. Hace casi tres años que no tenemos sexo. He reservado la cita con diez días de antelación para comprobar si desarrollo algún síntoma. Cabe la posibilidad de que acabe anulándola.

Tiro los posos del té, coloco la taza en el lavavajillas, cojo una taza limpia y la cafetera pequeña del armario y voy al frigorífico a buscar el café. Me apoyo sobre la encimera, oyendo el ruido del vapor, y envío un mensaje de texto a mi marido para recordarle que revise el impuesto de circulación de su coche, ya que yo tengo que ir a pagar el mío de todas formas. Desde que se emanciparon nuestros hijos nos preocupamos por el coche del otro. Al menos no nos ha dado por los gatos.

Tardo tres días en acostumbrarme. No está mal, me digo. Nada mal. Solo me entra un poco de añoranza porque el viernes tengo que ir a Westminster, no al Parlamento, sino a desayunar con un compañero del Instituto Beaufort. Normalmente solo trabajo en el despacho los lunes y los martes. Soy lo que llaman una directora honorífica, lo cual significa, aunque resulte extraño, que creen que el estatus del instituto aumenta teniendo mi foto en la primera página de su folleto. Le he pedido a mi colega, un hombre aburrido llamado Marc, que me espere fuera. Si entra en mi despacho no saldré hasta que acabe el día.

Regresar a la zona de Westminster me recuerda que no he vuelto a saber nada. De ti, quiero decir. Después de aquello no me has buscado, ni invitado. Ni tan siquiera has preguntado por mí.

Marc es jefe de personal, lo cual significa que le han extirpado quirúrgicamente el sentido del humor. Quiere hablar conmigo para que cubra la baja de maternidad de una compañera. Dejé de trabajar a tiempo completo en el Beaufort porque no soportaba los trayectos diarios en transporte público. Solo de pensar que tendré que seguir durante seis meses más hace que me entren ganas de darme de cabezazos contra la mesa del restaurante mientras me explica las condiciones.

Al salir de mi reunión de desayuno pienso que debería ir directamente a casa y enfrentarme a la serpenteante montaña de facturas que tengo a un lado del escritorio. En lugar de eso, decido caminar hasta el Parlamento ya que estamos a finales de invierno, brilla un poco el sol y es viernes. Cuando llego, doy un rodeo por Parliament Square, camino hasta el puente de Westminster y me apoyo un momento sobre el pretil para observar a los turistas que alzan sus iPads ante el Big Ben. Al otro lado del puente hay un hombre tocando la gaita. Las gaviotas lo acompañan con sus

lamentos. Cuando me aburro de observar a los turistas, les doy la espalda y me quedo contemplando el río. Pienso en cuando te arrodillaste a mis pies y me pusiste la bota. Recuerdo que te toqué las mejillas, tu sonrisa y la ternura del gesto. Quiero que ocurra de nuevo, aunque no estoy muy segura de lo que fue, y me doy cuenta de que todos mis intentos de racionalización son una farsa: la cita en la clínica y toda mi madurez en ese asunto. No puedo dejar de pensar en ti, en el peso de tu cuerpo contra el mío, que hacía que me quedara sin respiración a medida que nos besábamos contra la puerta. No he parado de darle vueltas a la cabeza en toda la semana.

Tonta, pienso. Jamás volverás a verlo, empieza a enterarte. Asímelo. Si lo hubieras rechazado en la capilla, te habría preguntado el nombre y pedido el teléfono, te habría perseguido como un misil teledirigido durante toda la semana, pero no lo hiciste, ¿verdad? Te pareció bien. Ni tan siquiera habrá pensado en ti.

Todo son suposiciones, claro está. No conozco las bases de la promiscuidad. El sexo para mí siempre ha sido el comienzo de algo. Los animales no son promiscuos porque para ellos solo existe el imperativo biológico, aunque si uno quiere ponerse antropomórfico podría argumentarse que eso convierte todas sus relaciones en promiscuas. El deseo humano por la promiscuidad es un interesante experimento que raya entre la gratificación y el propio interés genético. «Piensas demasiado, ese es tu problema», solía decirme mi primer novio. Era un machista hijo de perra, y probablemente lo siga siendo.

Contemplo las grises aguas del Támesis corriendo bajo el puente de Westminster, fluyendo quedamente hasta el mar por el resto de los días. Los animales piensan tanto en la lógica que subyace al apareamiento como el agua en su deseo de correr río abajo. A mi lado un grupo de turistas grita alegremente en español. Tonta del culo, me dice una vocecilla sarcástica en la cabeza. Te han utilizado; ¿qué esperabas, que te enviara un ramo de flores? Que te sirva de experiencia.

Me comporto con tanta madurez, lo llevo tan bien, tan racionalmente, que dejo el río para los turistas, cruzo Bridge Street y camino hasta la entrada de Portcullis House —a pesar de que no tengo nada que hacer allí ese día—, paso las primeras puertas giratorias y espero hasta ver a una guardia de seguridad que conozco, la mujer grandota que me registró el martes. Llevo las mismas botas. La mujer me sonrío y niego con la cabeza.

—Hoy no trabajo, solo me preguntaba si alguien os trajo una bufanda el martes.

Se apoya en la máquina de rayos X. Está aburrída, no hay cola y se alegra de poder hablar con alguien.

—¿Cómo es?

Me quedo pensando en mi nueva bufanda de lana, la que está perfectamente doblada en el último estante de nuestro armario.

—Es gris y tiene un hilo blanco por el medio.

Mientras digo esto miro a través de los cristales de la cafetería del atrio, hacia la escalinata curva que lleva a las salas de comisiones, como si existiera la más remota posibilidad de que pases por allí en ese momento.

La guardia de seguridad se rasca una oreja y arruga la nariz.

—Si se la hubiera dejado aquí habría ido a parar directamente a la oficina, pero no la recuerdo. Puede enviarles un correo electrónico. Les pondría una nota, pero por el sistema interno tardará unos diez días.

—Vale, gracias.

Vuelvo al frío de la calle. El tímido sol no tiene nada que hacer contra la helada brisa que llega desde el río, pero me quedo en la escalinata varios minutos, mirando a mi alrededor como si esperase a alguien. Dios, eres patética, pienso.

Es viernes. Nadie que trabaje por cuenta propia saca el trabajo adelante los viernes, por más que lo pretendamos. Decido caminar hasta Piccadilly. Tal vez me pase por alguna librería, o por el Royal Academy. O quizá simplemente vuelva a las afueras, adonde pertenezco.

Llego a Parliament Square desde Bridge Street y paso ante la fachada del Parlamento, donde hay más turistas haciendo turnos para posar junto a los policías armados impertérritos apostados a la entrada de los parlamentarios. Al otro lado de la calle, los activistas contra la guerra montan guardia con sus tiendas de campaña. A pocos pasos está el lugar de donde salí el martes, aun con las piernas temblando, a caminar y tomar el fresco un rato antes de volver a Portcullis House para la sesión vespertina.

Estoy reviviendo el momento. Paso el feo edificio del centro de conferencias Queen Elizabeth y subo hasta Storey's Gate. Decido cruzar el Birdcage Walk y bordear Saint James's Park, que cada vez que lo visito me parece diferente. Esta vez me fijo en los cisnes, la casa de Hansel y Gretel, la ampulosa fuente. Dios, qué obvio. Intento no ponerme melancólica; al fin y al cabo, no lo merezco. Trato de disfrutar como turista en mi propia ciudad. Pienso en lo poco que hago esto, deambular por ahí: mi vida normalmente es una sucesión de plazos. Cruzó el Mall, subo los escalones de Carlton House Terrace y giro a la izquierda hacia Pall Mall para atajar por Saint James's Square. Podría sentarme en la plaza un rato, pero hace frío y está demasiado cerca de mi despacho. Subo por Duke of York Street en busca de una cafetería; estoy bastante cerca de Piccadilly. Ahora que he salido del entorno inmediato del Parlamento puedo parar a tomar un café sin tener la sensación de acosarte, de permanecer sin motivo en algún lugar cercano a ti. Me sentaré en cualquier sitio y haré como que reviso el correo mientras observo a la gente y evalúo sus niveles de dedicación en contraste con el mío. Haré eso hasta que no pueda engañarme más. Después, me iré a casa.

A mitad de la calle, a la izquierda, hay un pequeño café italiano con servicio de

camareros y una mesa redonda ante un ventanal, perfecto para mis intereses. Al empujar la puerta suenan unas campanillas como de otra época. Dentro se está caliente. No hay música. Incluso han dejado un periódico en la mesa preparado para mí.

Me siento y me pregunto lo que haría en caso de verte pasar por la ventana. Difícilmente podría salir corriendo y gritar tu nombre. No lo sé.

¿Por qué yo? Eso es lo que realmente quiero saber. ¿Por qué yo?

Mientras ando perdida en este diálogo interno dichosamente absurdo —sin drama alguno, he de añadir, porque todavía me lo tomo con mucha racionalidad—, veo a través de la ventana a una mujer que se detiene para discutir con el conductor de una furgoneta verde aparcada sobre la acera. La mujer le dice algo ofensivo y el conductor se atrinchera en su asiento con el brazo colgando de la ventanilla. Está fumando, mirando al frente, y por el movimiento de sus labios se diría que insulta a la mujer groseramente.

Seguro que lo hace todo el tiempo, pienso, y me refiero a ti, claro está, no al conductor de la furgoneta. Lo digo por esa confianza tan serena, la tranquilidad de tus movimientos, que no mostraras ansiedad ni prisa en absoluto. Sabías lo que hacías perfectamente. Me pregunto cada cuánto lo harás. Me pregunto si será como un juego. ¿Tal vez intentas tirarte a alguna mujer una vez a la semana? Pienso en todos esos despachos de los parlamentarios, en los pasillos interminables, los aseos, los baños, trasteros... Quién sabe si —y pensarlo me hace estremecer, por más madura que quiera parecer— perteneces a algún club de internet en el que se compite por ver quién da pruebas de haber tenido el más absurdo o imposible de los encuentros: a pleno día y en el corazón de la democracia más antigua del mundo, supongo que la puntuación debe de ser bastante alta. En realidad —y quizá se trate solo de vanidad, o tal vez de optimismo por mi parte— tengo la sensación de que actúas con cierto grado de discriminación. No te veo persiguiendo a mujeres en el aparcamiento de un supermercado de Essex. Esa elegancia pausada, la educación con la que actúas, incluso a la hora de sincerarte con una desconocida. Lo que hiciste no tuvo nada de grosero ni sórdido. Me miraste a los ojos, me besaste después, te arrodillaste a mis pies para ponerme la bota. Eres un hombre promiscuo al que le gusta el sexo arriesgado con desconocidas en lugares extraños, pero aun así tienes buenos modales.

No quiero sugerir que haya diferencia moral alguna entre lo que hicimos nosotros y lo que hacen quienes buscan rollo en los aparcamientos de Essex. No podíamos ni movernos. Piedra labrada, mosaicos y mármol... Nuestro escenario simplemente tenía más clase que un seto entre los arbustos o una hilera de contenedores de reciclaje, eso es todo.

Mientras pienso esto, la mujer se marcha y el conductor de la furgoneta verde sigue profiriendo insultos mientras baja del bordillo. A medida que la furgoneta se

aleja, veo que al otro lado de la carretera, en la acera, hay un hombre con un traje azul marino de raya diplomática que me mira a través de la ventana de la cafetería. Ese hombre eres tú.

Seis meses más tarde, después del accidente y nuestra subsiguiente ruptura, volveremos a reencontrarnos brevemente y, tumbados en la cama de ese piso vacío de Vauxhall, me hablarás de aquel día, de que me viste en las cámaras de seguridad en la puerta de Portcullis House, que te acercaste a la entrada mientras yo estaba fuera y decidiste seguirme. En cuanto bajé la escalinata advertiste que caminaba sin rumbo fijo. Estabas a escasos metros de mí cuando atravesé Parliament Square. En cierto momento, cuando vagaba por Saint James's Park, me volví y miré hacia atrás, y te escondiste un poco, pensando que tal vez te había descubierto. Cuando te quedó claro que no era así, volviste a acercarte y te arriesgaste a caminar muy cerca mientras paseaba por Duke of York Street. Ya no me di más la vuelta. Viste cómo entraba en la cafetería y me sentaba, y decidiste esperar por si había quedado con alguien. Estabas al otro lado de la calle, a la entrada de una tienda, y a pesar de que miré por la ventana durante todo el tiempo que estuve sentada allí, no me percaté de tu presencia. «La gente solo ve lo que espera ver», me dices. Disfrutaste observándome. Te ponía mirarme sin que yo supiera que estabas allí. Te dije que la razón principal por la que no te vi era que estaba distraída pensando en ti y te gustó horrores. Eso era lo que habías imaginado. Por mi mirada perdida y el gesto pensativo de la boca supiste que estaba pensando en lo que pasó en la capilla de la cripta. Me molestó tanto tu arrogancia que te di la espalda en la cama, me aparté de ti e intenté retractarme, diciendo que en realidad aquel día en la cafetería no pensaba en ti, sino en la introducción que tenía que escribir para un nuevo libro de texto de la universidad, una colección de ensayos con un enfoque extensivo de la biología molecular. Supiste que mentía. Te echaste encima de mí, me inmovilizaste las muñecas sobre la cabeza con una mano y recorriste la parte sensible de mi cintura con los dedos hasta obligarme a admitir que pensaba en ti, en ti y solamente en ti.

Una vez que lo admití y te rogué que parases entre carcajadas, nos quedamos abrazados durante un buen rato, hasta que alcé un dedo, recorrí la curva de tu hombro y te pregunté:

—Pero ¿cómo supiste que estaría ese día en Westminster?

—Tuve una corazonada, eso es todo —dijiste, encogiéndote un poco de hombros—. Simplemente presentí que era oportuno aparecer. —Me quedé mirándote—. O quizá —añadiste— haya estado vigilando las cámaras de seguridad cada mañana desde el martes, esperando cruzarme contigo. —Al ver que seguía mirándote endureciste el gesto—. O tal vez tenga amigos que me avisan si pasas por el control de seguridad. —Tu mirada fría persistió hasta que advertiste una sombra de duda real

en mi rostro y empezaste a sonreír—: ¡Estoy bromeando! Fue pura coincidencia.

Esta conversación la mantenemos completamente desnudos. Han pasado seis meses y todo un mundo de acontecimientos tras el encuentro del que hablamos, cuando la furgoneta verde arrancó y te vi al otro lado de la calle.

Al verte ahí de pie siento de repente que una enorme sonrisa me ilumina el rostro, y la veo reflejada en la que tú me dedicas, a pesar del tráfico que pasa por los dos lados de la calle.

Y allí estás, conmigo en la cafetería, relajado con tu traje azul marino de raya diplomática, y tengo un momento para reflexionar en que no te queda tan elegante como el gris. De hecho, llenas la pequeña cafetería con tu presencia. Solo con tu sonrisa ya la llenarías; tus dientes y tus ojos, en eso reparo hoy.

«Bueno, bueno —dices mientras separas la silla y te sientas frente a mí a esa pequeña mesita—. Así que al final vas a invitarme a un café.»

Me vuelvo para llamar a la camarera.

Será durante el transcurso de este encuentro la primera de las muchas veces que te pregunte: «Entonces ¿a qué te dedicas exactamente?».

En esta ocasión te encoges de hombros: «Funcionario, puro aburrimiento, cuidar del palacio, engrasar los engranajes para los que están al mando...».

Una pregunta para la cual nunca obtengo la misma respuesta.

Permaneces una hora y media en la cafetería. Nos tomamos otro café después del primero, suficiente para ponerme a cien y sentirme extraña incluso sin tu compañía. Me acribillas a preguntas personales. ¿Dónde vivo? ¿Me gusta mi trabajo? ¿Cuánto tiempo llevo casada? ¿He sido infiel anteriormente? Esta parece interesarte especialmente. Cuando contesto: «No exactamente», me acusas de darte evasivas. La mayoría de las personas que se embarcan en una aventura se presentan, averiguan algo el uno del otro y después se dedican al sexo desenfrenado. Parece que nosotros hacemos justo lo contrario.

Miro con recelo la enorme alianza de oro que llevas en el anular.

—¿Y qué me cuentas de ti? —contraataco.

No entiendo por qué acaparo yo toda la atención. Ya nos hemos dicho que ambos tenemos dos hijos, aunque los míos son mayores y los tuyos no, pero lo que te pido es algo más específico.

Sonríes.

—¿Te refieres a si voy a saltar con eso de mi mujer no me comprende? —dices con un gesto forzado—. Pues no. Me comprende demasiado bien.

Entiendo que estamos sentando las bases de nuestro acuerdo.

—Mi marido y yo probablemente nos casamos demasiado jóvenes —digo—. Pero no me arrepiento, tal vez solo de cuándo lo hicimos. De cuándo nos casamos, no de la persona con la que me casé —precisó.

Por supuesto, lo que hacemos es dejar claro que ninguno de los dos busca un salvavidas. Por más inexperta que sea, reconozco la trascendencia de esta negociación y la importancia de que ambos lo creamos necesario.

—¿Cómo es tu mujer? —pregunto, dándome cuenta al instante de que he traspasado la línea. Qué fina es la línea entre hablar por hablar y cotillear.

Te muestras un tanto distante.

—Cuéntame algo que nunca le hayas dicho a tu marido. —Al ver que dudo, añades—: Algo inocente, si prefieres.

—Odio su peinado —digo—. Siempre lo he odiado. El caso es que no es vanidoso y siempre me ha gustado eso de él. No necesita que lo colmen de caricias y cumplidos todo el tiempo, simplemente los tolera, pero no se da ninguna importancia. Y aunque creo que es algo en cierta forma admirable, cuando lo miro desearía que se cortase el pelo de un modo distinto. Siempre lo ha llevado igual, lacio y demasiado largo, y se le levanta un poco. Después de treinta años me parece un poco tarde para decírselo.

Me ofreces una sonrisa radiante sin percartarte y te pasas la mano por tus hirsutos cabellos castaños, revelando algunas canas, y se me ocurre que tú seguramente eres bastante vanidoso, que es probable que incluso te tiñas el pelo, algo que no me gustaría si mi marido fuera vanidoso, pero como no lo es tu vanidad se convierte en otra de tus entrañables cualidades. Por eso he intentado que me hables de tu mujer. No se me escapa que has evitado la pregunta. No es porque quiera cotillear; al contrario. En realidad me gustaría que hiciéramos como si nuestros matrimonios no existieran. Solo intento averiguar cómo es tu mujer porque necesito munición. Quiero armarme con las cualidades opuestas. Sea como sea ella, yo quiero ser todo lo contrario. Dime que le gusta el azul y jamás volveré a ponerme algo de ese color.

Al final averigüé cómo es tu mujer, pero en lo que llamaríamos circunstancias desafortunadas. Aunque tendiera a ser razonable con ella al principio de nuestra aventura, lo que pasó después dio al traste con todo indicio de racionalidad por ambas partes. Tal como fueron las cosas, la primera vez que la tuve ante mí fue cuando testifiqué en el estrado del Old Bailey en nuestro juicio conjunto.

Será más tarde, cuando pierda los nervios y le cuente la verdad al tribunal. Estoy a mitad de una frase, pero hablando con titubeos, contestando a una pregunta sobre el piso de Vauxhall, explicando lo inofensivas que fueron nuestras conversaciones durante la única ocasión en la que pudimos pasar allí unas horas juntos.

Cuando la interrupción llega, es tan inesperada que electrifica toda la sala.

«¡Zorra! ¡Eres una puta zorra de mierda!»

Al principio la exclamación no parece provenir de ningún sitio, de los cielos, tal vez, así que no miro alrededor hasta que reconozco lo sorprendidos que están los miembros del jurado ante mí y la indignación y preocupación que muestra el juez. El

grito procede de la tribuna pública, que está a la derecha, pero a mi espalda, en la zona más alta. Al volverme veo que en la parte delantera de la tribuna hay una mujer rubia con unas gafas grandes, sentada no muy lejos de Susannah. El rostro de la mujer es una máscara de odio. Me mira fijamente, con el rencor patente de alguien que se ha contenido durante demasiado tiempo.

«Putá, putá, putá zorra de mierda...» Es como si creyera estar murmurando pero no pudiera evitar pronunciar todo eso en voz alta.

El juez se inclina sobre su mesa y habla con enojo al secretario del tribunal, que ya tiene el teléfono en la oreja y asiente. La puerta que da a la tribuna pública se abre y entran dos guardias de seguridad: una atractiva joven negra con una cola de caballo y un hombre blanco grueso. Mientras este espera en lo alto de la escalinata que lleva hasta la primera fila, la joven baja, se inclina sobre Susannah y susurra: «¡Señora, señora!», haciendo gestos a la mujer rubia, que no dice nada, se levanta, sube los escalones con pasos ruidosos y es acompañada a la salida.

Y ese, como sabes, será el primer y único contacto que tenga con tu esposa.

Seguimos hablando en la cafetería de Duke of York Street, ahondando en nuestro mutuo intercambio de confidencias, cuando te incorporas en el asiento y dices de repente: «Tengo que irme».

No sé si habrás consultado el reloj, pero yo no te he visto hacerlo. Me decepciona un poco que te vayas sin avisar, tal vez porque presiento que contigo siempre será así.

Sacas tu teléfono móvil de un bolsillo y dices:

—Dame tu número de teléfono. —Cuando digo las cifras en voz alta introduces los datos y presionas el botón de llamada. Mi teléfono emite dos tonos en el interior de la chaqueta. —Ahora tú también tienes el mío —dices con eficiencia. Buen trabajo.

Te metes el teléfono en el bolsillo y me observas. Es una mirada larga, de esas que interrogan y consiguen la respuesta que buscan.

Te devuelvo la mirada, y digo en voz baja y seria:

—¿De verdad vamos a permitir que suceda esto?

—Pues claro —replicas de inmediato, levantándote y mirándome desde arriba—. Te llamaré más tarde —añades.

Te inclinas levemente al tiempo que miras por la ventana, me coges por la nuca y tiras de mi cabeza hacia atrás en un fulminante gesto posesivo que derrite ciertas partes de mi cuerpo, rápida y dulcemente. Batido de frambuesa, pienso. Me plantas un beso firme y húmedo en los labios, das media vuelta y te vas.

Antes de que salgas de mi vista ya has cogido el teléfono para hacer una llamada. La camarera se acerca silenciosamente cuando todavía miro por la ventana, como si hubiera estado esperando, y coloca ante mí el platillo con la cuenta. Al mirar a mi

alrededor veo que la cafetería está llena de gente que viene a almorzar y a una pareja haciendo cola en la puerta. He abusado de su hospitalidad.

Empiezo a escribirte otra carta mentalmente al tiempo que me levanto, pongo el dinero de los cafés en el platillo, me meto el recibo en el bolsillo sin darme cuenta, cojo el abrigo del respaldo de la silla... Incluso mientras me abrocho el abrigo, me ajusto el cinturón y recompongo mi peinado.

3

Querido X:

Me preguntaste si alguna vez había sido infiel con mi marido, y la respuesta sincera, en los términos en los que expusiste la cuestión es: No. Pero cuando dije «No exactamente» no te daba largas. Aunque el breve incidente al que me refiero no llegó en absoluto al sexo, sí que tuvo importancia para mí. Su importancia viene dada en relación contigo.

Ahora no estamos en plena madrugada. Es mediodía, del siguiente lunes, para ser precisos. Es el lunes después del café que tomamos el viernes, pero no he tenido oportunidad de escribir mis pensamientos antes. Solo nos hemos visto un par de veces pero, al parecer, tenemos un romance. Hoy trabajo desde casa. Esta semana estaré en el despacho el martes y el miércoles. Tengo un millón de cosas que hacer, pero en lugar de eso te escribo una carta. Acabamos de hablar por teléfono durante media hora. Y en cuanto hemos cortado la comunicación —de hecho, me habías preguntado qué llevaba puesto— he subido al piso de arriba, he abierto el archivo *IVAdatos3* y he empezado otra carta, pero las cartas son largas, escribir es más lento que hablar, y hablar más lento que pensar, de modo que he dejado de escribir de inmediato. Estoy recostada en la silla. Desde la ventana del estudio veo nubes enormes que se mueven a una velocidad imposible sobre el cielo claro, como a cámara rápida. Un pájaro revolotea frente a la ventana, un estornino que aterriza en el alféizar, me ve y se queda paralizado, con la cabeza vuelta y un ojo abierto que me mira con algo parecido al escepticismo. Bate las alas y se aleja. Tengo la sensación de que todas las cartas que te escribo permanecerán inconclusas, pero sigo necesitando articular los pensamientos en mi cabeza, así que redacto el resto en mi imaginación, y sé que después estaré confundida: ¿lo he pensado, te lo he contado o lo he escrito? Todo se vuelve uno y lo mismo, todo mezclándose en mi cabeza.

Hasta que te conocí no era de esas mujeres que tiran toda precaución por la borda, dado que las cosas lanzadas por la borda tienen la costumbre de volver y darte en la cara, como seguramente habrá comprobado cualquier persona que haya intentado echar las cenizas de un familiar desde un barco —como yo misma averigüé cuando tenía ocho años, pero esa es otra historia—. Así que no, no había tenido ninguna aventura antes de conocerte, pero sí hubo un pequeño incidente hace unos tres meses. ¿Por qué necesito contarte esta historia? Necesito que sepas que cuando dije: «No exactamente» no estaba dándote evasivas, aunque tú lo interpretarás así. Necesito que lo sepas por motivos de ego. Me inquieta lo sencillo que te resultó tener sexo conmigo. Podría haber dicho «Lo sencillo que te resultó seducirme»... pero la seducción sugiere un proceso de persuasión durante un período de tiempo. Tú fuiste

directo al grano y yo te seguí el juego, no fue necesaria ninguna persuasión. Quiero que sepas que no es algo normal para mí y que jamás habría sucedido si lo hubieras intentado unos meses antes o me hubieses encontrado de otro humor. Me pillaste en el instante justo, cuando estaba preparada para ello. En otro momento lo más normal habría sido que te rechazara. Ni tan siquiera me habría percatado de la proposición.

Y necesito que sepas el principio de otra historia, claro está, y cómo la señorita Bonnard consiguió que quedara tan mal ante el tribunal. ¿Fue aquel día el comienzo? No lo sé. ¿Era inevitable en ese momento lo que pasaría después? Que se tergiversaran los hechos, el interminable interrogatorio... ¿Existe algo parecido al punto de no retorno cuando una es un ser humano racional con libre albedrío y libertad de acción?

Tengo cincuenta y dos años. Poseo un estatus y una dignidad. Es decir, cuando no voy arrastrando los pantalones por los tobillos en una capilla apartada debajo del Parlamento. He llegado al punto de mi carrera en que mi opinión se valora y se paga. Así sucedió que un día lluvioso de diciembre, tres meses antes de que te conociera, iba corriendo por una resbaladiza calle flanqueada por grandes edificios cuadrados, llegando un poco tarde a un seminario de presentación de tres horas de licenciados en Ciencias por la City University. Era mi segundo año como examinadora externa en dos de sus programas de posgrado, lo cual quería decir que al final del semestre de invierno tenía que observar cómo un grupo de futuros científicos presentaban oralmente los resúmenes de sus futuras tesis. Aquella mañana en particular, un lunes, era la primera vez que me encontraba con ese grupo y la primera ocasión en que visitaba las nuevas instalaciones del departamento, aunque conocía a los dos profesores que me atendían desde el año anterior, George Craddock y Sandra Doyle. Me encontré con ellos en el vestíbulo del nuevo edificio principal. Aunque se me hacía tarde, estuve a punto de llegar más tarde aún, al parar de camino para pedir un café para llevar. Tenía un vago recuerdo de que el año anterior no me habían ofrecido café. Ese siempre es uno de los temas delicados cuando asistes a un evento matinal. ¿Te ofrecerán café? ¿Llegarás con tu vaso de plástico en la mano, habiendo desembolsado innecesariamente dos libras con sesenta para que el anfitrión o la anfitriona te reciba con cara de decepción después de haber dispuesto eficientemente la cafetera y las galletas? Al fin y al cabo, aparecer con un café en vaso de plástico supone una crítica implícita.

En esa ocasión subía la escalera mojada y agobiada, y al final no había parado para comprar el café, lo cual se reveló como un error en cuanto entré en el edificio. Justo frente a mí había una máquina expendedora de café. Una máquina de café en el vestíbulo siempre es mala señal. George y Sandra estaban sentados en un banco justo a la entrada, hablando quedamente.

—No te preocupes —dijo Sandra al tiempo que ambos se levantaban—. Este es el

grupo de los fiesteros, así que llegarán todos tarde.

—Hola, lo siento, me alegro de veros a los dos...

Les estreché la mano.

—¿Quieres darle una oportunidad? —dijo George a modo de disculpa, señalando la máquina con una mano.

Hice una mueca. La mueca quería decir «no», pero él se la tomó como un «sí», se metió la mano en el bolsillo del pantalón y empezó a trastear en busca del cambio que atesoraba en sus profundidades.

—Yo me encargo —dijo Sandra, acercándose a la máquina con el dinero ya en la mano.

No me preguntó si quería leche o azúcar. Mientras ella sacaba la bebida, George se volvió hacia la izquierda y llamó al ascensor. Sandra trajo el café en un vaso de plástico tan fino que costaba creer que el líquido caliente no lo derritiera. Le di un sorbo y puse cara de asco.

—¡Lo siento por el café! —dijo George como si fuera una broma fantástica—. Seguro que eres más de café con leche, ¿verdad?

—No te preocupes —dije mirando el vaso—. Me gusta hacer ver que tengo clase, pero en realidad soy fácil. —Sandra y George sonrieron como hace la gente cuando una persona de mayor jerarquía bromea sobre sí misma—. Fácil y barata, así soy yo.

La puerta del ascensor se abrió y entramos en el minúsculo cubículo, con un espejo desde el centro hasta arriba. No parecía un ascensor adecuado para transportar grupos de estudiantes, pero tal vez ellos subieran por la escalera. Iba con el impermeable encima del traje, sudaba y no podía llevarme el café a la boca porque Sandra y George estaban muy cerca, tanto que pude comprobar que este último se había cortado al afeitarse, justo bajo el límite de su artística barba de tres días. Dieciocho meses más tarde descubriría que su grupo sanguíneo es cero positivo.

Me entraron ganas de preguntar qué tal eran los estudiantes, pero se supone que no deben influenciarme antes de escuchar los resúmenes. En cualquier caso, Sandra se equivocó al decir que todos llegarían tarde. Veinticinco rostros expectantes se volvieron hacia nosotros cuando entramos en el aula. Nos observaron caminar hacia los escritorios que habían dispuesto para nosotros a un lado de la sala, tres sillas y tres botellines de agua sobre la mesa. George se sentó en la de la izquierda y me hizo señas para que me sentara a su lado, en el medio, una posición que confirmaba mi estatus.

Sandra relajó la tensión al alzar la mano hacia los estudiantes y decir:

—Vaya, hoy, como tenemos a una estrella del rock, todo el mundo llega puntual.

Un animoso murmullo recorrió la sala y dediqué una sonrisa a Sandra. Permanecí de pie durante un rato para que me vieran bien. Puse el café en la mesa junto a mi botellín de agua y me saqué el impermeable con la mayor de las parsimonias. George

se apresuró a quitarme el abrigo y a colgarlo en un gancho tras la puerta. Miré a los estudiantes.

Había menos mujeres que en el otro grupo de licenciados al que examinaba. Ese grupo se llamaba Genética de las Enfermedades Humanas y la mayor parte de los estudiantes eran chicas, supongo que por lo de salvar a la raza humana. La proporción se invertía en cuanto al grupo de Bioinformática. Los jóvenes que se presentaban a examen esa mañana estaban en la primera fila. Dos de ellos miraban sus ensayos. Los otros tres me miraban a mí, y supe instintivamente que eran todos amigos. Justo detrás de ellos había un grupo de jóvenes apiñados, retrepados en las sillas, relajados. Todavía no había llegado su hora. No les había tocado la china. Solo habían ido para observar a sus compañeros y recopilar material para la sesión de cachondeo que tendría lugar un poco más tarde en el pasillo a grito pelado. Las siete mujeres de ese grupo estaban todas sentadas en las filas de atrás.

El joven que tenía más cerca se había sentado en el lateral y no tenía ningún papel ante sí; apoyaba una mano descuidadamente sobre el borde de la mesa, espatarrado y mostrando a las claras el paquete, en una posición tan obvia que me entraron ganas de reír. Lo miré a los ojos fugazmente para demostrarle que no me dejaba intimidar, y él me devolvió la mirada al instante. Tenía un bonito cabello moreno, muñecas sólidas y manos grandes y recias. Ya había vivido ese escenario o alguno parecido varias veces anteriormente, pero al sentarme, alisarme la camisa y sacar la carpeta del bolso me di cuenta de que ese día estaba particularmente receptiva. Y los jóvenes, tan rebosantes de testosterona, parecían perritos en celo. No podían evitarlo. Lo que me pareció más gracioso, tanto como para anotar la fecha, la hora y el lugar exactos en mi libreta, era pensar que si alguien, y mucho más yo, les hubiera dicho a esos jóvenes que estaban respondiendo ante mí a nivel sexual se habrían horrorizado. Al fin y al cabo, podría haber sido su madre. Pero aun así no podían evitar aceptar el desafío. Ahí estaba yo, una mujer de mediana edad en una situación ante la que tenían posibilidad de pavonearse. Tal vez incluso alguno de ellos fantaseara con una Mrs. Robinson, o se sintiera intimidado por las chicas de su edad y prefiriese algo más maternal; pero, aparte de estos factores, algo les hacía reaccionar ante mí al nivel más elemental, aunque lo único que los animara fuera que después podrían jactarse de ello: «Esa examinadora cree que va a follarme con su bolígrafo rojo, pues yo me la follaré a ella». No era más que una simple agresión por su parte, en realidad, un comportamiento de chimpancé. Me divertía. A fin de cuentas yo estaba a salvo, en una posición de poder.

El chico alto se quedó mirándome toda la mañana de una manera tan obvia que empecé a preguntarme si George y Sandra no lo llevarían aparte después para reprenderlo. De vez en cuando se inclinaba a un lado para susurrar algo al chico sentado junto a él, un chaval más bajito, rubio y con unos astutos ojos grises. «Mira,

nene —me entraban ganas de decir—, ya soy muy vieja para ofenderme por estas cosas.» Esos muchachos creían que sus firmes y robustos cuerpos me descolocaban, pero a la hora de la verdad, por así decirlo, yo estaría leyendo sus ensayos y los evaluaría en base a lo firmes que fueran sus conocimientos de análisis secuencial. «Chicos, chicos —tenía ganas de decirles—, la técnica es mucho más importante que el aguante.»

Comenzaron las presentaciones. El primero fue un chico muy bajito que llegó al atril tosiendo. Antes de empezar dio varios sorbos a un botellín de agua para calmar los nervios y manoseó ansiosamente el ratón del ordenador. Al final, apareció en pantalla el título de su presentación en Powerpoint: «Uso de las enzimas restrictivas en el aislamiento de cósmidos y plásmidos: ¿Un nuevo enfoque?».

Tras la tercera presentación hubo un descanso. La mayoría de los estudiantes se quedaron en sus sitios. Dos de las chicas salieron y volvieron con una Coca-Cola Light cada una. Yo me excusé y fui al baño para no tener que hablar de tonterías con Sandra y George. Ya tendríamos tiempo suficiente a finales de semana. Después de lavarme las manos en aquel baño frío y gris, me acerqué al espejo salpicado de manchas y me pasé la punta del dedo corazón por los ojos, en los que había una mancha de perfilador apenas detectable tras mi paseo bajo la lluvia. Volví a pintarme los labios. Me pareció patético y me reí de mí misma mientras lo hacía, pero no pude resistir ese pequeño acto de vanidad. Qué obvios y tontos somos todos los humanos. Incluso yo. Especialmente yo.

Cuando volví al aula, mientras me acercaba a nuestra mesa, George me sonrió y dio un golpecito en la silla, invitándome a sentarme. Sandra dijo:

—Pues sí, un día más, un dólar más.

—Todavía no —musitó George.

Terminamos justo antes de que diera la una. George y Sandra me llevarían a almorzar el viernes, así que podía marcharme sin que resultara una ofensa. Daba la casualidad de que tenía una semana bastante cargadita. Debía hacer la declaración de la renta y era mi primer año con la contabilidad anual. Rellenar ese impreso sin sentido me sentaba como una patada en el estómago. Y además, tenía que recoger ropa de la tintorería antes de pasar por casa.

Cuando bajaba la escalinata del edificio, después de haberme despedido de George y de Sandra en el vestíbulo, vi que el chico rubio me esperaba apoyado contra la barandilla de la izquierda, con los brazos cruzados y el casco de la bici colgando del dedo. Aminoré el paso y el chico me escrutó con sus ojos grises. No hizo ver que el encuentro era accidental, me dedicó una media sonrisa de reconocimiento y se apartó de la barandilla sin apoyar las manos, con el simple balanceo de su cuerpo. A pesar de que era diciembre, llevaba gafas de sol a la cabeza supongo que con el pretexto de que lucía un tímido sol invernal. Me pregunté si se acordaría de ello

cuando se pusiera el casco.

Lo saludé al pasar con un gesto de la cabeza y caminé hacia la calle. El chico me siguió, apresurándose para seguirme el paso.

—¿Qué le han parecido las presentaciones?

Lo miré con una cara que pretendía ser severa, pero sospecho que quedó en una mera ironía.

—No esperarás que te lo cuente, ¿verdad?

—Yo creo que han estado todas muy bien —dijo el chico del cabello rubio—, aunque creo que Sundeep no ha llegado a la raíz de por qué el análisis de datos de alto rendimiento ha transformado nuestra manera de secuenciar. No es solo por la velocidad, ¿verdad?

Mantuve un silencio diplomático.

—La hemos buscado en Google, obviamente —dijo con naturalidad—. Sandra y George dieron tanta importancia a que usted fuera la examinadora externa que, en serio, cualquiera habría pensado que vendría la reina. Así que todos la hemos investigado y he de decir que su currículum es realmente impresionante.

—Gracias —dije, pensando que mi voz reflejaba sarcasmo, pero aunque él lo hubiera notado no cambió de tono.

—Básicamente tiene el trabajo de mis sueños —continuó—. De hecho, estaba pensando si podría ir al Instituto Beaufort a consultarle algunas cosas. —Pasamos ante algunos de sus amigos y el chico alzó la mano para saludarlos. A las dos chicas que estaban al frente del grupo les entró la risa floja. Cuando los dejamos atrás, añadió en voz baja, casi en un susurro—: Le estaría extremadamente agradecido.

Habíamos llegado a la calle principal. El rugido de los taxis y los autobuses se hizo presente de inmediato. Me volví hacia él con firmeza y dije mientras señalaba calle abajo:

—Yo voy por allí.

La despedida no podía ser más obvia. El mundo de la ciencia es, como cualquier otro, cuestión de tener un padrino, de que el catedrático de turno dé esas brillantes referencias a la institución adecuada en el momento apropiado, de que el jefe de laboratorio te asigne tu propio rincón para investigar justo cuando lo necesitas. Pero, por más moralmente sospechoso que sea el patronazgo, sigue existiendo la convención de que hay que ganárselo.

Se quedó mirándome.

—Sabría agradecerse —dijo—, y le prometo que no haré más preguntas sobre lo que piensa acerca de los trabajos de los demás, ni del mío. Ya verá que soy muy...

Dejó las palabras en suspenso, pero lo dijo de tal forma que el sentido era bastante claro.

Se quedó en silencio, mirándome con sus grises ojos hambrientos abiertos de par

en par.

—Soy muy discreto —añadió.

Ay, la arrogancia de la juventud, pensé. Imaginemos por un minuto que quisiera tener una aventura —no, más bien un polvo rápido— con un chico al que doblo en edad. ¿Qué le hacía pensar que él sería el elegido? Si hubiese querido, habría podido liarme fácilmente con el fornido moreno, que se acercaba mucho más a la fantasía de un *boy* que su atrevido amigo. Pensé en decírselo a las claras a ese medio hombre rubio que tenía ante mí, pero algo en él, la inocencia de su mirada fálica y directa, me hacía sentir más conmovida que ofendida. Pero no halagada. Soy demasiado realista para sentirme halagada.

—Tengo una tarjeta —dijo de repente, como si acabara de recordarlo.

Al poco tenía la tarjeta en la mano y me la estaba dando, una simple tarjeta en blanco con su nombre, Jamie no-sé-qué, su correo electrónico y su teléfono, y por si no lo había captado todavía, siguió mirándome fijamente mientras me la entregaba. Eso es todo lo que necesitamos los humanos, una mirada. Los pavos reales despliegan las alas. Los orangutanes gritan. Pero el *Homo sapiens* ha evolucionado hasta el punto en que podemos reproducir la especie a partir de una larga y persistente mirada.

Le devolví la mirada fugazmente, esperando que la entendiera como una mirada vacía y evasiva, me metí la tarjeta en el bolsillo y me marché. Me dedicó una sonrisa, media en realidad. Sonreír abiertamente mientras me miraba así habría sido repulsivo, así que optó por la cautela. Me alejé de allí, pero no pude evitar volverme cuando me iba. Allí estaba, observándome desvergonzadamente en la esquina de la calle, mirándome con esa media sonrisa en el rostro, y yo, vanidosa de mí, correspondí con otra sonrisa.

Sé lo que estás pensando. «¿Eso es todo? ¿A eso lo llamas casi tener una aventura?» No parece demasiado según tu punto de vista, ¿verdad? Tú podrías tener una sesión de coito completa en el Parlamento y no te atreverías a llamarlo aventura. Una mirada insistente de un chico en la calle, ¿eso es todo?

Bueno, en realidad hubo algo más. No llamé a Jamie no-sé-qué, pero quiero que sepas que pensé muy seriamente en hacerlo, que lo planeé, lo imaginé, incluso lo ensayé. Esa noche me duché para él. Al día siguiente me vestí para él. No sé qué me deja en peor lugar, si mis razones para pensar en llamarlo o los motivos para no hacerlo. Razones para hacerlo: habría sido una interesante y apropiada venganza contra mi marido —ya contaré más en otro momento—. Habría sido un polvo, o una serie de polvos, sin complicaciones, porque Jamie perdería el interés muy pronto, de eso estaba segura. Después de todo, yo no lo atraía personalmente. Tan solo sucedía que no se había tirado a ninguna mujer mayor. Y yo aprendería algo por lo que tengo curiosidad desde hace tiempo. De joven, mi propio cuerpo desnudo era una de las cosas que más me ponían. Me encantaba darme baños largos, tomar el sol, mantener

la piel tersa. No es que fuera ninguna belleza, pero era tan narcisista como te enseñan a ser cada vez que pasas la página de una revista o ves la televisión. Desde que concebí a mis hijos, engordé y practiqué sexo solo con mi marido, así que solo he podido ver mi cuerpo a través de sus ojos, como él lo recordaba, no como era realmente. El sexo con ese chico supondría librarme de ese engaño. Podría verme a través de sus ojos; es decir, si yo consintiera en que lo viese. Probablemente preferiría hacerlo en la oscuridad, o mejor, estar completamente vestida. Tal vez ambas cosas.

Esto es lo que me interesaba: ¿sería suficiente la contemplación de su cuerpo, sin duda hermoso, para excitarme? ¿O tendría que seguir sintiéndome admirable para poder abandonarme? ¿Podría invertir la ecuación? ¿Podría convertirme en una *voyeur*?

Pensé en todo esto sentada en el metro mientras volvía a casa, y he de decirte que para el momento en que el tren llegó a mi parada había sido infiel un montón de veces en la cabeza y ya estaba pensando en lo que me pondría al día siguiente para alentar más las fantasías de Jamie con su madurita. Nada de esto me deja bien, pero creo que los motivos para decidir no llamarlo me dejan peor todavía. Cobardía, por supuesto, el simple miedo a haber interpretado mal las señales, a no ser más que una vieja demasiado fácil de halagar por la atención de un cachorro tan decidido, esa era la razón principal. También estaba el tema de que podría acabar con mi carrera como examinadora externa, o incluso ganarme un párrafo en algún tabloide. Abuso de poder, pensé. Pero al final lo que me contuvo era el hecho de tener que dar el primer paso. No podía obligarme a hacerlo.

Al día siguiente estaba de vuelta en el mismo edificio. Jamie hizo su presentación y fue más sólida que brillante. El chico alto moreno siguió mirándome, sus compañeros se apiñaban a su alrededor, impresionados con su bravuconería, y al final de la semana ya estaba cansada de sus juegos y pensé: Dejarme en paz para que pueda hacer mi trabajo. Estaba incluso agotada de la persistente mirada amistosa de Jamie. Durante el almuerzo del viernes con George y Sandra repasamos la lista por orden alfabético y todos pensamos lo mismo. Estaba claro que las dos estrellas eran un chico llamado Pradesh y una de las chicas, Emmanuela. Ambos habían optado por un tema original, pero no habían basado el trabajo simplemente en eso, lo cual era un fallo común en los estudiantes de posgrado. Habían sido meticulosos y metódicos, y sus presentaciones fueron buenas y firmes. Había un puesto prestigioso en juego para cuando acabara el año y sería para Pradesh o Emmanuela; es decir, si antes no les endilgaban un programa de doctorado, algo habitual en los estudiantes de posgrado con talento. Me pregunto si sería eso lo que hacía que los chicos de la primera fila fueran tan obvios. Tal vez sabían, en el fondo, que no saltarían al estrellato, que a pesar de su ambición y de su inteligencia, estaban destinados a un puesto como profesor o técnico en un instituto o una universidad de segunda, como mucho. Dudo

que una institución tan prestigiosa como el Beaufort aceptara a un chico como Jamie. Tal vez quisiera follarme porque sabía que yo ya lo había jodido a él, simplemente por lo que representaba.

En el momento en que te escribía esa segunda carta no imaginaba que esa mañana en la universidad pudiera vincularme a ti ante el tribunal, que pudiera trazarse una línea tan fina y sutil como el hilo que une la telaraña a un poste. Los hilos de la araña están hechos de proteínas, de seda de araña proteica, para ser más exactos. Es adhesiva gracias a las gotitas que recorren cada hilo, y lo interesante de esas gotitas es la sensibilidad hacia cualquier objeto que intente alejarse de ellas. Así, si una gota toca una superficie inanimada, por ejemplo, simplemente se adherirá. Pero cuando esa misma gotita la toca algo que intenta escapar, se vuelve elástica y se expande tras el objeto en retirada para agarrarse a él, casi como si lo persiguiera, podría decirse. Aquello carecía de relevancia, pero se crearían las condiciones para hacerlo relevante, como casi todo lo que he hecho en la vida, todo bien entretelado en una narrativa con el objetivo de cazarnos a nosotros, las moscas de la telaraña.

La siguiente vez que lo hacemos, como tal vez recuerdes, o no, es en un servicio de minusválidos al fondo de un pasillo, tras el comedor de personal de la Cámara de los Comunes. Primero tomamos té y pastel en la cafetería, que está en la planta baja y tiene vistas del río, pero huele como todos los comedores: a verduras demasiado hechas. Es tarde y fuera la luz empieza a desvanecerse. El cielo es gris, el Támesis resbala y se desliza como una balsa de aceite. Un grupo de trabajadores del servicio de catering, con sus chaquetas blancas y delantales azul marino, se relaja al fondo de la cafetería, dándose un respiro antes de la hora punta del almuerzo. Nos sentamos junto a la ventana y usas un tenedor de plástico para dividir meticulosamente en dos porciones el pastel de zanahoria. Al ver que dejo la mitad de la mía la despachas sin decir palabra. Bajo la mesa, una de tus rodillas se encuentra con las mías, que están juntas, en una posición recatada, y pide paso entre ellas. Se trata de un preliminar simple, pero efectivo.

Media hora después dejamos la mesa y vamos al fondo del comedor, pasamos el biombo que señala la zona exclusiva para parlamentarios y abrimos una puerta de madera que tiene inscrito en letras doradas: NO PASAR. Giramos a la izquierda, hacia un pasillo enmoquetado. Pasamos ante una habitación con la puerta abierta y te detienes a echar un vistazo. Es la típica habitación que podría utilizarse como estudio o despacho, pero temporalmente se usa como almacén. Una de las paredes está repleta de estantes a rebosar de cajas con carpetas. En una mesa, justo a la entrada, hay una ristra de lámparas de escritorio de latón con pantallas de cristal verde, unas veinte. Vuelves al pasillo. Por algún motivo esa habitación no sirve. El baño de minusválidos está a la vuelta de la siguiente esquina, al final de un pasillo sin salida, y es bastante elegante para ser un servicio: moqueta y revestimientos de madera. Descubro que sus variados asideros son muy útiles para impulsarse. Mientras lo hacemos, durante el silencioso período de mutua absorción en medio del proceso, me tomas por la barbilla y me vuelves el rostro con dulzura hacia el espejo. «Mírate en el espejo», dices. Y al principio yo intento revolverme, pero me coges con más firmeza y dices: «Mira». Así que miro, y veo nuestros cuerpos parcialmente desnudos, desaliñados y abandonados; el firme músculo de tu muslo; el mío, blanco, alzado y flácido; mi cara de asombro ante la incredulidad del momento. Entonces pegas tu rostro al mío, me coges de la barbilla y susurras a mi oído: «¿No te parece hermoso? Eres hermosa...».

Al día siguiente olvido el teléfono cuando salgo a almorzar con Susannah en Harrow-on-the-Hill, y al llegar a casa veo tus seis llamadas perdidas y cuatro

mensajes que empiezan por: «Buenos días...», y acaban con: «Así que me castigas con el silencio. ¿Qué he hecho para merecer esto? Dime». Cuando te llamo para explicártelo, encantada y entre risas, me preguntas quién es Susannah: mi mejor amiga; adónde hemos ido a almorzar: al nuevo restaurante malayo; si es guapa: sí enérgico; y si le gustaría hacer un trío: curiosamente no se me ha ocurrido preguntarle.

Los mensajes se suceden a lo largo del día. ¿He hecho alguna vez un trío? No, nunca. Si lo hiciera, ¿me gustaría con otra mujer o con otro hombre? Ni idea. ¿Cuál es el sitio más raro donde lo he hecho? Qué formal ha sido mi vida.

Al día siguiente te escribo un mensaje mientras espero en el andén del metro. Voy camino de una presentación en la Fundación para la Lucha contra el Cáncer sobre los cambios propuestos para la ley de financiación. Estoy pletórica por nuestras conversaciones del día anterior, pletórica por lo que estamos haciendo. Mi mensaje es alegre: «¿Qué tal? Hoy estoy en la ciudad, Charing Cross. ¿Comemos?». No contestas, pero enseguida llega el metro y entramos bajo tierra. Salgo en Leicester Square en lugar de cambiar a la Northern Line, con tiempo de sobra para llegar a las instalaciones de la fundación en Strand, esperando con toda el alma que aparezca tu respuesta en la pantalla. No llega. Enciendo y apago el teléfono. Nada. Sigo mi camino haciendo como que esto no me molesta. Eres un hombre ocupado. No pasa nada. Yo también estoy ocupada. Aún no sé qué haces para mantenerte tan ocupado, pero ¿qué más da? Tampoco tú sabes nada de lo que yo hago. A pesar de ello, me fastidia. ¿Por qué eres tan evasivo en lo que respecta a tu trabajo? ¿Funcionario? No te pareces a ninguno de los que he conocido, y no son pocos.

Entro en la presentación, dejo el móvil en la mesa frente a mí en modo silencio y lo miro de vez en cuando. Nada. La charla la da una mujer joven del departamento de Salud, que espera de pie a que llenemos la sala. Cuando cree que ha llegado la hora, se aclara la voz, nos mira y golpea con un bolígrafo el vaso de cristal que tiene sobre el atril. «Muy bien», dice con brío.

Nos habla desde el estrado acerca de los cambios inminentes en las políticas de financiación de la Seguridad Social, debido a la nueva ley en proceso que está abriéndose paso en el Parlamento poco a poco. Después tendremos la posibilidad de preguntarle, y algunas de las preguntas serán hostiles, ya que los científicos se resisten al cambio, como cualquier otro tipo de personas. Hay unos treinta y cinco científicos en la sala. Algunos, como yo, representan a instituciones; otros, a las universidades, todas ellas afectadas por la nueva legislación. Conozco prácticamente a la mitad de los asistentes, aunque esta mañana en particular he optado por sentarme sola. No tengo ganas de cháchara.

En el descanso para el café te mando otro mensaje: «Eh, hombre ocupado, dime sí

o no. Tengo planes para más tarde». En realidad no tengo planes después de la presentación y no es que esté especialmente atareada este día, pero eso tú no lo sabes. Estoy mosqueada. Tal vez me equivocara al preguntarte si querías comer. Tendría que haberte dicho: «¿Te apetece un polvo rápido?». Así habrías contestado.

Tras el descanso para el café comienza la sesión de ruegos y preguntas, pero estoy tan irritada por tu silencio que no escucho lo que se dice, y esa distracción conlleva cierto grado de inseguridad que me hace mirar a la eficiente joven que tengo ante mí y preguntarme, a modo de experimento, cómo la verías tú. Antes de lo ocurrido entre nosotros habría observado que es atractiva y punto. Cuando se tiene una hija ya mayor tan encantadora como la mía no puedes obligarte a tomarla con las mujeres jóvenes y guapas. Después de todo, sabes lo que tienen que pasar. Sabes lo inseguras que se sienten acerca de sus encantos, lo vulnerables que son por dentro. Despiertan tu instinto protector, a pesar de que a ellas les horrorizaría pensar que necesitan protección. Pero esta mañana miro a esa joven a través de tus ojos, a través de los ojos de un hombre con un impulso sexual irrefrenable. Dime, querido, ¿es difícil ser como eres? Al fin y al cabo, el mundo está lleno de chicas hermosas, y por todas partes se ven imágenes de mujeres dispuestas. ¿No es tu vida un tormento perpetuo? La observo como lo harías tú, y seguramente como también la observan algunos hombres de la sala. Viste con el uniforme de las jóvenes funcionarias emergentes, es decir, las de la nueva hornada: pantalones negros, chaqueta ajustada a juego, camisa de color pastel escotada que revela un cuerpo voluptuoso; el atuendo de una mujer que de momento lo tiene todo y no ve motivos para dejar de hacerlo. Tiene el cabello castaño, bien cortado, escalado. Se le agita cuando mueve la cabeza. Parece desinhibida, segura de que su inteligencia y su buen hacer son suficientes para llevar a cabo la rutinaria tarea de presentar datos ante una sala llena de científicos —varios de los cuales le doblan la edad—, convencida de que intelectualmente es nuestro igual. Parece una joven de las que nunca vacilan al anunciar sus logros como continúan haciendo las mujeres de mi generación para nuestra vergüenza, una joven que siente, con razón, que no tiene nada que demostrar.

Cuando concluye su exposición y anuncia el turno de preguntas, una parte de mí quiere aclamarla y otra parte quiere llorar.

La miro imaginándome que soy tú. Me imagino ignorando el trabajo que ha hecho en la presentación, o solo siendo capaz de verla a través de la bruma del deseo sexual. ¿Es así como se comportan los hombres? Me intriga sinceramente. Imagino que la deseas tanto como a mí, o mucho más. Se me ocurre entonces que a una jovencita tan adorable jamás la llevarías a un baño de minusválidos, ni entrarías con ella de la mano en la capilla de la cripta, o la meterías en una sala de almacén. ¿Qué pensaría ella de un hombre de mediana edad que se comporta de esa manera? La idea me inquieta terriblemente, pero en ese momento el hombre que está mi lado alza la

mano y comenta: «No estoy seguro de estar de acuerdo con el último punto. Creo que deberíamos preguntar a mano alzada quién de los presentes tomaría una decisión así sin ninguna referencia». La joven arquea las cejas y su mirada inquisitiva nos invita a votar. Mis compañeros se miran unos a otros. Yo frunzo el entrecejo como si no pudiera decidirme. Con mucho esfuerzo, te alejo de mis pensamientos.

Vuelvo caminando lentamente al metro de Leicester Square con el teléfono en la mano. Lo reviso una última vez antes de bajar la escalera. Podría escribirte de nuevo, o llamarte, pero decido marcharme a casa como castigo. Cuando esté en el metro me enviarás un mensaje con muchas ganas de comer conmigo y no obtendrás respuesta. Me llamarás y te saldrá el buzón de voz. Maldecirás por haber dejado escapar la oportunidad. Tal vez te preguntes qué hago, con quién estoy.

El vagón en el que entro está más vacío que de costumbre y consigo un asiento en el que me dejo caer con un suspiro. Frente a mí hay tres adolescentes mascando chicle, un cúmulo de coletas despeinadas, pendientes de aros y dientes, gritando y empujándose unas a otras, y yo observo lo gritonas y bellas que son, pensando en mi hija y en sus amigas cuando tenían esa edad en la que desprendían ruido, luz y lealtad hacia su amistad, y también en la joven funcionaria y en cómo efectivamente el mundo está repleto de muchachas como estas que a buen seguro hagan enloquecer a hombres como tú por el simple hecho de que nunca podréis poseerlas.

Recuerdo que me dijiste que era hermosa. En el servicio para minusválidos me dijiste que mirase al espejo, y yo sonreí por nuestro desaliño y la pinta que teníamos, medio desvestidos y unidos por la entrepierna, algo sexy y ridículo al mismo tiempo. Volví la cara tímidamente. Tú me volviste la cabeza suavemente con las manos y susurraste: «¿No te parece hermoso? Eres hermosa». Recuerdo esto sentada en el metro con un deje de desesperación. Intento calmarme y ser positiva, pensar en mis puntos a favor: mi cabello todavía es abundante, no me han salido arrugas en el cuello. ¿Hermosa? Tengo cincuenta y dos años. Boba, pienso entonces. Estas son las dos cualidades que ve en ti: disponibilidad y disposición.

Camino hasta casa desde el metro pesadamente. Ni una llamada ni un mensaje. Gracias a Dios no hay nadie en casa. Me quito el abrigo y dejo los zapatos en una esquina, esforzándome por no mirarme en el espejo. Boba. Tienes la barriga abultada flácida, las tetas caídas, pareces un fante. ¿Crees que habría algún hombre de cualquier edad que se decidiría realmente por ti? No seas estúpida. Ve algo en tus ojos, eso es todo, y no es precisamente belleza. Es consentimiento.

Voy a la cocina y picoteo de los armarios y el frigorífico: un pastel de arroz, un poco de humus caducado, uvas y yogur. Pongo el teléfono en la mesa de la cocina para evitar mirarlo cuatro veces por minuto. Al final voy al cuartito que llamamos alacena y encuentro una vieja lata de cerveza llena de polvo a temperatura ambiente. La sirvo en un vaso y le pongo cubitos de hielo, lo cual provoca que la cerveza suelte

espuma como si de un experimento de laboratorio se tratase. Aun así, pienso que es mejor eso que abrir una botella de vino a esa hora del día. Cojo mi cerveza caliente con sus tintineantes cubitos, entro en el salón todavía vestida con la ropa del trabajo y me tiro en el sofá. Me pongo a zapear de un programa de telebasura a otro, algo que normalmente no hago.

Al final, subo la escalera y abro otro archivo para escribirte una carta, pero no paso de la primera línea.

Querido X:

No creo que pueda seguir haciendo esto.

Al día siguiente me llamas y me muestras indiferente. No me das ninguna explicación por tu silencio del día anterior y yo decido no preguntar. Por el modo en que hablas, despreocupadamente, doy por sentado que ayer era ayer, estabas ocupado y no viste motivos para justificarte o disculparte. ¿Qué tal hoy?, quieres saber. ¿Dónde estoy? Admito que iré a la ciudad más tarde y dices: «Genial, podemos quedar para tomar café a eso de las tres en la pastelería de la esquina de Piccadilly, justo después del Fortnum». Dices que si soy buena me dejarás que te invite a un pastel.

Llegas tarde. Entras distraído, sin duda con algo todavía rondándote la cabeza, suspirando, sonriendo y pidiendo al tiempo que te sientas: «Espérame un momentito. Enseguida estoy contigo». Entonces sacas tres teléfonos y revisas cada uno de ellos antes de metértelos uno por uno en su bolsillo respectivo. Nunca he conocido a nadie que tenga tantos aparatos electrónicos como tú. ¿Qué haces exactamente? Y ¿por qué eres siempre tan esquivo?

Cuando acabas te quedas mirándome. Es una costumbre que me excita al tiempo que me perturba. Justo en el momento en que pareces distraído y tengo libertad para mirarte, dejas lo que estés haciendo y me devuelves la mirada, cogiéndome en flagrante delito y dándole la vuelta a la tortilla. De repente ya no soy yo la que observa, sino la observada, que no es lo mismo.

—Estaba pensando —digo antes de que preguntes— que nunca había conocido a nadie que tenga tantos aparatos para comunicarse como tú. ¿Para qué necesitas tantos? ¿A qué te dedicas exactamente?

Me diriges una mirada suspicaz.

—¿Sabes qué? Es muy extraño que me preguntes eso precisamente ahora.

—¿Por qué?

—Porque tengo algo para ti —dices.

Levantas un dedo como pidiendo que aguarde un momento, te inclinas y coges tu maletín. Abres los dos cierres automáticos con los pulgares al mismo tiempo y, a

pesar de mi resolución de mostrarme indiferente, me excito al pensar en lo que han hecho esos pulgares recientemente, los sitios en los que han estado. Abres el maletín, pero no puedo verlo porque está en tu otro lado. Sacas algo de él, vuelves a cerrarlo y a ponerlo en el suelo.

Lo colocas sobre la mesa, entre ambos: un teléfono móvil pequeño y barato. Lo miro y lo empujas hacia mí.

—He comprado la misma marca que tienes para que no necesites otro cargador. —Me quedo mirándolo—. Es para ti —dices—, un regalo. Entiendo que no sea lo mismo que unos pendientes de perlas o un CD recopilatorio de éxitos románticos de los ochenta, pero es todo tuyo.

Lo cojo.

—¿Para qué es? —pregunto estúpidamente.

—Creo que tradicionalmente se usa para llamar y enviar mensajes de texto, pero supongo que también puedes hacer malabares con él o usarlo para calzar una mesa coja, o...

—Sí, ya vale, listillo...

Noto con placer que estamos en el punto de poder burlarnos el uno del otro.

—No, en serio —dices, mirándome fijamente—. ¿Puedes guardarlo en un lugar seguro? —Alzo las cejas—. Estás un poco espesa hoy, ¿no? —comentas—. Mira, es como cualquier teléfono de tarjeta, solo que este sirve para un único fin. —Cojo el teléfono y le doy la vuelta, como si fuera a convertirse de repente en una pistola en miniatura—. Es para llamarme —dices, inclinándote sobre la mesa. Bajas la voz y miras a tu alrededor. No me queda la menor duda de que la conversación se ha vuelto seria—. Encontrarás un número en la agenda, un número de teléfono nuevo. A partir de ahora llámame a ese número y solo a ese. ¿De acuerdo?

Te miro.

—De acuerdo —digo en voz baja.

—Le he puesto algo de crédito, pero tarde o temprano tendrás que ponerle más. Cuando lo hagas, ve a una tienda de la ciudad, no lo hagas cerca de tu casa ni de donde trabajas. Nunca vayas dos veces a la misma tienda.

Tengo ganas de soltar algún chiste, de volver a bromear, pero tu gesto me dice que sería inapropiado. Quieres darme a entender que lo dices en serio.

La acusación jamás encontró los teléfonos. Me quitaste el mío en el coche el día que sucedió y te deshiciste de ambos, nunca supe dónde, en algún desagüe tal vez, o en una papelería. Eso sería lo que yo habría hecho en caso de tener que deshacerme de ellos.

—¿Cuál es tu dirección de correo? —pregunto.

Parece una pregunta extraña, ahora que acabas de darme un teléfono de prepago, pero al pensar en las cartas que te he escrito y en cuánto contacto se tiene ahora a

través del correo electrónico, me parece raro que no lo hagamos. Al fin y al cabo, debes de tener un correo electrónico.

Niegas con la cabeza.

—El correo electrónico deja un rastro.

—¿Y quién iba a molestar? —pregunto yo, riéndome con escepticismo.

Disfruto con todo este subterfugio, pero no puedo evitar pensar que supone darse demasiada importancia. Conjeturo que es un halago para la naturaleza de nuestra relación; le añade más adrenalina a lo que hacemos, pero no es necesario, ¿verdad?

Te retrepas un poco en la silla, miras alrededor y vuelves a inclinarte sobre la mesa. Me miras con seriedad y dices:

—¿Tu marido es desconfiado?

De repente acude a mi cabeza la imagen de mi marido, tal como lo encontré el domingo anterior a las nueve de la mañana en su despacho, con la cabeza gacha sobre el escritorio. Al otro lado del escritorio estaba la ensalada que le había llevado dos horas antes. Había entrado en su despacho en silencio para llevarme el plato. Me comunicó por señas que podía llevármelo, elevando el pulgar, como diciendo: «Estaba bueno, gracias», sin percatarse de que no se había comido lo que había en él. ¿Desconfiado? ¿Mi marido? Cuando trabaja en un nuevo ensayo podría invitar a un equipo de rugby al completo para hacer una orgía en el pasillo y no se daría cuenta de nada.

—No, no es desconfiado —digo.

—Y si encontrara esto en tu bolso, ¿cuál sería tu coartada?

Resoplo levemente.

—¡Jamás miraría en mi bolso! ¡Jamás en la vida!

—¿Qué dirías como coartada? —insistes.

—Mira —digo, sonriendo—, afortunadamente no somos ese tipo de pareja. No miramos en los bolsos del otro. No revisamos las facturas de las tarjetas de crédito del otro. Nunca lo hemos hecho. Ni tan siquiera cuando... bueno, en ningún caso. Simplemente no podría hacerlo, y él tampoco. Es... es... —Busco la palabra adecuada—. Bueno, es indigno. Si encontrara ese teléfono en mi bolso, la conversación sería: «¿Qué coño hacías mirando en mi bolso?».

—Escucha —dices, suspirando un poco con impaciencia—. La pregunta no se refiere a la probabilidad de que descubran el teléfono, sino a lo que dirías en el improbable caso de que lo encuentren. La historia tiene que salir de tu boca de modo natural, inmediatamente. Si la inventas en el acto habrá una pausa, por momentánea que sea, inseguridad en tu tono de voz, y por esa pausa tu marido sabrá que estás mintiendo.

—No conoces a mi marido.

Me miras como un profesor de matemáticas hastiado miraría a un pupilo brillante,

pero testarudo, que se niega a entender un cálculo por voluntad propia.

—Vale, vale —digo, alzando las manos—. Le contaré que uno de mis colegas del trabajo lo dejó en mi escritorio durante una reunión y que llevo semanas o meses con él en el bolso intentando recordar que tengo que devolvérselo.

—Eso está bien —contestas—, explicaría por qué estaba en tu bolso desde hacía tiempo. Meses atrás sería mejor todavía. Guárdalo en un bolsillo, un bolsillo con cremallera. Luego dile que la reunión fue hace unos meses. Tu compañero pensó que había perdido el teléfono y canceló la tarjeta, por eso no se lo has devuelto todavía. Debe de llevar meses en tu bolso. No te habías dado cuenta. Así, si mira tu bolso regularmente y lo ha encontrado más de una vez, estarás cubierta.

No puedo evitar sonreír ante lo absurdo de todo esto, ante la idea de que mi marido rebusque en mi bolso, y mucho menos varias veces, pero me distrae el infinito placer que insinúa la idea de... meses. Ha dicho meses. Piensa que esto puede durar meses y meses.

En ese momento tan apropiado suena mi teléfono, es decir, mi teléfono habitual. Estaba revisando el correo mientras te esperaba y ha quedado sobre la mesa. La pantalla se enciende, la miro y veo la palabra «Privado» superpuesta a la fotografía de graduación de mi hija en la que se ve a mis dos chicos juntos.

Lo ignoro, doy un sorbo al café, y tú me miras y dices con una sonrisa forzada:

—¿Por qué no contestas?

Me encojo de hombros.

—Es un número oculto. Llamada de trabajo o publicidad.

El teléfono deja de sonar. Lo miro: «Llamada perdida». Varios segundos después, la pantalla se oscurece.

Te recuestas en la silla de nuevo, mirándome.

—¿No quieres saber quién era?

Suelto una risotada.

—No, estoy hablando contigo. Si es importante dejarán un mensaje.

Coges mi teléfono y lo miras.

—Por ahora no llega ningún mensaje.

—Bueno, tal vez tarde un minuto. De lo contrario es que no era importante. Las recibo cada dos por tres; ¿tú no?

—¿El qué?

—Llamadas de números ocultos.

Esto es cierto. Por alguna razón, durante los últimos meses he recibido muchas más. Cuando contesto no hay nadie al otro lado, solo el espacio vacío de una conexión fallida. Supongo que mi número de teléfono habrá acabado en algún listado publicitario, como pasa con los correos electrónicos de vez en cuando.

Estás un tanto circunspecto.

—¿Con cuánta frecuencia recibes esas llamadas?

Me encojo de hombros otra vez.

—Varias veces a la semana. Más tarde suele llegarme un mensaje de trabajo, a veces al día siguiente, lo cual resulta bastante molesto. Otras veces no llega nada. Un par de veces he recibido cinco o seis del tirón y luego pasan dos semanas sin que reciba ninguna. ¿Por qué? No es tan raro, ¿no?

Escuchas esto con atención, más de la que me habría gustado, ya que no es algo que me inquiete. Recibo, como todo el mundo, publicidad de compañías de seguros que se ofrecen a compensarme por accidentes que nunca he tenido, llamadas de gente que quiere cambiarme el plan de telefonía justo después de que acabe de hacerlo, correos de generales del ejército estadounidense que quieren depositar miles de dólares en mi cuenta bancaria, asociaciones médicas que se ofrecen para alargarme el pene, catálogos de ropa que llegan a través de la puerta, o tres folletos diarios de pizzerías a domicilio. ¿Cuántos servicios de pizza a domicilio puede haber en el oeste de Londres? Todos somos acosados a diario, acosados por correo basura, electrónico y ordinario, acosados a discreción con peticiones interminables. Esa rara «Llamada perdida» tampoco es como para alarmarse.

Me miras desde tu asiento con una expresión de seriedad injustificada.

—¿Cuándo fue la primera llamada? —preguntas.

—¿La primera sin mensaje, quieres decir? ¿La primera de la que pensé que era publicidad? —Me encojo de hombros—. Después de Navidad, creo, en Año Nuevo... Mira... no es para...

—Entonces, no era yo —dices con una sonrisa nada divertida—. Será un amante secreto anterior.

Ah, entiendo... pienso, comprendiéndolo de repente y sonriéndote con dulzura. Aunque no me devuelves la sonrisa me pongo contenta, porque es el segundo gol que te meto esta tarde. Es la misma sensación de inesperado placer que he sentido cuando has dicho «meses». Estás celoso. Como llamar desde un número oculto sería propio de ti, supones que esas llamadas perdidas son de alguien como tú. Me encantan los hombres, pienso. Me miras con un interrogante, frunciendo un tanto el entrecejo, y a la vista de tu patente fastidio las inseguridades del día anterior se evaporan. ¿Tendré que andarme con juegucitos para que mantengas el interés? No es mi estilo. Aunque lo cierto es que nada de todo esto es mi estilo.

Cojo el teléfono de prepago y le doy la vuelta sobre mi mano. Es mucho más pequeño que mi teléfono habitual. Cabrá en un bolsillo sin ninguna dificultad.

La historia sigue, durante seis semanas, tú y yo, en una embriagadora nube. Quedamos para follar. Quedamos para tomar café. Nunca quedamos para comer porque siempre estás ocupado a esa hora, y tampoco quedamos para cenar porque no podemos vernos por la noche. No tengo ni idea de qué te gusta comer. Tal vez no comas nada. No sé las películas que te gustan ni los libros que lees, tampoco si tocas algún instrumento musical. Follamos, tomamos café, hablamos. Apenas comentamos nuestra vida conyugal, ni llamamos a mi marido o a tu mujer por su nombre. De vez en cuando hablamos de las relaciones en general o de algún amante del pasado, pero nuestro tema de conversación suele ser uno solo: nosotros, lo que hacemos, lo que pensamos y sentimos el uno por el otro.

Entre encuentro y encuentro me muero de deseo y te escribo una carta tras otra en el ordenador. Agradezco que hayas rechazado el contacto por correo electrónico porque a las pocas horas de escribirlas me abochorna lo que revelo de mí misma, mis míseros intentos de parecer fría y analítica al tiempo que me descubro como todo lo contrario.

No siempre manejo bien lo que pasa por mi cabeza.

Un día quedamos fuera de Portcullis House, un edificio al que ahora tengo cierto aprecio. Hace un rato que ha acabado la jornada —por algún motivo trabajas hasta tarde—, pero aun así me haces esperar media hora y como de costumbre no te disculpas cuando llegas. Se nota que sigues pensando en la causa de tu retraso. Me ofreces esa media sonrisa tuya y permaneces en silencio. Genial, pienso. Pues tampoco yo voy a iniciar la conversación. Tal vez también tenga cosas en la cabeza.

Bajamos la escalera y giramos a la derecha, hacia el metro de Westminster. Hay una cafetería minúscula allí en la que ya hemos estado, con dos taburetes en la ventana. Ha anochecido y hace frío para esta época del año. Hay grupos de turistas vestidos con demasiado optimismo que se guarecen entre sí y ocupan la acera. Nos abrimos paso entre ellos. El cubo plateado de la entrada del metro traga y regurgita trajes. Casi hemos llegado allí cuando me coges del brazo y me haces dar la vuelta por donde hemos llegado: «Caminemos junto al río», dices. Es la primera vez que abres la boca para hablar.

Damos la vuelta a la esquina y volvemos a pasar por la puerta de Portcullis House. Al otro lado del río, el London Eye se ilumina intermitentemente con luces azules brillantes, un círculo de cuento de hadas que se enciende lentamente ante el cielo gris y púrpura. Bajamos por Embankment todavía en silencio, sin prisa, junto a hileras de autobuses de turistas vacíos aparcados en batería. Tras ellos, la masa de

visitantes disminuye y las calles se vuelven más accesibles. Pasamos ante la entrada trasera del edificio de ladrillos rojos rectangular de la comisaría central, con ese farol fuera que siempre me hace sonreír, el anticuado farol de la policía, como en las series *Dixon of Dock Green*, *Z-Cars*... En aquellos tiempos el crimen no se pagaba, no cuando uno tenía que vérselas con un dial para quitar el ruido a la pantalla de televisión en su caja de caoba, no en los tiempos del blanco y negro. Ahora todo es delgado como el papel de fumar y de colores brillantes, tan diáfano e inmediato que resulta insultante: ves los poros de la piel de los presentadores de las noticias bajo su maquillaje naranja. Últimamente también advierto que todo es mucho más ambiguo. Hoy en día el crimen se paga, vale. Al menos esa es la sensación que tengo en este preciso momento, caminando con un hombre con quien no debería estar.

Paseamos tranquilamente hasta llegar a la entrada trasera del Savoy y traspasarla, fuera del mundo de los turistas, para adentrarnos en el de los edificios gubernamentales. Tras unos minutos —todavía no hemos hablado— llegamos a los jardines de Victoria Embankment, apartados de la carretera y el río, una estrecha franja de parque por la que serpentea un único pasaje jalonado de bancos. Ahora que la noche se acerca todo queda para nosotros. En la carretera, todavía visible a través de los arbustos que delatan la inconsistencia de la primavera, ruge la marabunta de taxis negros, camiones y utilitarios que conforman la bruma de contaminadores del centro de la ciudad. A su espalda, el río se apresura para seguirles el ritmo. Dejamos a la derecha un estanque rectangular con nenúfares. Tras él, una señal advierte: PELIGRO. AGUAS PROFUNDAS. Un poco tarde ya para eso.

Unos cuantos metros más allá está la estatua de la mujer que llora. La he visto antes, es una estatua que no pasa desapercibida. Hay un pedestal de piedra ordinaria con un busto de bronce: ARTHUR SULLIVAN, 1842-1900. Lo típico de los parques de todo Londres: filántropos olvidados, compositores o escritores, generales, exploradores y pedagogos; nuestros antepasados victorianos. Pero esta estatua es diferente, porque hay una mujer joven, también de bronce, apoyada en la piedra. Da la espalda a los paseantes y llora apoyada contra la base, con un brazo estirado hacia arriba y el otro flexionado para ocultar el rostro tras él. Su cuerpo perfecto y liviano descansa en actitud de absoluta desesperanza.

Me detengo. Tú también lo haces, y ambos, todavía en silencio, miramos la estatua de bronce de la joven, la curvatura de sus pechos altos y firmes —es un desnudo clásico, por supuesto—, la túnica recogida sobre la cintura, el cabello a medio arreglar cuyos rizos caen por su espalda. Pienso en que su desesperanza es la de la juventud. Ella es todas esas estudiantes de primer año que se despiertan el domingo por la mañana y recuerdan que en la fiesta de la noche anterior el joven al que aman marchó cogido del brazo de otra. Son quienes piensan que la desesperación es un país en el que están atrapadas, un desierto en el que morirán de sed. Recuerdo el

desamor a esa edad, lo acaparador que era. Me pregunto si todavía soy capaz de sentir desamor. Tengo cincuenta y dos años. Cualquiera persona de mi edad sabe que todo pasa. Si la naturaleza transitoria de nuestros sentimientos significa que el verdadero desamor es imposible, ¿en qué lugar queda entonces la felicidad?

Hay algo en ella que nos hace detenernos para mirarla. Apenas hemos hablado todavía. Das unos pasos junto al lateral del pedestal y lees la inscripción. Me reúno contigo y la miro mientras lees en voz alta:

¿ES LA VIDA UNA BENDICIÓN?
SI LO ES, DEBE SUCEDER
QUE LA MUERTE CUANDO NOS LLAME
LLEGUE SIEMPRE DEMASIADO PRONTO

Por la mitad del poema, desde la base del pedestal hasta prácticamente el centro, corre una larga veta de moho verde.

—Es la muerte lo que la perturba —murmuro—. Siempre había pensado que era el amor.

—En realidad, según el poema, no hay alternativa —dices tú—. O bien la vida es una bendición, en cuyo caso todos deberíamos llorar porque la muerte llegará para arruinarlo todo muy pronto; o, bueno, la vida no es una bendición al fin y al cabo, sino el mismo asunto turbio de siempre.

Te miro.

—¿Y tú por cuál de las dos opciones te decides? —pregunto, intentando no sonar demasiado seria.

Me miras sin dejarte engañar por mi tono jocoso. Luego estiras el brazo y tocas un mechón de pelo que me cae por la barbilla, rizándolo entre tus dedos.

—¿Yo? —dices, mirándome fijamente—. Yo creo que la vida es una bendición.

Nos acercamos el uno al otro. Me tocas la cara con las manos, tus recias y cálidas manos contra mis frías y suaves mejillas. Alzo la cabeza y cierro los ojos.

Nos alejamos de la joven que llora sin decir palabra y al cabo de un momento estamos saliendo de los jardines. La estación de metro de Temple está bien iluminada; las cafeterías y los puestos de flores que hay fuera no se encuentran muy llenos, hace rato que pasó la hora punta y casi ha oscurecido. Justo después de la boca del metro giramos a la izquierda por una calle que se aleja del río llamada Temple Place. Más adelante se estrecha y pasa a ser Milford Lane, que acaba en un minúsculo patio con una entrada de ladrillos a través de la cual solo alcanzo a ver unos escalones de piedra.

—¿Se puede llegar a Strand desde aquí? —pregunto.

Nunca antes había estado.

—Sí —dices—. Va a dar justo debajo de los Reales Tribunales de Justicia.

Pero tú no estás pensando en la justicia, ni en las luces brillantes del Strand. Te vuelves hacia mí. Me tocas el pelo por detrás de la cabeza con una mano y pones la otra sobre mi hombro. Te echas sobre mí para besarme y me haces tropezar contra el muro, a la derecha de la entrada que da a los escalones. Dejo escapar un gemido involuntario.

Te detienes y miras alrededor con ese gesto de intensidad en el que ahora reconozco lo que antes tildaste de «evaluación de riesgos». A nuestra derecha hay un edificio, pero sus ventanas no están en este lado. Al otro lado —sigo tu mirada hacia arriba— hay una cámara de vigilancia, pero se dirige a otro callejón. Me besas, brevemente, con firmeza, y luego te apartas un poco para seguir mirando de un lado a otro, al tiempo que metes la mano bajo mi abrigo y me abres las piernas. «¡Oh!», digo, esta vez con un gemido de mayor resonancia, más profundo.

En ese momento es cuando arañamos los zapatos contra la piedra en un movimiento apresurado. Nos separamos de golpe, mi abrigo cae. Dejo escapar un bufido, entre divertida y alarmada, y un joven vestido de traje baja los escalones de piedra, corriendo hacia el metro sin dirigirnos la mirada. Estás dándome la espalda y el patio no está iluminado, así que no veo que hay un cigarrillo entre tus dedos hasta que te das la vuelta con una sonrisa en el rostro.

—¡No sabía que fumaras! —digo con la voz entrecortada por el miedo a que nos descubran.

—No fumo —dices, volviendo a guardar el cigarrillo—. Siempre tengo uno en el bolsillo izquierdo. Sirve para justificar muchas cosas: por qué estás fuera, por qué merodeas, y puedes acercarte a pedirle fuego a alguien si es preciso. Los periódicos también funcionan. Nadie se pregunta lo que hace alguien que está de pie leyendo el *Evening Standard*. No eres más que una persona leyendo el periódico.

Más pasos sobre la piedra, tacones esta vez; dos jóvenes con traje de chaqueta bajan los escalones hablando. Una de ellas me dirige una mirada despectiva al pasar, como si pudiera pensar mal de mí en caso de que se molestara en hacerlo.

Me coges del brazo. «Vámonos —dices—. Tenía intención de penetrarte, pero todavía hay demasiada gente por aquí.»

Cuando volvemos a la estación de metro me miras y dices: «Bueno», y me doy cuenta de que tu intención es dejarme aquí para que coja el metro y tú irte a otra parte. Vivo un momento de confusión; parece tener muchas ganas de irte. Pero no estarías pensado en salir corriendo en este momento si hubiéramos estado solos en ese callejón. Te centrarías en mí.

—Sí, claro —digo—. Cogeré el metro aquí. Ya nos veremos, hablaremos mañana. Doy media vuelta rápidamente. Estoy decidida a ser yo quien se vaya.

Apenas he dado uno o dos pasos cuando me alcanzas y me coges del brazo.

—Eh... —dices.

Nos quedamos parados contemplándonos el uno al otro. Miro tus zapatos. ¿A qué clase de estúpido juego estamos jugando? Somos dos personas de mediana edad. Es ridículo. Somos ridículos.

—Ya habías estado allí antes, ¿verdad? —musito, y solo al decirlo me percató de que eso es lo que me molesta en realidad.

Yo creía que deambulábamos por Victoria Embankment, pero tú sabías perfectamente adónde íbamos. Tenías un plan. Tal vez incluso llegaras tarde a propósito, consciente de que habría más posibilidades de usar ese callejón cuando se hiciera de noche.

Suspiras. Es un suspiro que me hace sentir pueril.

—Escucha... —dices, y me quedo esperando. Esta vez no pienso ayudarte fingiendo que me importa tan poco como a ti. De repente me niego a que te sientas libre de culpa—. Ya lo sabes, ahora ya me conoces... —dices.

Alzas una mano y te la pasas por los cabellos. Pones una cara un tanto suplicante. A nuestro alrededor la gente se apresura en ambas direcciones, personas que llegan tarde a casa. Nadie nos mira al pasar.

—¿Es eso? ¿Es eso lo que sueles hacer? —pregunto en voz deliberadamente baja. No quiero asustarte para que no me mientas.

—Pues, sí —dices—. Eso es lo que hago, lo que siempre he hecho...

—¿Cómo? ¿Es lo que te va?

—Sí, exacto. Es lo que me va. Supongo que es lo que me pone. Aparcamientos, baños públicos, exteriores, no sé. Imagino que...

Alzas las manos como si no pudieras evitarlo.

Tengo un millón de preguntas en la cabeza, empezando por: «¿Lo sabe tu mujer? ¿Haces lo mismo con ella, o lo has hecho alguna vez?». Y continuando con: «Entonces ¿cuántas aventuras has tenido antes de mí?».

Te encoges de hombros como un niño, me miras y haces una mueca.

—Simplemente, me parece, no sé, supongo que es por el peligro, el factor de riesgo, no estoy seguro. Mira, creo que es como una adicción, como la adrenalina. Hay un montón de gente que hace eso o cosas parecidas. Todo el mundo quiere asumir riesgos de vez en cuando, ¿no? Cuando miro a la gente con la que trabajo lo único que me pregunto es qué tipo de riesgo les gusta. Uno de mis compañeros sale a hacer parapente los fines de semana. Se rompe el cuello cada vez que aterriza. Tiene cuatro hijos. Al menos yo no me tiro desde un acantilado.

No, pienso con un poco de amargura, simplemente les pides a otros que lo hagan. Estamos en la boca del metro de Temple al anochecer y hace más frío del que debería a estas alturas del año. Se me ocurre que a mí no me pone la posibilidad de que nos

descubran, más bien al contrario. Lo que me pone es pensar en una habitación de hotel, sábanas blancas limpias, cojines cómodos y blandos, luces tenues, espejos solo para nosotros, anonimato y privacidad, estar en un lugar donde nadie pueda encontrarme, pero lo que digo es:

—Bueno, supongo que es una conversación que habrá que tener en otro momento.

—Tengámosla ahora —dices, y sonrío para mis adentros, porque lo único de lo que estoy segura es de que no hay nada mejor para retenerte conmigo que hacerte pensar que oculto información.

Me acuerdo de algo que una vez Susannah me dijo: «Hay cierto tipo de hombres cuyo único encanto reside en ser predecibles». Te repetiría la frase, pero sospecho que te parecería ofensiva.

—Vamos —dices, acercándote más a mí. Niego con la cabeza un poco, pero sonrío. Alzas un dedo y me das un golpecito en la frente, firme, pero cariñoso—. Entonces ¿qué está pasando ahí dentro? ¿Qué está pasando ahí dentro en este momento?

Miro a mi alrededor.

—Estamos muy cerca.

Me refiero a que estamos cerca de la zona en la que trabajas y que puede pasar alguien que te conozca. Pero estoy tergiversándolo. Antes, cuando nos besábamos en los jardines de Victoria Embakment, estábamos más cerca y no me preocupaba.

Te cruzas de brazos y pones mala cara, jugando al interrogador.

—Bueno, pues será mejor que me digas lo que pasa por tu cabeza o nos quedaremos aquí un buen rato.

—¿Qué significa? —pregunto, e incluso a mis oídos les parece una pregunta extraña—. El riesgo en el sexo. ¿Qué significa para ti?

Hay que decir en tu favor que te tomas la pregunta en serio. Te encoges de hombros.

—No significa nada, no lo pienso. Simplemente se trata de lo que me gusta, igual que hay a quien le gusta por las mañanas vestirse de forma elegante o hacerlo en la ducha. No sé, hay quien hace salsa de chocolate. No significa nada.

Un grupo de mujeres con tacones que salen de marcha pasan tan cerca que tienes que cogerme del codo y apartarme con cuidado, pero ninguna de ellas nos mira. Somos simplemente un hombre y una mujer que conversan antes de despedirse.

Estoy en un aprieto. Lo que de verdad quiero saber es si has llevado antes a alguna mujer a ese callejón tal como acabas de hacer conmigo, y creo adivinar que la respuesta es sí y que la última vez tuviste más éxito porque era más tarde. Pero no puedo preguntarte eso sin parecer insegura, y dentro de un momento descubrirás que lo estoy, y de repente no soy capaz de soportar la humillación y solo tengo una forma

de desviar la atención, así que digo:

—¿Quieres saber con qué fantaseo yo?

—Por supuesto.

—Con una abducción alienígena. —Te quedas mirándome con cara de estupefacción. —Sonrío y asiento—. Es verdad, fantaseo con que me raptan los alienígenas y estoy en una cama redonda blanca, completamente desnuda, por supuesto, y alrededor de la cama hay unas gradas desde las que los alienígenas admiran mi cuerpo desnudo, hombres pequeños con cabezas puntiagudas.

—Te lo estás inventando.

Me río de él.

—Eh... sí, es una fantasía.

—No, me refiero a que te lo has sacado de la manga. Estás de cachondeo.

Niego con la cabeza.

—No, te lo juro, de verdad. Es una cosa en la que pienso a menudo. En el centro, ¿sabes? En medio de una cama redonda, blanca y calentita.

—¿Cabezas puntiagudas?

—Ya lo sé. Es muy obvio, ¿no?

Levantas la mano y te rascas la cabeza por detrás.

—No sé, por algún motivo pensaba que las fantasías sexuales de una de las científicas analíticas más importantes del país serían algo más sofisticadas.

—¿Tanto como hacerlo en un callejón en hora punta?

Hay una breve pausa.

—Uno a cero.

Nos sonreímos el uno al otro, la tensión ya resuelta. Te he convencido de que estamos al mismo nivel en este tipo de chanzas. He conseguido escapar de un *impasse* humillante.

El orgullo es terrible. Hace que en ese momento me aparte de ti cuando lo que realmente quiero es que paseemos cogidos de la mano junto al río y luego vayamos a la ribera sur para sentarnos en el bar del Royal Albert Hall a escuchar jazz si hay alguien tocando, y después cenar en algún sitio y que nuestras rodillas se rocen por debajo de la mesa. El orgullo es lo que me hace abandonarte sin tan siquiera preguntar si sería posible. Tengo tantas ganas de hacerlo que no puedo soportar la posibilidad del rechazo. Esta noche mi marido está en un concierto. Podría pasar toda la noche fuera si quisiera. Quizá tú también puedas. Tal vez te has dirigido al metro porque dabas por sentado que yo tenía que estar en casa. Tal vez estamos a punto de desaprovechar la rara ocasión de pasar toda la noche juntos porque ninguno de los dos lo propone, porque ninguno quiere ser quien esté disponible.

—Será mejor que me vaya —digo, dándome la vuelta.

Ni siquiera intentas darme un casto abrazo, sino que te despides con un gesto de

la mano y me dejas marchar. Me detengo en el vestíbulo del metro para renovar mi tarjeta Oyster con la esperanza de que me hayas seguido, pero no lo haces, claro está. Es todo cuanto puedo hacer para controlarme y no salir corriendo calle abajo tras de ti, aunque ni tan siquiera sepa qué dirección has tomado, si vas a casa, vuelves al despacho, tienes una reunión de trabajo nocturna o una despedida, si vas a pasar la noche con los amigos o... a verte con otra mujer, quién sabe, ahora que se ha hecho de noche y los callejones se vacían. No se nada al respecto ni tengo derecho a preguntar.

Al pasar por el tornó siento vibrar en mi bolsillo el teléfono que me diste y lo saco. Me has escrito: «Cuando estés en casa, mándame una fotografía de lo que haces cuando piensas en esos hombres con cabezas puntiagudas. ¡Por favor!». Y sonrío a pesar de mí misma, ya que ahora tengo que aceptar esto como lo que es y decirme que la vida es una bendición, a veces confusa y frustrante, pero una bendición al fin y al cabo.

Esa noche me despierto como una hora después de que mi marido y yo nos hayamos acostado. Él está vuelto hacia el otro lado, dándome la espalda y ronca suavemente. Solo puedo distinguir su silueta gracias al resplandor verde del reloj que proyecta la hora en números grandes sobre el techo. A ambos nos gusta tener un poco de iluminación cuando dormimos, el legado de todos esos años en los que dejábamos una luz de apoyo y la puerta abierta por si uno de los niños se despertaba. El edredón se ha resbalado y su espalda, grande y moteada, ha quedado al descubierto. La calva que le está saliendo en la coronilla despierta mi instinto maternal. Sonrío al pensar en lo que le cuesta despertarse a veces, sobre todo durante la primera hora de sueño. Mi marido se sume en la inconsciencia con la misma seguridad y rapidez que un buceador avezado se sumerge en el agua.

Estoy follando con un espía.

Eso lo explica todo: la facilidad con la que te mueves por el palacio de Westminster, que tengas tu propio horario pero que te llamen de repente para asuntos urgentes, tus períodos de silencio. Explica que seas un yonqui de la adrenalina, por qué cuando me deseas eres capaz de incordiar me con llamadas y mensajes y quererme en ese mismo instante, en tanto que otras veces pareces completamente indiferente. Explica ese secretismo extremo, de una intensidad que siempre se me ha antojado excesiva para un simple adulterio: el rollo ese del teléfono de prepago, prohibir la comunicación por correo electrónico, o el melodrama de nuestros encuentros. Tal vez sea así como uno actúa cuando está acostumbrado a verse involucrado en asuntos de seguridad nacional.

Ahora sé por qué quieres saber tanto de mí, a pesar de revelar tan poco sobre tu vida; por qué a menudo pareces convencido hasta la arrogancia de que puedes

persuadirme para que haga lo que tú quieras, de la más educada de las maneras, eso sí; por qué sabes tanto sobre cámaras de seguridad y cómo pasar desapercibido en la calle. Estos pensamientos van unidos a una emoción. ¿Es miedo, excitación o una combinación de ambas? ¿Qué pasaría si eres un espía y pensaras que te doy largas? ¿Podrías localizar ese teléfono que me diste? ¿Has prohibido todo contacto por correo electrónico para protegerme porque sería peligroso que me relacionaran contigo? ¿Qué ocurriría si...? La pregunta aparece como un pensamiento completamente nuevo, recién sacado del horno. ¿Qué ocurriría si quiero desvincularme de ti?

Mi marido murmura entre sueños, se vuelve hacia mí, masculla algo de nuevo y se da la vuelta. Pienso en lo serio que estabas cuando me diste el teléfono. ¿Acaso te he malinterpretado completamente? Me refiero a lo que hacemos, a quién o qué eres. ¿Hay alguna posibilidad de que seas vengativo o peligroso, de que mi marido esté en peligro, o que incluso lo estén mis hijos? Pensar esto me acelera el corazón, y tengo que respirar hondo y decirme: No seas estúpida... Nadie está en peligro. Es de madrugada. Las cosas se exageran de madrugada. Todo el mundo sabe esto.

Racionalízalo, pienso entonces. Solo se trata de sexo. Acabará en cuanto este hombre pierda interés, y seguramente lo haga una vez haya repasado su repertorio de lugares favoritos. Así es él. Durará tres meses como mucho. Te dolerá el orgullo y sentirás un poco de desamor, creerás que te lo mereces y pasarás un tiempo sufriendo por ello, después te reharás y todo volverá a la normalidad. Eso es lo que sucederá.

Me pregunto si el hecho de que trabajes en los servicios secretos debería hacerme sentir más o menos culpable. Pero entonces me percaté de que la culpa no tiene nada que ver aquí. Simplemente está ausente. La verdad es —y no me siento orgullosa de ello— que me creo en mi derecho a hacerlo. Que tengo derecho a ti. He hecho cuanto se pedía de mí durante veintiocho años. He trabajado duro y mantenido a mi familia, he amado a mi marido y criado a mis hijos. He realizado mi contribución a la sociedad. Reciclo los periódicos una vez a la semana. ¿No merezco nada a cambio? Me justifico como si fuera un hombre, me digo. Eso es justamente lo que diría un hombre el día después de seducir a su secretaria. Nadie lo sabrá, nadie sufrirá daños. Pero yo no he seducido a mi secretaria. He elegido cuidadosamente, aunque en aquel momento no supiera que hacía una elección. El hombre con quien hago esto tiene los medios y la motivación para asegurarse de que jamás nos descubran. No he ido detrás de una mujer joven y vulnerable sobre la cual tengo algún tipo de autoridad. No me he aprovechado de mi posición, ni me he liado con alguien que me adora, y tampoco me he enamorado y he vivido un romance durante dos años que suponga engañar por completo a la persona con quien convivo. Me ha tocado una bicoca. Estoy follando con un espía. Le gusta el riesgo, así como la exploración y la novedad. Quizá suene peligroso, pero en realidad no puede ser más seguro.

Fuera, en el jardín, se oye el corto y penetrante aullido de uno de los zorros

urbanos que viven en los alrededores. Después, silencio.

6

Me resulta difícil hablar de lo que sucedió después, mi amor. No te sorprenderá, lo sé. En este momento de la historia mi cabeza se detiene, y también mi corazón. Noto cómo me ralentizo y me estremezco, en tensión, como una persona con aracnofobia al pasar bajo el umbral de una habitación en la que sabe que hay arañas. Hay lugares a los que no quiero volver o, para ser más exactos, hay un lugar al que no quiero volver, pero intento ser sincera por mucho que me duela. Procuero decirme que si puedo afrontarlo, si lo cuento como si se tratara de un accidente de tráfico, todo irá bien. Sí, eso es, debo explicarlo como un accidente de tráfico, narrar cómo conducía por el carril del centro de la autopista mirando por el retrovisor de la derecha porque veía un coche de color plateado acercándose peligrosamente por el carril de adelantamiento y me aterraba. Tenía miedo de que se metiera en mi carril al adelantarme, y justo cuando tenía el ojo puesto en ese aterrador coche plateado, preguntándome lo peligroso que sería, un turismo familiar aparentemente inofensivo se me echaba encima desde la izquierda, el carril lento, y se precipitaba contra mí.

Los accidentes de tráfico suceden a cada momento, todo el mundo lo sabe, son tan comunes como la lluvia, tanto que los damos por hecho. Pero, por más frecuentes que sean, nadie piensa que vaya a ocurrirles a ellos. Cuando conduces durante años sin incidentes tienes la ilusión de que los accidentes de tráfico son tragedias ajenas. Incluso crees que hay cierta gente más propensa a ello, que de alguna forma habrán sido poco cautos, o incompetentes, cuando no completamente estúpidos. A ti, sin embargo, nunca te ocurrirá. Simplemente no puedes imaginarte en el papel de víctima.

Me elevo por los aires, dando vueltas sin remedio entre el amasijo de hierros en el que estoy atrapada, y ni siquiera tengo tiempo suficiente para reconocer que cuando mi coche termine de dar vueltas de campana y caiga al suelo lo más probable es que todo acabe, y que yo, y todo lo demás, arda en llamas.

En cuanto te vi entrar en la cafetería aquella noche, la noche en que sucedió, vi que estabas de un humor peligroso.

La iluminación de la cafetería es tenue, pero reconozco esa expresión en tu rostro incluso antes de que me veas. Tu humor es siempre tan obvio que resulta encantador, pienso. Observo cómo te aproximas a la mesa en la que espero. Llegas tarde, como siempre. Miras a tu alrededor a medida que te adentras en el café. Me ves, pero tu mirada está ausente. Te has enfadado con alguien, no conmigo, pero no puedes evitar que eso te desborde. Ya te ha ocurrido anteriormente, y sé que tu conversación adoptará tintes de agresividad y que yo me pondré a la defensiva. En estas situaciones

opto por mantenerme al mismo nivel. A veces haces un comentario despectivo sobre tu esposa, breve y repentino. Ese es el único momento en el que eres desleal con ella. Puede que digas: «Será mejor que no tarde mucho, o volveré a tener problemas...». En esas ocasiones estoy entre dos aguas. No estaría bien que yo espoleara esa deslealtad, y dada la cantidad de horas que trabajas, estoy segura de que te mereces todos y cada uno de esos problemas. Me has contado muy poco de ella, pero no me cabe la menor duda de que es una mujer razonable. En momentos así, a pesar de que estoy loca por ti y de que no la conozco, siento cierto grado de solidaridad femenina. Al mismo tiempo, mi pequeña parte mezquina se alegra por ello y quiere decirte: Confía en mí, se infiel conmigo, yo no traicionaré tu confianza y eso nos atará el uno al otro. Pero sería una estrategia a corto plazo. Lo sé instintivamente aunque el juego de la infidelidad sea nuevo para mí. Cualquier mínima ventaja que pueda obtener empujándote a traicionar a tu esposa acabará revirtiéndose en mi contra. Es un poco tarde ya para dárme las de moralista, teniendo en cuenta lo que estamos haciendo, pero tengo la sensación de que al menos debería esforzarme por no parecer una... ¿Una qué? ¿Una mujer facilona? ¿Un segundo plato? ¿Cómo funciona eso en tu cabeza, ángel mío? ¿Eres en realidad así de conservador? ¿Crees que hay mujeres con las que casarse y mujeres con las que tener aventuras? Si es así, ¿no estás un poco confuso? En muchos aspectos soy de lo más tradicional y lo más parecido al tipo esposa. Si nos hubiéramos conocido de jóvenes y nos hubiéramos casado, ahora estaría en casa, y cuando volvieras dos horas después de lo convenido, no te quepa duda de que también conmigo tendrías problemas.

Hemos quedado en una cafetería detrás de Saint James's Square, uno de esos cafés que quieren parecerse al salón de una casa. Te desplomas en el sillón de enfrente, sacas uno de tus teléfonos del bolsillo de tu voluminosa cazadora de lana, lo revisas y vuelves a guardarlo. Me miras y sonríes, pero noto que estás ausente. Ah, esta vez es por trabajo y no por la esposa que espera en casa, pienso. Has salido del despacho para reunirme conmigo y tienes pendiente algo importante sin resolver.

Yo voy camino de una fiesta de la facultad. El jefe del departamento de Ciencias se retira y lo celebra a lo grande, con todo su equipo, examinadores escogidos como yo y varios científicos de instituciones privadas y organismos de financiación. El jefe del departamento de Ciencias está casado con una mayorista de vinos francesa, así que para tratarse de una fiesta de facultad las expectativas son muy altas. Hace tiempo que no salgo y tengo muchas ganas de ir. Te he sugerido que tomáramos café porque nunca me has visto con traje de noche, solo con la ropa de trabajo. Esperaba impresionarte con mi glamour, pero, aunque te he avisado con un mensaje de texto, todavía no te has dado cuenta.

—¿Te pido un café? —digo con una voz que, a pesar de querer ser amable y comprensiva, me suena paternalista.

No parece advertir mi condescendencia, y si lo haces, estás tan distraído que no te importa.

—Americano con leche —respondes, sin darme las gracias ni reconocer mi presencia, para inmediatamente después sacar uno de tus teléfonos y ponerte a revisar correos. Es difícil saber qué hacer en tales momentos. Nuestra condición humana hace que nos enfademos y nos pongamos exigentes cuando nos enfrentamos con ese tipo de comportamientos, pero de los muchos papeles que me gustaría desempeñar en tu vida, el último sería el de querida absorbente, así que me levanto y me dirijo al mostrador. Te metes el teléfono en un bolsillo interior, y una vez hecho eso me miras, ves que te observo desde mi posición, y ahí está: esa deslumbrante sonrisa. Sé que tu problema está resuelto y que serás mío durante los siguientes minutos, o el tiempo que dure nuestro encuentro.

Me vuelvo hacia el camarero cuando me pone el café, lo cojo y regreso a donde estás tú, sorteando las atestadas mesas. No te miro, pero sé que tú sí lo haces. Ahora sí he captado tu atención. Me abro camino a través del estrecho espacio que hay entre las sillas con un movimiento lateral de caderas. Sé que el vestido que llevo me sienta bien, que su fina tela negra se ajusta y se ciñe donde debe. Sé que me hace parecer más voluptuosa que gorda, y tú estás advirtiéndolo. Eso de captar tu atención es un asunto extraño y arbitrario. Llevaba exactamente el mismo vestido cuando has entrado, pero tenías la cabeza en otra cosa. Ahora, de repente, recibo toda tu atención, y cuanto más me miras más me meneo, y cuanto más me meneo más me miras; llego a la mesa mojada solo de saberme observada, y cuando te pongo el café delante tienes los labios entreabiertos.

—En realidad es bastante recatado... —dices, señalando el vestido.

Nada de «gracias», por el momento.

—¿Tú crees?

Sonrío.

—Bueno, en tu mensaje decías «traje de fiesta». Es más largo de lo que pensaba, las mangas, pero esto de aquí...

Te quedas mirando el amplio espacio por encima del escote. Por alguna razón, esta parte de mí no ha envejecido. Todavía tienen que salirme esas manchas marrones y las arrugas de lagarto, aunque estoy segura de que no tardarán mucho.

Me llevo el café a los labios y le doy un sorbo, mirándote por encima de la taza. Me observas atentamente. Dejo la taza y espero a que hables.

Te inclinas hacia delante sobre la mesa.

—Ve al baño de señoras y quítate las bragas.

Me quedo mirándote. Haces un leve gesto con la cabeza: «Ve».

Me levanto de la silla de nuevo, con esa misma mezcla de irritación y servilismo que sentí al ir a por tu café mientras tú revisabas el correo. ¿Qué soy? ¿Qué te has

creído que soy?

Una vez en el baño de señoras, orino y cumplo tus órdenes.

¿Qué soy? Me miro en el espejo mientras me lavo las manos. Llevo las bragas en el bolso hechas un ovillo.

Me observas salir del cuarto de baño y sigues haciéndolo mientras me acerco a las mesas. Me miras de arriba abajo y alzas las cejas. Me siento y abro el bolso. Echas un vistazo al interior y después, sin tan siquiera mirar alrededor por si nos ve alguien, coges las bragas y las ocultas en un puño. Alzas la mano y las miras un momento antes de guardártelas en el bolsillo del abrigo.

—Un tanga. Acceso fácil, ¿eh? Un vestido modesto, pero debajo llevas un tanga. Genial.

Me hago la ofendida, a pesar de saber perfectamente que harías eso.

—Devuélvemelas —susurro, mirando alrededor.

Las otras mesas están muy juntas, pero como los sillones ocupan un plano inferior, el murmullo de las conversaciones es suficiente para que no nos oigan.

—No —dices, mirándome a los ojos.

—Devuélvemelas —repito, con una mezcla de risa e insistencia.

—Llevas medias, ¿verdad?

—Hace una noche cálida.

Me río, pero con nerviosismo, porque lo cierto es que me he puesto medias para ti, anticipando esta escena.

—Ve a la fiesta sin bragas. Paséate por ahí. Solo lo sabremos tú y yo, pero los hombres andarán como perros en celo. Sabrán que tienes algo, pero no exactamente qué.

—Ni siquiera estarás allí.

—Pero lo sabré.

—Devuélvemelas.

—Vale, dentro de un rato. Solo voy a raptarlas un momento... ¿vale? —Sacas tu teléfono del bolsillo y por un instante creo que te pondrás a revisar correos de nuevo, pero tocas unos botones y me lo pasas—. Esto es lo que hice esta mañana a la hora del almuerzo, pensando en ti.

Corazón mío, en aquel momento no te lo dije porque no quería desmoralizarte, pero los vídeos nunca me han excitado. Dicen que a los hombres les excitan las imágenes y a las mujeres las palabras. No sé si será cierto. Me gustan ciertas imágenes. Me gustó la que me enviaste cuando dejaste el teléfono en el salpicadero del coche y te hiciste esa foto con cara de mal humor, enfrascado en un atasco. No sé por qué me gustó tanto aquella foto, pero así fue. Era la combinación de tu cara enfadada y sexy, unida al hecho de que quisieras compartir eso conmigo, lo exasperante de estar en un atasco. Es extraordinario lo que puede llegar a excitarnos.

Tu simpleza, eso fue lo que me puso aquella tarde en el café. No se trataba del vídeo, sino de tu firme creencia en que a mí podía excitarme lo mismo que a ti y que no necesitábamos nada más. Tu excitación directa y profunda, tu tiranía mezclada con tu necesidad. A veces eras como un chiquillo. Querías hacerlo cuando tú lo decidías, en ese preciso lugar y momento. ¿Fue el placer de ser tu buscona o de satisfacer tus deseos lo que me hizo desearte tanto aquel día? Ciertamente, hay cosas que la investigación científica aún no es capaz de explicar.

Una media hora después te dije:

—Tengo que irme. Debería estar allí para los discursos.

—¿Vas a pasarlo bien? —preguntas, repentinamente malhumorado.

—No te quepa duda —digo.

Estoy de buen talante y se nota, embriagada con tu deseo sin que necesite ir a la fiesta y beber alcohol.

—Vamos —dices, levantándote de tu asiento—. Demos un paseo.

Salimos de la cafetería y giro hacia Piccadilly, pero tú vas en dirección contraria, hacia el sur, y empiezas a caminar por Duke of York Street. Te alcanzo y te miro, pero vuelves a estar distraído. A medio camino te paras bastante cerca del sitio donde nos tomamos el primer café juntos y me pregunto si harás algún comentario al respecto. Después empiezas a caminar de nuevo, adelantándote sin siquiera mirar si sigo tus pasos. Te alcanzo perdiendo el resuello. Miras alrededor, te quedas parado en la acera un instante con el cuerpo inclinado como para cruzar la calle. Un taxi dobla la esquina y alzas una mano para detenerme. Una vez pasa de largo, continúas andando y yo te sigo.

En la otra acera caminas hasta un callejón sin salida. Aunque es una zona ajetreada y ya se vislumbran los primeros juerguistas tras los vidrios emplomados del bar de la esquina, a este lado del callejón no hay nada, ni peatones ni coches, ya que es un área reservada. Tampoco hay entradas a ningún edificio, todo son traseras de servicio con puertas dobles blancas para carga y descarga. Las puertas no tienen tiradores. La gente se limita a abrirlas desde el interior para recibir la mercancía.

Yo sé lo que quieres. Fue evidente en cuanto giramos hacia este callejón. Hay un portal a la izquierda, justo en medio. Me urges a que entre y me pegue a la puerta, y te metes conmigo para ocultarnos de quien pase por la calle principal. Solo pueden vernos desde el edificio que queda detrás de ti. Lo evalúas durante un instante y decides que es seguro antes de darme un beso. Mientras lo haces, me levantas la falda con tu mano cálida y recia, y bueno, ¿cómo decirlo? Siempre has sabido qué botón apretar.

Al cabo de un instante te tengo dentro y no puedo creer que lo estemos haciendo en Piccadilly a la hora punta, con miles de personas apresurándose a escasos metros de nosotros.

Después vuelves a pegar los labios a los míos fugazmente y me devuelves el tanga, das un paso atrás vigilando a derecha e izquierda, y yo me lo pongo por encima de las botas y las medias. Nadie ha pasado por la calle en ese intervalo de tiempo, pero solo ha durado unos minutos. Antes de que salgamos del portal me miras, sonrías, levantas un dedo y me acaricias el tabique de la nariz.

—¿Ok? —preguntas en voz baja.

Asiento.

Volvemos a la calle juntos, hacia el brillo de las luces y el ajetreo de los transeúntes, yo un tanto inestable con mis botines de tacón. Cuando llegamos al final del callejón alzo la vista y veo el nombre en una placa: APPLE TREE YARD.

A, T, G y C

Estar en el estrado del Old Bailey es como pertenecer a la familia real, o como ser el presidente, o el Papa tal vez. Estar sentado allí, rodeado de guardias y cristales blindados es probablemente lo más cerca que puede llegar un simple mortal de reproducir el estado de protección constante en que viven tales personas. La gente no es horrible contigo cuando te defiendes en un juicio criminal, son amables, amables hasta la infantilidad. Eres el foco de todas sus preocupaciones. Todo se centra en ti.

El banquillo de los acusados está en la parte trasera de la sala, pero es ancho y poco profundo, así que ves todo lo que tienes ante ti. La única persona que cuenta con una vista parecida es el juez, justo al otro lado. El juez y tú sois el polo sur y el polo norte del proceso judicial. A ti te escoltan al entrar y al salir del tribunal. A él también. Te dan de comer y te sirven. A él también. Tanto él como tú tenéis el poder de detener el proceso, objetar al jurado, desafiar a los testigos, aunque tú debes hacerlo a través de tu abogado. Solo hay una diferencia entre vosotros. Él es el norte y tú eres el sur. Sois el reverso el uno del otro, pero no hay duda de quién está por encima. Él puede enviarte a prisión para el resto de tus días. Pero tú tienes que evitar pensar en esa menudencia, porque si no lo haces te vuelves loco.

La mejor forma de evitar eso es pensar en tus derechos. Aquí tus derechos importan y parte del trabajo del juez consiste en velar por ellos. Robert, mi abogado, me dijo que la única cosa que un juez del Tribunal Penal Central teme es una apelación que prospere. Ni siquiera les gustan las que no prosperan. Es el único momento en que se cuestiona su juicio. Solo por esa razón, el juez, por más poderoso que sea, ha de estar ojo avizor. Tus derechos no deben menoscabarse ni ignorarse en modo alguno. Eso te da cierta sensación de poder, frágil y tal vez ilusoria, pero poder al fin y al cabo. Así pues, durante el juicio, el juez y tú no sentís que sois adversarios, sino compañeros abocados a una especie de matrimonio de conveniencia. Pasas mucho tiempo observándolo, preguntándote con qué clase de persona te has topado. Y él dedica mucho tiempo a devolverte esa mirada, sin duda pensando exactamente lo mismo.

Obviamente, los primeros días del juicio seguía los testimonios de cerca, todos los comentarios del abogado de la acusación y la conducta de cada uno de los testigos. Había una diferencia abismal entre los testigos profesionales: expertos forenses, agentes de policía o el testigo G; y los amateurs, testigos accidentales: el joven tendero que te vio entrar en mi coche, la casera o el taxista. Los profesionales normalmente se quedaban de pie en el estrado, se dirigían al juez con mucha deferencia, leían el juramento con voz alta y clara. Los amateurs inclinaban la cabeza

cuando el juez les decía: «Detrás de usted verá un asiento abatible, le ruego que haga uso de él si lo ve necesario...» y se sentaban enseguida, dispuestos, no tanto a dar un descanso a sus pies como a hacer cualquier cosa que al juez le pareciera bien. Se los veía asustados, pero valientes, decididos a cumplir con su obligación.

Al principio miraba fijamente a todos los que testificaban, como si pudiera descifrar mi destino final en sus rostros, como si cada frase, por más insignificante o banal que fuese, significara el momento decisivo de mi vía crucis. Si alguien decía algo con lo que no estuviera de acuerdo lo apuntaba en mi libreta y luego lo discutía con Robert al final del día.

Más tarde me di cuenta de que, tal como iba el juicio, ninguno de esos testimonios sería crucial. Solo había un testigo determinante: yo. Pero yo no tenía que sentarme en el estrado ante la acusación. La acusación no tenía derecho a hacerme eso. Nadie puede obligar al acusado a hablar como parte de un caso que se instruye en su contra.

Incluso durante la exposición de la acusación, en la que esperaba concentrarme con toda mi atención, consciente de que después sería yo quien estuviera en el estrado, había tantas discusiones legales y tantos temas farragosos cuando hacían salir al jurado que a veces dejaba de atender a los profesionales y dirigía la mirada hacia la tribuna pública. Durante parte del juicio permaneció vacía. Hubo partes de mi declaración en las que hicieron salir al público, y por supuesto, en la del testigo G tampoco aquel tuvo acceso a ella. A veces el guardia de seguridad era reticente a admitir público por la mañana o después del descanso para comer, y la puerta solo se abría cuando los autos ya estaban en marcha. Susannah me decía después que hacían esperar bastante a los asistentes en torno a una escalera de caracol. El primer día que vino, como a muchos otros, le cogió por sorpresa la prohibición de entrar teléfonos móviles en la tribuna y la ausencia de taquillas en las que dejarlos. Un guardia de seguridad le dijo que el dueño del bar de enfrente se lo guardaría si le pagaba una libra.

Susannah estaba en la tribuna casi todos los días; consumió casi la mitad de sus permisos anuales para apoyarme. También ella tenía un bloc de notas. Seguramente el jurado se percató de su presencia y supondría que era mi hermana, o tal vez mi prima, y a mí me parecía estupendo, dado que es lo más parecido a eso que he tenido. Mi madre murió hace muchos años y a mi padre apenas lo he visto desde que se trasladó a Escocia con su nueva esposa, solo una vez cada varios años. Cuando estuve en libertad bajo fianza hablamos por teléfono un total de tres veces. Mi hermano vive en Nueva Zelanda. Así que solo tenía a Susannah ahí arriba, entre los estudiantes, los jubilados y esos fisgones cuyo papel no sabía identificar.

Nadie vino por tu parte, mi amor, al menos que yo sepa. Salvo el día que apareció tu mujer, provocó un incidente y acabaron negándole la entrada. Aquello hizo que me

preguntara por tu vida más incluso que antes. La mayoría de mis preguntas recibieron respuesta durante el juicio, incluyendo muchas cosas que yo había decidido que tenían algún misterio. Estuviste presente y te diste a conocer durante nuestro juicio, esa fue una de sus muchas ironías.

A veces miraba a Susannah, y al ver los asientos desocupados junto a ella imaginaba allí a mi familia: mi marido, mi hijo y mi hija, Guy, Adam y Carrie. Los echaba mucho de menos. Me mataba no poder verlos. El hecho de que les dijera que no asistieran al juicio no me hacía añorarlos menos, sino más. Ellos no son las entrañas de esta historia, no son el drama, el asunto de vida o muerte que conlleva, pero sí su palpitante corazón. Son las personas de mi vida y cada vez que respiro lo hago con ellos. Al final, cuando las horas se amontonan una sobre otra, serán ellos quienes salgan ganando.

Cierto día me preguntaste cómo conocí a Guy, y yo me encogí de hombros y dije: «En la universidad», como si eso lo explicara todo. Más tarde me sentí culpable por ello. Al fin y al cabo, resulta una historia muy manida. Los típicos novios de la universidad que unas veces siguen juntos y acaban casándose y otras no. Suena como si no tuvieran osadía ni imaginación.

Apenas llevaba dos semanas en la universidad cuando reparé en Guy por primera vez, en la cafetería del edificio de Ciencias. Éramos unos diez estudiantes apretujados en torno a una mesa pequeña calentándonos las manos con café instantáneo en vasos de plástico. Por aquellos tiempos no era muy frecuente que hubiera chicas en los cursos de ciencias, así que solo éramos tres en la mesa. Las otras dos experimentaban una dicha común por su estatus de minoría y ya se habían hecho buenas amigas.

—Y ¿tú quién eres? —me dijo ante todos una de esas chicas seguras de sí mismas.

Nos habíamos presentado antes, pero no se acordaba de mi nombre. Los chicos estaban todos retrepados en sus sillas, algunos con los brazos abiertos, balanceándose sobre ellas. Al otro lado de la mesa había un muchacho larguirucho de espalda ancha con el cabello largo y la cara circunspecta, ojeando sus apuntes. Yo lo había visto nada más sentarme y presentía, sin saber por qué, que las otras chicas también habían reparado en él. En parte era por su tamaño, pero sobre todo por su indiferencia. Los otros chicos se pavoneaban un poco para nosotras, y hablaban a grito pelado, engullían galletas enteras y se hurgaban la nariz.

—Yvonne —dije a una de las chicas, ambas sentadas juntas, a la derecha del grandullón silencioso—. Yvonne Carmichael.

—Yvonne. —La chica que me lo había preguntado ladeó la cabeza, se llevó la mano al pelo, agarró un mechón moreno y brillante, lo ensortijó con un dedo y volvió a echarlo atrás—. Yo tengo una tía que también se llama Yvonne.

Dos de los chicos rieron con sorna.

—¿Yvonne Carmichael? —dijo el grandullón, alzando la vista de sus apuntes. Asentí—. Tú eres la que obtuvo el Premio Jennifer Tyrell.

Asentí de nuevo.

—¿Qué es eso? —dijo la otra chica, inclinándose sobre la mesa y mirando fijamente al grandullón.

El chico me miró y alzó las cejas, invitándome a contestar.

—Es un premio de ensayo para estudiantes de bachillerato de ciencias. Lo crearon sus padres.

Jennifer Tyrell era una estudiante de ciencias de Glasgow especialmente dotada que murió en accidente de tráfico durante su primer año de universidad. Sus padres crearon un premio nacional de ensayo para animar a las chicas a estudiar ciencias. Era un premio bastante oscuro del que se encargaba cierta institución educativa londinense y que solo conocían los jefes del departamento de Ciencias de bachillerato. Cuando lo gané, con un ensayo titulado: *Sobre ratones y moléculas*, me dedicaron un par de párrafos en el *Surrey and Sutton Advertiser*.

—Participan cientos de chicas —dijo el grandullón—. La convocatoria solo está abierta para ellas. Yvonne Carmichael.

—Eso es demasiado sexista —dijo una de ellas.

Todos los chicos de la mesa asintieron con entusiasmo, pero yo no les prestaba atención. Miraba al grandullón y reparaba en el énfasis que había puesto en mi nombre.

Al final del semestre acabé teniendo una posición definida en nuestro grupo social. Resultaba inverosímil, pero era la novia del macho alfa. Guy no era alfa en el sentido tradicional. Aunque fuera corpulento, no le interesaban la mayoría de los deportes, pero aun así su concentración en el trabajo y su genuina indiferencia causaban la misma impresión en los chicos que en mí. Todos lo veneraban. A menudo yo era la única chica presente los fines de semana en la casa que compartían, y me llevaban aparte para confiarme qué chica les gustaba y pedirme consejo. Cuando Guy y yo nos separamos durante dos semestres en mi segundo año, al menos tres de ellos me hicieron proposiciones, pero yo era consciente de que todo se debía al estatus de Guy: no querían follar conmigo, sino con él. Eso es algo que a muchas mujeres les cuesta comprender, el papel que desempeña la competitividad entre los machos en la atracción sexual que sienten por ellas. Nos resulta difícil vernos como premios, casi tanto como vernos como presas.

Guy y yo nos casamos al verano siguiente de graduarnos y para otoño ya estaba embarazada. La mayoría de la gente supone que fue un accidente, o incluso la causa de nuestro matrimonio, pero Adam fue un niño bien planeado, igual que poco después lo sería Carrie. Hablamos de ello cuando llegó el momento. Decidimos que

lo mejor era tener dos hijos en rápida sucesión mientras trabajábamos en nuestros doctorados. Así podríamos escribir la tesis durante el momento más extenuante de su educación y para cuando hiciéramos el posdoctorado ya estarían en el colegio.

Guy terminó el doctorado en tres años y yo tardé siete.

Curioso.

Recuerdo el día que me llamó, completamente emocionado, hasta la médula en realidad, incapaz de guardarse la noticia para cuando llegara a casa. Tenía algo que decirme. Lo acababan de nombrar jefe de laboratorio.

Adam y Carrie tenían, respectivamente, ocho y nueve años en aquel momento. Los había recogido de la escuela un par de horas antes, pero luego me los había llevado de compras, así que acabábamos de llegar. Carrie lloraba como una Magdalena porque su mejor amiga le había dicho que ya no lo era. Parecía una cuestión existencial: lloriqueaba «Ya no soy...». Adam estaba encorvado sobre una sartén en el suelo de la cocina, batiendo huevos con una cuchara de madera. Le había dicho que podía batirlos por mí mientras yo hablaba con su padre por teléfono. Íbamos a cenar huevos revueltos con tostadas. Eso era lo que cenábamos cuando Guy no llegaba a casa a tiempo: desayuno repetido.

Miré al suelo. Bueno, cenaríamos todo el huevo revuelto que quedara en la sartén después de que Adam esparciera la mitad por el suelo de linóleo. Vivíamos en una primera planta de dos habitaciones sin moqueta en la entrada. La pareja del piso de arriba eran unos recién casados que no dejaban de pelearse, los alaridos de dos personas cuyo mutuo desprecio traspasaba sus discusiones e impregnaba cada aspecto de su vida. A veces estaba tumbada despierta oyéndolos pisar con fuerza y meterse uno con otro, y sentía como si la infelicidad que se vivía en ese piso traspasara el techo y se colara en el nuestro, igual que si se tratara de humedad.

Carrie, sentada en una silla, seguía sollozando y respirando como un gato, tras haber superado el estadio de angustia incontenible, pero reclamando mi atención de todas formas. Adam intentaba recuperar una yema del suelo con la cuchara y devolverla a la sartén. Tenía el temperamento de un niño mucho más pequeño. Yo sabía que estaba a pocos segundos de arrojar la cuchara al otro lado de la habitación, donde daría un par de vueltas en el aire antes de estrellarse contra la pared sobre la cabeza de su hermana. Observaba la escena que estaba a punto de ocurrir con el teléfono en la oreja mientras Guy me contaba que acababan de ofrecerle el trabajo de sus sueños. Director de investigación. La subvención había llegado esa misma mañana. Tenía medios para contratar a un posdoctorado y a dos licenciados que trabajaran para él. Era el capitán de su propio barco. El laboratorio era suyo. Respiré hondo en silencio y le dije que era una noticia excelente, increíble, justo lo que se merecía.

El fin de semana siguiente le armé una bronca igual de estridente que la de la pareja del piso de arriba y le dije que jamás podría terminar la propuesta de proyecto en la que trabajaba a menos que se llevara a los niños el domingo por la tarde. Lo hizo, sin poner objeciones. Esto es lo que nunca había sido capaz de comprender. Sí, me ayudaba cuando se lo pedía, pero mi tiempo pertenecía por defecto a la unidad familiar, a menos que yo me descartara expresamente. Su tiempo pertenecía por defecto a sí mismo y a su trabajo, a menos que yo exigiera colaboración.

Ni los hombres más buenos entienden cómo funciona. «¿Qué problema hay?» Lo dicen con tristeza, intentando hacer lo correcto. «No tienes más que pedirlo.»

Lo que recuerdo de aquel tiempo es lo contento que estaba Guy y lo que me costaba a mí ocultar la amargura. Él tenía todo cuanto siempre había querido. Jefe de laboratorio, acceso a la Mouse Library en el instituto de investigación sobre el cáncer más prestigioso del país. «No te creerías lo bien almacenado que está —decía—. Todas y cada una de las cepas, todas las combinaciones. Tendrías que ver el índice.» La bibliotecaria le había hecho el recorrido con orgullo. La investigación en cáncer siempre fue la que contó con más medios en el área de la bioinformática, y aún lo sigue siendo. «Los ratones están a tu libre disposición.»

También me tenía a mí y a sus dos preciosos hijos, y estaba fuera de casa lo suficiente para pensar que mis preocupaciones respecto a Adam se debían a la ansiedad maternal. En aquellos días él era un optimista y la seriedad de su entusiasmo impregnaba nuestra vida diaria. Poco después de tener a Adam y a Carrie, Guy me rebautizó con el nombre de Timmy —un gato que había tenido de pequeño— y unió sus iniciales a las nuestras: «¡Los nucleótidos vuelven a reunirse!». La primera vez que lo dijo me pareció muy ingenioso.

Pero a pesar de que sabes a ciencia cierta que los niños absorben tanto que la cabeza no te da para más, hay una cosa que nunca entendemos de los niños a esa edad: acaban creciendo. Dejan de tirar cucharadas de huevo por la cocina, o de llorar por sus mejores amigos. Empiezan a esconderse de ti y a prepararse para escapar de casa sin que te des cuenta, escaparse para siempre, quiero decir, cuando ellos y solo ellos estimen que ha llegado el momento. Un día te ves llorando y apiadándote de ti misma mientras haces los huevos revueltos, y dices a tus hijos que tienes una mota en el ojo. Al siguiente te ves en la habitación de tu hijo sosteniendo una toalla de baño que acabas de recuperar de su armario, una que le gustaba mucho cuando tenía cuatro años, te la pegas a la cara y lloras, porque él y su hermana se han hecho mayores, se han marchado de casa y no puedes creer que no fueras más paciente, más amable y más consciente de lo rápido que llegaría ese momento.

Guy yo volvimos a estar solos mucho antes que nuestros compañeros. Cualquiera pensaría que aprovecharíamos ese tiempo para volver a conocernos como pareja,

como hacen algunos jubilados, pero obviamente nos quedaba mucho para la jubilación. Nuestras carreras estaban en lo más alto. Tal vez por eso no supe que mi marido tenía una amante hasta que esta apareció por el domicilio familiar de madrugada y destrozó mi coche. Probablemente querría destrozar el coche de Guy, pero el suyo estaba en el garaje y el mío aparcado en el camino de gravilla, justo frente al ventanal del salón. Saltó por encima de la verja de hierro forjado, arrancó la antena y las escobillas del limpiaparabrisas y machacó dos ventanillas laterales. Parece que a pesar de su ira no tuvo valor para cargarse el parabrisas, o tal vez tuviera miedo del ruido que provocaría. Tal como lo hizo no oímos nada porque nuestra habitación da al jardín trasero, aunque es probable que molestara a algún vecino. Habría estado bien que avisaran a la policía.

La primera noticia que tuve acerca de ello fue a la hora del desayuno. Yo estaba en la habitación. Todavía trabajaba a tiempo completo en el Instituto Beaufort y ese día entrevistaba a ayudantes de investigación. Estaba planchando una camisa que según creía me hacía parecer fuerte y autoritaria. Guy ya se había vestido y había bajado para hacer el té. Volvió arriba sin él, con mala cara. Estaba de pie en la entrada de nuestro dormitorio. Lo miré y nos quedamos un rato enfrascados en una de esas miradas que dicen que hay información importante que contar. Lo primero que pensé fue: Adam.

Vio que abría los ojos de par en par y negó con la cabeza: «No, no es eso». Después alzó los brazos como si quisiera evitar un golpe, aunque lo único que yo hacía era permanecer con la tabla de planchar entre los dos, vestida con la ropa interior, los pantis y la falda.

—Escucha —dijo, haciendo un leve gesto con la mano—, escucha, quédate aquí arriba, ¿vale? —Yo no tenía ni idea de lo que se llevaba entre manos—. Escucha —repitió—. Tendrás que confiar en mí. Tú... quédate aquí arriba.

Se volvió y se marchó, cerrando la puerta suavemente.

Me quedé con la plancha en la mano. Miré el reloj que está junto a la cama como si pudiera darme respuestas, pero lo único que decía era la hora: las siete y diez. Tengo que salir de casa en veinte minutos, pensé. A falta de imaginación, seguí planchando mi camisa.

Acababa de desenchufarla cuando oí voces abajo. Fui hasta la puerta y la abrí un poco. La primera voz era la de Guy, grave, conciliadora; la segunda, aguda y consternada, la de una mujer. Se oyó un portazo a la entrada.

Salí de la habitación y me acerqué al descansillo de la escalera, que se extiende por la fachada de la casa y tiene un ventanuco cuadrado que da al camino de gravilla. Al fin y al cabo, seguía obedeciendo su orden de quedarme arriba. Guy estaba de pie junto a mi coche, gesticulando con los brazos. Frente a él había una joven vestida con abrigo rojo y tejanos. Tenía una silueta esbelta, una espesa cabellera negra que le

tapaba la cara, y su movimiento de hombros insinuaba que lloraba. Guy desapareció de la vista en dirección a la casa. Oí cómo se abría la puerta de nuevo, el tintineo de las llaves y el portazo al cerrar. Una vez fuera, abrió la cancela e hizo gestos hacia la acera. La joven salió obedientemente y se quedó allí, observando cómo Guy subía a mi coche, cerraba de golpe, daba marcha atrás y lo sacaba a la calle. Cuando lo aparcó, volvió por el camino de gravilla y abrió la puerta del garaje.

Todavía era muy temprano. Había amanecido por completo, pero la hierba estaba impregnada de rocío. Recuerdo que pensé que no me daría tiempo a desayunar, ni siquiera a tomarme un té. La joven permaneció sobre la acera durante todo el rato. No podía verle la cara y no parecía llevar ningún bolso. Tenía las manos metidas en los bolsillos y los hombros encorvados, como si tuviera frío. Calculé que su edad sería la de nuestros hijos.

Mi marido sacó el coche del garaje dando marcha atrás. Cuando estuvo en la calle, abrió la puerta del copiloto y la joven, que permanecía con la mirada gacha y hasta entonces parecía dispuesta a subirse, cambió de opinión y se irguió de repente, negando con la cabeza. Señaló hacia la casa y dijo algo en voz baja y aguda, pero no pude entender las palabras. En ese momento Guy abrió la puerta del conductor, salió del coche con el motor en marcha, y mientras daba la vuelta por delante vi, para mi asombro, que tenía el rostro enfurecido. Cogió a la mujer del brazo y la empujó al asiento del copiloto sin más ceremonias, dando después un portazo y volviendo con rabia a su lado. Esta pantomima me sorprendió más que ninguna otra cosa. Guy nunca había tenido ese mal genio.

La joven siguió con la cabeza gacha en el asiento del copiloto y supuse que también continuaba llorando. Guy no le dirigió la palabra. Se limitó a dar marcha atrás brevemente antes de salir a la carretera como una exhalación. Mi marido y la joven se marcharon dejando mi coche aparcado en la carretera y la puerta del garaje completamente abierta.

Si la sucesión de eventos no hubiera sido tan extraordinaria habría sacado conclusiones más rápidamente, pero parecía todo tan extraño que mi proceso de razonamiento no funcionaba correctamente. Lo que sentí al ver cómo se alejaba el coche fue, ante todo, preocupación por esa joven desconocida que había aparecido en nuestra casa tan temprano y en evidente estado de desconsuelo. No me di cuenta de que una ventanilla del coche estaba rota hasta que volví a mirarlo. Era la ventanilla delantera del copiloto. Había cristales rotos en el asiento, eso lo veía desde donde estaba, pero tuve que acercarme a investigar para descubrir que la ventanilla del conductor también estaba destrozada. Cristales rotos. Desperté un poco de mi estupor y empecé a elaborar una hipótesis.

Tal vez esto le suene extraño a quien no se dedique a su trabajo con devoción, o no esté acostumbrado a ser la pareja de otra persona dedicada también a su trabajo,

pero antes de bajar la escalera me puse la camisa recién planchada y la chaqueta del traje y cogí mi maletín. Abajo todo parecía estar en orden, salvo que no hallé mis llaves en su gancho bajo el espejo del pasillo. Me puse los zapatos negros. Encontré un paraguas en la caja de mimbre del armario en el que los guardamos. Cerré la puerta dando dos vueltas a la llave. Cerré también la puerta del garaje y guardé su llave en un hueco bajo un listón de madera roto, su sitio habitual. Miré mi coche destrozado. Guy se había ido en el suyo, pero con mis llaves en el bolsillo. No sabía dónde estaba el juego de recambio y tampoco tenía tiempo para esperar a un mecánico que me arreglara la ventanilla. Tenía el tiempo justo para caminar hasta la estación. Aquel día no podía permitirme llegar tarde.

Permanecí mirando fijamente el teléfono móvil mientras esperaba el tren en la estación, como si así pudiera conseguir que Guy llamara explicándomelo todo. Me vino a la cabeza una imagen: mi marido conduciendo furioso y en silencio. El silencio es su estado habitual cuando está enfadado, por eso me sorprendió tanto que empujara a la joven al asiento del copiloto. Después pensé en esa joven esbelta con su abrigo rojo llorando en el coche de Guy, y a medida que mi tren llegaba y me aproximaba al borde del andén junto con los otros viajeros, las pocas pruebas que me proporcionaba lo que había observado dieron forma a mi hipótesis, que fue puesta a prueba con una contrahipótesis hasta ganar solidez. Imaginé todo lo que había sucedido.

Esa misma noche Guy me contó la historia completa cuando llegó a casa y me reconfortó descubrir que mis presentimientos eran del todo acertados. Me había pasado todo el día haciendo entrevistas así que, a pesar de intercambiar un par de mensajes de texto, no habíamos tenido tiempo para hablar, y al pensarlo en retrospectiva creo que fue eso lo que me salvó de la histeria y posiblemente también lo que salvó nuestro matrimonio. Me dio tiempo a pensar una estrategia.

He aquí lo que yo tenía claro. Era capaz de perdonar a mi marido que hubiera tenido una aventura. Ser vengativa o dependiente estaba por debajo de los poderes que me conferían la lógica y la inteligencia. Pero si él mentía tras lo sucedido esa mañana no se lo perdonaría. No le perdonaría que me tomara por estúpida.

Uno de sus mensajes decía que llegaría a casa a las seis y que «hablaríamos». Yo acabé las entrevistas a las tres y media, y tendría que haberme quedado allí para hablar de los candidatos con mis compañeros, pero les dije que tenía algo urgente que solucionar y me marché. Ese día yo era la evaluadora de mayor rango, así que transigieron sin más.

Por tanto, sabía que llegaría a casa antes que él. Casi esperaba que la grúa se hubiera llevado el coche o que la policía me hubiera puesto una pegatina de advertencia en el parabrisas, pero estaba exactamente igual que como lo había dejado esa mañana. Una vez dentro de la casa me quité el traje de inmediato y después,

absurdamente, me puse a limpiar. Prefiero no pensar en la lógica que se oculta tras esto. Tal vez una parte de mí se sentía más amenazada de lo que quería admitir, una parte que quería dejar la casa lo más ordenada y acogedora que pudiera. O quizá fuera simplemente el deseo de restablecer el orden, barrer el suelo de nogal de la cocina, quitar de en medio los zapatos y dejar los quemadores de acero inoxidable relucientes. Se debería a lo que fuera, pero cuando oí a mi marido abrir la puerta estaba preparada, sentada a la mesa de la cocina, vestida con mallas y una camiseta larga a rayas, con el pelo recogido en un moño con un pasador y un poco de brillo en los labios, nada demasiado obvio. Había preparado un cuenco con aceitunas, y en la mesa aguardaban una botella de vino tinto abierta y dos copas. Quiero puntualizar que no cociné. No llegué a tal extremo.

Cuando lo vi aparecer en la cocina parecía un hombre con más necesidad de dormir que de hablar. Sin afeitarse, con las facciones completamente demacradas y el abrigo sin abrochar. Se detuvo a la entrada y asimiló la escena: la botella de vino abierta, yo esperándolo, vestida con ropa cómoda e intentando no parecer expectante. Tiró los dos juegos de llaves en la encimera que tenía más cerca y suspiró. Pero yo sabía que mi estrategia había dado resultado.

—Quítate el abrigo —dije, mientras alzaba la botella y servía el vino. Él volvió al pasillo y regresó, y me pareció que se sentaba y cogía la copa de vino intentando aparentar que no lo agradecía demasiado—. Creo que será mejor que me cuentes toda la historia —añadí sin acritud.

—No me sermonees —respondió, soltando la copa.

Me permití usar un tono un tanto irónico.

—Dado que mi coche está ahí fuera con dos ventanillas rotas, me parece que no estás en posición de erigirte en autoridad moral.

Se quedó mirándome un instante y luego dijo:

—Es una doctora del laboratorio que hay junto al mío.

El resto de la historia era muy parecido a lo que yo había aventurado, salvo la duración del romance. Hacía dos años que se veían. He de admitir que aquello me dolió. Dos años durante los cuales no había tenido la más mínima corazonada, ni un palpito de sospecha. Sin embargo, hacía ya un tiempo que las cosas no iban bien entre ambos. Se había vuelto demasiado posesiva, y le preguntaba por su relación con otras doctoras e investigadoras. Pues claro que se ha vuelto posesiva, pensé cuando me lo dijo. Los compañeros de infidelidad son los más suspicaces e inseguros de todos, ya que saben que sus amantes son capaces de engaños de todo tipo. ¿Quién podría confiar en sus promesas?

Le había dado por llamarlo al móvil de madrugada y dejarle mensajes cuando lo tenía apagado, llegando a veinte o treinta mensajes en un día. Unas veces hablaba y otras le ponía música a toda pastilla. En ocasiones ella estaba en un club y se oían

risas y gritos de fondo. Esto me lo contó no sin cierta confusión, pero para mí estaba clarísimo que quería ponerlo celoso. Y luego, esa misma noche, le había dejado un mensaje a las tres de la madrugada diciendo: «Voy. No puedo aguantarlo más. Voy a verte ahora». Recorrió parte del camino en un autobús nocturno desde su piso compartido de Strout Green y después anduvo varios kilómetros a través de los barrios residenciales hasta llegar a nuestra casa.

—Debe de haber tardado horas... —dije.

Guy había ido a recoger la leche por la mañana y estaba revisando el contestador de su teléfono por el camino. Sí, por increíble que parezca todavía recibimos leche a domicilio en este remanso en el que vivimos, una pinta al día. Al abrir la puerta se la encontró acurrucada a la entrada, hecha un ovillo de desdicha y con los ojos anegados de lágrimas. A pesar de haber caminado todo ese trayecto y machacado las ventanillas de mi coche, tuvo miedo de llamar al timbre.

Ese fue el momento en que Guy subió y me dijo que permaneciera arriba. Cuando volvió a bajar ella había entrado en el vestíbulo. Discutieron. Él la llevó afuera, sacó su coche del garaje y la acompañó a casa en absoluto silencio. Cuando él le dijo a la puerta de su edificio que si volvía a montarle una escenita como esa no volvería a hablarle en toda su vida, ella se puso a llorar a mares.

Llegado el momento, después de abrir la segunda botella de vino, me dijo:

—¿Serviría de algo si digo que lo siento?

—Ya sé que lo sientes —dije, y era cierto.

Llegamos a cierto estado de intimidad esa noche, una euforia compartida por haber sabido reconducir el drama de su confesión, pero lo que siguió, las semanas y los meses siguientes, no pudieron ser menos eufóricos. Yo sabía que daría por terminado el romance, pero también sabía que tardaría un tiempo. Era demasiado buena persona para tratar con brutalidad a una joven desconsolada que lo quería y de la que se había enamorado a pesar de su juventud y vulnerabilidad. Guy era amigo íntimo de su supervisor y ella habría podido ponerlo en su contra de haberlo querido. Pero la chica lo amaba. No quería su cabeza, sino su corazón. Estoy segura de que al principio lo tuvo, pero su afecto se habría debilitado a medida que ella se volvía posesiva, necesitada, pueril. Pasado un tiempo ya no habría sentido pasión, sino un fuerte y agobiante sentido de la responsabilidad. A pesar de que me dijo que habían terminado, yo sabía que todavía tenían que pasar por ese período desdichado de cualquier relación en el que se está con el otro más tiempo del necesario solo para comportarse de una manera horrible, y que cuando llegue el final ambos se sentirán aliviados. Y también sabía que esa parte sería dura para todos, pero mucho más para mí, que solo podía hacerme a un lado y esforzarme en ese acto de comprensión y piedad con la esperanza de que él se percatara de lo piadosa y comprensiva que yo era. Apartarme, eso era lo único que podía hacer.

Hubo una cosa que no debería haber hecho durante ese período. Se lo conté a Carrie, nuestra hija. No tenía intención de hacerlo, pero me llamó por teléfono y me cogió en horas bajas. Guy estaba fuera, según decía, corrigiendo ensayos en el departamento hasta tarde, pero yo sabía que estaba con ella; hacía ya tres meses del incidente de las ventanillas del coche y todavía esperaba a que se resolviera. Carrie llamó para confirmar que venía a casa ese fin de semana.

—Me alegro de que vengas... —dije, y se me quebró la voz.

—Mama, ¿qué pasa? —respondió ella. Hubo una pausa mientras me tragaba las lágrimas y ella añadió—: ¿Está papá ahí?

—No... —dije para agregar después débilmente—: Está por ahí.

—¿Habéis discutido otra vez?

—¿Otra vez? —repliqué yo, con una sonrisa en la voz a pesar de que las lágrimas me recorrieran las mejillas.

Mi Carrie, tan joven y tan sabia. Estaba conviviendo, y algo así como comprometida, con un joven científico llamado Sathnam. Lo adorábamos, y queríamos que se casara con él, pero ellos decían que no podían casarse hasta que su piadosa abuela muriese. Guy y yo simplemente queríamos que siguieran juntos y nos dieran nietos. Creíamos que así Carrie volvería a necesitarnos.

—Sí... —dijo ella quedamente—. El último fin de semana que estuvimos allí Sath y yo discutisteis desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde.

—¿Ah, sí? ¿Por eso lleváis un tiempo sin venir?

—No —contestó—. Hemos estado atareados, pero me teníais preocupada.

—No le habrás dicho nada a Adam, ¿verdad?

—Mamá, no soy idiota.

Guy, Carrie y yo teníamos un acuerdo tácito. La protección de Adam estaba por encima de todo.

Me sorprendía que mi hija dijera que su padre y yo no parecíamos llevarnos bien últimamente. No me había dado cuenta. Se me ocurrió que tal vez Guy y yo habíamos empezado a tratarnos mal sin ni siquiera darnos cuenta.

En aquella época veíamos muy poco a nuestros adultos hijos. Adam vivía en Manchester; Carrie vivía en Leeds. «Son veinteañeros», nos decíamos el uno al otro, consolándonos al recordar la poca atención que prestábamos a nuestros padres a esa edad. «Ya volverán —nos decíamos—, cuando tengan familia propia y reconozcan el valor de los abuelos, o cuando regresen al sur o cuando nos jubilemos...» Pero ambos los echábamos de menos, tanto Guy como yo. Teníamos que hacer un esfuerzo para no llamarlos demasiado a menudo y preguntarles a cada momento cuándo venían a casa.

Así que le conté a Carrie que su padre se veía con otra mujer. Guy se enfadó conmigo, con razón, y de repente parecía que el mal que había hecho al contárselo a

nuestra hija compensara el que me hizo él con su aventura.

En su siguiente visita le explicamos a Carrie todo los dos juntos. Había venido sin Sathnam. Nos sentamos a la mesa de la cocina cogidos de la mano, y le dijimos que estábamos superándolo y que queríamos que supiera que no pasaba nada, y que podía contarnos lo que pensaba realmente o cualquier problema propio que tuviera, sin miedo a que nos afectara.

Entonces le preguntamos, como siempre acabábamos haciendo, si había hablado con Adam últimamente. Solo por Facebook, nos dijo. Y luego, inesperadamente añadió:

—¿Sabéis lo que hacía él de pequeño cuando discutíais?

—Todas las parejas discuten —dijo Guy—. Somos humanos.

Le coloqué la otra mano sobre el brazo para apaciguarlo.

Carrie alternó la mirada de su padre hacia mí.

—Se metía detrás del sofá, se agachaba y se ponía a gritar tapándose las orejas.

—Lo sé —dije—. Me acuerdo.

—Lo hacía cuando era más mayor de lo habitual, me refiero a que ya no era un crío, sino que tendría diez o doce años, ¿verdad?

Guy y yo nos quedamos mirando. Todos guardamos silencio.

—Más —acabé por admitir—, era mucho más mayor.

Tardamos mucho más tiempo del admisible en reconocer que a Adam le pasaba algo. Adolescentes. Todos los libros te dicen una sola cosa: hagan lo que hagan dales un respiro, sé tolerante con ellos, es normal. Y por supuesto, lo suyo fue progresivo, la incapacidad para levantarse por la mañana, negarse a hacer los deberes, saltarse clases en la escuela... Una vez se afeitó la cabeza en extrañas diagonales, se encerró en el baño y se puso a gritar al espejo y a dar patadas a la puerta. Otra vez vino a casa después de pasear por la calle principal y tiró los auriculares por el pasillo, diciendo que cuando la gente pasaba a su lado oían la música y se reían de él por lo estúpida que era. No hubo un momento exacto en el que admitiéramos lo mucho que nos preocupaba. Todo sucedía con cuentagotas y a cada gota que caía nos convencíamos de que aquello era normal, y por supuesto lo era. Cuando empezó a pasar el día en la cama y a negarse a abrir las cortinas lo primero que pensamos fue: drogas, está tomando drogas. Recuerdo el día que Guy y yo rebuscamos en su habitación. Era una noche de verano que Adam había hecho el raro esfuerzo de salir con sus amigos. Entramos mirándonos el uno al otro, prácticamente de puntillas. Todo estaba igual que en la habitación de cualquier adolescente: camisetas tiradas por el suelo, limpias y sucias, todo mezclado; un par de cajones de la cómoda abiertos que mostraban un revoltillo de calcetines y calzoncillos que parecía haber hecho un ovillo antes de tirarlos dentro, y de los que salía un olor familiar para cualquiera que tenga hijos. El

espacio que había sobre su cama estaba lleno de fotos de sus amigos y pósters de chicas de alguna revista para hombres, un par de ellos con las esquinas despegadas. Su vieja guitarra, la que tenía la cuerda rota, estaba apoyada contra la pared. La vi demasiado cerca del radiador y la cambié de sitio, y luego recordé que estábamos registrando su habitación en secreto y volví a ponerla en su lugar.

Esa noche se había llevado la guitarra nueva. Sabíamos que fumaba tabaco de liar, claro estaba, y que se habría llevado la caja metálica y los papeles. Su bata estaba colgada tras la puerta de la habitación. Le habíamos permitido pintar la puerta con un spray de pintura no nociva, haciéndonos la ilusión de que si le dejábamos hacerlo en casa reducíamos las posibilidades de que lo hiciera en las arcadas de las vías del tren mientras un amigo puesto de Ketamina lo agarraba de los tobillos desde el puente. No éramos los únicos padres de su escuela cuyo hijo había llegado a casa con los pantalones manchados de restos blanquecinos de la pintura contra escaladores. Cogimos la bata y sacamos de los bolsillos otro librito de papel, unas cuantas hebras de tabaco y algún que otro pañuelo usado; eso fue todo. Di la vuelta a uno de los bolsillos. El interior estaba forrado con una fina piel blanca, un pañuelo que se había deshecho tras el lavado. Me incliné sobre el bolsillo y lo olí. Nada. Volví a dar la vuelta al bolsillo, miré a Guy, me encogí de hombros y sonreí.

Ahora recuerdo aquella noche y lo aliviados que nos sentimos por la infructuosa búsqueda, nuestra pequeña discusión acerca de si los pantalones estaban hechos un guiñapo en el suelo o en la cama, porque después de registrar la habitación no recordábamos exactamente dónde estaban y queríamos dejarlo todo como lo habíamos encontrado. Hablamos entre risas de que lo mejor sería ordenarlo todo y luego hacer como que estábamos indignados con él cuando llegara a casa: «¡No podíamos aguantarlo más!». Bajamos, abrimos una botella de vino y la despachamos con entusiasmo mientras hablábamos de lo fantástico que era que después de todo nuestro hijo no fuera adicto a las drogas. Amarga ironía la de aquella noche. Si hubiéramos sabido lo que pasaría después nos habría alegrado encontrar una caja de cerillas con restos de marihuana en un bolsillo de sus pantalones favoritos, o en la bata que había colgada tras la puerta llena de pintadas.

Así que estoy en la sala número ocho del Old Bailey; me quedo mirando los asientos desocupados de la tribuna del público y me siento agradecida al tiempo que abatida por las ausencias. He convencido a Carrie y a Guy para que se lleven a Adam a Marruecos durante quince días por si algún periodista intenta dar con ellos. Lo he puesto como si fuera una medida de protección exclusiva para Adam, en lugar de para todos ellos. Guy no se quedará la quincena completa, de eso estoy segura. A, T, C y G, la doble hélice. Nadie me ha llamado nunca Timmy salvo Guy, y ya hace tiempo que no lo hace.

Estoy siempre allí, en ese estrado, cada mañana, igual que tú, antes de que se abra la tribuna del público. También antes de que admitan al jurado, y antes de que llegue el juez. Tenemos que estar en nuestro lugar para que el tribunal se ponga en marcha, nada puede suceder sin nosotros, así que podemos sentarnos y observar la llegada de los letrados, cómo hojean sus papeles, suspirando, y se dirigen al puesto del otro, apoyan el brazo en los sumarios de sus oponentes y dicen cosas como: «Al final he reservado en Val d'Isère». Podemos sentarnos y observar cómo los secretarios entran para comprobar que todos están en su sitio antes de decir al juez que todo está preparado y a su disposición. Y podemos mirar fijamente hacia la tribuna del público y preguntarnos quién vendrá esa mañana, porque por supuesto cualquiera puede asistir con la condición de que dejen el móvil en casa.

¿Por qué no vino nadie por ti, mi amor? Nunca pude preguntártelo. ¿Por qué no había ningún hermano, hermana o amigo leal? ¿Les ordenaste que permanecieran al margen, igual que yo hice con mi familia? Hay tantas cosas que nunca tendré posibilidad de preguntar...

Al año de que mi marido y yo superásemos su romance, tuvimos una pelea en la cocina. Yo creía que para entonces ya estábamos a salvo, que había pasado el momento de las recriminaciones. Habíamos mirado por el borde del acantilado, nos habíamos cogido de la mano y dado un paso atrás. Habíamos cerrado filas, levantado barricadas, el puente levadizo, inundado el foso, lo que fuera. Tal vez sí. Puede que la discusión de aquella noche sucediera porque nos sentíamos seguros de nuevo, finalmente, y podíamos permitirnos ser mezquinos, una tímida incursión en el juego del rencor.

Ni siquiera recuerdo lo que dio comienzo a la discusión de aquella tarde, algún problema doméstico nimio, pero fuera lo que fuese, en medio de ese debate inocuo, me volví contra él mientras recogíamos la mesa y de repente me encontré apretando los puños sobre la encimera y diciéndole con la voz rota:

—¡Ni siquiera me has dicho su nombre!

Guy se quedó parado donde estaba, con el rallador de queso en la mano, mirándome con una cara a medio camino entre el asombro y la resignación. Se volvió y se sentó a la mesa con un suspiro.

—Escucha... —dijo, poniendo el rallador sobre la mesa.

Cuando me salió la voz era débil y trémula, prácticamente un susurro.

—Ni siquiera me has dicho su nombre —repetí.

—Rosa —dijo, y la hermosura de esa palabra se me clavó en el corazón como un cristal.

Tras eso hubo un largo silencio en el que Guy permaneció sentado y yo deambulé por la cocina como una loca.

A pesar de que no hablábamos, ambos seguíamos la discusión en nuestra cabeza,

y se hizo patente en cuanto abrimos la boca.

—Mira, Yvonne...

—¡Sí, sí! ¡Miro!

—No he...

—No he ¿qué?

De nuevo en silencio, frunció los labios, evidentemente decidiendo que si yo no era razonable tampoco él lo sería. Empujó el rallador del queso con un dedo y este cayó con un ruido metálico.

—Bueno, puedes seguir con esto indefinidamente, o puedes perdonarme y olvidarlo.

—Anda ya, y tú te vas de rositas, ¿no?

—Santa Yvonne. —Suspiró, alzando la vista al techo.

—¿Tú lo harías? —bramé con sarcasmo.

—Sí —respondió, indignado—. Por supuesto que lo haría.

—¡No lo harías! —gruñí, volviéndome y abriendo el lavavajillas que acababa de poner en marcha minutos antes. Cogido de improviso, el lavavajillas soltó una nube de vapor y un chorro de agua caliente. Lo cerré de un portazo y miré a mi marido—. Si hubiera sido yo, todavía estaríamos discutiendo. Me lo habrías echado en cara durante años.

—Eso no es verdad —dijo mi marido con un tono de voz súbitamente tranquilo y conciliatorio. Tenía razón, aquello no era cierto. Solo lo dije porque fue lo primero que se me ocurrió recriminarle—. Te habría perdonado; habría llegado a entenderlo. Te quiero, y tú me quieres a mí, habríamos antepuesto a Adam y a Carrie como siempre hacemos, como estamos haciendo. No me habría...

—¿Importado? —murmuré.

Eso estaba más cerca de dar en el clavo, más cerca de lo que realmente sentía. Guy intentaba evitar una confrontación directa, pero yo todavía no estaba preparada para ello, aún no. Todavía me quedaban energías.

—No, no es eso, por supuesto que me habría importado, pero habría sido capaz de aguantarlo para que siguiéramos juntos. No soy así de posesivo, ya lo sabes. Nunca lo he sido.

Eso era cierto, y admirable, pero no me hacía sentir mejor. Dejé de trastear por la cocina, me apoyé en la encimera y me quedé mirándolo fijamente con los ojos entrecerrados.

—Es decir, que no te importaría.

Me odiaba a mí misma por discutir de ese modo.

—No me importaría tanto la infidelidad física para arruinar lo que tenemos juntos, no.

—¿Y si me enamorase? ¿Y si me enamorase de otro como te pasó a ti?

—Lo siento, tú lo sabes, sabes cuánto lo siento...

Y por primera vez en esa discusión mi voz se suavizó un poco también.

—No te pido que vuelvas a disculparte. —Fui a la mesa, me senté frente a él y lo cogí de la mano—. Tengo curiosidad, en serio, ¿crees que me perdonarías? ¿De verdad me perdonarías si me enamorase de otro? —Mis motivos para preguntarle esto eran meramente intelectuales. Pensaba que no nos haría ningún daño contemplar la posibilidad. Se quedó mirándome—. No entra dentro de mis planes hacerlo —dije entre risas—. Solo es por saberlo.

Esa siempre ha sido la manera de picar la curiosidad de mi marido, apelar a su parte analítica.

Se tomó la cuestión en serio y la pensó durante un momento.

—Si lo hicieras con otro no me gustaría —dijo—, en absoluto, preferiría que no lo hicieras, que quede claro. Pero podría sobrellevarlo no pensando en ello. Detestaría visualizarlo pero intentaría no hacerlo, solo por mantener lo que tenemos, algo que ambos sabemos que merece la pena.

—Pero ¿y el amor?

Se quedó pensando un rato más, intentando ser sincero, algo que siempre me había gustado, todavía me encanta esa parte de mi marido, que no se ponga condescendiente y me diga lo que cree que quiero oír.

—Sí, te perdonaría si te enamorases de otro —dijo sin alterar la voz—. Sería muy doloroso para mí, por supuesto, porque doy por sentado que me amas a mí exclusivamente, pero sé —añadió, vacilando un poco—, ahora lo sé, que realmente es posible amar a dos personas a la vez. Ni siquiera en el estadio al que yo llegué dejé de amarte, ni por un segundo. De hecho, en cierto modo estaba más enamorado de ti que nunca, porque sabía que ponía en peligro lo que teníamos. Sé que suena a excusa, pero es cierto.

Tras ese largo discurso nos quedamos allí sentados durante un buen rato. A pesar de su capacidad de análisis, expresar sus emociones nunca había sido el fuerte de mi marido, como les pasa a muchos hombres, así que estaba impresionada por la extensión de su discurso y la sencillez de su verdad, conmovida por esa capacidad para sincerarse conmigo y consigo mismo. Ya no tenía ganas de echarle cosas en cara ni de hacerle sentir culpable. Y entonces, justo cuando empezaba a notar su calidez, dijo algo que me recordó lo que al fin y al cabo era, un hombre, un hombre con fallos, igual que yo soy una mujer con fallos.

—Solo habría una cosa que me costaría mucho perdonarte.

Lo miré, pero él miraba abajo, a nuestras manos enlazadas, mientras pasaba el pulgar por mis dedos y los acariciaba.

—¿Qué?

—La humillación pública.

Entonces me dirigió la mirada, una mirada fría.

Salimos de Apple Tree Yard y seguimos por Duke Of York Street. Todavía no te has ido y ya me has abandonado, como de costumbre, pero esta vez no me duele, más bien me siento pagada de mí misma. Voy cogiéndole el truquillo a esto. Es como si a mis cincuenta y dos años hubiera descubierto una inesperada habilidad para tocar el flautín o bailar claqué, algo que existía de forma latente en mi interior y nunca había sabido explorar. Camino uno o dos pasos por detrás de ti, meto la mano bajo mi abrigo y me aliso el vestido. Después, corriendo tras tus pasos, me abrocho los botones y me arreglo el pelo, esos gestos nimios que me preparan para la vida pública de nuevo.

Nos despedimos en el metro de Piccadilly Circus, con uno de esos abrazos bruscos a los que he acabado por acostumbrarme: me pasas un brazo por la espalda y me aprietas con firmeza con el antebrazo, separándote de mí en cuanto mi cuerpo hace contacto con el tuyo. Es el tipo de abrazo que puedes darme libremente sin temor a que te vea cualquier conocido. Me doy la vuelta y regreso a la propia plaza de Piccadilly, cruzo por el paso de peatones y atajo por Air Street. Tardaré unos veinte minutos en llegar a la fiesta de la facultad, caminando más rápido de lo que me gustaría con los tacones y esa tímida lluvia que ha empezado a caer, lluvia de abril, fina y húmeda. No me importa, en este momento en particular no me importa nada.

Ando con afectación, la justa llevando estos taconazos, que no son los botines de tacón más bajo que llevaba cuando nos conocimos, sino los de aguja: zapatos de fiesta, zapatos para ser observada. Subo por Regent Street y miro a la gente apresurada que pasa ante mí. Me pregunto cuántos de ellos realmente tendrán prisa. ¿Cuántos regresan a casa? ¿Cuántos de ellos correrán hacia algo o huirán de algo? Conozco la hora punta tan bien que es como si la llevara en la sangre. El paso frenético de la multitud es contagioso. A esta hora del día parece imposible caminar por la calle lentamente, evitar empujar y dar codazos si te subes a un autobús o un metro abarrotado. Me pregunto cuántas de las personas que me adelantan son felices. Yo lo soy. Llevo una doble vida y la llevo bien. Quizá debería ser yo la espía.

He cruzado Oxford Street y camino en zigzag hacia el norte y el este por los callejones cuando sucede algo inusitado. Hay una mujer andando hacia mí, una mujer pequeña, más bajita que yo incluso, japonesa, vestida con ropa cara: seda verde y cazadora de cuero de talle corto. Acaba de contestar al teléfono y está muy contenta por la llamada. A un hombre lleva varias bolsas de compras. Al cabo de un par de frases, todavía a varios pasos de mí, se para en seco en medio de la calle. Le cambia la cara. Las bolsas de la compra caen de su hombro. Le fallan las rodillas y se desploma sobre la acera dejando escapar un gemido, pero con el teléfono pegado a la oreja.

Yo me quedo quieta durante un instante y luego me acerco. La mujer solloza y grita al teléfono en japonés. Es obvio que acaban de darle una terrible noticia. Un momento antes caminaba con la compra y al siguiente recibe una llamada y está de rodillas bajo la lluvia, llorando y gritando.

Vacilo un instante ante ella. Al cabo de un momento digo: «Disculpe, ¿puedo ayudarla?».

La mujer alza la vista y me mira con una expresión entre perpleja y desdeñosa, como si no entendiera qué hago allí frente a ella, o no comprendiera lo que digo, desconcertada y enfadada a través de su mar de lágrimas. Entonces vuelve a gritar y a llorar al teléfono.

Parece impúdico quedarse allí, así que la adelanto y sigo mi camino. Cuando vuelvo la vista la sigo viendo en el mismo sitio, llorando de rodillas.

Para cuando llego al conjunto de edificios conocido como complejo Dawson, núcleo principal de las oficinas de administración de la universidad y sede de varias salas de conferencias, la fiesta está en su punto álgido. El director de Ciencias dejó muy claro que aunque la universidad donara el espacio, la comida y el vino corrían por su cuenta. Han reclutado a una cuadrilla de estudiantes para que hagan de camareros y personal de servicio, y al entrar en el vestíbulo pisando fuerte con mis tacones me reciben en fila con sus sujetapapeles, dispuestos a tachar nombres de la lista de invitados. Esto no es típico de las fiestas universitarias, normalmente no son tan fastuosas para tener una lista de invitados —lo normal es que haya vasos de plástico y vino blanco a temperatura ambiente—, pero esta es diferente, más de postín. El director de Ciencias ha dedicado tres décadas a la educación y ahora se va a dedicar irremisiblemente al sector privado. Alto y con unas gafas graduadas enormes, está de pie en el vestíbulo junto a los estudiantes de los sujetapapeles, dando la bienvenida a los invitados con una sonrisa sin gracia en el rostro.

«Yvonne...», dice al verme entrar, avanzando hacia mí para darme dos besos.

Tras la ronda de cumplidos con el director de Ciencias me dirijo al pasillo que lleva al salón de actos, el centro del complejo Dawson. A la izquierda hay unos colgadores recién instalados para que la gente deje los abrigos. Ya está casi lleno, apenas quedan un par de colgadores al final envueltos en papel de rifa con celofán. Mientras espero junto a un grupo para colgar mi abrigo, una estudiante alta vestida con tejanos y camisa negra se acerca a mí con una bandeja de copas de vino.

—Doctora Carmichael... —dice, deteniéndose para ofrecerme una copa.

No la reconozco, pero como todavía no me he puesto la placa con el nombre supongo que será una antigua alumna, así que sonrío, acepto la copa y digo:

—Gracias; ¿cómo va todo?

—Genial, empiezo en el Vicenzi Centre en otoño.

Ahora la recuerdo, una americana inteligente cuyo doctorado versaba sobre los rasgos distintivos de la personalidad resultantes de la susceptibilidad condicional generada por la variante genética SERT.

—Me alegro mucho, buena suerte.

—Gracias. Estoy deseando empezar.

Tras ella, andando por el pasillo, veo a dos hombres calvos, uno alto y el otro bajo.

—¿Ese no es el catedrático Rochester? —Es una pregunta retórica, ya que estoy segura de que es él. Bebo un poco de vino que me da de pleno en el estómago vacío. Eli Rochester es el responsable de Glasgow. En mi ámbito él es Dios. Me quedo mirando a la estudiante—. Rochester está aquí.

La estudiante se acerca a mí, alzando sus perfectas cejas. Todavía no recuerdo su nombre, pero sí que me gustaba bastante su inteligencia sarcástica.

—Todo el mundo está aquí, doctora Carmichael —murmura antes de marcharse.

Camino del perchero me desabrocho el abrigo con la mano que me queda libre, y el hombre que tengo delante se vuelve y me dice con familiaridad:

—Dame, será mejor que me encargue yo de eso.

Me quedo desconcertada unos instantes hasta que veo que se refiere a mi copa.

—Gracias —digo.

—Yvonne —responde él con cierta condescendencia, mientras coge mi vaso y espera a que me quite el abrigo y encuentre un colgador libre—, yo edité tu ensayo.

Ah, sí, es un editor. De hecho he trabajado bastante con él, aunque casi siempre por correo electrónico.

—¡Harry! —digo—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien...

Mientras camino junto a Harry por el pasillo me percató de que esta noche estoy radiante. Es extraño que ese tipo de narcisismo resulte tan atractivo. Me pregunto si será el vaso de vino que llevo en la mano, la cantidad de personas que me han saludado efusivamente ya antes de entrar o la presencia de tan ilustres compañeros de mi ámbito profesional —algo que por supuesto alaba mi gusto por asistir a la fiesta—, y sí, es por todas esas cosas. Pero también por ti. Acabo de hacer algo con lo que la mayoría de las personas de esta fiesta jamás soñarían, que ni siquiera yo habría soñado antes de conocerle. Y no me han descubierto. He sabido montármelo.

Más tarde regresaré a la bonita casa que comparto con mi marido; ahora estoy en una fiesta llena de triunfadores de mi profesión, y encima soy una de ellos. Esta es mi vida. Parece que fuera ayer cuando era una de esas estudiantes con la bandeja llena de copas de vino, deseosa de intercambiar unas palabras con algún catedrático de mi ámbito académico. Y ahora aquí estoy, como por arte de magia, la gente me recibe y yo tardo uno o dos minutos en recordar sus nombres.

Cuando llego al final del pasillo he acabado con la primera copa de vino. Me separo de Harry al llegar al salón de actos, que está atestado. Es temprano, pero ya hay ambiente de celebración, todos van por la segunda o la tercera copa, y la sala rebosa de risas y conversación. Tal vez sea la combinación de tanto alcohol y gente en un escenario cotidiano; es como una fiesta navideña de oficina, todos borrachos o en proceso, confraternizados. Puede que los científicos no suelen desmelenarse, pero cuando lo hacen lo elevan a la enésima potencia.

Distingo a un grupo de personas que conozco, investigadores del anterior instituto de Guy, pero me quedo un momento inspeccionando la sala. Me preguntarán por qué no ha venido Guy, que está dando una charla en Newcastle, y después desearán saber cómo va mi trabajo. No quiero quedarme atrapada tan pronto entre un grupo de conocidos.

Doy una vuelta por la sala, suelto mi copa vacía, recojo otra por el camino y me encuentro de repente junto al ilustre catedrático Rochester, pero está rodeado de acólitos y parece enfrascado en una conversación con uno de ellos. Me alejo con la copa en alto para resguardarla de los codazos, sorteando los cuerpos de la sala y deslizándome entre ellos.

—¡Yvonne!

Es Frances, una técnica con la que trabajé en el Beaufort. Me cae genial. Rondará los sesenta y ha visto de todo.

Nos abrazamos brevemente y se acerca para susurrar claramente a mi oído:

—¿Cuánto crees que le habrá costado esto?

—¡Un diner! —grito yo en el suyo.

En los tiempos que corren el director de Ciencias no se habría atrevido a usar un solo penique del dinero de la universidad.

—Vamos —dice—. Demos una vuelta por la sala. A ver si localizamos el canapé más deseado.

Me bebo dos vasos más de vino a la caza del canapé. ¿No tendría que haber hordas de estudiantes con aperitivos? No hay ninguno a la vista, aunque ocasionalmente vemos con frustración a invitados que cogen algo entre los dedos y se lo llevan a la boca. No he comido nada desde el sándwich del almuerzo y ya estoy un poco achispada, pero qué demonios, todo el mundo está igual. Es de ese tipo de fiestas. Si es necesario soltaré cuarenta libras para que un taxi me lleve a casa. No tengo nada urgente que hacer mañana y no me importa pagar un taxi caro si paso una buena noche fuera de casa.

—¿Sabes que después habrá baile? —grita Frances entre el barullo mientras pasamos ante una caterva de bacteriólogos suecos.

Sé que son suecos porque gritan con vehemencia aspectos de los experimentos de Meselson y Stahl, que tuvieron lugar en 1958 y siguen haciendo discutir a los

bacteriólogos. Creo que uno de ellos puede ser alguien con quien que tuve una breve disputa en la sección de cartas de la revista *Nature* hace un par de años.

—Me tomas el pelo... —murmuro.

Pero Frances no me escucha. Mis palabras quedan ahogadas por el equipo de sonido que llega desde un lateral de la sala. Hacemos una mueca y nos volvemos. Después se oye el sonido hueco de alguien que prueba un micrófono en el escenario. Dios, los discursos, pienso, bebiéndome el resto de la copa y mirando alrededor para encontrar otra antes de que empiecen. El director de Ciencias nunca dice en una palabra lo que puede decir con veintiocho.

A partir de las diez, la noche empieza a difuminarse. Miro mi reloj y me digo que debería llamar a Guy para avisarlo de que llegaré más tarde, hasta que recuerdo que está en Newcastle. La invitación decía que duraría hasta las doce de la noche, pero no pensaba quedarme hasta el final. Ahora me parece que saldré de aquí la última. La bebida me ha dejado descolocada, mareada e insegura, demasiado borracha para seguir bebiendo pero también para dejar de hacerlo. Hacía mucho que no estaba tan bebida. Años. He confraternizado con los investigadores y he perdido a Frances en algún sitio, incluso he saludado brevemente a Eli Rochester quien, para mi asombro, recordaba que nos conocimos hace seis años en el Advanced Bioinformatics Symposium de Chicago, y he caído en la cuenta repentinamente de que llevo unos tacones más altos de lo habitual y debería ir afuera con mi copa de vino blanco de inmediato.

Miro el jardín a través de las cristaleras del fondo del salón de actos. Está lleno de fumadores. Mientras decido si reunirme con ellos, alguien me tira del codo y al volverme veo a George Craddock con una radiante sonrisa.

—¡Ah, hola! —digo con efusividad, aliviada al ver una cara amiga—. ¿Está Sandra por aquí?

No sé por qué supongo que, como trabajan juntos, siempre van en pareja.

—Se ha ido hace un rato. —Alza la copa en dirección al jardín—. Te he visto antes, pero no he conseguido pillarte. ¿Salimos?

Necesito sentarme urgentemente.

—Buena idea —digo, poniéndome en marcha.

Salimos juntos y nos sentamos en un poyete de ladrillos. Lleva una camisa de mangas largas con un estampado de flores diminutas, una camisa de diseño. Le pega. Tiene un paquete de cigarrillos en la mano. Me ofrece uno y yo, estúpidamente, borracha, me lo llevo a los labios y me inclino ante el encendedor que pone ante mí. Es como un lanzallamas, así que aspiro profundamente y me aparto antes de que me chamusque las pestañas. Me entra un ataque de tos.

—¡Sabía que fumabas a escondidas! —dice.

Niego con la cabeza, riéndome un poco.

—¡No lo hago, en serio!

—Sí lo haces —responde—. Eres de esas que piensan que no es el tabaco lo que provoca el cáncer, sino ir al estanco a comprarlo. —Me quedo pensando en que George es mucho más ingenioso cuando ha bebido un par de copas—. Dios, qué discursos más horrorosos... —dice.

Nos embarcamos en una diatriba contra las autoridades de la universidad y los que la subvencionan, empezando por el rector y acabando por el actual ministro de Educación. Siempre me había parecido que George era conservador y me sorprende comprobar que coincide conmigo acerca de los problemas presentes en la financiación de la educación superior. Pero, aunque los académicos se quejen, nuestro campo está bien subvencionado en comparación con las artes —pienso en lo fácil que ha sido la carrera de mi hija, en comparación con la de mi hijo— y hablamos sobre las ilusiones románticas que el director de Ciencias debe de hacerse respecto al sector privado. Cierto, hay mucho despilfarro de dinero, pero también es mucho más exigente. Los pagadores esperan resultados.

Nos quedamos fuera un buen rato. No tengo frío, a pesar de no llevar el abrigo. En cierto momento se nos une un grupo, hablamos un poco con ellos y luego se disgregan. Los camareros no traen vino al jardín, pero George entra un par de veces a rellenar las copas. Dentro, las luces se atenúan y empieza a atronar la música. Desafortunadamente, las luces no son tan tenues para evitarme la visión de los bacteriólogos suecos desmelenándose. Frances se me acerca cuando George ha ido a por otra copa y dice:

—Querida, tengo que marcharme. Estoy reventada.

—Yo también —respondo—. Me iré dentro de poco.

—Nos vemos la próxima semana —dice—. No acabes en la pista de baile, ¿eh?

—Ni loca.

George vuelve con una nueva copa y cuando me la ofrece me levanto, un poco renqueante, y digo:

—La verdad es que no debería beber más de esto, creo que no.

—Probablemente tengas razón —dice—. ¿Nos vamos? Te acompaño al metro.

—Sí, perfecto —digo, abriendo el bolso y percatándome de que me será imposible localizar la otra mitad del tíquet que he roto en el colgador.

Llegados a este punto tengo ciertas lagunas. Recuerdo que estuve en el pasillo. Recuerdo lo que me costó conseguir mi abrigo. Recuerdo que George sostuvo mi bolso mientras me lo ponía sobre los hombros sin molestarme en abrocharlo. Recuerdo el sonido de mis tacones en el vestíbulo y también que George dijo:

—Déjame que recoja el maletín de mi despacho.

Recuerdo que me apoyé contra la pared del ascensor y cerré los ojos.

Después, George y yo estamos caminando por el pasillo en penumbras. El complejo Dawson fue construido en los sesenta y encima de la planta baja de techos altos hay un laberinto de despachos mal iluminado. En cierto momento, mi hombro resbala por la pared de ladrillo visto. George me coge por el brazo.

—Ven —dice con una voz afable y divertida—. Necesitas sentarte un momento.

Una vez en el despacho de George este cierra la puerta de un puntapié y se acerca a su escritorio. Hay un pequeño sofá de dos plazas al otro lado de la habitación y yo me derrumbo sobre él, arrugando el abrigo. Caray, pienso, hacía años que no estaba tan borracha. Tendría que haber comido algo en la cafetería cuando estaba contigo. Al pensar esto me acuerdo de ti y de lo que hemos hecho poco antes, y sonrío un poco al recordar a esos ilustres científicos de abajo y cómo caminaba entre ellos orgullosa de mi trabajo y mis títulos. Si hubieran podido imaginarlo...

George enciende una lamparita y se entretiene con unos papeles, metiéndolos en un maletín marrón muy usado. Después enciende el interruptor de una tetera eléctrica que hay en una esquina de su escritorio. Se vuelve y me doy cuenta de que está mirándome, pero dejo caer la cabeza de nuevo contra el sofá. Me reincorporo y veo que se ha acercado al interruptor para encender la luz principal. La del escritorio es tenue. La tetera empieza a borbotear.

—¿Por qué sonríes? —dice.

Hay algo en su tono de voz que me inquieta un poco, pero antes de que tenga tiempo de considerarlo ya se ha arrodillado ante mí en el suelo frente al sofá y empieza a besarme.

Mierda, pienso. Joder. Le pongo las manos en el pecho y lo aparto, con mucho cuidado. Tengo vergüenza ajena.

—Escucha, lo siento, no... —digo, casi riéndome. Qué estúpido de mí darle esa impresión. Dios, menuda idiota—. Lo siento mucho, mi vida ya es lo suficientemente complicada.

George se incorpora un poco, poniéndose de cuclillas; yo también me he incorporado y nuestras caras quedan muy cerca. Ladea la cabeza.

—¿Cómo está Guy? —dice entonces.

Sabe cómo se llama mi marido. Claro que no es tan raro, todos trabajamos en el mismo campo, pero no se conocen, que yo sepa.

—Bien... —digo.

—¿Sabe que estás follando con otro? —Me quedo mirándolo, su barba recortada, sus gafas de montura fina, parecidas a las tuyas, su sonrisa afable. Estoy desconcertada, mucho, y también demasiado borracha para soportar el ridículo que conlleva darle una negativa convincente. Su sonrisa se ensancha y su cara sigue pegada a la mía—. ¿Por qué si no podría ser tu vida tan complicada? —Niego con la cabeza, todavía desconcertada por el giro que ha tomado este encuentro. No digo

nada, simplemente niego con la cabeza—. Siempre he pensado que eras una egoísta —continúa, con una voz grave y oscura, pero todavía sonrío y yo sigo confundida.

Entonces me pega.

Siento una explosión en el interior de la cabeza, parece que me haya golpeado por dentro. Después, un momento de irrealidad y aturdimiento, seguido de una milésima de segundo de inconsciencia. Doy un alarido de dolor e incredulidad mientras caigo por un lado del sofá. Me pita el oído izquierdo. Luego me doy cuenta de que estoy en el suelo con la cabeza apoyada contra el sofá y George está penetrándome.

Su peso me inmoviliza y él gruñe por el esfuerzo. Me duele el tobillo y veo que está chocando con la pata de metal cuadrada del escritorio que hay frente al sofá. No puedo creer lo que está pasando.

George Craddock me mira mientras me folla. Todavía lleva puestas las gafas.

—Si levantas la cabeza del sofá volveré a pegarte.

La cabeza se me levanta, porque arremete contra mí con fuerza, pero es un movimiento corto e involuntario, no un intento serio de levantarme o resistirme.

Me propina otro bofetón seco y duro en la cara con la mano abierta. La cabeza se me va hacia atrás. Capto el mensaje. Contraigo los músculos del cuello para no moverme del sofá. Cierro los ojos y me tapo la cara con las manos.

Tengo la sensación de que dura una eternidad, pero en realidad no puede ser más de varios minutos. Al cabo de un rato, todavía en plena faena, me dice:

—¿Por qué te has tapado la cara con las manos? —No contesto. Sigo con las manos en la cara y tenso los músculos todo lo posible para permanecer inmóvil, a pesar de lo que está haciendo. Quiero protegerme la cara—. Quítate las manos de la cara —dice. Al ver que no me muevo, lo repite en una voz grave y amenazante—. Te he dicho que te quites las manos de la cara...

Sigo sin moverme. Soy como una tortuga sacada de su caparazón o un erizo hecho una bola.

Me quita las manos de la cara y me inmoviliza las muñecas a un lado. Con la mano libre me golpea de nuevo.

Entonces empiezo a implorar.

—Por favor... —digo, y al ver que no para, lo intento usando su nombre— George, por favor... por favor... —digo.

—Por favor, ¿qué? —replica él. Tengo los ojos abiertos y lo miro abiertamente a la cara. Él me sonrío—. Por favor, ¿qué?

No contesto, y entonces su rostro se ensombrece y él levanta la mano muy alto. Me protejo como puedo.

—Por favor, no me pegues —suplico.

Es la respuesta correcta. Me sonrío de nuevo y baja la mano.

Sus esfuerzos aumentan entonces, agacha la cabeza hasta ponerla junto a la mía,

con la cara pegada al borde del cojín del sofá que hay junto al que yo apoyo la nuca. El reflejo oval de la lámpara del escritorio me da en la cara. Veo la silla giratoria frente al escritorio y sobre ella el maletín gastado, todavía abierto, junto al resto de los otros objetos de la habitación. Él murmura contra el sofá: «Joder, joder, joder...», y me embiste con un vigor desesperado. Al cabo de un rato se queda quieto. Todavía lleva el distintivo de la fiesta con su nombre y el metal se clava dolorosamente en mi pecho.

—Mierda —dice entonces, saliendo de mí, flácido y diminuto. Al sentir su piel contra mis muslos me estremezco. Cuando se separa de mí consigo alzarme un poco con los codos. Se queda arrodillado un momento entre mis muslos, con los pantalones bajados, la camisa y la chaqueta abiertas, y el rostro reluciente de sudor. Se pone a tocarse lentamente mientras me mira. Después añade en un tono de voz amistoso—: Demasiado vino, creo... Lo siento.

—Me has pegado —digo.

Al levantarse sigue con esa sonrisa en la cara. Coge el maletín de la silla giratoria y lo pone sobre el suelo, donde queda colocado de lado.

—Creí que te gustaría —dice, contento de sí mismo, y añade—: Me gusta oírte suplicar.

Me arrastro hasta el sofá y me quedo sentada unos segundos. Tiemblo de la cabeza a los pies. Me castañetean los dientes.

Él sigue mirándome.

—Será mejor no bajar todavía, ¿eh? —dice—. Sigue habiendo demasiada gente. —Mientras me observa se pone a tocarse otra vez, agarrándosela entre el pulgar y el índice—. Esos chicos... —añade.

Los tocamientos funcionan. Por Dios bendito, pienso, vamos a volver a empezar otra vez. Se levanta y se acerca.

—Abre la boca.

Hasta pasada la una de la madrugada no cae dormido, brevemente, descansando el antebrazo en mi cuello. Me quedo muy quieta durante un buen rato antes de intentar moverme y cuando lo hago se levanta inmediatamente. Tengo la precaución de sonreír.

—Debo irme... —digo, jovialmente.

Me arriesgo a comprobar que la adrenalina se haya desvanecido tras el sueño. A buen seguro está cansado.

He juzgado correctamente.

—Sí, supongo que sí —contesta, somnoliento—. Te será complicado explicar esto en casa, ¿eh?

Ahora su tono de voz es claramente desagradable, lo cual resulta menos

amenazante que esa sonrisa. Por dentro no dejo de repetirme: Todo saldrá bien, si tienes mucho cuidado no te pegará más.

Se levanta y se recompone el atuendo, después se inclina, recoge su maletín del suelo, lo pone sobre el escritorio, lo abre y mira en su interior.

Estoy prácticamente segura de que todo ha acabado, pero como no puedo saberlo a ciencia cierta, hablo con serenidad, casi con tono relajado:

—Bueno, entonces, nos vemos pronto —digo mientras me levanto, me aliso el vestido y me arreglo el abrigo y el pelo.

Me tiemblan las rodillas.

—Te acompañaré abajo —dice.

Lo espero en el pasillo mientras cierra el despacho con llave. Ahora todo tiene un aire de irrealidad. Quiero estar en casa y la mejor forma de llegar allí es actuando con normalidad. Estamos juntos esperando el ascensor. Una vez dentro, me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Cuando los abro, lo encuentro mirándome y sonriendo. Se abren las puertas y nos adentramos en el desierto vestíbulo con rapidez. En el pasillo quedan algunos rezagados charlando, pero las dobles puertas del salón de actos están abiertas y veo que está bien iluminado, pero vacío, salvo por los estudiantes que deambulan en él con sus bolsas de basura negras. Rezo porque no nos encontremos a ningún conocido. George Craddock me toma por el codo mientras atravesamos el vestíbulo.

—Ya habremos perdido el último metro —dice—. Compartiremos un taxi.

Fuera vuelve a caer la misma llovizna, fina y fría. Me quedo parada en la acera, embargada por la impresión. Al cabo de unos minutos se detiene ante nosotros un taxi con la luz amarilla encendida. George Craddock habla con el taxista, que le responde: «Solo voy en dirección sur». El taxi se marcha y George me mira y dice:

—Por ley no pueden negarse a llevarte, ¿sabes? Podríamos denunciarlo. Llevaba la luz encendida.

Otro taxi aparece como por arte de magia. George abre la puerta trasera y me hace entrar. Obedezco. Habla con el conductor y se acomoda junto a mí.

Me siento lo más lejos de él que puedo, pegada a la esquina, mirando al otro lado. Permanecemos en silencio mientras el taxi se interna velozmente en la noche londinense. No sé qué decir. No hay tráfico. La lluvia ha parado. Hace una noche clara y negra. Los edificios aparecen y se desvanecen a toda prisa. Las farolas me deslumbran. Al cabo de un rato, cierro los ojos.

No me doy cuenta de que debo ocultarle mi dirección hasta que pasamos por Wembley. Abro los ojos y lo miro con una mueca de fastidio.

—Mi marido estará todavía despierto, esperándome, supongo —digo.

—No pasa nada —contesta él—. De todas formas yo me bajo antes. —El trayecto dura varios minutos más—. Es una suerte que vayamos en la misma dirección —

añade. Y luego—: Estamos prácticamente a tiro de piedra. —Me entran ganas de vomitar—. Eso no te lo esperabas, ¿eh? —Luego se inclina sobre la mampara de cristal y la golpea con los nudillos. El taxista la abre—. Puede dejarme aquí, en el siguiente cruce.

El taxi se detiene justo delante de un semáforo que se pone en ámbar. Un perro solitario y escuálido trota ante nosotros con la cabeza gacha dando grandes zancadas por la carretera. George se ha desabrochado el cinturón y eleva el trasero para hurgarse los bolsillos. Rebusca en ellos mientras el motor sigue encendido y después deja un billete de diez libras y algunas monedas en el asiento.

—Ahí tienes —dice—. No es la mitad exacta, pero tú vas más lejos.

Y adiós.

El taxi vuelve a ponerse en marcha. Exhalo muy lentamente y cierro los ojos de nuevo.

Cuando el coche se detiene ante la puerta de mi casa sigo con los ojos cerrados. El taxista ha debido de preguntarme la dirección en algún momento, pero no lo recuerdo. Tengo la cabeza llena de lagunas, estoy tan abotargada que no queda espacio más que para el momento presente, que me dice que pague al taxista, entre en casa, cierre la puerta, suba la escalera y me esconda bajo el edredón. Cojo el dinero de George Craddock, salgo del taxi y doy un portazo. El taxista ha bajado la ventanilla. Le doy el dinero de George, le digo que espere un momento, cojo el bolso y busco la cartera. El taxista no deja de observarme ni un instante. Me tiemblan las manos. Al cabo de un momento, dice:

—¿Quieres un recibo, encanto?

—Sí, por favor —digo.

Actúa con normalidad y todo será normal. Le doy más dinero, me entrega el cambio, se queda mirándome y dice pensativamente:

—Muy bien, encanto, buenas noches.

—Gracias, igualmente —digo al marcharme.

Mi casa está a oscuras. Entro por la puerta principal y a pesar de que Guy no está me quedo escuchando en el pasillo. No enciendo la luz, pero el haz de las farolas sigue entrando por los paneles de cristal que hay encima de la puerta, iluminando débilmente los objetos familiares de la casa, el mueble de los paraguas y la mesita con el cuenco de cristal que compramos en Sicilia. Sé que si me quedo allí de pie las rodillas me fallarán, así que entro. Entonces recuerdo que no he puesto la cadena de seguridad, vuelvo y lo hago. Después voy al salón, compruebo que las ventanas están bien cerradas y corro las cortinas. Voy de una habitación a otra y repito el proceso, examinando las ventanas una y otra vez. Acuéstate, pienso. Métete bajo el edredón, acuéstate.

En el baño, saco los cepillos de dientes del vaso y lo relleno de agua. Bebo tres

vasos. No me miro en el espejo que hay sobre el lavabo.

Me quito la ropa en la habitación y la dejo en el suelo junto a la cama. Gracias a Dios, Guy está en Newcastle. Me acuesto, salgo otra vez de la cama y coloco una silla contra la puerta a pesar de que no llegue al pomo. Después vuelvo a acostarme, apago la lámpara de la mesita de noche y me tapo hasta el cuello con el edredón, porque estoy tiritando de los pies a la cabeza. Mi último pensamiento antes de alcanzar la inconsciencia es: ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Me despierto al cabo de cinco horas, con total conciencia de lo que me sucedió anoche. Me meto en la ducha. Abro el grifo al máximo, con el agua muy caliente, siento cómo me atraviesa la piel y me froto hasta que estoy toda roja y en carne viva. Cuando me reblandezco, limpia al fin, me quedo aguantando el calor abrasador del agua y dejo que me corra por la espalda con la cabeza apoyada sobre los suaves azulejos. Pienso con claridad y calma que, si no se lo cuento a nadie, puedo hacerlo desaparecer.

Hasta que estoy abajo, arropada con el albornoz y el café en el fuego, no reviso las llamadas de mi teléfono. Mi bolso está en la mesa de la cocina. No recuerdo haberlo dejado allí anoche, pero la verdad es que me acuerdo muy poco de lo que hice al llegar a casa.

Hay un mensaje de Guy. Llegó a las 23.58 de la pasada noche: «La charla ha ido bien. Espero que también la fiesta. Dime algo cuando llegues a casa. Volveré hacia las 18». El reloj de la cocina marca las siete y veinte de la mañana. Le contesto: «Perdón. Acabo de verlo. Fiesta de bote en bote, aburrida. Me alegro por la charla. Te veo luego».

Después me quedo un momento allí con el teléfono en la mano. Me imagino llamando a mi marido. Probablemente seguirá dormido en su habitación de hotel en Newcastle. Se despertaría con mi llamada. Me imagino la cara de extrañado que pondría al ver que llamo tan temprano. Imagino que se lo cuento. Lo imagino llamando a la policía. Imagino que la policía viene a mi casa, dos agentes vestidos de uniforme, el bullicio de las radios que penden de sus pechos. Imagino que me llevan con ellos. Me imagino en una habitación en la parte trasera de una comisaría, tumbada de espaldas, desnuda de cintura para abajo, con las piernas en alto, tal vez con los pies apoyados sobre estribos. Habría fríos objetos de metal y un hombre, o quizá una mujer, que no sonreiría, porque su único objetivo sería andar a la caza de pruebas. Y cuando escarbara y raspaba con los instrumentos de su profesión, mi amor, mi querido X, ¿qué encontraría allí esa persona? ¿Qué encontrarían entre los rastros de mi agresor y el ADN resguardándose y buceando sin poder ocultarse? A ti, te encontrarían a ti. Apple Tree Yard, eso es lo que encontrarían. Guardo el móvil en el bolso de nuevo.

Me quedo sentada en la cocina durante dos horas, arropada con mi suave albornoz, bebiendo café y mirando a la pared, estremecida y dolorida, incapaz de moverme, con las piernas sobre otra silla, una estirada como si estuviera rota y la otra flexionada. Cada poco rato tengo que cambiar de posición porque me quedo entumecida. Hago muecas de dolor.

A las nueve y media suena el teléfono, lo cojo del bolso, veo que es Guy y rechazo la llamada. Me deja un mensaje alegre en el que repite lo mismo que escribí anoche. La charla fue muy bien. Espera que la fiesta fuera divertida. Está deseando que se lo cuente todo. Cree que tendrá que pasar por el despacho y hacer unas cosillas antes de volver; ¿me importará? Puede que a él sí porque ha olvidado que había quedado con Paul para tomar algo a las ocho. Espero veinte minutos y escribo: «Perdona. Estaba en ducha. Ningún problema. Creo que tengo un virus, así que en casa. No te preocupes por esta tarde, mi noche será corta».

Tras enviar esto recuerdo que había quedado con Susannah para después de comer. Seguro que me pregunta por la fiesta. Me conoce mejor que mi propia madre. Si la veo tendré que contárselo, así que no la veré. Le envío un mensaje.

Cuando envío el mensaje me quedo con el teléfono en la mano unos minutos, mirándolo, como si esperase que después de mirarlo durante un buen rato pudiera transformarse en otro objeto, un perla tal vez, o un ratón que saltase de mi mano. Una vez que guardas un secreto, tienes que seguir haciéndolo. Creo que es así de fácil. Así de fácil es que tu vida se transforme en una mentira.

A media mañana subo los escalones, lentamente, como una inválida, uno a uno, haciendo muecas de dolor, notando la blancura de los dedos y las venas de las manos al agarrarme a la barandilla. Me llevo el bolso y lo suelto sobre la cama. Junto a ella está el montón de ropa de fiesta que llevaba la noche anterior, mi mejor vestido, las medias, el tanga —acceso fácil— y el sujetador a juego. Voy al armario, saco una bolsa de plástico y lo pongo todo dentro. Ato la bolsa con fuerza y la oculto al fondo de mi armario. Más tarde, unas semanas después, esconderé esa bolsa dentro de otra y la depositaré en un contenedor de basura cuando vaya de compras a Harrow. En ese contenedor desaparecerán mi vestido favorito, la mejor lencería que jamás haya llevado y mi personaje festivo, para siempre jamás.

Me tumbo en la cama, sobre el edredón. Me hago un ovillo. Permanezco allí durante mucho rato observando la habitación queda y silenciosa: la lamparita de noche con la pátina de polvo en el borde de su tulipa; la alfombra, que es nueva; la pesada cómoda donde Guy guarda su ropa interior y sus camisetas, que colocamos en un espacio entre dos ventanas menor que el propio mueble. Estos objetos componen el tejido de mi vida. Los doy por garantizados. Tiritó como si tuviera la gripe. No será

permanente, me digo, unos cuantos días nada más. No me refiero a tiritar. Quiero dormir, pero no puedo.

Hacia el mediodía me incorporo, coloco unas almohadas detrás de mi espalda y apoyo la cabeza en el cabecero de la cama. Tengo el estómago vacío y siento náuseas, pero sé que no merece la pena intentar comer. Cojo el bolso y reviso los dos teléfonos móviles. El de prepago lo llevo en un bolsillo con cremallera. Tengo cuatro mensajes de trabajo en el móvil habitual. En el otro hay una llamada perdida tuya sin mensaje de voz. También hay un mensaje de texto: «¿Resaca? ¿Lo pasaste bien anoche? ¿Me echas de menos?».

Me siento tan deteriorada e insegura que me asaltan las lágrimas al leerlo y saber que piensas en mí, que te preguntas cómo fue la fiesta, tal vez sintiéndote un poco celoso porque no te he llamado esta mañana para explicarte cómo fue la noche.

Te contesto: «Resaca. Mala noche. Te echo mucho de menos».

Después de enviar el mensaje me quedo con el teléfono en las manos, mirándolo y deseando que suene. Si sospecharas que me ha sucedido algo, me llamarías inmediatamente para preguntarme. Imploro débilmente, como una chiquilla, para que llares. «¿A qué te refieres con “mala noche”?», preguntarías.

No llamas. Has tomado la palabra «mala» simplemente como opuesta a «buena»: mala en el sentido de aburrida, cansina, demasiado alcohólica... Estoy decepcionada. Esperaba más de ti. Al fin y al cabo, eres un experto intérprete y yo no suelo informarte si algo va mal. Todavía estamos emocionados el uno con el otro, en una nube cada vez que hablamos. Pero tal vez sientas algo de inquietud entre tus quehaceres diarios, un vago presentimiento de que me pasa algo. Pienso en ello e intento imaginar dónde estás, con quién, qué haces. Te imagino en alguna reunión estratégica, hablando sobre algún despliegue de agentes —para que veas lo poco que sé de tu trabajo— en torno a una mesa cuadrada en la que hay varias tazas de café instantáneo y un plato de galletas a medio acabar. No, concluyo, no has adivinado que me pasaba algo. Ya te conozco lo suficiente para saber que te pondrías al teléfono en cuanto intuyeras que retengo información. Era un mensaje tan alegre que te he despistado y el fracaso de mi estrategia me desilusiona a más no poder.

Vuelvo a meter ambos teléfonos en el bolso, me tumbo y me hago un ovillo de nuevo.

Todo comienza con un llanto seco en mi interior, como pequeñas y profundas descargas que sacuden mi estómago. Al cabo de un momento empiezan a brotar las lágrimas y ya no paran.

Consigo dormir un poco. Bajo y deambulo de habitación en habitación. Confirmo

que la cadena de seguridad sigue puesta en la puerta de la calle. «Estamos a tiro de piedra.» No me atrevo a comer, pero sí a tomarme un té.

Me llamas a media tarde. Cuando suena el teléfono me quedo mirándolo con el corazón hecho trizas, porque te deseo tanto que creo que moriré, literalmente, que yaceré y moriré si no hablo contigo. Pero sé que en cuanto conteste y tengamos una conversación normal, seductora, te sabré a muchos kilómetros, tan lejos de mí como yo estoy de Guy, o tú de tu esposa. Pero me siento débil y compungida, así que en lugar de hacer lo que debería, rechazar tu llamada y mandarte un bonito mensaje como he hecho antes, contesto. Estamos en mitad de la jornada laboral. Estarás ocupado. Si mantengo una conversación corta y alegre, haciéndome la atareada, no te darás cuenta. Después tendré el fin de semana para recuperarme, para hacer acopio de fuerzas.

¿Recuerdas esta conversación, mi amor? Está grabada a fuego en mi memoria, como si me hubieran marcado con un hierro candente.

—¿Eh, resacosa! —dices, animadamente—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien.

Eso es todo lo que digo, una palabra desprovista de entonación.

Nos quedamos callados durante un segundo hasta que dices con voz grave y seria:

—¿Qué pasa?

Cuando acabo de contártelo hay otro silencio. Luego dices:

—¿Te ha dejado marcas en la cara?

—No —digo—. Me pegó con la mano abierta.

—¿Y en algún otro sitio?

—Tengo moretones en los muslos, y marcas de dedos. —Me quedo en silencio—. Y también algún hematoma interno, creo... Creo que tengo un desgarro anal.

No te quedas callado ni suspiras.

—Los moretones en los muslos sirven, el desgarro es muy común en el sexo anal consentido. ¿Alguna herida por inmovilización, hematomas en las muñecas?

Me pregunto cómo sabes que hay que preguntar eso.

—No —digo—. No me inmovilizó. No lo necesitaba. Con pegarme fue suficiente. No me resistí, no me...

Me vengo abajo.

—Yvonne —dices entonces, con una profundidad y una ternura que nunca te he oído antes—. Yvonne... lo estás haciendo muy bien... Has hecho lo que debías, pero escucha. ¿Quieres que envíe a alguien para que te tome declaración? En menos de una hora estarán allí.

—¿Alguien?

—Agentes de policía. Serán dos, un hombre y una mujer, o dos mujeres. Ahora tienen una unidad especial. No es como antes.

—No —digo.

Te quedas en silencio.

—¿Estás segura?

Por primera vez desde el suceso puedo pensar.

—Sabes tan bien como yo que no puedo llevarlo a juicio.

Hay una larga pausa en la que los dos reconocemos tácitamente la verdad, las consecuencias que nos acarrearía a ambos. Es un silencio tan largo que me sienta como un baño caliente. Te noto muy cerca.

Al final dices, simplemente y con sinceridad:

—Dios...

—No pasa nada —respondo, recomponiéndome con bravura—. Estoy bien.

—No —niegas tú—, sí pasa y no estás bien.

—Lo estaré.

—¿Dónde se encuentra tu marido?

—Guy está volviendo de Newcastle. Llegará tarde. Ha quedado con un viejo amigo. Le he dicho que estoy enferma. Lo más probable es que duerma en la habitación de invitados, no pasará nada, es lo que hacemos cuando alguno de los dos enferma.

—¿Serás capaz de comportarte con normalidad mañana?

—Sí, simplemente estaré enferma.

De hecho tenemos un fin de semana ajetreado, con más vida social de la acostumbrada: teatro con amigos el sábado y comida de domingo con la hermana de Guy, que vive en Pinner. No soy capaz de imaginar cómo podré soportarlo, pero estaré entretenida, o tal vez tan enferma que me quede en la cama.

—Sabes que si pudiera ir a verte ahora, lo haría —dices.

—Sí, lo sé. —Por tu tono de voz sé que te preparas para acabar con la conversación. Intento pensar en por qué lo retrasas—. ¿Qué haces este fin de semana?

Esto rompe una de nuestras reglas implícitas. Nunca nos preguntamos lo que hacemos en casa con nuestro marido o esposa, como si marcar esa línea, la de la lealtad, convirtiera lo que hacemos en algo aceptable, como si no tuviéramos más que compartimentar para justificarnos a nosotros mismos.

—Esta noche vienen unos amigos a cenar a nuestra casa. —Es la primera vez que te oigo usar el plural: «nuestra», como en mi «mujer y yo»—. Los niños tienen clase de teatro el sábado por la mañana, tal vez después los lleve a ver una película. Estará bien, supongo, pero lo que quiero es hablar contigo.

Con eso basta. Hay otro silencio hasta que consigo proferir un sonido irónico que

te comunica que sonrío un poco.

—Esto no es exactamente lo que buscabas, ¿no? Me refiero a que las cosas se han puesto serias de repente y eso no entraba en tus planes. No me imagino haciendo el amor contigo en este momento. No me imagino haciendo el amor nunca más. ¿Habrías podido imaginar las consecuencias que nos traería esto?

—Lo que yo buscaba eres tú.

El lunes quedamos para dar un paseo por King's Cross. Nos vemos allí porque tienes que hacer algo en los alrededores, no dices exactamente dónde ni qué. Me dices que solo tienes un hueco de media hora. Te espero junto al puesto de periódicos frente a la entrada principal y te veo salir de entre la multitud del vestíbulo. Frente a mí hay un adolescente bailando una extraña danza circular, haciendo aspavientos como si fuera un avión. Nuestras miradas se encuentran a pesar del movimiento de sus brazos. Nos miramos un rato a medida que te acercas. Me tomas del codo con cariño, me acercas a ti y me das un beso en la coronilla.

Nos volvemos y caminamos lejos de la estación sin hablar de nuestro destino, atravesamos el ajetreado cruce y subimos lentamente por Caledonian Road. Caminamos en un cómodo silencio durante varios minutos. Me gustaría que pudiéramos cogernos de la mano, y entonces justo cuando lo estoy pensando, entrelazas el brazo con el mío para acercarme más a ti y andamos así unos cien metros. Nos hemos alejado de la agitación de la estación, pero esta calle tiene el inconfundible carácter de King's Cross: cafeterías, bares y tiendas eróticas. Pasamos por el Bangladeshi Center, y al otro lado de la calle se ve un enorme hostel con jóvenes fumando fuera y literas pegadas a las ventanas, con los edredones aplastados contra el cristal como nubes vistas desde el lado contrario. Unos metros más abajo hay un joven de piel cetrina que lleva una sudadera con capucha gris sentado en los escalones de una casa pintada de un rosa descascarillado. El chico tiene el cabello largo, abundante, y un pendiente de oro. Está fumando con un bebé sentado sobre una de sus rodillas. El bebé me dirige una hermosa sonrisa desdentada al pasar y yo respondo con otra. Al ver a su hijo sonreír el joven padre me mira, radiante de orgullo. Damos un paseo, igual que si fuéramos una pareja de una novela costumbrista, como Jane Eyre y Rochester, tal vez, o como Elizabeth Bennet y Darcy. ¿No discutían mucho? Tú y yo nunca discutimos. No tuvimos oportunidad de hacerlo. Siento una tristeza perversa por no haber tenido nunca una pelea contigo. Es lo que suele suceder con cualquier aventura que tenga una duración prolongada. Debe de haber un momento en el que te permites enfadarte con el otro, del mismo modo que uno hace con su pareja, un instante en el que el romance deja de ser adulterio para convertirse en bigamia. Un momento al que nosotros nunca llegaremos.

Giramos a la izquierda siguiendo la calle y terminamos caminando por Wharfedale Road, y después, aún sin hablar de nuestro destino, subimos York Way hasta llegar al canal. Nos detenemos y miramos abajo. El agua es negra, pero el viento crea ondas de las que brotan reflejos de color azul neón. Junto a los juncos que jalonan la ribera, un escuálido y solitario pato picotea con optimismo. Justo detrás de ellos hay tres barcas amarradas. Una de ellas tiene un sillón atornillado al techo, encarado hacia

el débil sol.

Me indicas un banco vacío en el camino de sirgas y bajamos los escalones lentamente, cogidos del brazo. Cuando nos sentamos dejas caer la mano y no me dices nada, aunque estamos tan juntos que nuestras caderas se tocan a través de los abrigo.

—¿A qué hora tienes la reunión? —digo, sin intención alguna.

Simplemente me parece extraño no hablar de nada cuando tenemos tanto por decirnos y tan poco tiempo.

—Pronto —respondes.

Un ciclista pasa por el camino de sirga y toca el timbre mientras desaparece bajo la negrura del puente.

Charlamos un poco sobre nuestros fines de semana y compromisos para la semana entrante. No hablamos de lo sucedido, pienso que podríamos, que de hecho estaría bien hacerlo, dado que eres la única persona a la que puedo contárselo, pero también tengo miedo del camino que puede tomar la conversación, así que no saco el tema. Media hora no es nada, y como no da para discutir ningún asunto en profundidad, parece que nos decantamos por no hablar en absoluto. Treinta minutos. Seguramente ya hemos consumido la mitad entre encontrarnos, el paseo y la búsqueda de un sitio donde sentarnos. Esta tarde el tiempo me da miedo. Un camión pasa tronando York Way abajo y el zumbido, que suena como una explosión, me hace estremecer. Todo me da miedo.

Me gusta verte, pero más tarde, por razones que no puedo precisar, consideraré que nuestro encuentro ha sido infructuoso. Pareces distraído, tal vez sea simplemente que no tenemos tiempo. Cuando piensas mucho pareces un conspirador. A veces esto me hace sonreír. Tu mirada se vuelve reconcentrada, pero en cierto modo vacía; casi veo los engranajes funcionando en tu cerebro. Me recuerda a mis hijos cuando pensaban en algo a la edad de tres o cuatro años, susurrando los pensamientos en voz alta. No digo que seas así de transparente, claro está, más bien lo contrario, ya que ese vacío de tu mirada te hace opaco, sino simplemente que aunque no sepa lo que estés pensando sí sé que lo haces. Algo está pasando por tu cabeza.

Esta mirada tuya es bastante dura. No es cariñosa ni intencionada. No estás pensando en mí.

Te sientas en el borde del banco, pones las manos sobre las rodillas, miras ensimismado al frente y luego te quedas mirándome a mí durante un momento y dices:

—¿Le has contado lo nuestro a alguien?

—¡No!

Lo digo con cierta indignación. ¿En eso estabas pensando?

Sigues mirándome fijamente.

—¿A nadie? ¿Estás segura? ¿Ni siquiera una charla de confidencias a media

noche con tu amiga Susannah mientras os bebáis una botella de vino?

—No se lo he contado a nadie en absoluto.

Mi única confesión ha sido con el ordenador. Ahí está todo, disfrazado, enterrado, y nadie, salvo yo, usa ese ordenador. Y me doy cuenta de que por eso empecé a escribirlo, para no tener que contárselo a Susannah. Lo que ha pasado entre tú y yo es tan extraordinario, tan fuera de lo común para mí, que habría explotado si no lo escribía.

Quiero detener el tono del interrogatorio. No me gusta.

—¿Y tú? —pregunto, atrayendo tu mirada.

—No, no lo he hecho.

—¿A quién se lo dirías en caso de que quisieras contarlo?

La tenue nota de alegría de mi voz queda soterrada por la desesperación. Sé que no hay posibilidad de que tengas un confidente. Lo pregunto porque he caído en que no tengo ni idea de quiénes son tus amigos, o de si tan siquiera tienes alguno. ¿Puede una persona como tú permitirse la amistad, o solo relaciones profesionales? Si lo compartimentas todo en tu cabeza significa que yo estoy, y siempre estaré, atrapada en el compartimiento que me dedicas. Jamás podré ser general o ubicua. Jamás estaré totalmente presente para ti.

Ha sido una pregunta tan estúpida que ni siquiera contestas. Esta es una costumbre irritante que tienes, ignorar mi curiosidad cuando la consideras insensata o insignificante.

Los engranajes siguen girando.

—Necesitamos llegar a un acuerdo —dices, cogiendo mi mano entre las tuyas y poniéndola en tu regazo.

Nos quedamos ambos mirando al frente y me la aprietas levemente, con la mínima presión que pueden ejercer tus dedos. Al otro lado del canal hay un edificio de oficinas iluminado. Un sinfín de bolsas de plástico navegan a la deriva en el agua, empujadas por el viento.

—Necesito saber que si alguna vez te preguntan por mí dirás esto. Nos conocimos en la Cámara de los Comunes. Hemos hablado varias veces. Nos hemos hecho amigos. Te he pedido consejo porque mi sobrino está haciendo sus exámenes finales y le interesa la carrera de ciencias. Somos conocidos, amigos si quieres, pero nada más. Si alguna vez te interrogan en detalle límitate a contar la verdad de nuestros encuentros con precisión, la hora, el lugar, qué café tomamos, etcétera, pero no cuentes lo del sexo. Nos hemos visto muy pocas veces para que resulte peligroso, es decir, sin lo del sexo. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto —digo, pero con una voz triste y apagada.

Quiero que sigas pensando en mí, en lo que me ha sucedido, pero estás, supongo que con toda razón, adelantando los acontecimientos en caso de que cambie de

opinión y denuncie la agresión a la policía, pensando en lo expuesto que quedarías ante un tribunal si alguien investiga mi vida. Piensas en tu matrimonio, en tu carrera. No te culpo por ello, es una de las cosas que siempre me han gustado de ti, que seas discreto y quieras proteger tu vida familiar, porque yo quiero hacer lo mismo y me horrorizaría que pensaras otra cosa, pero mi parte débil se siente decepcionada. Esa parte de mí quiere que me antepongas a todo aquí y ahora, quiere que me digas que localizarás a George Craddock y le darás una paliza de muerte sin importarte las consecuencias.

Tengo su rostro en la cabeza. Lo veo continuamente. Veo a los estudiantes al fondo del pasillo deambulando por el salón de actos con las bolsas de basura negras mientras salimos del edificio. ¿Por qué tiene que aparecer esa imagen en mi cabeza una y otra vez? No entiendo por qué se me ha quedado grabada en la memoria. Caigo en la cuenta de las ganas que tengo de que George Craddock sienta dolor físico. Es un pensamiento nuevo. Nunca he deseado mal a nadie. Pero quiero que él sufra dolor y sienta miedo. Quiero que alguien le devuelva lo que él me ha hecho a mí, que se haga amigo de él, en un pub tal vez, que pasen la noche bebiendo y charlando, y después, en un aparcamiento a oscuras, lo apaleen, le den por detrás y luego actúen como si no hubiera nada malo en ello y le hubiera gustado. No fantaseo con que lo arresten, lo humillen ante un tribunal o lo encierren entre rejas. No fantaseo —y por lo visto, jamás lo haré— con el debido curso legal de los acontecimientos. Fantaseo con verlo a cuatro patas en un aparcamiento con los pantalones por los tobillos, llorando de pánico y dolor, buscando sus gafas rotas por el duro pavimento.

«Cuidado con lo que deseas», solía decir mi tía con aire sombrío. La tía Gerry tenía una visión pesimista de la vida, pero lo cierto es que acabó criándonos a mi hermano y a mí cuando no le tocaba, así que tal vez estuviera en su derecho. Cuidado. Tus pensamientos iban por delante de los míos, pero jamás imaginé que te llevaran tan lejos. Tendría que habérmelo esperado.

Te vas el primero, claro está. Te levantas y te diriges a grandes zancadas a tu reunión, o lo que sea, y yo me quedo sentada un rato, con un orgullo innecesario que quiere asegurarse de no mirar cómo subes los escalones. Pero luego me desarmo y alzo la vista justo a tiempo para verte bajar York Way por la acera de arriba, móvil en mano. Miro el reloj y me digo que permaneceré allí quince minutos y no más. Tras eso no sé lo que haré. Tal vez arrojarme a las negras aguas del canal, junto al solitario pato, las algas verdes y las bolsas de plástico infladas que flotan en la superficie.

Nunca conté nada de lo nuestro a Susannah, lo sabes. Guy y yo la conocimos cuando éramos estudiantes. Primero fue su amiga, más tarde la mía, y después la madrina de nuestra boda. Me niego en redondo a llamarla dama de honor. Llevaba un traje de satén con pantalones de campana y chaqueta ajustada que acentuaba su

altura, su esbeltez; todo lo que siempre envidié de ella estaba presente: sus pómulos, su cabello moreno corto, el tono ligeramente dorado de su piel. Solía reírse de mí cuando le decía que quería ser igual de elegante que ella. «Cuando eres tan alta como yo es muy fácil ganarte una inmerecida reputación de elegancia, no tienes más que quedarte de pie sin moverte.» Una vez que nos emborrachamos juntas me confesó que siempre había querido ser «bajita y mona» como yo. ¿Mona?

Pasaron unos años desde nuestro matrimonio en los que Susannah, a pesar de su belleza, o tal vez a causa de ella, permaneció soltera y solía venir a cenar la noche de los viernes. Decía a Guy que acostara a los niños para que ella y yo pudiéramos sentarnos a comer *pretzels* y a beber vino mientras se hacía la comida, y a menudo suspiraba y me hablaba de algún hombre. A Guy y a mí nos encantaban estas historias, pero nos sentíamos culpables por vivir sus romances indirectamente, como si se tratara de nuestro culebrón personal. A lo largo de los años conocimos a un montón de ellos. Cada relación duraba uno o dos años. Estaba aquel chico alto que la llamaba «parienta», le pellizcaba las mejillas y para horror mío conseguía una sonrisa forzada de Susannah como respuesta. También aquel judío mayor que tocaba el piano y estaba loco por ella. Le dio calabazas —para mí inexplicablemente— cuando yo ya estaba decidiendo dónde compraría la pamelita. Luego fue ese holandés taciturno que apenas hablaba. Me aseguró que era el mejor amante que había tenido, todo un atleta, dijo. Después, cuando rondábamos todos los veintiocho años, conoció a un colega médico en una conferencia, Nicholas Colman se llamaba, dos años menor que ella, pero encantador y maduro, y amable con nuestros hijos cuando pasaba por casa.

Parecía más claro que el agua. Empecé a pensar que si se daban prisa y tenían niños pronto podríamos irnos de vacaciones todos juntos. Y Susannah y Nicholas Colman se casaron y tuvieron un hijo de inmediato: Freddie, mi ahijado, que es como un primo para mis dos hijos. Y después, cuando Freddie tenía tres años, justo después de que la hicieran especialista, Nicholas Colman le rompió el pómulo izquierdo. Incluso ahora, cuando gira la cabeza y le da la luz de cierto modo, se ve una pequeña asimetría en sus facciones. Siempre que sonrío una sombra apenas perceptible surca su rostro. Tienes que conocer su cara muy bien para distinguirlo.

Tras el incidente del pómulo tardó tres años en dejarlo. «Nos enseñan que podemos redimirlos —me dijo en cierta ocasión—. Nos enseñan eso en cuanto podemos leer. Podemos convertir a la bestia en un príncipe si lo amamos lo suficiente. Además —dijo—, sabes por instinto lo difícil que será todo cuando te marches, así que sigues posponiéndolo. Crees que mientras estés con ellos serás capaz de controlarlo un poco, pero si te vas estarás realmente en peligro.»

Al final fuimos nosotros quienes llamamos a la policía, tras un incidente en el que Nicholas Colman apareció en nuestra casa y golpeó la puerta durante hora y media mientras los tres niños permanecían arriba. Guy estaba fuera cuando empezó todo.

Susannah y yo nos resguardamos en la cocina diciendo cosas como: «Pronto parará». Pero no paró hasta que Guy llegó a casa. Después nos dijo que cuando subía por el camino de entrada, Nicholas Colman se volvió, sonrió y lo saludó con una mano: «¿Qué tal, amigo?».

Susannah y su hijo Freddie pasaron las vacaciones con nosotros cuatro los dos años siguientes. Gracias a Dios, tras el juicio y la orden de alejamiento, Nicholas Colman salió de nuestras vidas. A Freddie le ha ido de maravilla. Estudió derecho en Bristol y ahora lo complementa con una especialización en contabilidad, algo relacionado con las finanzas de empresa, y aunque el proceso de su extensa educación acabará con unas deudas enormes, estamos seguros de que en unos años podrá recompensárnoslo todo por triplicado. A veces, tengo que esforzarme para no desear que mi hijo fuera un poco más como Freddie. Esto jamás se lo he dicho a nadie.

Susannah siempre ha sido indulgente con Guy. Tontean hasta la extenuación. Es como una broma entre nosotros. Ella cree que soy afortunada por tenerlo. También yo lo creo, claro está, pero me molesta que a los hombres les resulte tan fácil dar buena imagen cuando se los observa desde fuera de la relación. «No te pega, no es alcohólico, es bueno con los niños», nos dicen ese tipo de cosas para demostrar la suerte que tenemos, incluso otras mujeres. Guy suma puntos simplemente por no pegarme. Me pregunto si alguien le habrá dicho a él alguna vez: «Hablemos claro, no te pega, no es alcohólica y se porta bien con los niños. Tendrías que estar agradecido».

Así que no, no se lo he contado a Susannah, pero no para protegerte a ti, o a mí, ni siquiera a Guy. No se lo he contado para protegerla a ella.

Me levanto del banco y camino lentamente hasta la estación de King's Cross. Tengo que andar despacio porque todavía me duele, y eso pasa porque está sanando y la piel empieza a tensarse. Voy a la estación central porque sé que por ahí hay una tienda Boot's y me parece buena idea comprar un botellín de agua y algo de comer. Y vaselina.

El primer período de conmoción y negación tarda de diez a quince días en desaparecer. Esos días no como, no duermo. Me ducho bastante. Las dos imágenes continúan en mi cabeza: su cara sobre la mía, los estudiantes deambulando por el vestíbulo como fantasmas en la lejanía sin llegar a verme al pasar. Guy está atareado con sus ensayos, de lo cual me alegro. Susannah me envía un par de correos para vernos y lo pospongo. En el trabajo funciono con el piloto automático. Afortunadamente, mi categoría permite hacerme pasar por una persona ocupada sin que nadie pregunte en qué. No tengo más que ser un poco brusca con quienes me rodean para que me dejen en paz. Los dos días que voy al Instituto Beaufort pido a mi

asistente, que comparto con los otros dos directores asociados, que no me pase llamadas mientras trabajo. No lo cuestiona. Se vuelve protectora conmigo. La oigo decir al teléfono: «Entienda que la doctora Carmichael tiene que priorizar...». Es de ese tipo de secretarias que disfrutan rechazando llamadas. Si fuera de otro género y pesara veinte kilos más habría sido un estupendo portero de discoteca.

Cuando recibo el correo estoy sentada a mi escritorio en el Beaufort. Después pensaré que es una suerte que me encuentre en el trabajo. Aunque tengo despacho propio en el instituto, las paredes son de cristal de cintura para arriba y me ve toda la planta abierta de oficinas, así que debo fingir.

Ya he abierto la bandeja de entrada y la estoy revisando cuando aparece en lo más alto con un sobre minúsculo junto al nombre: George Craddock. El tema del mensaje dice: «Conferencia mes próximo».

Me quedo congelada en la silla, completamente paralizada, salvo por la respiración que se acelera ásperamente en mi garganta.

Yvonne, solo era para confirmar la fecha de nuestra conferencia en Swansea del mes que viene. Es el jueves 28. Sugiero que nos veamos en Paddington y hagamos el viaje juntos. Si quedamos a las dos de la tarde tendremos tiempo de sobra. Te confirmaré pronto los horarios de tren. La cuota es de 300 libras más gastos. Es posible ir y volver en el mismo día, pero tal vez sea mejor reservar un hotel.

La conferencia de Swansea, en la que él me presentaría para después presidir un debate sobre formas de evaluación, era una posibilidad de la que hablamos la última vez que hice de examinadora externa para Sandra y Craddock, pero no habíamos concretado ninguna cita ni confirmado nada. Simplemente me preguntó si me interesaba.

Tengo el corazón en un puño, las manos me tiemblan. Siento como si la cabeza me fuera a estallar.

Si hubiera estado en casa me habría levantado de golpe y habría huido del ordenador, corrido escalera abajo hasta la cocina, salido de casa directamente, o tal vez me habría encerrado en el baño y sentado en el váter con la tapa puesta, como hacía en la escuela durante el recreo para no afrontar los juegos violentos del patio. Pero estoy en el Instituto Beaufort, del cual soy directora asociada, competente y reputada. Sé que debo actuar con presteza, pero inequívocamente. Tengo que demostrarle que, a pesar de no haber enviado agentes de policía a su casa, no pienso hacer como si no hubiera ocurrido nada. De ser así, jamás me libraría de él. Presiono la pestaña «Responder». Escribo muy rápido.

No iré a Swansea. Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo.

Antes de presionar «Enviar» miro las dos frases durante un buen rato. No debería decir «por favor». Eso fue lo que dije repetidas veces durante el asalto y mira para qué me sirvió. Pero si lo quito quedará como un imperativo, una orden, y eso podría

enfurecerlo. Me doy cuenta claramente, y se me ocurre como una idea sobria y simple, de que le tengo mucho miedo, un miedo visceral. Miedo como el que me daban los perros cuando era pequeña y prefería dar un rodeo de un par de kilómetros antes que pasar por delante de una casa vecina en la que hubiera alguno.

Sabe lo nuestro. Tiene algo con lo que chantajearme. No estamos seguros.

Mi educación, mis logros, mi política libraron una batalla con el miedo. Y el miedo ganó la partida. «Por favor» permaneció en el texto.

Envío el correo y bloqueo su dirección.

Te llamo directamente. Contestas al teléfono y digo en voz baja rápidamente:

—Soy yo. He recibido un correo.

Hay un silencio, tras el cual dices:

—Voy a tener que llamarte luego. ¿Dónde estás?

—En el despacho.

—Vale, te llamo enseguida.

Enseguida resulta ser dos horas. Ya he borrado el correo, pero te relato su contenido y mi respuesta.

—Bueno —dices.

—¿Dónde estás? —pregunto.

Me vendría bien tomar una copa después del trabajo, muy bien, de hecho. Una bebida alcohólica, una enorme copa de vino, frío y seco. No he bebido desde esa fiesta, solo de pensarlo me daban náuseas, pero ahora, de repente, quiero tomarme una copa contigo. Tal vez incluso podamos coquetear. Empiezo a tener la sensación de que es importante que lo haga pronto. Tengo que procurar volver a ser la de antes.

Se produce un silencio momentáneo y luego dices:

—Leytonstone. —Y no te creo. Creo que me has dicho que estás fuera de la ciudad para que no te pregunte si podemos vernos después del trabajo—. Lo has hecho muy bien —sigues—. Si vuelve a ponerse en contacto contigo, dímelo.

—Vale —contesto, decepcionada.

—Te llamo luego —dices antes de colgar.

No sé nada de ti hasta dos días más tarde. Te pones en contacto conmigo mediante un mensaje: «¿Algún correo más?». Espero una hora antes de contestar. Al principio, solo escribo: «No». Después, me quedo mirándolo un rato y lo cambio por: «Nein». Contestas inmediatamente: «Genial X».

Eso no basta, me digo. No me sirve.

Al día siguiente recibo una llamada perdida tuya. La ignoro. Estoy en un seminario de una jornada llamado: «Las secuencias metabólicas y el imperativo comercial». Los seminarios científicos no son precisamente famosos por tener nombres con gancho, aunque el programa de conferencias del Instituto Beaufort alcanzó una breve notoriedad gracias a mí, cuando después de fracasar en el intento de captar suficientes asistentes para un ciclo llamado «Mujeres en la ciencia», cambié su título por «El sexo en la ciencia» y resultó que los alumnos acudían en tropel. Lo primero que hago cuando llego a «Secuencias metabólicas» es revisar la sala de conferencias buscando a George Craddock, aunque la medicina comercial no es su ámbito y hay escasas posibilidades de que se encuentre aquí. Examino la sala tan exhaustivamente como una persona con miedo al fuego o las bombas buscaría las salidas de emergencia. No me siento en una de las bancas y me sumerjo en la carpeta de cartón que me han dado hasta asegurarme de que no está.

Han puesto un bufet para almorzar en el abarrotado pasillo. Hay sándwiches dispuestos en platos de aluminio, pequeños triángulos de pan blanco e integral mezclados con diversos rellenos, todos ellos con abundante mayonesa. Hay pechugas de pollo cubiertas con una salsa de color marrón muy pegajosa. El hombre con el que hablo, un director de Hull, tiene seis de esas pechugas amontonadas en su plato de cartón. Advierte que me fijo en su plato. «Fuera carbohidratos...», dice a modo de disculpa, señalando su plato con la cabeza.

—Eh, Yvonne...

Al volverme, veo que tengo detrás a Frances, que mira al de las pechugas de pollo.

—Somos compañeras —explica—. Trabajamos juntas en el Beaufort. Frances Reason.

—Ah —dice él con la boca llena, alzando la pechuga mordisqueada y señalándola como alternativa a la conversación para después dar media vuelta.

—He estado intentando contactar contigo. Rupa está en modo Rottweiler. —Se refiere a mi secretaria—. ¿Cómo acabó la fiesta? ¿No te pareció horrorosa? A mí me lo pareció tanto que no vi más opción que ponerme hasta las trancas. Al día siguiente me sentía fatal. ¿Tú qué tal?

Llegados a ese punto, alguien que intenta pasar me empuja por detrás y aprovecho la oportunidad para tirarme el zumo de naranja por encima, cosa fácil, ya que con esa misma mano aguanto un plato de cartón vacío.

—Mierda —digo a Frances—. Disculpa.

Me vuelvo y suelto el vaso y el plato sobre la mesa.

Voy a la escalera. El aseo de señoras está en un entresuelo del piso de arriba, pero hay tres personas esperando en la cola. Sigo subiendo. Sigo subiendo y subiendo,

corriendo prácticamente, sin aliento, hasta que llego al último piso, el quinto, donde no hay nadie. Paso por una puerta de madera con un ojo de buey, tras la cual hay un pequeño pasillo con un servicio para minusválidos junto al ascensor. Entro en el baño, frío y alicatado, pongo el seguro, me retuerzo y me digo en voz alta: No puedo hacer esto sola.

Para cuando consigo recuperarme hace rato que ha empezado la charla de las dos. La puerta del servicio para minusválidos se cierra de golpe tras de mí. No hay nadie aquí arriba. Al final del pasillo hay un ventanal del suelo al techo, pero el cristal es opaco, así que no se puede ver a través de él. Camino por la enmohecida moqueta marrón hasta llegar a él y apoyo la cabeza contra el cristal. Necesito la anestesia de su fría y dura superficie.

Cojo mi teléfono de prepago y marco tu número. Lo hago porque te necesito, no espero que contestes, pero lo haces.

—Hola —digo.

—Hola —contestas—. ¿Estás bien?

—No —digo, sin drama.

En realidad no hay nada que puedas hacer, y advertirlo es como si me cubrieran delicadamente de arriba abajo con un tupido manto, esa sensación de saber que no hay nada que hacer.

—Oh, Dios... —dices—. Dios.

Estoy en un minisupermercado cerca de casa cuando me llamas. Ha pasado una semana desde el incidente del correo y mi venida abajo en la conferencia. Desde entonces he cancelado cuantas citas podía para quedarme en casa. Así que aquí estoy, con el bolso en una mano y la cesta de la compra en otra, de pie frente a los periódicos mirando fijamente un tabloide sensacionalista. En la portada se ve una fotografía de un famoso futbolista, un hombre de familia, un modelo para la juventud actual. Lo han arrestado. Su titular de cuatro letras es enorme. Al fin y al cabo, eso es lo que vende.

Está en todas partes. En todos los programas de televisión, las noticias y las conversaciones casuales. Me espera cuando entro en el Costcutter para comprar lechuga y una pinta de leche. En el momento en que decides llamarme estoy atascada en el pasillo y concluyo que ya no puedo aguantarlo más. Voy a sacar los periódicos de sus estantes y a tirarlos al suelo. Cuando la pobre dependienta venga corriendo a detenerme le daré un puñetazo en la cara.

—Hola —te digo.

Ahora entiendo el origen de la frase «Tenía el corazón en la boca». Pero me parece que más bien es en la garganta, y no el corazón, también el resto de los órganos vitales, como si me subiera todo hasta la barbilla. No puedo respirar.

—Escucha —dices con brío—. Quiero que hables con una persona.

—Vale... —respondo lentamente.

—Es un agente de policía —añades—. Está especializado en estos casos, es uno de los que te hablé.

Te paro los pies.

—Te he dicho que no puedo, sabes que no puedo... —Estoy en el supermercado de mi barrio, en el pasillo de los periódicos, susurrando a mi amante por teléfono—. Ya sabes por qué no puedo hacerlo. Es que no podemos.

—Tú queda con este hombre —dices—. Estará encantado de asesorarnos extraoficialmente. Ya está informado. Puede ayudarte a decidir entre las diferentes opciones.

Me pego el teléfono al oído. Pienso en que estoy cansada de las conversaciones telefónicas contigo. No de ellas, claro está, sino de sus limitaciones. Llamadas telefónicas y cafeterías, eso es lo único que tenemos y ya no me basta. Una mujer con un cochecito pasa a mi lado y me machaca el talón en lugar de avisar. Le dirijo una mirada llena de odio. Me la devuelve instantáneamente. El mundo está lleno de agresiones y momentos desagradables y yo estoy a punto de añadirle más perdiendo los nervios en el Costcutter de mala manera.

—¿Qué pasaría si se enterase? —pregunto—. Tu mujer. ¿Qué pasaría si

testificaras ante un tribunal y lo nuestro saliera a relucir, todo, no solo el sexo, sino el tipo de sexo, dónde y cuándo?

—Me echaría de casa —dices simplemente.

—Lo perderías todo.

Y después añades, sin énfasis ni adornos:

—Si quieres ir a juicio me sentaré en el estrado y les diré lo que me contaste. Se llama «declaración inicial». No tiene por qué denunciarse a la policía necesariamente, puedes denunciar un crimen ante cualquiera y sirve. Tú lo denunciaste ante mí. Me sentaré en el banquillo y testificaré eso.

—Todo lo nuestro saldría a la luz.

—No necesariamente. Al fin y al cabo, nadie conoce lo nuestro.

Sí lo conocen, pienso. George Craddock sabe lo nuestro. No conoce tu identidad, pero sí tu existencia, y puedes estar seguro de que será lo primero que mencione cuando le pregunten. No te he hablado de lo que le conté. Me da demasiada vergüenza. Haberte traicionado de esa forma, estúpida, borracha y con tales consecuencias. ¿Cómo podría admitirlo? Es lo único que te he ocultado.

—Lo perderás todo —digo—. Tu matrimonio, tu casa, tal vez tu trabajo... —Te quiero, pienso. Pero no lo digo, sino—: No se trata solo de protegerte a ti, también es por protegerme a mí, a mi familia, mi casa y mi trabajo.

—Me dices eso porque no quieres que me sienta mal porque no puedes ir a juicio por mi culpa.

Y sonrío, a pesar de todo, mientras me alejo de los periódicos y entro en el pasillo de las frutas y hortalizas. Aguanto el teléfono con el hombro mientras cojo una lechuga iceberg y la suelto en la cesta que sostengo con la otra mano.

—Veamos a ese amigo y tomemos un café —dices—. No nos hará ningún daño.

Pero después sí que nos haría algún daño.

Quedamos en una franquicia de cafeterías en el West End. Primero nos encontramos tú y yo. Por una vez llegas antes. Estás sentado a una mesa redonda con tres sillas, dos cafés en vasos desechables y una porción de tarta de calabaza. Cuando te miro me recibes con una mirada cálida y dulce.

—Tarta de calabaza —digo.

Sonríes.

No hablamos sobre la conversación que estamos a punto de tener. Había supuesto que estableceríamos unas reglas, qué puede decirse y qué no. Al fin y al cabo, sigue siendo primordial que nadie sepa nada de nosotros. Pero es como si ambos sintiéramos la necesidad de comportarnos con normalidad. Hablamos de lo que vimos la pasada noche en televisión.

Aunque no tengo ninguna expectativa, cuando llega tu amigo me quedo un poco

sorprendida. Me tiende la mano y se presenta como Kevin. Es un hombre bajo y atlético que viste con un traje azul marino. Es joven, pero tiene cabellos ralos y un bigote oscuro. Me parece de ese tipo de hombres que normalmente se comportan con mucha corrección pero podría ser un cabrón de los duros si la situación lo requiriese.

Cuando veo que os saludáis con un gesto de la cabeza me da la sensación de que entre vosotros hay más respeto que amistad verdadera. Me pregunto si le habrás hecho algún favor en el pasado y ahora le toca devolverlo.

—¿Quieres que te pida un café? —digo, buscando al camarero mientras él se sienta.

Niega con la cabeza.

—Gracias, lo siento. No tengo mucho tiempo.

—Gracias por venir, Kev —dices sobriamente.

Deduzco que no habrá cháchara, nada de fingir que somos amigos. Será una conversación de negocios. Me alegro.

—¿Quieres contarme las circunstancias? —dice Kevin, mirándome.

Aprecio que hable con eufemismos y entiendo que no seré capaz de acabar la conversación si no hago un uso extensivo de ellos. Obviaré nuestra historia, claro está, nuestro encuentro en Apple Tree Yard y todo lo demás. Le has contado a Kevin que me conociste en el Parlamento, que soy alguien que necesita asesoramiento, nada más. Sin embargo, me pregunto si no habrá adivinado que hay algo entre nosotros, al fin y al cabo es inspector de policía. Si lo hace, no da muestras de ello.

Los eufemismos. Qué suaves parecen. «Me dio la vuelta», digo en cierto momento, y Kevin baja la mirada discretamente.

Mantengo la calma, articulo bien las palabras, no lloro. Se me pasa fugazmente por la cabeza que mi serenidad, la ausencia de lágrimas, se pondría en mi contra si estuviera haciendo una denuncia oficial. Me desdoble durante este proceso. Me observo relatando lo que sucedió, presentando la información como si se tratara de un ensayo para un simposio o una conferencia. Cuando llego al final me quedo callada. Se produce un largo silencio durante el cual los dos esperáis hasta aseguráros de que he terminado.

Respiro hondo, miro a Kevin y le digo:

—Necesito que seas completamente sincero acerca de lo que puede pasar. Si voy a juicio, quiero decir. Necesito tener los datos antes de tomar una decisión. —Me sorprende al oír que digo esto, porque hasta ese momento estaba convencida de que ya había tomado una decisión—. No soy del tipo de personas con las que haya que tener tacto; dime lo que sea, por favor.

Se hace un silencio hasta que le dices a Kevin, para atenuar mi exigencia de sinceridad:

—Tiene lesiones.

Kevin inclina la cabeza y frunce el entrecejo.

—¿Alguna herida por inmovilización? —pregunta—. ¿Muñecas amoratadas?

Lo mismo que preguntaste tú.

—No me inmovilizó —digo—. No necesitó hacerlo. Estaba borracha. Me abofeteó. Sucedió todo muy rápido.

—Bueno, de todas formas, las lesiones no significan nada, a no ser que se haya dado parte de ellas —dice Kevin—. A menos que las haya visto un profesional y quede constancia de ello. Incluso aunque haya lesiones, si el hombre declara que fue sadomasoquismo consentido, es muy difícil probar que no es cierto.

—Y si me hubiera dado una paliza de muerte, ¿sí tendríamos alguna posibilidad?

Kevin se toma la pregunta en serio.

—Sí, pero el hecho de que estuvieras borracha seguiría actuando en tu contra. El alcohol es una bendición para la defensa. —No contesto porque quiero que Kevin continúe. Necesito oírlo, todo lo que tenga que decir. Kevin se inclina hacia delante—. Lo primero que hará su abogado en cuanto haya denuncia será contratar a un detective. ¿Algún secreto pasado que guardar? —Sigo mirando a Kevin, no te miro a ti. Él continúa—: Búsquedas por internet, interrogatorios a tus amigos, familia y compañeros de trabajo, empiezan por ahí. Si no hay nada a lo que agarrarse en el presente, investigarán tu pasado, empezando por revisar tu historial sexual, todos tus ex novios. Buscarán a cualquiera que diga que te gustaba que te pegaran o el sexo duro. Cualquier cinta de vídeo, fotos haciendo *topless*, ese tipo de cosas.

—Pensaba que ya no podían hacer eso.

Kevin resopla sin intención de ironía.

—Pueden hacer lo que quieran. Si los ponen en jaque no tienen más que ofrecerle un motivo al juez que lo convierta en algo relevante para la defensa. Así que cualquier ex novio que diga que te gusta el sexo duro...

—No encontrarán a ninguno. No me gusta.

—Tu marido... —dice Kevin, mirando mi alianza.

—¿Investigarán también a mi marido?

—Es posible. Puede que le asignen también un detective privado. Pongamos por ejemplo que un profesional médico tenga constancia de tus lesiones, en ese caso intentarían decir que esas lesiones las provocó tu marido en lugar de su cliente, un ataque de celos o algo por el estilo.

Me imagino brevemente a Guy en el estrado ante el tribunal.

—¿Alguna enfermedad mental en la familia? —Me quedo mirándolo—. ¿Algún caso de ese tipo?

Ahora me miráis los dos.

—No.

Kevin te mira y vuelve conmigo.

—¿Ninguna enfermedad mental ni depresión?

—Yo no, miembros de mi familia. —Se produce un silencio mientras esperáis a que continúe—. Mi madre se suicidó cuando yo tenía ocho años. Tenía un largo historial de depresiones, seguramente agravado al concebir hijos. —No te miro, pero noto que me observas atentamente—. Y a mi hijo le diagnosticaron trastorno bipolar a los dieciséis años, con episodios maníacos bastante severos. Desde entonces ha estado tres veces en instituciones mentales. Ahora vive en un hostel en Manchester y le va muy bien, toma la medicación, creo. Pero no estamos mucho en contacto, es algo que me preocupa...

Una vez que empiezo a hablar de Adam no quiero parar. Por eso intento no hablar de él a diario en las conversaciones normales, porque no puedo obligarme a hablar de mi hijo a través de generalizaciones. Quienes lo conocen tienen que saber la historia completa, lo horrible que ha sido para todos nosotros, lo cerca que ha estado de destruir nuestra familia, que dejaría mi trabajo, vendería mi casa y viviría en una zanja si eso hiciera que mejorase. Esto no puedo contarle delante de ti y de este joven inspector, así que me paro en seco.

Kevin te mira como si intentara adivinar lo directo o desafiante que puede mostrarse, y luego dice con delicadeza:

—La depresión maníaca es hereditaria, ¿no? Tu madre, tu hijo...

—En realidad —respondo—, el vínculo genético no está probado. Se trata simplemente de una tendencia. Los factores medioambientales a veces pueden... a menudo, bueno, la verdad es que nadie lo sabe.

—Entonces ¿tú nunca has tenido depresiones?

Me permito una sonrisa irónica.

—Bueno, hice terapia a los veinte años. ¿No lo hacemos todos? —Os miro alternativamente a uno y a otro, pero ninguno de los dos sonrío—. Yo era joven, los niños pequeños, mi trabajo de posgrado no iba bien, solo fue la típica... —Ambos permanecéis en silencio—. Tuve un breve episodio de depresión posparto cuando nació mi hija, pero bueno... duró solo dos meses, yo ni siquiera...

Kevin frunce los labios.

—Los agentes de la investigación están obligados a contar a la defensa cualquier cosa que descubran durante el curso de la investigación que pueda ayudarlos. Se llama «revelación de información».

La revelación de información será crucial después para nuestro destino final, pero no en el sentido en que la discutimos ahora.

—¿Y qué pasa con él?

Kevin vuelve a encogerse de hombros.

—Al revés no funciona. La defensa no tiene por qué revelar nada de lo que sabe sobre su cliente. Su única obligación es salvarlo.

Me quedo callada.

—Mi marido no puede saberlo —digo luego—. Ni mis hijos. Ellos tampoco pueden saberlo. Mi hijo es frágil. Nuestras vidas no pueden quedar expuestas ante un tribunal.

—Ah —dice Kevin.

En ese momento se detiene cerca de nuestra mesa una mujer con un niño en un carrito. Está buscando algo en las bolsas de plástico que lleva colgadas de uno de los asideros. «Ahí está», dice al aire, para luego inclinarse y poner un conejo de plástico azul sobre el regazo del infante aprisionado en el carrito. Esperamos a que se vayan para seguir hablando.

—Estás en lo que mi unidad llama la categoría de «víctimas con demasiado que perder» —dice Kevin sin darle importancia ni hacer juicios de valor—. A las víctimas jóvenes es más fácil convencerlas para que vayan a juicio. Para ser sinceros, no saben lo que les espera, y no preguntan. Pero las mujeres mayores, mujeres con carrera, sí preguntan. Aunque en el cuerpo discutimos frecuentemente sobre si debemos decirlo. Hay quien opina incluso que tendríamos que hacer ruedas de reconocimiento con las víctimas y obligarlas a ir a juicio, de otra forma no hay manera de que mejoren los índices de condenas. —Kevin advierte el miedo que me provoca esto—. Jamás haríamos eso, al menos no en un caso como el tuyo. A veces se hace con la violencia doméstica, cuando sabemos que la próxima vez la matará.

—Me echarán a los perros —digo sin compadecerme de mí misma—. Y a mi familia también.

Has permanecido en silencio durante toda la conversación, pero ahora te inclinas hacia delante, sereno, pero vehemente.

—Tienes derecho al anonimato.

—Bueno, es verdad que tu nombre no puede salir en los periódicos —dice Kevin—, pero pueden sentar en el estrado a cualquier familiar relevante para la defensa, y también, por supuesto, a todos tus compañeros que estaban en la fiesta.

Pienso en que en esa fiesta estaban casi todos a los que admiro en mi vida profesional, todos, desde Frances del Instituto Beaufort hasta el profesor Rochester, y un montón de gente que Guy también conoce. Pienso en que si voy a juicio nadie volverá a hablar de que fui la primera persona en certificar el experimento Wedekind. Mi generación es de la que pasó de la secuenciación a mano, por pares, sentados en los taburetes del laboratorio durante horas interminables, a colocar las muestras directamente en un ordenador de un millón de dólares del tamaño de lavadoras industriales. Somos los pioneros de la secuenciación de proteínas. Trabajé con un equipo en el que nombrábamos los genes que íbamos descubriendo, nombres que durarán tanto como la propia ciencia. Pero si llevo este asunto a juicio solo habrá una cosa que recuerden de mí. Poco importarán mis hipótesis o descubrimientos, ni mis

logros, pasaré el resto de mi vida profesional siendo conocida por lo que me han hecho en lugar de lo que he hecho yo. Seré la mujer en el caso de violación de George Craddock. Nada más que eso.

—¿Cómo es que siguen haciéndolo?

Lo digo con cierto tono de desesperación, aunque en teoría yo debería estar por encima de esa autocomplacencia.

—Si el tema a discutir es el consentimiento, podría decirse que la defensa no tiene otra opción. Ayuda que seas una persona bien valorada. Las niñas de los barrios desfavorecidos... —Niega con la cabeza—. Las chicas como ellas, si han salido de copas...

Me entran náuseas.

—La gente que defiende estos casos... —digo en voz baja.

Kevin se encoge de hombros.

—No hay escasez de ellos precisamente.

A eso sigue un largo silencio. Ambos me observáis con atención, a la espera. Siento que se apodera de mí una ola de desesperanza.

—¿Qué posibilidades crees que tendríamos? —pregunto en un último intento por no ahogarme en ella.

Kevin vuelve a fruncir los labios.

—¿En un juicio? —Te dirige una mirada y luego la vuelve hacia mí, como si se preguntara por primera vez lo sincero que tiene que ser conmigo—. Bueno, estos casos son muy difíciles de probar... —Estos casos, pienso con amargura. Soy uno de esos casos—. Y este en concreto sería muy complicado. Estabas borracha. Pasaste la tarde con él. Así que la mayoría lo llamaría una cita violación. —Al oír esa frase me estremezco visiblemente. Kevin se detiene un momento y luego continúa—: Las lesiones podrían ser de ayuda si hubiera un parte médico, pero sin él no valen para nada. Y si hay algo en tu pasado, cualquier prueba de engaño o dolo, o peor aún, cualquier tipo de alegación previa parecida a esta, si te ha pasado antes, no tienes ninguna posibilidad.

Caigo en la cuenta de que también tú debes de haberle dicho a Kevin que sea sincero. Lo agradezco.

Se produce otro largo silencio. Al cabo de un rato digo:

—Gracias por ser franco conmigo. Gracias por venir. —Quiero relajar el ambiente antes de que se vaya—. ¿Te piden mucho esto de asesorar informalmente?

Su respuesta es una mueca de dolor.

—Más veces de las que imaginas. —Kevin coge su maletín del suelo y lo coloca sobre su regazo. Se prepara para marcharse. Te mira y se queda vacilando un instante antes de preguntarte en voz baja—: ¿Quieres que registre esta conversación?

Lo miras y niegas con la cabeza, casi de forma imperceptible.

La gratitud que siento hacia Kevin me hace querer retenerle. Y de repente siento la necesidad de dejarlo con la impresión de que trabajo para el gobierno y no soy una simple víctima. Me quedo mirándolo. Supongo que tendrá unos treinta y cinco años. Probablemente viva con su novia. Imagino que es enfermera, o tal vez profesora, quizá un amor de la infancia. Todavía sin hijos, pero hablan de ello. A ambos les gusta pedir comida para llevar el viernes por la noche, una película en DVD. Los fines de semana hacen barbacoas. Los domingos van a Homebase a comprar estanterías y hablan sobre si deberían visitar Chipre en verano. Los dos, a su modo comedido, se quieren mucho.

—¿Cómo puedes hacer esto? —pregunto. Es una pregunta sincera—. Este tipo de trabajo, quiero decir.

Imagino que habrá áreas de la policía mucho más atractivas en las que implicarse. Brigadas de homicidios, drogas, policía secreta, pero él ha decidido emplear su tiempo en esto, en personas como yo.

Parece sorprendido, como si nunca se le hubiera ocurrido esa pregunta.

—Me metí en la policía para atrapar a criminales —responde simplemente.

—¿No te deprime? —pregunto.

Se toma la pregunta a pecho.

—Cuando hago mi trabajo no, no cuando estoy en la calle o interrogando. Pero en los juicios, a veces sí. Haces todo ese trabajo y entras pensando que es sólido, y luego, pues nada.

—Bueno, ya sabes... —Suspiro, reflexionando en voz alta—. Simplemente me cuesta creer que alguien vaya a por mí. ¿Te suena ridículo? Simplemente porque yo sé lo que pasó, sé que digo la verdad, y después de lo que he sufrido, ¿cómo podrían ir a por mí? Es que no puedo imaginarme a nadie con la intención de dejarme mal después de lo que he pasado.

Qué privilegiada ha sido mi vida hasta ahora para poder sentirme así. A Kevin debo de parecerle ingenua hasta la estupidez. Me mira y dice:

—El año pasado tuve un caso, una de las chicas de las que hablaba antes, de catorce años, de un barrio de viviendas de protección oficial; era una niña maja, pero había tenido problemas en la escuela. La violaron en grupo, en el parque, cinco hombres de su mismo barrio. Había estado bebiendo cervezas con ellos una noche de verano. Le dieron una cerveza de graduación muy alta, y no creo que ella tuviera idea de lo fuerte que era. A decir verdad, tampoco es que fuera un angelito; robaba en tiendas y todo eso. Eran cinco tíos y a cada uno les llegó su turno, entre los matorrales. Pasaba mucha gente por el sendero que había a escasos metros, pero le daba demasiado miedo gritar, dijo que la paralizaba la idea de que la vieran y se corriera la voz de que era una ramera. Cinco hombres, lo cual significa que en el juicio había cinco abogados. La chica había cumplido los quince años y tenía que

pasar cinco días seguidos en el banquillo, y esos cinco abogados se levantaron uno por uno y la tacharon de mentirosa durante cinco días consecutivos. —Se queda callado y me mira, fijándose en mi cara chaqueta de ante y en mi bufanda—. Y eso es lo que hacemos con los niños.

Te observo con impotencia.

—Gracias, Kev. Gracias por tu tiempo —dices en voz baja.

Kevin se levanta y tiende la mano. Me parece absurdo estrecharle la mano, pero lo hago de todos modos. Tú haces lo propio.

—Buena suerte —dice Kevin, despidiéndose de ambos con un gesto de cabeza.

Luego da media vuelta y sale de la cafetería, y yo observo cómo camina calle abajo, ese hombrecillo con su traje azul marino, que cualquiera tomaría por un agente inmobiliario o un vendedor de conexiones de banda ancha.

Tu mirada me hace pensar que crees que me echaré a llorar. No lo hago. Pongo la mano sobre la mesa y tú coges la indirecta y me la aprietas con cariño. Nos quedamos sentados así, en silencio, durante un rato.

Al cabo de un momento dices:

—No me habías dicho que tu madre se suicidó.

Me encojo levemente de hombros.

—Estuvo enferma casi todo el tiempo desde que nació. Me criaron mi padre y mi tía, que vivía al lado. Mi madre estaba continuamente entrando y saliendo del hospital. Para mí siempre estuvo enferma.

—Un golpe duro.

—Pasó hace mucho tiempo.

Hace mucho tiempo. Pienso en mi tía, que siempre era amable y dispuesta, cada día haciéndonos patatas chips al horno y alubias después del colegio antes de que mi padre regresara del trabajo. Se comportó como una buena madre conmigo, y vivió para ver a mis hijos de pequeños. Pienso en mi forma de captar la atención de mi padre: un sobresaliente rodeado con un círculo al final de un trabajo; en cómo solo mostraba su afecto físicamente cuando yo estaba dormida y se colaba de puntillas en mi habitación para acariciarme el pelo en la oscuridad. Luchaba por permanecer despierta después de que se apagaran las luces para notar cómo lo hacía. Cuando yo tenía diecisiete años volvió a casarse, y en cuanto me marché de casa para ir a la universidad se trasladó a Escocia. Mi hermano era cinco años mayor y ya se había ido de casa para trabajar en una granja en Nueva Zelanda. Siempre supe que se marcharía en cuanto pudiera. Crawley nunca fue lo suficientemente campestre para él y el aeropuerto de Gatwick era una tentación muy cercana. Mi infancia no fue especialmente dura, dadas las circunstancias, y me niego a que me cataloguen por ello. De pequeña me sentí querida, cuidada. Me casé con el hombre apropiado y he criado a dos hijos. He conseguido llevar una buena vida. No soy la víctima de nadie.

El peso de tu mano sobre la mía, me gusta eso. Vuelvo la mano con la palma hacia arriba para que podamos entrelazar los dedos y apretármolos. Pienso en lo poco que sabemos uno del otro, nada, de hecho. Solo ahora, solo este momento. Las vidas que llevábamos antes de conocernos, los niños que tuvimos y criamos, los trabajos, los traumas, los disgustos y las alegrías, la cada vez más extensa red de familiares, amigos y conocidos de nuestras vidas. No sabemos nada. Yo ni siquiera sé si tus padres están vivos o muertos. Lo nuestro es lo contrario de lo que tengo con Guy. Él y yo tenemos un vasto campo de conocimiento pero ninguna intimidad. Tú y yo tenemos una relación intensa que existe en el vacío.

Acaricio tu pulgar con el mío. La fricción me reconforta. Siempre llevas las uñas pulcramente limadas y limpias, ese toque de vanidad de nuevo. Limpieza, qué limpios y simples son nuestros deseos, qué directos, y sin embargo cuán abiertos están a que los demás los malinterpreten.

Al final digo en voz baja:

—Apple Tree Yard.

Te inclinas sobre el asiento levemente y me aprietas la mano con más firmeza.

—No había cámaras. Estoy seguro, lo revisé. Si no lo cuentas, no tendrán que revelar esa información a la defensa. No les cuentes nada de Apple Tree Yard. No cuentes nada de lo nuestro. Es imposible que lo averigüen. No queda constancia sobre el papel y puedo deshacerme de los teléfonos. Nadie puede probar que somos algo más que simples conocidos.

—Tendría que mentir ante el tribunal —digo—. Cuando revisen lo que hice ese día antes de la fiesta tendré que describir dónde estuve. Nadie creería mi palabra si contara la verdad acerca de lo que hicimos. Y aunque lo hicieran, pensarían que soy una zorra que se merece todo lo que le ha pasado.

Frente a nosotros hay colgado un espejo enorme enmarcado en madera, supongo que con la intención de que la cafetería parezca más grande. Un lateral del mostrador se refleja en él, exponiendo su hilera de pasteles. Ante los pasteles se nos ve a nosotros, sentados a nuestra pequeña mesa redonda, una pareja de mediana edad cogida de la mano que no se mira a la cara. El espejo nos enmarca perfectamente, con los pasteles detrás y la tenue iluminación del techo, que concuerda con la suave música que suena y la queda charla de los clientes. Nuestro comportamiento es inconfundiblemente sombrío, a pesar del afecto físico. Parecemos una pareja que ha llegado al acuerdo de pedir el divorcio.

Pienso en que si pudiera atravesar ese espejo y experimentar el mundo desde la otra perspectiva, desde el otro lado del cristal, todo en negativo, me parecería menos extraño de lo que me parece en este momento.

Paso el resto de la semana desalentada y no sé por qué. Tendría que sentirme mejor, aliviada. No puede hacerse nada, así que ahora solo queda superarlo. Tampoco es que Kevin me dijera nada que yo no supiera. Me despierto continuamente por las noches. Me quedo mirando al techo durante un par de horas antes de volver a dormirme. Por la mañana me siento como drogada y tengo que obligarme a incorporarme, e incluso esperar un largo rato en el borde de la cama hasta que puedo levantarme. Me quedo abatida, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza sobre las manos. Procuro tener cuidado para que Guy no me sorprenda en ese estado.

Guy está ocupado con su trabajo. Tú también. Llamas de vez en cuando, preocupándote por mí, pero a veces noto en tu voz que lo haces porque es lo correcto, lo noto por el modo en que preguntas cómo estoy. Ahora soy diferente. He empezado a rechazar tus llamadas hasta que me encuentro con fuerzas para fingir. Advierto el alivio en tu tono de voz cuando parece que estoy bien. Procuro ser yo siempre la que acaba la llamada y cuando colgamos lloro. Cancelo todos los compromisos de trabajo que puedo. Me he pedido unos días libres en el Instituto Beaufort, al que debería ir, y mantengo el contacto por correo electrónico y llamando de vez en cuando. Pero incluso las llamadas telefónicas me cuestan mucho esfuerzo. No quiero hablar con nadie.

Ese fin de semana Guy y yo salimos a cenar. En realidad no solemos celebrar estas cenas en grupo. Él odia hablar por hablar y estará allí sentado con la cabeza gacha hasta que alguien diga algo interesante. Cuando esto suceda levantará la cabeza como un labrador dispuesto a que lo lleven de paseo. Una cena es lo último que me apetece ahora, pero me esfuerzo por ser normal.

Cuando nos preparamos para irnos Guy me dice:

—¿No te duchas?

Estoy metiéndome por la cabeza un vestido azul ajustado de una tela sintética que cruje con la electricidad estática mientras lo deslizo por mi cuerpo.

—¿Va con segundas? —murmuro, acercándome al aseo para coger el caro perfume que me regalaste por mi cumpleaños. Plis, plis, hace cuando aprieto su botón dorado y aplico el vapor sobre mis muñecas.

—No, lo digo solo porque últimamente te duchas a todas horas.

Llegamos a casa de nuestros amigos en Harrow-on-the-Hill. La casa de Harry y Marcia es enorme, uno de ellos ha heredado. En la fiesta habrá desconocidos y al

acercarnos a la puerta pienso que ojalá no sean abogados ni juristas. Desde esa conversación con Kevin miro a los que van sentados frente a mí en el metro, a los que van bien vestidos y podrían servir a la abogacía, preguntándome si serán de los que estarían encantados de conseguir un veredicto de inocencia para George Craddock.

Es una cena numerosa: doce personas sentadas en torno a una larga mesa ovalada en una cocina amarilla, situada en una terraza interior y con un techo de cristal. Llegamos a los postres sin incidentes, aunque Guy me dice después que he estado callada toda la noche. Entonces ocurre. La noticia de la semana es un político al que acusan de agredir sexualmente a una camarera de hotel en Nueva York.

—La que me da pena es la esposa —dice nuestro amigo Harry, el propietario de la casa en la que estamos, cuyos hijos adolescentes entran en la cocina para ir al frigorífico de puertas dobles y sacar dos botellines de bebidas gaseosas antes de salir otra vez.

Arriba tienen a sus amigos. También hay una niña pequeña, un bebé tardío, pero está durmiendo en alguna parte.

Al lado de Harry hay un hombre con una perilla blanca muy fina, una línea que apunta hacia arriba como una flecha puntiaguda.

—Bueno, yo vi a la camarera en la tele... —dice con desdén, como si eso lo diera todo por zanjado. Se queda callado, y luego cuando ve que todos estamos mirándolo, añade—: Mintió al gran jurado.

No te conozco, pienso, mientras lo miro.

La mujer del hombre de la perilla, a la cual tampoco conozco, se enoja.

—Mintió sobre sus papeles. ¿No te parece que cualquiera que esté desesperado por encontrar trabajo en Nueva York haría lo mismo?

El de la perilla está borracho. Coge la botella de vino blanco que hay en el centro de la mesa y la vuelca sobre su copa.

—Mi mujer sabe de lo que habla —dice al vaso—. Es abogada y especialista en extranjería. Si volvemos a casa en un taxi pirata seguro que antes de que lleguemos ya habrá conseguido otro cliente.

—Considerando que mi marido... —comienza su esposa, mirándonos con una sonrisa, pero antes de que pueda ir más lejos, Marcia, nuestra anfitriona, la corta.

No quiere que la noche se agrie y no puedo culparla. No hay nada peor que una pareja de casados despotricando el uno del otro en la mesa a medida que va pasando la noche, no cuando has dedicado tanto esfuerzo a la cena. Me caen bien Harry y Marcia. Daban grandes cenas para mucha gente incluso cuando sus hijos eran pequeños, ese momento en el que la mayoría de nosotros apenas podíamos molestarnos en cocer un huevo para los invitados. La comida siempre está buena y el vino delicioso. Les gusta mezclar a sus amistades, gente que no se conoce, son

hospitalarios por naturaleza, personas generosas.

—Lo que me parece de lo más ridículo —dice Marcia, dispuesta a aligerar el ambiente— en serio: ¿cómo puede obligarse a alguien a tener sexo oral contigo? ¿No se la morderías y punto? —dice golpeando levemente la mesa e invitándonos a reír con la mirada.

Tiene un cabello rubio cuyas puntas se mueven hacia arriba en pequeños saltitos que desafían a la gravedad. Lleva un traje negro liso y una gargantilla de plata con un broche. Su marido la adora.

Noto cómo se inflama mi garganta. ¿Por qué hace tanto calor en esta cocina? Y empieza a suceder algo muy extraño. Me imagino que la miro y le doy el discurso que me gustaría, sobre lo estúpido e ignorante que ha sido su comentario, que una no puede tener ni idea de cuánto paraliza el miedo a menos que lo viva, que resulta deprimente y enojoso, inadmisiblemente, de hecho, que haya mujeres que propaguen esas sandeces tanto como los hombres. Y en mi cabeza expreso ese argumento a toda velocidad, muy bien articulado, para culminarlo diciendo:

—Bueno, supongo que tú, con tu casa perfecta, tu marido perfecto y tus malditos niños perfectos sí lo harías, ¿verdad, Marcia? Probablemente disfrutarías, incluso.

Pero esta parte la pronuncio en voz alta. Se me escapa, y no como el mordaz colofón a un discurso cáustico, nada de eso; lo suelto limpia y fríamente.

Se produce un feo silencio de desconcierto. Todos me observan.

Tengo la cucharilla del postre en la mano. Juego con ella. Marcia ha servido una especie de tarta de limón, mi preferida. Vaya noche más amarilla: las paredes pintadas de color girasol, la anfitriona rubia y la tarta de limón.

—Bueno... —dice Marcia, todavía sonriendo y mirando a su alrededor con cierta impotencia—. Bueno, no quería...

Me recuesto en la silla fingiendo naturalidad y tiro la cucharilla a la mesa, donde cae con un ruido metálico.

—¿Sabes lo que en realidad da más miedo, en mi opinión? Lo que pasa es que eres una mujer muy inteligente, pero nunca te ha pasado nada malo, y a pesar de tu inteligencia no tienes imaginación suficiente para ponerte en el lugar de las personas a las que sí les ocurren cosas malas. Pero lo que da más miedo de todo... —Me inclino sobre la mesa, mirándola con un inconfundible tono hiriente en la voz. Tiene la cabeza gacha y su perfecto cutis empieza a sonrojarse—. Es que permitan que gente como tú forme parte de un jurado.

A continuación se produce un espeso silencio en la sala amarilla. Todos nos quedamos mirando a Marcia hasta que uno de los adolescentes la libera, llamándola desde la escalera: «¡Mamá!, ¡mamá!».

Vamos de regreso a casa en el coche. Tras un largo silencio, Guy dice:

—¿Era realmente necesario ser tan dura?

—Madre del amor hermoso... —murmuro.

Me entran ganas de recordarle la cantidad de veces que ha ofendido a alguien en una fiesta.

—Es una mujer amable... —Guy suspira levemente—. Nos cae bien, ¿recuerdas? No es una estúpida, simplemente ha dicho algo estúpido. Es buena persona.

—Eso lo empeora todavía más.

Tiene la sensatez de dejarlo ahí.

Llegamos a casa. La verja está abierta y Guy da marcha atrás por el camino de entrada con cuidado; el familiar sonido de la gravilla crujiendo. Deja el motor en marcha unos segundos y luego lo apaga. Nos quedamos sentados en silencio en la oscuridad. Ninguno de los dos se mueve.

Guy mira al frente. Por favor, te lo ruego, no me preguntes qué me pasa, pienso.

—Yvonne... —dice.

Abro la puerta y escapo con rapidez, dando un portazo al salir. Al llegar a la puerta de casa, me doy cuenta de que es él quien tiene las llaves. Tengo que esperar a que salga lentamente del coche, lo cierre meticulosamente y compruebe que está cerrado.

Tardo dos semanas más en saber qué debo hacer y sigue habiendo momentos turbios en el proceso. No puedo contactar contigo y empiezo a pensar que has bloqueado mis llamadas. No te culpo. Desvías las llamadas hasta que tengas tiempo para una conversación larga, porque ya no te ves capaz de mantener conversaciones breves conmigo. Evito a todos los demás. Eres lo único que tengo en la vida. Lo siento.

Un funcionario del Ministerio de Interior que participa en un debate sobre agresiones sexuales dice una mañana en Radio 4 que cree firmemente en que las sentencias deberían endurecerse cuando se trata de una agresión «grave». En momentos como ese soy capaz de perderme en mi propia cocina.

Sucede lo inevitable. Llevo una semana sin verte y hemos hablado fugazmente en una ocasión. Pienso que tienes miedo. ¿Por qué no habrías de tenerlo? También yo lo tengo. Espero a que Guy salga de casa por la tarde, e incluso me llevo un vaso de vino al estudio con la esperanza de que me ayude.

Abro el conocido archivo. Mi corazón parece de plomo. Soy consciente de que sigo sin poder enviarte una carta ni un correo electrónico, ahora menos que nunca, y

que si voy a escribir esto tendrá que ser en el formato ridículamente reducido de un mensaje de texto, pero para saber lo que voy a decir en ese formato condensado primero tengo que intentar comunicarme conmigo misma.

Querido X:

Antes de empezar esta carta, he tratado de releer las anteriores, aquellas en las que estaba tan segura de mí misma. He tenido que dejarlo. Era muy doloroso ver mis delirios hechos palabras en toda su extensión, lo segura que estaba de que podría soportar cualquier cosa que me hicieras tú u otra persona. Nada de lo que creía de mí misma es cierto.

¿Cómo podría hacer un listado de las múltiples ironías de mi situación actual? La más grande de todas es que si hubiera descrito tu comportamiento a alguna amiga se habría preocupado por mí. La incertidumbre, el sexo arriesgado, que seas tan posesivo, todas esas cosas habrían hecho encender las alarmas en cualquier persona a quien le importe, como yo me habría preocupado si una amiga me detallara su relación con un hombre como tú. Y a pesar de ello, mientras deliberaba si existía peligro, mientras me preguntaba si la excitación que me causas es simplemente apasionante, o temeraria de los pies a la cabeza, durante todo ese tiempo había otra persona de aspecto inofensivo esperándome, aguardando para aprovechar su oportunidad.

Cuando era más joven un hombre como tú me habría dado miedo. Me habría alejado de ti como de la peste. Pero llegaste a una edad en la que pensaba que ya no tenía por qué sentir miedo de nada. De qué hombres hay que tener miedo, eso es algo que las chicas jóvenes aprenden instintivamente en cuanto tienen la edad para salir de casa solas. El hombre del traje que se pega demasiado a ti en la parada de autobús, el viejo de labios húmedos que espera en medio de la acera mirando cómo te acercas o los jóvenes borrachos y ruidosos del pub que gritan obscenidades a la hora del cierre.

Pero ahora sé lo equivocados que pueden estar esos instintos. Ahora sé que puede llegar de cualquier lado, incluso de ese hombre que crees tan inofensivo que no pasa nada si te emborrachas y te quedas sola con él en una habitación, porque, claro, este no parece en absoluto peligroso. Oye, e incluso en caso de que se propase, puedes controlar la situación, ¿verdad? Eres una mujer madura. Tienes títulos que lo certifican. Una buena hostia, eso fue lo único que necesitó.

Ya no tengo miedo a los hombres peligrosos. Ahora son los hombres corrientes y simpáticos los que me asustan. No tengo miedo a los ladrones ni a los extraños cuando se pone el sol. Tengo miedo de los conocidos.

En ese momento paro y me quedo mirando la pantalla durante un buen rato. Leo lo que he escrito, cierro la carta sintiéndome afortunada de que nadie excepto yo vaya a leerla, y te mando un mensaje:

Querido. Lo que estábamos haciendo era un juego, pero ha sucedido algo que es demasiado real. Sé lo difícil que ha sido esto para ti.

Llegado este punto dejo de escribir y me pongo a llorar.

Así que es mejor que no nos veamos durante un tiempo.

Paro de nuevo. No puedo dar lugar a equívocos.

Es mejor así, no me llames ni envíes mensajes. Me pondré en contacto contigo cuando las cosas estén mejor. Lo siento.

Sollozo un poco, con lágrimas de autocompasión corriendo por las mejillas. Estoy

deseando despedirme afectuosamente, decirte cuánto te deseo y te necesito, pero en lugar de eso, escribo:

Le daré a enviar antes de que pierda los nervios. Mi marido está en casa, así que eso es todo por ahora. Bso.
Y

Presiono la tecla «Enviar». Después dejo el teléfono sobre el escritorio, me tapo la cara con las manos y emito un llanto sonoro, sólido y copioso. Guy no volverá hasta dentro de dos horas, así que puedo llorar tan fuerte como quiera.

Dejo de llorar al cabo de un rato. Me enjugo las lágrimas con la manga de la camiseta y me doy cuenta inmediatamente de que al ser una camiseta de color verde claro la he manchado de rímel. Me gusta esa camiseta, me digo. Bueno, va. Tonta de remate. Es lo que te mereces. ¿Qué esperabas? Me imagino contándole toda la historia a alguien, ¿tal vez a un agente de policía o a un jurado? La gran mayoría de la gente pensaría que me lo tengo merecido. Tal vez tuvieran razón. Pienso en las jóvenes a las que les sucede esto y en cómo se sentirán cuando les ocurre. Yo soy una mujer de cincuenta y dos años. He vivido mucho, he hecho muchas cosas y con suerte seguiré viviendo y haciendo muchas cosas más. Siento la extraña ola de agotadora calma que sobreviene después de un largo llanto.

Cojo el teléfono y lo miro, le doy la vuelta sobre mi mano. Sé que no has enviado una respuesta inmediata, porque no ha vibrado ni sonado, pero miro la bandeja de entrada de todas formas, por si acaso. Después tomo aire y lo apago.

El primer día sin ti es tan doloroso que casi resulta exquisito. Imagino que así es como se sentirán los que dejan de fumar, o los adictos a las dietas: la determinación del principio, cuando la pérdida de lo que dejas es reemplazada por la adrenalina o el rechazo. Después está ese delicado asunto de atormentarse a uno mismo, regocijarse en la pérdida. Tenía una amiga en el primer despacho en el que trabajé, Siobhan, que era propensa a sufrir infecciones de oído. Cuando tenía una, el picor la volvía loca. Intentaba limpiarse el interior de la oreja con bastoncillos de algodón, pero eso no hacía más que empeorarlo, empujar la irritación hasta el fondo. Así que a veces estaba en su escritorio y se ponía a redondear la punta de un pañuelo mojándola un poco con la lengua, retorciéndolo una y otra vez hasta formar una figura cónica larga y fina, mientras yo la observaba completamente fascinada. Era una mujer pequeña de piel cetrina y rasgos masculinos. Ponía toda su atención cuando enrollaba el pañuelo, sacando la lengua. Y luego, con una expresión de concentración total, se metía aquella lanza de celulosa en la oreja hasta el fondo, hasta llegar a la fuente de irritación y picor. Me contaba que cuando lo hacía oía un pequeño tin, tin, tin en la cabeza. No tenía ningún efecto duradero, eso lo sabía antes de empezar. Era

simplemente que, en los segundos que duraba ese movimiento, mientras satisfacía su picor momentáneamente, vivía la ilusión del éxtasis.

Asimismo yo, el primer día, encendí el teléfono y lo revisaba cada hora, para regocijarme en mi dolor y demostrarme que no contestarías. Y al ver que no lo habías hecho sentía una mezcla de justificación y temor. Había sublimado mi dolor durante unos segundos: tin, tin, tin.

El primer día acaba siendo el más fácil. Y el segundo siento una perversa satisfacción en mi habilidad para hacerme sufrir. Me digo que la ausencia de respuesta justifica mi decisión. Quizá querías desvincularte pero no eras capaz de hacerlo, dadas las circunstancias. Es probable que hayas sentido alivio.

El jueves por la mañana en mi casa, al volver al escritorio después de ir al baño, veo que tengo tres llamadas perdidas de números ocultos en mi móvil normal, el de siempre. Me quedo mirando el teléfono. Podrías ser tú o cualquiera de las llamadas de publicidad que me llegaban hace un mes o así. Enciendo el móvil de prepago para ver si has dejado algún mensaje, pero no hay nada. Apago ambos teléfonos.

Durante unos cuantos días vivo con la ilusión de que he hecho lo correcto y que hacer lo correcto significa que estoy curándome. Soy amable conmigo. Me baño a menudo. Me porto bien con Guy. Intento pensar en él todo lo posible. Voy a pasear al parque. Me digo a mí misma que ya ha pasado lo peor. Es hora de dejarlo todo atrás.

Voy al Instituto Beaufort y vuelvo a hacer mi horario habitual. Todavía tengo algún cabo que atar. Envío un correo a Sandra:

Hola, Sandra:

Solo es para informarte. He pensado que debía comentarte que no volveré a hacer de examinadora externa durante el siguiente curso. Creo que es mejor que te lo diga con la mayor antelación posible. Parece que deberé cubrir una baja de maternidad a tiempo completo, así que no tendré tiempo para hacerlo. Estoy segura de que poseerás un listado, pero si quieres puedo sugerirte algún nombre. Dicen que Mahmoud Labaki es muy bueno, muy riguroso corrigiendo. Guy ha trabajado bastante con él y lo tiene en alta estima. Si necesitas su contacto, dímelo. Espero que nos veamos pronto, Yvonne.

Tras esto envío un correo a Marc, de Recursos Humanos. La persona que había encontrado para cubrir la baja acaba de darle largas, así que le agradecerá saber que al final podré hacerlo yo. Contesta a mi correo inmediatamente, encantado. Funciona, me digo; mantenerme ocupada es lo mejor que puedo hacer por el momento.

Una semana después de que incineraran a mi madre, cuando sus cenizas seguían

en una urna panzuda colocada sobre una estantería de la cocina, mi padre vino a casa con un regalo para mí, un nuevo juego. Ocurrió durante las vacaciones de febrero y no había colegio. Creo que mi tía debió de decirle que necesitaba algo para distraerme de lo sucedido. Era un juego de barnizar, para hacer pisapapeles, recuerdos y bisutería. Llevaba unos botes de metal con líquidos que había que mezclar con espátulas y luego verter en moldes. Me pasé todas las vacaciones fabricando cosas. Ante la insistencia de mi tía, tenía que cubrir la mesa de la cocina con periódicos y después verter el líquido del bote grande en el molde. Una vez hecho esto, añadía unas gotas de un bote de endurecedor mucho más pequeño. Aquello me fascinaba, que algo líquido se solidificara simplemente añadiendo unas gotas de otro líquido diferente. ¿Cuál era la causa? ¿Cómo funcionaba? Los pequeños moldes eran de diferentes formas: circulares, cuadrados, ovalados. Podías hundir cosas en el líquido: pétalos de flores —aunque se volvían marrones—, mechones de pelo, cuentas... El mejor de los objetos que hice era una esfera en la que metí una bailarina de plástico que en su día había servido como decoración de un pastel, creo. Los objetos se endurecían de la noche a la mañana. Al final de la semana tenía una buena colección. Daba vueltas a la casa y los escondía en tantos sitios diferentes como encontrara: en el armario del cuarto de baño, en el ropero de mi padre, en el alféizar de la ventana de la escalera... La idea era que yo y los otros miembros de la familia nos encontraríamos con los objetos en un futuro y nos haría ilusión. Pero nadie comentó nada al respecto y acabé olvidándolos yo misma, para encontrarlos meses después en una caja, un armario o una estantería cubiertos de polvo sin que nadie los hubiera visto.

El azul del cielo en mayo no se parece en nada al de los otros meses del año. En esa época el verano se muestra en todo su esplendor, como si quisiera recordarnos qué se encierra en él: azul denso, impenetrable. Junio es más confuso: cielos revueltos, chaparrones. Junio nos recuerda, en efecto, cómo es el tiempo británico. Así es, una auténtica porquería. ¿Por qué vivimos en esta isla húmeda? Julio es impredecible a propósito. Le gusta hacernos saber que puede pasar cualquier cosa, dependiendo de su humor. La mayor parte del tiempo nos lo tomamos con filosofía, pero a veces llega ese raro día de bochorno que nos da falsas esperanzas. En agosto se apodera de nosotros una especie de firmeza colectiva. La lluvia nos azota los días de fiesta, pero somos británicos, podemos soportarlo. Jamás hemos supuesto que sería diferente. Ni las falsas esperanzas de julio, ni los cielos revueltos de junio, ni siquiera el azul de mayo, ninguno de ellos ha podido engañarnos un solo segundo.

Aquel fue un largo verano, mi amor.

Procuro salir de casa. Voy al Instituto Beaufort con más frecuencia de la necesaria teniendo en cuenta que no empiezo a tiempo completo hasta septiembre.

La mujer por la que hago la sustitución de maternidad, Claire, tiene un bombo enorme, lleva gemelos. La gente la evita cuando la ve por los pasillos del trabajo, como si tuvieran miedo de tropezar con ella y hacerla saltar como a la alarma de un coche.

Londres es una ciudad con más de ocho millones de habitantes. Este verano está abarrotada, pero sin ti está vacía. Guy y yo nos trasladamos a la zona más alejada de Londres para escapar de ello, pero nuestros trayectos siempre nos llevan hacia allí, como si fuéramos limaduras de metal atraídas por un imán. Vivir en el extrarradio significa ver la ciudad más que si vivieras realmente en ella. Tienes que atravesarla cada día.

La estación de nuestro barrio es la última parada. Cuando nos trasladamos aquí, Susannah nos dijo: «Solo hay un problema con el final de línea: es el final de la línea». Siempre que cojo el metro para ir a la ciudad hago un trayecto de media hora al aire libre en el que veo pasar las vastas extensiones de suburbios hasta el infinito, las casas que dan a las vías del ferrocarril, la ropa tendida, los niños y los perros en los pequeños jardines traseros. ¿Qué sentido tienen todos estos millones de personas si ninguno de ellos eres tú? Siento alivio cuando el tren entra bajo tierra en Finchley Road. La población se reduce a los pasajeros de mi vagón y ya sé que tú no eres ninguno de ellos.

¿A qué estoy agarrándome exactamente? Hemos pasado muy poco tiempo juntos y estoy demasiado traumatizada para echar de menos el sexo. Echo en falta la forma en que te centrabas en mí. Añoro el destello de tu atención, que parecía crear un escudo protector impenetrable. Echo de menos la persona que era cuando estaba contigo. Tal vez simplemente me encuentre a faltar a mí misma.

Quizá se trate de esto: el precio que debemos pagar por lo que hacemos es proporcionado. Puede que ese verano eterno fuera el inverso de la primavera embriagadora que habíamos pasado juntos. El secretismo y la excitación de lo que hicimos, la euforia, y sí, también el goce, disfrutar haciendo algo que no fuera sensato ni lógico, sino simplemente deseado. Ahora he de pagar por ello. Si uno va a una heladería y pide un helado a cambio tiene que dar dinero al dependiente. Tan simple como eso.

Mientras trabajo no puedo permitirme imaginar que estás a escasos metros de mí, sería demasiado doloroso, así que imagino que has desaparecido, que te has esfumado. Cuando empiezan las vacaciones es más fácil porque sé que tus hijos van todavía a la escuela, y que seguramente estarás en Francia, o en España o en Italia, en alguna parte. Te imagino en una playa ventosa jugando al críquet con ellos, lanzándoles la pelota con movimientos largos y fáciles por encima del hombro, con tu camiseta ondeando ante la brisa marina, los niños saltando y gritando, y tu mujer tumbada en una toalla a pocos metros, leyendo un libro. En septiembre volverá a ser difícil, pero entonces empezaré a cubrir la baja de maternidad y eso, unido a mi trabajo como autónoma, significa que los seis meses siguientes los tendré bastante ocupados.

Me pongo fechas límite falsas a lo largo del verano. Hacia finales de mayo empezaré a sentirme mejor, me digo. Venga va, y en junio, cuando Guy y yo pasemos ese largo fin de semana en Roma, o a la vuelta, empezaré a olvidar todo lo sucedido. A él y a ti. Roma está bien. En Roma puedo pasear por las calles sin tropezarme con nadie a quien desee ni tema, pero mi soledad retorna con fuerzas renovadas en el mismo momento en que bajo del avión en Heathrow, en cuanto regreso a la misma isla en la que estás tú. Examino absurdamente a la gente que espera tras las barreras en la terminal de llegadas, los taxistas con sus carteles, los parientes ansiosos, las familias. ¿Es posible que te crea capaz de averiguar que estaba fuera, revisar las listas de llegadas y disfrazarte de taxista solo para poder esperar tras la barrera y verme de refilón? En momentos así temo fugazmente por mi propia salud mental.

A finales de agosto Adam viene a casa. Es la primera vez que lo vemos desde

hace prácticamente dos años. Durante ese tiempo hemos hablado con él varias veces, solo dos de ellas con cierta profundidad. La primera noticia que tenemos de su visita es un mensaje que envía a Guy el jueves después del día de fiesta: «Tal vez venga mañana a pasar un par de días. ¿Os va bien?».

A mí no me envió ningún mensaje. Sabía que si lo hacía le preguntaría a qué hora llegaría, si tendría hambre, cuánto tiempo se quedaría...

Así que Guy le contestó: «Genial. Nos vemos entonces». Después me dice que me siente y hace una larga lista de cosas que no debo preguntar a nuestro hijo. No debo preguntarle dónde vive en este momento. No debo preguntarle si tiene novia. No debo preguntarle si está tomando la medicación, ensayando con alguna banda o buscando trabajo. No debo decirle de esa manera tan significativa que tengo: «¿Y... cómo estás?».

El viernes me quedo en casa todo el día, cocinando un guiso y limpiando. A las diez de la noche, todavía sin noticias de nuestro hijo, Guy insiste en que nos comamos el guiso en lugar de guardarlo para el día siguiente y nos vayamos a dormir.

El sábado, a eso de las tres de la tarde, suena el timbre y dejo a Guy que abra mientras yo me quedo arriba. Él lo hará mucho mejor que yo.

Mi hijo. Lo oigo abajo, en mi casa. Mi hijo, esa voz que conozco tan bien que podría imitar cada uno de sus «sí» y sus «ya», la profunda aspereza que hay en ellos. Me obligo a bajar la escalera lentamente. «Hola», digo bajando a su encuentro.

Mi pequeño ocupa todo el recibidor. Ha heredado la altura y robustez de su padre, la delicada forma cóncava de sus hombros. Lleva tejanos y zapatillas de deporte, y una chaqueta verde con emblemas militares falsos. El amor me desborda nada más verlo y me recuerda, con un dolor que es como un destello de luz, la cantidad de chicas que lo verían de ese modo si estuviera abierto a dejarse amar.

«No tienes ni idea —me dijo cuando intenté hablarle de ello, de todo el amor que le esperaba ahí fuera, en una ocasión en la que nos visitó varios años atrás—. Ni idea.» Después Guy me dijo que salía con una chica que había abortado a su bebé, según le contó a Adam, pero que él no sabía si decía la verdad.

Tiene barba de varios días, le sienta bien, y lleva la espesa melena morena sin cortar, pero como si estuviera desarreglado a propósito, a la moda. Odia que me quede mirándolo, así que procuro hacerlo fugazmente, lo suficiente para verlo bien, y luego bajo la vista al suelo hasta llegar abajo. ¿Está más delgado o más gordo? ¿Tiene su mirada ese aire deprimido y distante de cuando tomaba Carbatrol? Me resulta difícil mirarlo sin emitir un diagnóstico o sin que se note la emoción en mi rostro, cuánto lo echo de menos, lo desesperada que estoy. Así que, a pesar de no haber puesto la vista encima a mi propio hijo desde hace dos años, procuro mantener la mirada en el suelo mientras bajo la escalera a su encuentro.

«Hola, mamá», dice, y por el sonido deduzco que se va a la cocina.

Adam se queda en casa cuatro días. Duerme mucho. Por las noches Guy y yo tenemos conversaciones susurradas en las que me exige que no le pregunte absolutamente nada, ni una sola cosa. Creo que exagera. Me parece que Adam está bastante bien, al menos comparado con lo que vivimos anteriormente. Creo que podría soportar una discusión leve, pero cedo ante la insistencia de Guy.

Oler a mi hijo en casa, eso basta, ver su figura y su sombra trasladándose de habitación en habitación. No trabajo durante su estancia, aunque finjo estar ocupada en el estudio con mi ordenador. No puedo soportar la idea de marcharme mientras él esté aquí, pero después de cuatro días me relajo y decido ir al supermercado. Lo dejo sentado a la puerta de casa bajo el húmedo sol con Guy, tomando ambos té en su mutua compañía silenciosa mientras Adam se fuma un cigarrillo de liar. Cuando estoy en el coche, pienso que es buena idea dejarlos solos. Tal vez Guy consiga sonsacarle alguna información que Adam no contaría conmigo en casa.

Empujo el carrito pasillo arriba y abajo, llenándolo de cosas que pueden gustarle, no lo que le gustaba de niño, sino lo que intento adivinar que podría gustarle ahora, dado que no tengo permiso para preguntar. Hamburguesas vegetarianas y chorizo, pasta fresca y patatas fritas al horno, soy ecléctica en mis elecciones. Compró en grandes cantidades, a pesar de que todavía queda un montón de comida en casa de la compra que hice antes de que llegara. Cuando estoy en la cola para pagar meto un paquete familiar de regalices variados en el carro.

Apenas he salido una hora, pero en cuanto llego a la puerta sé que Adam se ha marchado. Su ausencia se advierte en el aire, en la calidad de la luz y los nada silenciosos pasos de Guy, que recorre el pasillo para recibirme y ayudarme con las bolsas de plástico. Adam estaba esperando a que yo saliera de casa para marcharse. Quería evitar la conversación que tendría lugar cuando nos despidiéramos.

Me quedo mirando a Guy acusadoramente. Las bolsas de plástico van demasiado cargadas, pesan, y las asas se convierten en alambres que me cortan los dedos. Guy tiene que quitármelas de las manos. «Lo intenté», dice cariñosamente.

La visita y la partida de mi hijo lo empeoran todo de nuevo. Me mantengo ocupada y a la semana siguiente comienzo a cubrir la baja de maternidad. Esto ayudaría si no fuera por el trayecto, durante el cual me veo obligada a pensar. Pienso en mi hijo, en que tal vez no vuelva a verlo durante dos años más, en cómo he fracasado en la única relación con un hombre que realmente me importa. Pienso en Guy, en lo autosuficiente que es, y en cómo he permitido que eso ocurra porque a mí también me convenía. Pienso en ti, y poco a poco, inevitablemente, mis pensamientos se agrian. ¿Por qué me has apartado de ti tan fácilmente? ¿Por qué te tomaste tan a pecho el mensaje? Puede que me equivoque, claro está. Tal vez me echas de menos

desesperadamente y reprimes las llamadas porque piensas que es mejor para mí. Podrías estar pensando en mí todo el tiempo. O podría importarte un pimiento cómo esté. Puede que un nuevo amor te tenga absorbido. Imagino todos los diferentes tipos de mujer con las que podrías estar liado. Las imagino a todas, una por una.

Y entonces, finalmente, sucede, y lo peor de todo es que resulta inevitable, ya que he estado esperándolo todo el tiempo con la única duda de saber cómo y cuándo.

A diez minutos de donde vivo, justo antes de llegar al centro comercial más importante, hay una peluquería que lleva un italiano bajito muy guapo. Su estilo es más informal del que una mujer de mi edad frecuentaría, pero esa es precisamente la razón por la que acudo a él. Me retocan las mechas, los reflejos o lo que quiera que sea que retoco cada dos o tres meses. Bernardo, el italiano, me habla de Italia mientras masajea mi cuero cabelludo. Me cuenta que en Italia todas las mujeres quieren parecerse entre sí. Por eso vino a Londres, porque todas las mujeres son diferentes. Trabaja con estilistas japonesas, coreanas y polacas, y otro italiano que hace ojitos a cualquier persona, hombre o mujer, cuya mirada abierta demuestre necesitar amor. Creo que tal vez salga con una de las chicas coreanas, pero no estoy segura. Disfruto con el culebrón de este lugar. Me gusta observar las intrincadas relaciones que los trabajadores tienen entre ellos y también con los clientes. Me agrada participar de los cortes de cabello del resto. Cuando me encuentro sentada con el papel de aluminio en el pelo miro sus imágenes reflejadas en el espejo. Nunca estoy segura de si se saben observados.

Estoy sentada en el asiento, recibiendo los últimos toques. Bernardo me ha pasado el secador y está recortando al milímetro por aquí y por allá, tomándose su tiempo para hacerme sentir un poco más especial que el resto de sus clientes. Me pregunta si debería poner una máquina de café en la peluquería y le digo que no se preocupe. Acaba de separarse un poco para admirar su obra y yo vuelvo la cabeza levemente, agitándola un tanto para ver cómo caen las capas, cuando miro por la ventana y veo que al otro lado del cristal, en la calle, está George Craddock. Me observa a través del ventanal. Está sonriendo.

Me oculto en el aseo de la peluquería durante casi quince minutos. Bernardo estará ahí fuera preguntándose si me pasa algo. Quién sabe si al final no me ha gustado el corte o si me he puesto enferma. Podría llamar a Guy y pedirle que me recogiera, pero tendría que fingir que estoy enferma y después seguir haciéndolo, y mi comportamiento reciente ya ha sido lo suficientemente extraño. Y si viene y George Craddock sigue fuera, vería a Guy, lo reconocería, si no lo conoce ya, y podría acercarse a él, tal vez lo suficiente para decirle: «Hola. George Craddock, trabajo con Yvonne. Qué casualidad que nos hayamos encontrado».

No puedo llamarte. Es sábado. Y de todas formas, no puedo llamarte.

Al final, sé que no tengo más opción que marcharme, mantener la cabeza alta, aunque me sienta fatal por dentro, y salir del salón.

Al salir a la calle miro a derecha e izquierda, pero no hay ni rastro de Craddock. Podría estar observándome, claro está, pero tengo la sensación de que si continuara por aquí me habría abordado inmediatamente. Me digo que no es más que una fea coincidencia. Es una zona llena de franquicias, puede que estuviera simplemente de compras. Tendré que ir a un nuevo peluquero a partir de ahora. Bernardo se preguntará por qué no vuelvo.

Doblo a la izquierda, alejándome de casa en dirección a las grandes tiendas, enérgicamente, sin mirar a mi alrededor. Tengo que asegurarme de que no me sigue. Paso por Mark & Spencer y atravieso bruscamente las puertas automáticas. Me dirijo a la escalera mecánica sin mirar atrás. Es una de esas escaleras que se ponen en marcha en cuanto te acercas a ellas, algo que normalmente me resulta desconcertante, pero que en este momento en particular me sirve de ayuda. Al llegar a la primera planta, me abro paso entre los clientes del sábado hasta la sección de lencería de señoras. Aquí no podrá llegar sin que resulte obvio. Saco la cabeza para vigilar la escalera mecánica de subida, escondida tras una hilera de ropa interior y sujetadores de deporte. Me quedo varios minutos con el corazón encogido esperando verle la cara —esa cara que tenía pegada a la mía— y luego salgo.

No sucede. Al cabo de diez minutos dejo de vigilar y empiezo a rondar lentamente por la sección, recogiendo cosas y devolviéndolas después a su sitio. Exploraré un poco antes de irme, creo, solo para asegurarme. Acabo de decidir que voy a marcharme cuando siento vibrar el teléfono en mi bolsillo. Pienso en ignorarlo, pero aun así lo saco del bolsillo interior de mi chaqueta. Hay un mensaje de un número que no reconozco. «Me encanta tu corte de pelo», dice. Lo borro.

Tras esto se produce un vendaval de incidentes. Empiezo a recibir llamadas de números ocultos en mi teléfono habitual prácticamente a diario, a veces doce seguidas, otras a intervalos, y en ocasiones pasan horas sin que llame nadie. Después la cosa se tranquiliza durante una semana. Y luego vuelve a comenzar. Recibo otro correo suyo al trabajo, un mensaje informal al que hay otras cinco personas agregadas, Sandra incluida, en el que sugiere que nos veamos todos una noche en un pub para proponer una lluvia de ideas acerca del futuro del programa de posgrado. Al principio me quedo un poco desconcertada, porque había bloqueado el correo de trabajo de Craddock, pero al revisarlo veo que lo ha enviado desde otra cuenta. Los destinatarios teclean «Responder a todos»: dos de ellos dicen que les parece una idea estupenda y otros dos que irán si pueden. La respuesta de Sandra recuerda a George y

a los otros que el año próximo no seré examinadora externa, pero dice que ojalá opte por ir de todas formas para que puedan beneficiarse de mi sabiduría. No respondo. Bloqueo también ese correo electrónico.

Una semana más tarde recibo un mensaje cuando voy de camino al metro para regresar a casa. Es de mi prima Marion, que vive en Bournemouth. Solo nos ponemos en contacto ocasionalmente: «Será mejor que revises tu correo. ¡Estás enviando *spam* a todo el mundo! Espero que estés bien. Te quiere, Marion. Bso». Al llegar a casa me entero de que han bloqueado el correo de Hotmail que abrí cuando empecé a trabajar por mi cuenta porque alguien lo ha saboteado y está enviando enlaces pornográficos a toda mi lista de correos. La cuenta de Google es más reciente y hay varios correos de personas que tienen ambas direcciones avisándome de lo que pasa. Algunos de ellos son comprensivos, otros están indignados, como si hubiera cometido la estupidez de mandar deliberadamente a todos un enlace corrupto. Tardo tres días en arreglar el entuerto.

Después se interrumpen.

Cubrir la baja por maternidad me mantiene ocupada. No el trabajo en sí, que lo conozco bien, sino reconciliarme con el proceso de trabajar a tiempo completo, que la semana tenga un ritmo diferente, que el cansancio sea distinto, todo eso supone una distracción. Un mes después del correo, Sandra me envía la confirmación de la fecha y la hora del encuentro en el pub. Imagino a George Craddock de pie en su despacho, diciéndole: «Por cierto, ¿por qué no animas a Yvonne diciéndole dónde hemos quedado? Aunque no examine para nosotros sería genial contar con su información». Contesto el correo brevemente: «Lo siento. ¡Hasta arriba de trabajo! Hablamos pronto. Bso. Y». En circunstancias normales habría añadido: «Saluda a todos de mi parte». Imagino la desvergüenza con la que George Craddock le diría a Sandra: «Qué pena, tendremos que tomarnos una copa con ella otro día». Hay un centenar de formas inocentes en las que podría ponerse en contacto conmigo. Tengo que preparar una estrategia para cada una de ellas.

Lo que siento durante ese período va del miedo visceral y la paranoia a algo parecido a un decidido pragmatismo. A veces pienso que corro peligro. A estas alturas ya sabe que hay motivos personales que me impiden denunciarlo a la policía, y si no estoy dispuesta a denunciar una agresión, ¿por qué iba a denunciar la siguiente? Otras veces me digo que es miembro de la sociedad en activo, que probablemente tiene cosas que perder, su casa, su familia. No le intereso. Simplemente intenta convencerse a sí mismo de que en realidad no hizo nada malo, de que puede contactar conmigo sin que me importe y reforzar así su convicción de que su comportamiento fue aceptable. Tal vez incluso se dijera al día siguiente: «Creo que anoche me pasé un poco, pero ella se moría de ganas». Puede que cuando me

enviaba un correo o un mensaje lo viera como una broma. ¡Cuando lo lea le dará un patatús! Es profesor universitario. Tiene un trabajo, actúa solo si se le presenta la oportunidad, es de suponer que carece de antecedentes policiales. Ni en sueños seguiría a una mujer a un callejón oscuro para luego arrastrarla a los matorrales. Bueno, tal vez sueñe o fantasee con ello, pero jamás llegaría a hacerlo. Hoy día a los acosadores de estudiantes los descubren rápidamente, al menos en la mayoría de las instituciones. Y él no es estúpido. En cualquier caso, creo que lo que en realidad le gusta es humillar a una mujer que se considera superior a él. Y caigo en la cuenta de ello, allí en el escritorio, de que me consideraba superior a él y seguramente resultaba obvio.

Pero lo más probable es que se olvide de todo y pierda el interés en cuanto pase el tiempo. Para él es un juego. Si no respondo, si me dedico a seguir con mi vida normal, se detendrá. No ha sido constante, ni directo. Bueno en ciertas cosas, como en el sabotaje de mi cuenta de Hotmail sí, pero ni tan siquiera estoy segura de que fuera él.

Esto ocurre en domingo. Guy está fuera de la ciudad, en una conferencia en Northampton, pero acaba de llamar para decirme que llegará pronto. Decido salir e ir a una tienda de comida para llevar que los domingos abre hasta las cuatro para comprar algo: delicias de bienvenida, aceitunas, anchoas y una focaccia demasiado cara. Quiero hacer un buen recibimiento a mi marido. Lo he echado de menos durante el fin de semana. No me siento especialmente ansiosa ni deprimida ese día. Creo que lo llevo bastante bien.

Puede que todo hubiera sido diferente si Guy no hubiera llamado cuando lo hizo, si yo no hubiera salido a comprar. Gracias a mi excursión a esa tienda lo vi sin que él se percatara.

Estoy volviendo a casa y cuando doblo la esquina hacia nuestra calle, la llovizna de septiembre empieza a caer en una fina pátina. Estamos a finales de mes y, aunque ha brillado el sol, hoy ya empieza a notarse la proximidad del mes de octubre, como un cambio en el aire. Los hombres del tiempo pronostican un veranillo de San Martín, según ellos octubre será cálido y maravilloso, pero lo cierto es que no tiene visos de serlo. Me paro, suelto las bolsas de la compra y me cubro con la capucha del impermeable, alisándome los cabellos y poniéndolos por dentro. Y entonces, cuando alzo la vista, veo que a poco menos de cien metros por delante de mí está George Craddock, caminando hacia nuestra casa. Mi estómago da vueltas sobre sí mismo una y otra vez, no puedo describirlo de otra forma. Lo observo y veo que al pasar ante nuestra casa aminora la marcha y mira al interior, aunque no se detiene.

Doy media vuelta inmediatamente y desando el camino recorrido. ¿Qué hará cuando llegue al final del callejón sin salida, volver por donde ha llegado o dar un

rodeo? Si da un rodeo tendré tiempo de llegar a la calle principal antes de que me vea. Si se vuelve justo al pasar frente a la casa verá cómo me alejo apresuradamente.

Ando rápido, pero no corro. Cuando llego a la calle principal la atravieso y voy directamente a la estación, recorro el amplio vestíbulo de techos altos, planto la tarjeta Oyster en el lector y paso por el tornio con un movimiento rápido, con las bolsas oscilando en mi mano y el bolso dándome en las caderas. Hay un tren de la Piccadilly Line esperándome, las puertas se abren. La Piccadilly es mucho más larga que la Metropolitan para llegar a la ciudad. Normalmente tomo la línea morada y cambio en King's Cross, pero en este momento la línea azul me parece perfecta. En cuanto entro suena el pitido y se cierran las puertas. Espero a que el tren salga de la estación para volverme y mirar desde el asiento si me ha seguido hasta el metro. No se le ve por ninguna parte.

Voy en el tren hasta Green Park. Me bajo allí, camino hacia el parque y, sin tan siquiera pensarlo, abro la cremallera del bolso donde el teléfono de prepago que me diste ha estado oculto todo este tiempo como un amuleto de la suerte, lo enciendo y marco el único número que hay en su agenda, el tuyo. Para mi sorpresa se oye el tono de llamada. Esperaba el mensaje grabado del buzón de voz. El corazón me da un vuelco al pensar que has dejado conectado el teléfono, aunque claro está que podrías tener un buen número de razones distintas para hacerlo.

Estoy de pie junto a uno de esos árboles grandes de Green Park que parecen extender los brazos, uno cuyas hojas empiezan a amarillear tímidamente, y cuando la llamada acaba al final en el buzón de voz me quedo escuchando el silencio tras el pitido y digo estúpidamente, con redundancia: «Soy yo». Cuelgo.

Un par de gotitas caen desde el árbol, y una de ellas consigue encontrar un hueco desnudo entre el cuello de mi abrigo y el pelo. Me siento en un banco con el teléfono en el regazo. Veinte minutos más tarde, llamas. Parece de lo más natural que lo hagas. No tenía ninguna duda.

—Hola —digo.

—Hola —contestas—. ¿Ha ocurrido algo?

Me alegro de que nos saltemos la charla de paso, los cómo estás y cómo ha ido tu verano. Eso no lo habría soportado.

—No estoy segura —digo—. Creo que sí. Creo que tengo un problema. Lo siento. ¿Dónde estás?

—He ido a comprar tabaco para mi cuñado —dices—. Bueno, esa es la versión oficial. Estaba allí sentado intentando encontrar una excusa para salir, pero por suerte a mi cuñado se le ha acabado el tabaco justo cuando necesitábamos leche, así que esa es la historia; de no haber sido así podría haber tardado una o dos horas en llamar. ¿Dónde estás?

—En Green Park.

—¿Trabajas hoy?

—No —digo—. He tenido que salir de casa a toda prisa. Bueno, en realidad estaba fuera, pero he recibido una visita. No puedo volver a casa.

Y te cuento todo, todo lo que ha estado pasando, limitándome a los hechos. No necesito explicarte cómo han sido estas últimas semanas, eres el único al que no tengo que explicárselo. Supongo que si hubiera sido una llamada normal te habría reñido por ese largo silencio, pero ahora mismo parece carecer de importancia. Ahora simplemente te necesito y estás ahí. Cuando acabo de contártelo se produce un largo silencio y después suena tu voz, cálida y baja.

—¿Estás bien? —dices.

—Lo estaré. Llamaré a Guy dentro de un rato. Le daré una excusa por haber venido al centro y me encontraré con él cuando salga del tren en Saint Pancras. Así volveremos juntos a casa. —Me sorbo los mocos—. Lo único que ha hecho ha sido pasar por delante de casa. Que pase por delante de casa es completamente legal, ¿verdad? —No me has preguntado si estaba segura de que era él. Te lo agradezco—. Incluso lo del peluquero es en la calle principal. Puede que solo pasara por allí.

—Mmm... —dices—, ¿dónde estarás mañana por la mañana?

—No lo sé, en el trabajo, supongo. No quiero estar allí, pero tampoco puedo quedarme en casa. No sé. Soy fácil de encontrar.

—Vale —dices—. Te diré lo que harás. No vayas a casa, como has dicho. Ahora ve a algún sitio bonito, a una tienda o a ver una película, llama a tu marido y queda en que os veréis en Saint Pancras, pero actúa con normalidad, no dejes que lo adivine. Es importante que actúes con normalidad, cuando lo veas y en el trayecto de vuelta a casa. ¿Podrás hacerlo?

—¡Dios! —digo, alzando la vista al cielo.

¿Actuar con normalidad? ¿Qué si no es lo que he estado haciendo durante las últimas semanas?

—Puedes hacerlo. Eres más fuerte de lo que piensas.

—Lo sé, lo sé.

—Escucha, mañana por la mañana, ¿puedes tomarte el día libre, llamar diciendo que estás enferma o algo así, y estar en Vauxhall al mediodía?

—Sí, por supuesto. Bueno, estaré en el trabajo a la hora de siempre y una vez allí me sentiré mal y me iré a media mañana.

—Vale, coge el metro hasta Vauxhall, ve allí al mediodía, y cuando salgas mira el teléfono. Te llamaré o te enviaré instrucciones.

—¿Nos veremos?

—Sí, Yvonne, claro que sí, claro que nos veremos.

—Di mi nombre otra vez.

—Yvonne. Nos veremos mañana. Estaremos juntos mañana.

Expulso el aire con mucha lentitud, como si llevara conteniendo la respiración doce semanas enteras. Nos quedamos escuchando nuestras respiraciones en silencio durante un momento.

Al cabo de un buen rato dices con voz dulce:

—Tengo que dejarte. Ten cuidado hoy, sigue haciendo cosas y dando vueltas, esta noche en casa con tu marido. Y mañana nos vemos, ¿de acuerdo?

—Me alegro de oír tu voz —digo.

Guardas silencio un segundo y luego dices:

—Yo también me alegro de oír la tuya.

Cuelgas el teléfono.

Me quedo sentada en el banco con el teléfono en la mano. Al cabo de un rato alzo la vista al cielo.

Llego a Vauxhall bastante antes del mediodía y al salir del metro me encuentro con el clamor de la autopista interior de la ciudad que lleva hasta Vauxhall Bridge. A un lado se yergue un vasto complejo de oficinas y tiendas con la terraza de una cafetería desde la que se ve el amplio cruce de carreteras. Me siento en una de sus sillas, aunque no pido café. Ya estoy lo suficientemente nerviosa. Los carriles — coches, autobuses, camiones— se bifurcan ante mí en todas direcciones. El estrépito de tantos vehículos resulta prácticamente insultante, cuesta trabajo no tomárselo como algo personal. A las doce y diez recibo tu mensaje: «¿Dónde estás?». Te contesto: «En Vauxhall, junto al puente». Tu respuesta: «Mal sitio. Pasa bajo el túnel, Kennington Road».

Las arcadas del ferrocarril de la estación principal cruzan la vasta intersección, y frente a ellas, la peculiar estructura de acero que alberga la taquilla que ganó un premio de arquitectura. Para llegar al túnel tengo que esperar a que se pongan en verde tres semáforos diferentes, saltando de la seguridad de una isleta hasta la siguiente. Una vez lo atravieso, sorteo dos transitados cruces más hasta llegar al principio de Kennington Road. Saco el teléfono para pedirte nuevas instrucciones, pero ya me has enviado un mensaje: «¿Abrigo nuevo? El cuello alto te sienta bien». Miro a mi alrededor, y aunque jamás habría imaginado que estaría para juegos, no puedo evitar sonreír. Miro al otro lado de la calle, arriba y abajo, y estoy a punto de escribirte: «¿Dónde estás?», cuando me vuelvo y te veo allí, a unos pocos metros, en un portal, observándome con una sonrisa, y tengo una leve y sorprendente sensación de desencanto, ya que no eres más que un hombre al fin y al cabo, un hombre trajeado con gafas delante de la puerta de una tienda, un hombre de altura media, complexión atlética y cabellos castaños hirsutos. Y esta reunión es muy pública, muy inesperada, y no sé en qué punto de nuestra relación estamos ni cómo me siento tras este largo silencio, todo lo cual juega en mi contra para que no sepa cómo actuar.

Veo mi propia incertidumbre reflejada en tu rostro por un instante, hasta que vienes a mi encuentro y me dices en un tono fingido de conspiración: «Ven conmigo...».

Bajamos juntos por Kennington Road y luego giramos a la izquierda. Al otro lado de la carretera hay un parque con un extraño potrero en el que una joven cabalga un caballo, a solo cinco minutos del estrépito de Vauxhall Station. Hay un letrero en la valla, entre unas altas ortigas, que dice: «NO DAR DE COMER A LOS CABALLOS. MUERDEN». Me detengo y lo señalo.

—Tengo algo mejor que eso —dices—. Mira.

En nuestra acera de la calle hay una entrada a una granja urbana y, justo tras ella, un cercado con heno y serrín en el que se ve sentada una llama blanca que nos da la

espalda y mira a su alrededor con desprecio. Poco más allá, una pareja de pavos impertérritos picoteando y mostrando palmito, y una cabra que da tirones a una bala de paja.

—En Vauxhall hay llamas —digo—. No lo sabía.

—Creo que esa es la única.

—Ni siquiera sabía que hubiera una granja aquí.

—Soy una caja de sorpresas —dices, tan orgulloso como si la granja y los animales fueran tuyos.

Seguimos caminando por la calle hasta doblar una esquina y llegar a una isleta triangular en la que se bifurcan dos calles dejando una pequeña hilera de casas victorianas en medio —las habitaciones del vértice superior deben de ser enanas—. Caminamos hasta el otro lado del edificio, te detienes y sacas una llave. Te miro. Estaba convencida de que nos sentaríamos en el parque o en una cafetería. En el portal hay tres timbres. La pintura de la fachada de ladrillos está descascarillada. En la planta baja una funda de edredón sirve como cortina improvisada para la ventana.

Cuando abres la puerta aparece un montón de correo y panfletos publicitarios. Te agachas para recogerlo y ojearlo antes de dejarlo en un pequeño estante tras la puerta mientras yo sigo tus pasos. Observo cómo haces todo eso, en parte porque todavía no puedo creer que esté contigo y en parte porque parece de lo más natural. El vestíbulo está pintado del mismo color que todos los vestíbulos de las casas victorianas de Londres con las que han hecho apartamentos: beige propietario, solía llamarlo Guy. Me recuerda al piso en el que vivíamos cuando nos casamos, aquel de la pareja de encima en el que crié a mis niños cuando eran pequeños y nos matábamos para escribir el doctorado, ese piso que, aún hoy, en mi espaciosa casa de los alrededores con su jardín y sus dos manzanos lo suficientemente separados para poder poner una hamaca entre ellos en verano, recuerdo con aprensión.

Subes la escalera delante de mí. Es como si fuéramos una pareja.

El piso está en la primera planta, y antes de abrir la puerta te paras a mirar su barato marco de aglomerado, en el que hay unos arañazos, como si te asegurases de algo. Supongo que este piso está relacionado con tu trabajo, que aunque hayas estado aquí otras veces, normalmente no puedes acceder a él, pero solo son suposiciones. Nos adentramos en un minúsculo recibidor de forma cuadrada. Permaneces en la entrada, escuchando atentamente. Está en absoluto silencio. Después, entras en el salón y te sigo: un sofá de dos plazas, una mesa de alas abatibles contra la pared y visillos a través de los cuales la ciudad se ve borrosa. Avanzo unos pasos y miro a mi alrededor: barato, vacío, anónimo. Quiero quedarme aquí para el resto de mis días.

Al volverme, veo que estás observándome a unos metros de distancia. Me miras con ternura, como disculpándote.

—No pude encontrar nada mejor —dices en voz baja.

Alzo los brazos y los deajo caer.

—Hace tiempo que imaginé a qué te dedicas... —Te quedas mirándome—. No pasa nada —digo—. Ya sé que no puedes hablar de ello, por eso no te lo he preguntado. —Miro en torno al salón—. Supongo que esto es lo que llamáis un piso seguro.

Te acercas. Te detienes ante mí, me abres el abrigo y me lo retiras de los hombros con mucha delicadeza. Bajo los brazos, dejándolo caer, y tú lo recoges y lo pones en el sofá. Entonces me miras de nuevo y con esa misma delicadeza me acaricias por encima de la blusa de algodón desde los hombros hasta los codos, ambos brazos al mismo tiempo, con el más delicado y suave de los roces.

—Es lo suficientemente seguro —dices—. Ahora estamos aquí y conmigo estás a salvo.

Y hago aquello que llevo queriendo hacer durante doce largas semanas. Derretirme entre tus brazos.

Más tarde, yacemos juntos en la pequeña cama de matrimonio de la habitación. Está en la parte trasera del edificio, y tiene los mismos visillos y vistas a la trasera de las casas: ventanas, cañerías y canalones. Aunque la cama es más para uno y medio que para dos, ocupa toda la habitación. A un lado hay una pequeña mesita de noche de madera laminada. Al otro un armario con puertas correderas; sería imposible poner uno con puertas que abran hacia fuera. Tiene un empapelado grumoso pintado del mismo beige que el recibidor. Del techo cuelga una bombilla de la que pende una telaraña de un solo hilo.

La luz natural en la habitación es grisácea, molesta. Nuestros cuerpos semidesnudos están enredados y a los pies tenemos un edredón sin funda; pasábamos demasiado calor bajo él. Después de hacer el amor nos quedamos hablando. Me has contado cómo me observabas aquel día tras la ventana de la cafetería, el día que nos intercambiamos los números de teléfono y comenzó nuestro romance, aunque antes ya hubiera habido sexo. Pienso en que esa cafetería estaba prácticamente frente a Apple Tree Yard, pero no podíamos saber lo que haríamos allí semanas después, ni adónde nos llevaría aquello. Al cabo de un rato las palabras se vuelven inconexas y te quedas dormido. Permanezco tumbada ahí, envuelta en tu cuerpo con los ojos abiertos. Tengo un brazo bajo tu espalda, siento el hormigueo, se me duerme.

Pasados unos minutos alzo la cabeza tímidamente y veo que estás despierto a pesar de todo, mirándome, y me da la sensación de que llevas un rato haciéndolo. Libero el brazo y cambio de posición, alejándome un poco para verte bien. Levantas un brazo y me retiras el pelo de la cara. Un acto reflejo de vanidad me lleva a hacer una mueca ante la brutal luz natural de la habitación, el blanco y gris que atraviesa los visillos. Te sonrío, pero tú no lo haces. Tienes una mirada seria.

—Sabes lo que tendremos que hacer, ¿verdad? —Te devuelvo esa mirada. Luego dices sin retórica ni dramatismo—: Vamos a tener que darle un toque de atención a Craddock.

—¿Cómo? —pregunto.

Me acoges en tus brazos y me arrimas a tu pecho.

—Eso déjame a mí.

Tras un momento vuelves a quedarte dormido, respirando profundamente encima de mis cabellos. Hablaremos cuando despiertes, pero no tengo prisa por que suceda eso. De hecho, necesito ir al baño, pero no quiero romper este momento, quiero alargarlo y alargarlo, alargarlo en esa habitacioncita gris hasta que sea tan fino como los visillos de las ventanas o el hilo de telaraña que pende de la bombilla sobre nosotros.

Me cuentas el plan una vez estamos vestidos tomando café instantáneo —solo, porque en el piso no hay leche— en el desvencijado sofá del salón. Me dices que lo haremos juntos. Si esto nos acarrea consecuencias nuestra historia será que confié en ti porque me contaste que trabajabas en la seguridad del Parlamento, porque necesitaba consejo y no quería hablar con nadie cercano. El policía Kevin podrá confirmar la historia si es necesario. Te encargarás de averiguar el domicilio de Craddock. —Al preguntarte cómo lo harás me miras con cara divertida. «Esa parte no es la más complicada»—. Te recogeré ese fin de semana en la estación más cercana, dondequiera que esté, y te llevaré en coche hasta la casa de Craddock. Tú entrarás y hablarás con él. Yo me quedaré en el coche.

Ves la vacilación en mi rostro cuando te miro por encima de la taza barata y desportillada. La malinterpretas. Crees que pienso que eso no bastará para resolver el problema, cuando en realidad mis dudas son acerca de la perspectiva de acercarme a la casa de Craddock, la idea de aproximarme a él, incluso contigo. El miedo, pienso. Un tipo de miedo particularmente femenino. ¿Es justo pensar que deberías entenderlo? Tú, por supuesto, tienes tus propios miedos, pero sé que lo que siento es muy específico, la repugnancia de estar cerca de alguien a quien he tenido dentro a pesar de no quererlo. Una vez que alguien ha hecho eso, es muy difícil expulsarlo de tu interior.

Soy consciente de que no lo comprendes. Crees que dudo de que a Craddock le asuste lo suficiente que aparezcamos ante la puerta de su casa.

—Podría hacer una llamada anónima, pero no estoy seguro de que eso funcione. O podría decirle a otra persona que le dé un escarmiento —dices—. Conozco a algunas personas peligrosas, no me costaría mucho. —Niego con la cabeza—. O podemos volver a la policía, hablar con Kevin. Denunciarlo. Ahora podríamos añadir también acoso. Como mínimo las condiciones de la fianza incluirían una orden de

alejamiento.

Niego con la cabeza más enérgicamente si cabe al pensar en Adam, Carrie, Guy y mi carrera, por ese orden. Caigo en la cuenta de las ganas que tengo de que te enfrentes a él, de lo mucho que disfrutaría imaginando el miedo y la incertidumbre de su rostro cuando te tenga delante. El muy cabrón se meará en los pantalones, pienso, un pequeño pensamiento vil que no tiene nada que ver con la justicia.

—La verdad es que —dices con cierta cautela— podrías venir conmigo. —Al ver que abro los ojos de golpe dejas la taza de café y te inclinas sobre mí—. Vas a encontrarte a ese hombre en un ámbito profesional tarde o temprano, y no podrás evitarlo. ¿No quieres mirarlo a la cara cuando haga que se cague de miedo?

—No —digo, negando con la cabeza—. No, no quiero.

Qué diferentes habrían sido nuestras vidas si hubiera dicho que sí.

—Bueno, vale. —Te acercas a mí en el sofá. Me quitas la taza de las manos y la sueltas sobre la moqueta. Me besas. Saboreo el café quemado mientras nuestras lenguas se entrelazan fugazmente. Me besas la frente y sostienes mi cabeza con ambas manos—. Ya está arreglado. Esté fin de semana. Y una vez haya acabado no volverá a acercarse a ti.

Ese fin de semana llegó el caluroso octubre que nos habían prometido. Nos levantamos el sábado por la mañana, abrimos las cortinas y ahí lo tenemos. Guy y yo tomamos café al sol en el patio de ladrillos que tenemos detrás de la casa, yo con pantalones cortos, camiseta interior y gafas de sol y él descamisado. Nos sonreímos de vez en cuando por encima del periódico y avisamos cuando acabamos de leer cada sección. El retrato de la dicha de la mediana edad. Al volver al interior, la luz hace que la casa parezca invadida por el polvo. Esa mañana me muestro tranquila y relajada con Guy deliberadamente, ya que solo puedo pensar en lo que tú y yo nos disponemos a hacer.

Una vez llegado el momento me visto a conciencia. He dicho a Guy que iría a llevar ropa usada al contenedor de reciclado; tengo las bolsas en el maletero. Llevo una falda de algodón que me llega hasta las rodillas con un estampado llamativo de motivos azules y morados, una camiseta blanca de manga corta y una chaqueta tejana. Voy con las piernas al aire y unas bambas planas. Ropa de sábado. Es la primera vez que me ves vestida así. Me parece una buena señal que conserve un atisbo de vanidad. Estoy recuperándome, creo. Se debe a que estoy haciendo algo en lugar de ser un recipiente pasivo de lo que me ha sucedido. Estoy nerviosa, incluso un poco febril, pero más feliz de lo que había estado desde hace semanas.

Cuando entro en el coche, pasado el mediodía, Guy sale a la puerta a despedirme. Le dedico una alegre sonrisa.

Cuando llego allí ya estás esperándome fuera del metro de South Harrow y también tú vas vestido de modo informal: pantalones de correr anchos y camiseta gris ajustada, zapatillas de deporte y gafas de sol, una sudadera con capucha en una mano y una bolsa Nike en la otra. Ese eres tú, pienso, tú en modo informal pero resuelto, relajado pero decidido. Estás de pie con la espalda bien erguida, mirando a tu alrededor. Siento un repentino deseo.

—Llegas tarde —dices, mientras abres la puerta del copiloto.

—Cinco minutos —contesto.

Su casa resulta estar a unos minutos de allí, después de doblar varias esquinas de un barrio periférico que la mayoría de la gente espera dejar pronto: hileras de locales bajos con tiendas de baratillo, licorerías y alguna que otra cafetería desierta. Permaneces en completo silencio salvo para decirme por dónde tengo que ir, algo que me desilusiona un tanto. Supongo que estás concentrado en lo que tienes que hacer, lo que vas a decir, pero tenía la impresión de que haríamos aquello los dos juntos. Al cabo de unos minutos llegamos a un callejón sin salida y dices: «Gira aquí a la derecha. Ve hasta el final, da la vuelta y aparca allí». Me indicas el hueco. Hago tres torpes maniobras para dar la vuelta. Aparco donde me has dicho.

Esperaba que nos quedáramos hablando en el coche un momento, pero te agachas para coger tu bolsa de deporte.

—A lo mejor no está en casa —digo.

—Está —respondes—. Espera aquí —dices, como si cupiera la posibilidad de que hiciese otra cosa.

Vuelvo el rostro hacia ti, esperando un beso fugaz, pero ya estás saliendo del coche. Veo por el retrovisor cómo te diriges al fondo del callejón. A medio camino hay una pequeña tienda de comestibles y luego un bloque de casas baratas, bajas y cuadradas. Te detienes ante una puerta negra. Subes el escalón y te inclinas sobre el umbral. ¿Estás llamando al timbre o entrando por tus propios medios? No puedo verlo. La puerta se abre y desapareces tras ella. Miro a través del parabrisas la señal que tengo enfrente para revisar las restricciones de aparcamiento. Pasada la una del mediodía del sábado no hay problemas. No quiero que mi coche llame la atención por estar mal aparcado. Busco calle arriba y abajo alguna cámara de seguridad, pero no encuentro ninguna. Caigo en la cuenta de que estoy excitada. Empiezo a comprender la adrenalina de tu trabajo.

Tardas una eternidad. Por Dios santo, ¿cómo no sospeché que algo iba mal? ¿Por qué no hice nada? Esto traería cola después en el juicio, como bien sabes, eso de

quedarme sentada en el coche a esperar. ¿Por qué no intenté llamarte al teléfono?, me preguntará la acusación. ¿Por qué no salí del coche y llamé a la puerta por la que habías entrado? ¿Qué pensaba que sucedía? Sabía perfectamente lo que ocurría, dirá la acusación. Por eso me quedé allí quieta. Por eso esperé.

Esperé porque tú me dijiste que esperase.

No sé cuánto tiempo estoy esperando. Pongo la radio. Los titulares de las noticias vienen y van. Un programa de Radio 4 habla de la libertad de expresión en el sudoeste asiático. Al cabo de un rato pulso el botón y pongo música, primero clásica, luego lo intento con el jazz, pero solo hay anuncios. La apago. Envío un mensaje a Guy diciendo que estoy en un atasco. El sol se desvanece y el azul del cielo se vuelve más apagado, después se torna simplemente gris y las farolas naranja del final de la calle se encienden, a pesar de que falta un buen rato para el anochecer. Observo a la gente que pasa, una mujer con dos niños, uno de ellos en un cochecito, dos adolescentes. En cierto momento aparece en la calle una mujer muy mayor con un sari verde mar que avanza lentamente hacia mi coche. Es diminuta, como un niño, con una piel muy oscura y arrugas profundas, pero cuando pasa por delante advierto que sonrío a pesar de sus manos agarrotadas y su andar lento y artrítico, como si estuviera perdida en un recuerdo distante pero infinitamente placentero.

Entonces, al fin, te veo. No he estado pendiente de la puerta todo el tiempo, pero da la casualidad de que estoy mirando porque el empleado de la tienda de comestibles está metiendo en ella las cajas de plástico marrón que tiene apiladas fuera, y lo observo, intrigada por saber cuántas cajas puede acarrear en un solo viaje —las amontona por encima de la cabeza—. Me pregunto si haciéndolo de ese modo no dañará el producto. Sales tras la puerta negra y la cierras con cuidado. Miras calle abajo, después al otro lado, te pasas una mano por el pelo y repites la misma operación. Llevas la chaqueta puesta y sigues con la bolsa de deporte en la mano. Caminas hacia el coche, deprisa pero con calma, abres la puerta del copiloto y subes. Cierras la puerta, y mientras te pones el cinturón dices una sola palabra: «Arranca».

Cuando nos aproximamos a la estación de metro dices:

—Da la vuelta a la esquina y aparca por allí.

Conduzco hasta la vuelta de la esquina y aparco en una calle adyacente. Permaneces inmóvil durante un minuto y luego observas la calle arriba y abajo. Al cabo de unos momentos no puedo soportarlo más y pregunto:

—¿Qué ha pasado?

No respondes. Sigues mirando al frente y vuelves a tener esa expresión, la que ya conozco, esa expresión que me dice que estás lejos, perdido en el pensamiento al que da prioridad tu cabeza. «Estoy aquí», tengo ganas de decir. Necesito que me expliques qué ha pasado.

Continúas mirando al frente, estiras el brazo y me lo colocas sobre la rodilla, agarrándola con firmeza; no es una sensación afectuosa ni consoladora.

—Necesito que recuerdes —dices, todavía con la vista al frente— lo que hemos hablado antes... Nos conocimos en la Cámara de los Comunes, amigos, nada más. ¿Vale?

No tenía más alternativa que creerte, ¿verdad, mi amor?

Me miras al fin.

—Dame el teléfono.

Te devuelvo la mirada y luego cojo el bolso del asiento trasero. Abro la cremallera del bolsillo interior y te doy el teléfono. Lo agarras, te inclinas, lo metes en la bolsa de lona que tienes a los pies y vuelves a ponerme la mano en la rodilla.

—¿Cómo podré contactar contigo? —digo débilmente, porque ahora sé lo suficiente para reconocer que no debo saber más.

—No podrás, al menos durante un tiempo. —Suspiro—. Todo saldrá bien —dices. Pero no estoy segura de que hables conmigo—. Ve directa a casa y actúa con normalidad, ¿vale? Si te pregunta alguien recuerda lo que he dicho.

En ese momento es cuando me doy cuenta de que llevas unos pantalones de correr diferentes, muy parecidos a los otros, azul marino también, pero la franja blanca que había junto a la costura ha desaparecido. Miro al suelo y veo que también te has cambiado las zapatillas de deporte.

Me miras y me das un fugaz beso en los labios, te separas, me besas de nuevo, dices esa brutal frase: «Recuérdalo, ¿vale?», y luego sales del coche y me quedo viendo cómo te alejas por la acera sin volver la vista atrás, mirando de un lado a otro, con la cabeza un poco gacha y los hombros un tanto encorvados, como si quisieras ahuyentar la caída de la noche.

Cuando llegan ya ha anochecido. Después nos enteraremos de que tardaron tan poco a causa de la casera, esa casera que apareció inesperadamente, el empleado de la tienda de comestibles que te vio salir del piso y entrar en un Honda Civic blanco, y la cámara de seguridad de la calle principal que identificó el número de la matrícula en nuestro trayecto de vuelta al metro. Es de noche. Por una vez estoy bien dormida, en las profundidades, muy abajo. Todo se ve tan negro como el fondo del océano. Más tarde pensaré que no estaba soñando. Había caído en el abismo.

Me despiertan los golpes en la puerta principal. Tenemos un viejo aldabón dorado, más antiguo que la propia casa. Produce un grave sonido metálico que retumba por todo el interior. También tenemos un timbre eléctrico instalado en el marco por los anteriores propietarios, que al parecer debían de preocuparse mucho por sus visitas. Pero lo que me despierta son los aldabonazos: pom, pom, pom, tres golpes en rápida sucesión. Después una pequeña pausa y tres aldabonazos más.

Luego suena el timbre, pulsado durante varios segundos sin interrupción.

Me incorporo al momento, apoyándome en los codos, con la cabeza funcionando a toda velocidad, resollando en la oscuridad. Me han sacado de mis sueños con una premura peligrosa, y de repente lo entiendo todo y me doy cuenta de que lo sabía desde el mismo momento en que saliste del piso. Sé lo que pasó, sé quién llama a la puerta en plena madrugada y sé por qué han venido.

El reloj eléctrico marca las cuatro menos veinte en el techo. Gracias a su tenue luz distingo que Guy está incorporado sobre un codo dándome la espalda y buscando el interruptor de la lámpara. Cuando se vuelve tiene el rostro cansado y confundido.

¡Pom, pom, pom! Alto y claro de nuevo, con fuerza para hacer temblar el marco, pienso. Guy se levanta y coge su bata de algodón, tirada sobre la silla de mimbre que tiene junto a su lado de la cama. Hasta que llega a la puerta y la abre no pienso en que debo advertírselo y digo: «Es la policía».

Mi querido Guy. Me mira, sale de la habitación y baja corriendo la escalera. Me percató de que cuando he dicho que era la policía él ha pensado en Adam, en que le ha ocurrido algo. De hecho sale corriendo. Me siento al borde de la cama con la cabeza entre las manos. Yo no corro a ninguna parte, porque sé que no se trata de Adam. Han venido a buscarme a mí.

Adam, Carrie, mis hijos... ¿Qué les dirá Guy? Saldrá en los periódicos, no podrá mantenerlo en secreto.

Abajo se oye el clamor y el estrépito de las personas que entran en casa, la voz indignada de Guy que les pregunta. Mi casa, he dejado que invada mi casa, ahora todo saldrá a la luz. Me quedo paralizada donde estoy, sentada al borde de la cama, mientras oigo los pasos de los hombres que suben la escalera atronadoramente. Ni siquiera voy a ponerme la bata. Imagino a Guy hablando con Carrie esa misma mañana: «Cariño, no te lo vas a creer, pero han arrestado a mamá».

«¿Por qué?»

Sería lo primero que preguntaría cualquiera.

ADN

El ADN me hizo y luego el ADN me deshizo. El ADN es Dios.

Normalmente, cuando la gente piensa en el ADN se refiere a la herencia genética, piensan en que tienen esos mismos ojos marrones de su padre. Los genetistas pensamos en lo poco que conocemos de él, en cómo los factores medioambientales transforman el rasgo genético más reconocible en poco más que tendencias y en que lo inexplicable supera en mucho a lo probable. El genoma es como un lago cenagoso enorme, y los llamados científicos somos como buceadores, pero buceadores ciegos, nadando lentamente bajo el agua y recogiendo objetos de entre los sedimentos del fondo, girándolos sobre nuestras manos e intentando desprenderlos del lodo con nuestros torpes dedos enguantados, incapaces de distinguir si lo que hemos cogido es un guijarro, una perla o un botón perdido.

Pero hay ciertas cosas para las que el ADN es infalible, como por ejemplo la ciencia forense. El ADN es uno de los pocos descubrimientos de la humanidad que te dice que ser un mentiroso carece de sentido.

El primer error que cometí, aunque no el último, fue mentir a la policía cuando vinieron a arrestarme. Hay que ser muy estúpido para mentir, estúpido o arrogante. No soy ni una cosa ni la otra, pero me entró el pánico. Cuando me llevan a la comisaría, traumatizada y con náuseas, con el azúcar bajo, lo primero que me preguntan es:

—¿Dónde estuvo usted ayer a media tarde, señora Carmichael?

—Fui a llevar ropa al contenedor de reciclaje.

A partir de aquí mi relación con los agentes de la investigación se pone cuesta arriba. Me muestran la grabación de la cámara de seguridad en la que se ve mi coche por la Northolt Road y digo: «Fui a dar una vuelta». Confiscaron el coche, así que no tardaron en localizar tu ADN en una pequeña mancha de sangre de George Craddock que pasó de uno de tus calcetines a la alfombrilla del copiloto.

Más tarde cuento la verdad, o más bien, parte de la verdad. Te arrestan inmediatamente, pero me limito a la historia que acordamos: eres un conocido en el que confié porque estaba desesperada. Tiene que haber alguna razón por la que insististe en que dijera eso. Tú sabías lo que hacías. Eres un espía. Al fin y al cabo, tú también conoces el ADN, y tampoco eres estúpido ni arrogante.

No sé en qué lugar me deja eso, pero ni siquiera cuando me cuentan más detalles sobre la muerte de Craddock empiezo a asustarme. Me parece todo demasiado absurdo, no la muerte de un hombre, claro está, no hay nada absurdo en ello, ni tampoco en que digan que lo mataste tú, pero sí en que yo esté implicada. Lo más probable es que todo acabe cuando se conozcan los hechos, así de simple. Tal vez sea eso, mis ansias de que no haya complicaciones, lo que me lleva a concentrarme en una sola cosa: protegerte. Cuando la policía me pregunta no contemplo seriamente la posibilidad de que sea tu cómplice. Sé que yo soy inocente y tú, por supuesto, también les habrás dicho que es así. Lo que pienso es: ¿Cómo puedo ayudarlo? Aun en caso de que se demuestre que es responsable de su muerte, no puedo creer que fuera su intención hacerlo. ¿Cómo puedo ayudarlo?

Así que mantengo la misma versión. Hago lo que me pediste aquel día en el coche. Les cuento lo que hizo Craddock, que acudí a ti pidiendo consejo al no saber a quién dirigirme, que tuvimos esa charla con Kevin, que te recogí aquel día en el metro para llevarte a casa de Craddock y que hablaras con él. Durante el interrogatorio, la inspectora del traje gris me mira y pregunta:

—¿Y cómo describiría su relación?

La miro y contesto:

—Éramos amigos.

—¿Solo amigos?

Consigo incluso encogerme de hombros.

—Le tengo mucho aprecio porque me ayudó y me aconsejó cuando no sabía a quién acudir.

Esto lo digo mirando a la mesa.

La inspectora vuelve al cabo de un rato. Dice que has firmado una declaración en la que afirmas que somos amantes, que nos conocimos en una comisión de la Cámara de los Comunes. Es un buen intento, pero no puede darme detalles. No dice nada de sexo en una capilla o en baños para minusválidos. Por eso sé que se lo han sacado de la manga. No habla de Apple Tree Yard.

No tienen nada que nos relacione. No hay grabaciones telefónicas porque hemos usado los teléfonos de prepago de los que ya te habrás deshecho, no hay correos electrónicos. Están las cartas escritas en mi ordenador, que confiscaron el día de mi arresto, pero en caso de que las hubieran encontrado ya me las habrían mostrado. Solo había una persona que conociera nuestro romance, y esa persona está muerta.

Esta vez miro a la inspectora a la cara.

—No me cabe en la cabeza por qué iba a decir eso, porque es falso.

El hombre que traen para que me desarme es el inspector Cleveland, un tipo corpulento con cuerpo de jugador de rugby, cabello liso castaño y ojos claros, guapo, con los dientes algo torcidos. Apuesto a que era popular en la escuela, un hombre imparcial y sin complicaciones que bebe pintas de cerveza con sus compañeros y cuida bien de su equipo. Tiene cierto aire de amabilidad que contrasta con su corpulencia. Es el tipo de hombre al que las mujeres vulnerables quieren complacer, pensando que cuidará de ellas. Se inclina en su asiento cruzando los brazos sobre la mesa de tal modo que la chaqueta le tira un poco de los hombros. Me mira a la cara directamente, clavando sus ojos claros en los míos, y me pregunta que cómo resisto. Después dice que lo siente, y me presenta una declaración en la que Kevin expone nuestro encuentro y afirma que en aquel momento especuló con la idea de que fuéramos algo más que amigos. Aquí la palabra crucial es obviamente «especular». La memoria de Kevin es muy buena. Tienen muchos detalles acerca de la violación, todo escrito. El inspector Cleveland la repasa conmigo educadamente y me pide que confirme lo sucedido punto por punto. Desmonta mi versión con toda la delicadeza. Me cuentan que Craddock estaba divorciado y tenía un hijo, que su mujer le puso una denuncia por violencia doméstica, pero la retiró después para marcharse a América con su hijo. Me hablan de la pornografía que encontraron en su ordenador, del tipo de páginas que visitaba. Narran los contenidos de esas páginas de manera mucho más detallada de lo necesario. Durante este proceso el inspector Cleveland se muestra comprensivo. No quiere hacerme sufrir más de lo que ya he sufrido. Simplemente hace su trabajo.

Quiero complacer a este hombre. Quiero derrumbarme y decirle que tiene toda la razón, que pedí a mi amante que le reventara el cráneo al agresor, que fue deliberado y buscado, eso es lo que el inspector Cleveland quiere oír. Lloro un poco cuando llega al punto de la declaración de Kevin en que le hablo de la enfermedad de mi hijo. El inspector Cleveland dice que sabe lo duro que debe de ser esto para mí, que él no puede ni imaginar lo enfadada y asustada que debía de estar después de lo que hizo George Craddock, y luego el acoso, que comprendía perfectamente que quisiera que le dieran una buena paliza. Al fin y al cabo, eso es lo que él habría querido hacer si le hubiera pasado a su esposa, dice el inspector Cleveland.

Alzo la cabeza, me sueno los mocos con el pañuelo empapado que retorció entre los dedos y digo:

—No le sugerí que hiciera eso y tampoco él lo sugirió. Solo somos amigos.

El inspector Cleveland pone cara de decepción y sale de la habitación.

Mi abogado se llama Jaspreet Dhillon, de Dhillon, Johnson & Waterford. No es el

abogado de oficio que me ofrecieron en la comisaría de Harrow, sino uno recomendado por un abogado amigo de Guy con el que habló la mañana de mi detención, esa mañana que pasó al teléfono, llamando a todo el que supiera qué hacer. Jaspreet, Jas, como nos conmina a llamarlo, es un hombre de unos cuarenta años con gafas y aspecto imaculado. Nos dijeron que es el mejor y enseguida nos cayó bien. Su primera victoria es obtener mi libertad bajo fianza. Toma el mando inmediatamente en la vista ante el magistrado y consigue una audiencia para concretar la fianza en el tribunal de la corte para dos días después. Todo sucede demasiado deprisa para mí, pero es gracias a esta rapidez que mi nombre no aparece en todos los periódicos e internet. Una vez imputada, todo queda *sub judice* y nadie puede publicar nada para evitar desvirtuar el juicio. Tú no estás en ninguna de esas audiencias, te imputarán más tarde. La fianza no es algo frecuente cuando te acusan de una cosa tan grave, pero mi buen comportamiento previo juega a mi favor. Las condiciones son estrictas. Tengo que alojarme en mi residencia habitual. Durante ese período nadie puede residir allí salvo mi marido. Tengo que acudir a la comisaría local tres veces a la semana y llevar en todo momento una pulsera electrónica. Debo entregar mi pasaporte y una fianza de cien mil libras. Vendemos nuestras obligaciones del Estado, sacamos los ahorros y pedimos dinero prestado a los amigos para alcanzar la cifra hasta que llegue lo que nos han concedido al volver a hipotecar la casa. Sobre todo, no puedo tener ningún tipo de comunicación contigo ni con tus allegados. La idea de que tengas algún «allegado» es un tanto desconcertante, y en cualquier caso, ¿cómo podría comunicarme contigo cuando estás encerrado en la prisión de Pentonville? Tú obviamente no consigues la libertad bajo fianza. Te han decretado prisión preventiva.

Tras la audiencia para establecer la fianza, llevamos a Jaspreet a cenar pizza. Ni a Guy ni a mí nos gusta la pizza especialmente y tampoco sabemos si le gustará a él, pero le estamos agradecidos y tras pasar varios días detenida me apetece darme el gusto de ir a un restaurante. También tengo ganas de darme una buena ducha, pero pasaré mucho tiempo en casa durante los meses siguientes. Mi casa será mi prisión.

Estamos los tres sentados a una mesa redonda demasiado pequeña, pegados uno a otro. Ya hemos pedido, y por hablar de algo le digo a Jas:

—Entonces, cuando hayan investigado más, ¿en qué momento reducirán los cargos a homicidio involuntario?

Solo me lo pregunto. Nunca he pensado que pudieras ser culpable de algo más, igual que yo solo soy culpable de llevarte en coche al sitio en el que te metiste en una pelea que tú no empezaste. Esto es lo que sucedió y seguramente lo que todos verán cuando estemos en el juicio.

Jas se queda mirándome completamente paralizado. Está a punto de llevarse a la

boca el vaso de agua con gas con sus burbujas crepitando y la rodaja de limón agitándose de un lado para otro.

Desvió la vista hacia Guy.

—Pero todo acabará en homicidio involuntario y se llegará a un acuerdo, ¿no? —digo—. No malgastarán todo ese dinero público si confiesa que lo mató, pero no era su intención, ¿no?

Jas me dedica una de sus sonrisas forzadas.

—Siento informarte —dice mirándome y soltando el vaso del que aún no ha bebido— de que es muy habitual que la acusación se niegue a aceptar la petición de homicidio involuntario y que insista en juzgarlo por asesinato. En ese caso la carga de la prueba es diferente, claro está, ya no tienen que probar quién es el responsable de la muerte, sino simplemente determinar si la intención era cometer asesinato, o... —Pausa dramática—. O daños físicos graves. Eso basta para que te acusen de asesinato.

Guy frunce el entrecejo.

—¿En qué afecta eso a Yvonne?

La camarera se presenta con un cuchillo en la mano.

—¿Para quién es el *calzone*? —pregunta.

—Gracias —dice Jas, y ella coloca el cuchillo afilado frente a él y se marcha. Jas suspira levemente. Se lo ve un tanto pálido. Me pregunto si será asmático—. Le afecta porque si dicen que lo hicieron en connivencia, le imputarán los mismos cargos que a él. Si aceptan la petición de homicidio involuntario eso será lo máximo de lo que puedan acusarla. Pero lo normal es que presionen para imputarlo por asesinato. Es decir, la mayoría de las personas que se ven obligadas a admitir su culpabilidad en la muerte intentan que se las juzgue por homicidio involuntario. La pena mínima por asesinato son veinte años, o veinticinco si es con arma blanca, y treinta si hay pruebas de beneficio económico. Con un homicidio involuntario puede reducirse a quince años, tal vez diez, dependiendo de las circunstancias, claro. Así que es obvio que si te acusan de asesinato siempre intentarás que se trate de homicidio involuntario.

Esos números hacen que me dé vueltas la cabeza. Son tan reales como los billetes de quinientas libras del Monopoly.

—Entonces, si le acusan de asesinato y se declara inocente, ¿qué diría, cuál sería su defensa? —pregunta Guy con calma.

Él está absorbiendo la información de manera más eficiente.

Jas se encoge de hombros. Al fin y al cabo no es tu abogado, sino el mío.

—Bueno, es imposible predecirlo en este momento. Ahora lo único que tiene que hacer es declararse inocente y los fundamentos, que pueden cambiar en el proceso, depende de lo que le aconsejen. «Inimputabilidad», tal vez.

—¿Inimputabilidad?

—Sí. Se basa en la reducción de los cargos, pero la carga de la prueba cambia. La defensa es la que tiene que probar la inimputabilidad. Dadas las circunstancias, si yo tuviera que aconsejarle algo alegraría enajenación mental transitoria, pero tendría que ser lo que se conoce como un agente detonante.

No puedo evitar el tono de indignación de mi voz, a pesar de que mi marido esté sentado justo frente a mí.

—Pero fue en defensa propia, ¿no? No puede ser culpable, no es culpable de asesinato o de homicidio involuntario si se pelearon y fue en defensa propia.

Guy y Jas intercambian una mirada. Luego Jas dice tranquilamente:

—He de advertirte de que su alegato, su defensa, Yvonne, es problema suyo y de su equipo de abogados. Mi trabajo es defenderte a ti. —Alza la mano izquierda y la gira, mirándola como si pudiera encontrar respuestas en ella, y luego vuelve a mirarme—. Yvonne, a pesar de que los cargos que os imputen sean los mismos, necesito que entiendas que es hora de que pienses en ti misma, por tu propio bien y el de tu familia.

Guy se queda en silencio. Todos nos quedamos en silencio. Este almuerzo ha dado un giro inesperado. Habíamos venido para celebrar mi libertad bajo fianza, no deberíamos estar hablando del caso, aquí no, y menos de esta forma. Pienso en los meses que tenemos por delante, la infinidad de tiempo que habrá para hablar del tema, para preocuparnos de lo que pueda suceder. Niego con la cabeza levemente. Justo en ese momento Guy se levanta de la mesa y suelta la servilleta.

—Voy al baño antes de que lleguen las pizzas —dice, aunque normalmente no habría sentido necesidad de explicarlo.

Por el camino se palpa la chaqueta para comprobar que lleva el teléfono.

Jas y yo nos quedamos en silencio durante un rato. Estamos sentados en un apartado separado por un enrejado de plantas artificial del que penden uvas de plástico. Me mira haciendo un mueca con los labios apretados. Se quita las gafas, bizquea un poco, vuelve a ponérselas y dice en voz baja:

—Sé que eres científica, pero no sé cuál es tu especialidad.

—Soy genetista —respondo—. Trabajé en el proceso de desarrollo del proyecto del genoma humano y después entré a trabajar en una institución privada llamada Beaufort, que aconseja al gobierno y a la industria. Me pagan bastante bien, pero echo de menos mis trabajos de investigación y la libertad. Hace dos años que soy asesora dos días a la semana en el despacho, pero básicamente trabajo por cuenta propia. Ahora he empezado a trabajar a tiempo completo para cubrir una baja de maternidad.

Sonríe tímidamente y luego dice:

—Debes de gozar de mucho poder.

Me encojo de hombros.

—Llegas a un punto en el que, bueno, no sé, supongo que adquieres cierta experiencia. Cuando haces tu trabajo durante un tiempo empiezas a ganar puntos.

—Me parece que en tu caso es algo más que eso, Yvonne. —Jas me mira y advierto que me declara culpable de falsa modestia. No, no, te equivocas completamente. Mi modestia es sincera al cien por cien—. Siendo científica —dice—, a lo mejor puedes ayudarme a resolver un problema. Ha habido innumerables experimentos con chimpancés, ¿verdad?

—Miles —respondo—. Son nuestros parientes genéticos más cercanos, compartimos el noventa y ocho por ciento del ADN. Eso sí, con la mosca de la fruta compartimos el setenta por ciento.

Jas no sonrío.

—Hay quien dice que son prácticamente humanos. Supongo que por eso a la gente le molesta tanto que experimenten con ellos. —Me percató de que se dirige a un punto que acabará siendo relevante para el tema que tratamos, es decir, mi defensa criminal, y que el hecho de que Guy se haya levantado es lo que lo ha provocado—. Seguramente conoces el experimento en el que estoy pensando —continúa Jas—. Lo leí en el periódico hace unos años y se me ha quedado grabado por su particular crueldad. Me enfadó bastante. Mi mujer y yo acabábamos de tener a nuestro primer hijo, y tú debes de conocer la sensación porque también tienes hijos, esa sensación que todos tenemos de que moriríamos por ellos. Miras a tu bebé y sabes que pondrías la mano en el fuego por él.

¿Quién habría pensado que mi abogado me mostraría tanta confianza? En nuestro breve encuentro anterior me había parecido un tipo simpático y organizado, pero frío, y sé que esto es relevante. La conversación de los abogados siempre tiene un sentido práctico. Miro al fondo del restaurante, pero no hay señal de Guy.

—Es amor, ¿no es cierto? Puro altruismo —dice pensativamente—. ¿Me equivoco al decir que los científicos nunca han sido capaces de explicar el altruismo?

Me encojo de hombros.

—Muchos científicos te dirían que el altruismo se explica fácilmente por la supervivencia de las especies. Estás genéticamente programado para sentir que pondrías la mano en el fuego para proteger a tu hijo.

—Sí, pero no estoy seguro de que eso explique el amor romántico entre adultos... —dice.

No lo dejo terminar.

—La propagación de las especies requiere...

Él tampoco.

—Pero bastaría con el mero deseo, y el amor adulto a menudo implica sacrificio, incluso los padres cuyos hijos ya son mayores y se han independizado sienten un profundo y sacrificado amor el uno por el otro. —Hace una pausa, una pausa

reveladora—. Incluso las parejas, incluso las parejas más diferentes pueden enamorarse. Incluso cuando no tienen hijos juntos, o no pueden tenerlos por la edad o porque... porque ambos están casados con otra persona, incluso personas como estas pueden sentir un amor profundo, un deseo de proteger al otro, la capacidad de sacrificarse a sí mismos para proteger al otro.

Ahora entiendo por qué esta conversación solo puede tener lugar cuando Guy se ha levantado de la mesa. Pienso en el tacto y la inteligencia que hay que tener para ser abogado criminal.

—El caso es que —continúa Jas— lo que prueba ese experimento en particular, ese experimento que no he olvidado porque realmente me enfadó mucho, es que incluso el amor más altruista y sacrificado tiene sus límites. Da a entender que llega un momento en el que ponemos nuestra vida por delante. —Jas también mira al fondo del restaurante. Creo que ambos nos preguntamos por qué Guy tarda tanto. Jas habla sin mirarme, lenta y quedamente—. El experimento en el que estoy pensando es real. Unos científicos cogieron a un chimpancé, una hembra, y a su bebé recién nacido, y los pusieron en una jaula preparada a propósito. El suelo de la jaula era de metal y tenía unos filamentos mediante los cuales podían calentarlo más y más. Al principio, la chimpancé y su bebé andan a la pata coja alternando los pies; al cabo de un rato, obviamente, el bebé salta a los brazos de su madre para protegerse del calor y la madre continúa dando saltitos por la jaula durante un rato más, intentando escapar del suelo caliente y trepar a unas barras que no pueden treparse, pero al final, y lo hicieron varias veces con el mismo resultado, todas las madres acaban haciendo lo mismo. —Jas se queda mirándome y de repente desearía que no lo hubiera hecho—. Al final, la madre chimpancé pone a su bebé en el suelo y se sube encima de él.

—¿La marinara?

La camarera acaba de aparecer ante nuestra mesa con dos pizzas en una mano y una tercera que guarda el equilibrio inexplicablemente sobre su antebrazo. Las pone sobre la mesa una a una. Miro la que he elegido, cuyo nombre ya no recuerdo. Tiene un huevo cuajado en el centro rodeado por una blanda guarnición de espinacas y unos tacos de queso blanco que harán chirriar mis dientes cuando los mastique.

La detención fue difícil, las audiencias fueron difíciles, las interminables legalidades, reuniones y discusiones que se sucedieron durante los meses que estuve en libertad bajo fianza también fueron complicadas, pero nada lo fue tanto como la visita de mi hija de ese fin de semana.

Carrie. ¿Cómo describirla? Su pulcra media melena castaña, su inmaculada caligrafía. Era la típica niña que vaciaba las virutas del sacapuntas, eso lo sacó de Guy. De mí heredó su corta estatura y los ojos grandes. Me desconcierta, tanto antes como ahora. ¿Qué pasó con esos portazos, los gritos, la irracionalidad adolescente, su

gesto de alzar la vista al cielo? No fue hasta mucho después, una vez que levantamos la cabeza del lento maremoto que significó la enfermedad de Adam, cuando nos percatamos de que siempre se había visto obligada a ser la niña buena.

Así que mi hija viene de visita ese fin de semana, después de que me arresten y me otorguen la fianza, y acabamos viendo la televisión las dos juntas y discutiendo hasta qué punto las presentadoras de noticias tienen una apariencia esculpida o moldeada. Esta sentada sobre las piernas en el sofá que hay perpendicular al mío, tan tranquila y cuidadosa como un gato. Creo que nunca he visto a mi hija tumbada o repantigada.

Cuando dan el parte del tiempo reúno el valor necesario para decirle:

—Papá te ha contado lo que pasa.

Guy no está en la habitación, porque se pasa el tiempo atendiendo a llamadas de parientes y amigos. Yo, por supuesto, no tengo permiso para hablar del tema con nadie. Guy se ha convertido en la tapia que me comunica con el mundo exterior.

Carrie tiene en la mano una taza de té verde, un tazón al estilo de las tradicionales tazas de café americanas, pero enorme. Me la compró de regalo cuando fue a Nueva York con Sathnam en una tienda famosa, pero yo nunca la uso; es demasiado aparatosa. La guardo para cuando ella viene de visita. Mi hija da un sorbo al té y me mira con sus ojos grandes mientras suelta la taza y dice:

—Sí, me lo ha contado.

Y después aparta la mirada de la mía lentamente, con el mismo cuidado que pondría al retirar una escayola del brazo de un paciente. Vuelve a ver la televisión y se lleva la taza a los labios.

Todas las madres se sienten juzgadas por sus hijas, es inevitable. Cuando ellas alcanzan la madurez sexual, tras salir de la crisálida de la adolescencia, nosotras estamos en el otro extremo del ciclo reproductivo, fofas y desvaídas. ¿Qué adolescente querría transformarse en su madre de mediana edad? Todo cuanto decimos o hacemos, los vestidos que nos ponemos o la pintura de uñas nueva que usamos les parece repugnante. Somos aquello en lo que se convertirán cuando acabe todo.

He sufrido muchos fracasos como madre, pero puedo decir a mi favor que la única discusión que no he tenido con mi hija es esa de «No tienes ni idea de lo complicado que lo teníamos en nuestra generación. Ni idea de cómo se burlaban y nos menospreciaban cuando decíamos que queríamos ser científicas». Nunca le he dicho eso a mi preciosa y exitosa hija. Nunca he estado convencida de que conocía su vida interior ni la he acusado de dar por supuestas sus libertades. La quiero mucho y estoy muy orgullosa de ella. Sé que ella también me quiere, pero después de lo que pasamos con Adam hay algo en las emociones familiares que no puede soportar.

Al poner las piernas en un reposapiés frente a mí se me arremangan los

pantalones y la veo fijarse en la pulsera electrónica que llevo en el tobillo, un grillete de plástico duro al que nunca me acostumbraré. Aparta la vista rápidamente.

Después Guy me dice que cree que ella y Sathnam estaban pensando casarse el próximo verano pero que debido a nuestra crisis han pospuesto sus planes. Cuando le pido pruebas de ello cambia de tema, y yo me encierro en el cuarto de baño y me cepillo los dientes con furia mientras me fulmino con la mirada en el espejo y escupo en el lavabo. Decido que esa Navidad no los invitaremos como hacemos normalmente. Tampoco invitaremos a ningún amigo. Bueno, tal vez a Susannah, que ha estado llamando un par de veces a diario, pero incluso a ella, puede que también a ella le digamos: «Preferimos pasar una Navidad tranquila este año, solo nosotros, es complicado».

En Año Nuevo nos llega la noticia de que la fecha del juicio será en marzo. Después viene el inevitable retraso y la posposición de la fecha, esta vez para junio. Cuatro semanas antes del juicio Guy concierta tres sesiones con un abogado que me preparará para lo que puedo encontrarme en el tribunal. No se trata de mi abogado defensor, Robert, sino de un especialista en adiestrar a testigos. Según nos dicen, también trabaja mucho para la policía y los funcionarios del Estado. Estoy sentada ante el ventanal del salón cuando llega. Últimamente paso mucho tiempo frente a esa ventana. Tengo allí una montaña de cojines. Mirar por la ventana se ha convertido en una actividad importante para mí, ya que hace meses que apenas salgo de casa.

El abogado pasa a toda velocidad en su coche. Deduzco que es él porque lleva un elegante descapotable negro con la carrocería brillante y la capota mate. No sé de qué marca es. No entiendo mucho de coches. Va demasiado rápido para ver quién conduce, pero no me cabe la menor duda. Tiene que ser él. Seguramente ha dado la vuelta a la manzana, porque a los pocos minutos vuelve desde la misma dirección pero conduciendo más lentamente, como un ladrón al acecho. Se sube a la acera, aparca y veo desde mi sitio privilegiado que se inclina a un lado, abre la guantera y saca una pequeña bolsa negra. Me pego al borde de la ventana para que no me vea en caso de que mire hacia la casa. Saca un espejo compacto de la bolsita, un espejo anticuado igual que el que tenía mi tía, con una tapa dorada. Se mira en él y se alisa el pelo.

Me han dicho que la primera reunión será en mi casa y las dos siguientes en su bufete. No lo ha dicho, pero supongo que quería verme en mi hábitat natural. Esperará hasta las siguientes sesiones para darme caña, ponerme a prueba y prepararme para la intimidación.

Me quedo en el salón un rato hasta que oigo el timbre y luego voy al recibidor. Guy sale de la cocina en ese momento y me mira fijamente, como diciendo «Esto nos cuesta una fortuna». Sabe que tengo tendencia a ser competitiva con profesionales de

otros ámbitos, a comportarme como si pensara que podría haber hecho su trabajo si me hubiera dedicado a ello. Le devuelvo la mirada: «Ya lo sé, ya lo sé».

El abogado es joven, dentado, con gafas y el cabello moreno y liso. Cuando abrimos la puerta nos recibe con una sonrisa perfectamente preparada.

Mientras el abogado y yo nos sentamos a la mesa de la cocina, mi marido rellena la cafetera y pone a hervir el agua; intento no pensar en que voy a beber el café más caro de mi vida.

El abogado continúa sonriendo hasta que remueve el azúcar que se ha puesto en el café con una de nuestras finas cucharillas de plata y alza la vista desde la taza para decirme con ligereza:

—Entonces, Yvonne, ¿eres culpable?

Me ofende que empiece con un truco, pero he prometido a mi marido que cooperaré. Lo miro a los ojos y le contesto con una voz a la vez firme y suave:

—No, Laurence, no lo soy.

El abogado Laurence me sonrío, mira a mi marido, después otra vez a mí y dice:

—Bueno, eso es un buen principio, ¿no? —Golpea el borde de la taza con la cucharilla y la suelta—. Eso es lo que quiero en el juicio. Firme pero educada, y sin la más mínima sombra de dudas, ¿vale? Es muy buen comienzo.

Hablamos en términos generales de los procesos judiciales y nos da unas estadísticas deprimentes. Una investigación llevada a cabo en Harvard demuestra que las personas reciben mensajes de diferentes modos. Han hecho gráficos circulares. Al hablar con alguien recibimos los mensajes de acuerdo con la siguiente proporción: el sesenta por ciento por el aspecto del transmisor, el treinta por ciento a través de cómo suenan y solo el diez por ciento por lo que se dice realmente. Como científica, me muestro escéptica con las estadísticas, y esa pequeña parte hipersensible de mí se acuerda de ti y quiere decirle: «¿Y qué pasa con el tacto y el olor?». Solo pienso en esto fugazmente. No puedo permitirme pensar en ti. Mientras yo estoy aquí en mi cocina tomando café de máquina —mi mezcla preferida de café guatemalteco— con mi marido y un abogado comprensivo, tu estás en la prisión de Pentonville. Me dejo llevar y te imagino brevemente con tu indumentaria de preso, tumbado de espaldas con las manos cruzadas por detrás de la cabeza, mirando al techo.

—¿Qué ropa debería llevar en el juicio? —dice mi marido, yendo al grano.

Él sabe que no pagamos a este chico listo imberbe cuatrocientas libras a la hora para que se beba nuestro café y se trague mi sarcasmo.

—Elegante, pero no demasiado formal —contesta Laurence—. Queremos que el jurado vea tu parte femenina.

—Por Dios... —susurro entre dientes. Laurence no parece percatarse de ello. Guy me dedica otra de sus miradas.

—Digamos ¿una blusa con algún adorno?

Laurence me sonrío de nuevo, todo dientes.

A ti nadie te aconsejará que lleves una blusa con algún adorno, querido. ¿Cuál sería el equivalente masculino? Tal vez no lo haya. Tal vez lo masculino sea único.

—No estoy seguro de si el abogado de la acusación será hombre o mujer —dice Laurence—, pero si es hombre, lo normal sería que su ayudante fuera una joven agradable y que ella se encargue de hacerte las preguntas.

—¿Por qué lo dices?

Laurence se encoge de hombros.

—Por algún motivo siempre usan abogadas en los casos de violación, para que el jurado piense: «Bueno, si esa bonita joven defiende al tipo que se sienta en el banquillo de acusados no puede ser tan malo, porque si no, no lo haría». —Da un sorbo a su café—. Es una estrategia de lo más exitosa, debo reconocer.

Soy incapaz de alejar el tono de frialdad de mi voz.

—Y si tú lo sabes y todos los que trabajan en un bufete lo saben, es lógico pensar que esas bonitas abogadas jóvenes también lo saben. —Bebo un sorbo del mío—. ¿No le preocupa eso a nadie?

Laurence esboza una sonrisa de disculpa por encima de sus dientes. Habla con cautela.

—Bueno, incluso los violadores merecen una defensa...

—Aunque de ello dependa la...

Guy me corta.

—Entonces ¿es más probable que el jurado piense que Yvonne es culpable si la interroga una mujer?

—Sí.

Se me escapa un suspiro y miro a otro lado. Mi marido y Laurence se quedan callados, y sé que ambos me miran. ¿Para qué han traído a este chavalín? Más tarde, alguien dirá con seriedad: «Es el mejor abogado de su promoción, un lince».

Tras una pequeña pausa, el mejor abogado de su promoción dice:

—¿Hacemos un descanso? Estoy seguro de que esto no resulta fácil.

—No, no pasa nada —digo, quitándome las manos de la cabeza—. Seguid vosotros dos. Dadme cinco minutos.

Me levanto de la mesa. Laurence vuelve a alisarse el pelo. Guy observa cómo salgo de la habitación. Cuando subo la escalera, agarrándome con fuerza a la barandilla, oigo que se levanta y cierra la puerta de la cocina. Las voces suenan apagadas, pero imagino que mi marido le dice algo así como: «Está bajo una presión enorme en estos momentos». Laurence asentirá, comprensivo.

Cuando llego a la habitación voy a la cama y me tumbo de espaldas. Al cabo de un rato me pongo las manos detrás de la cabeza y me quedo mirando al techo.

Bajo unos diez minutos más tarde. Cuando entro en la cocina Guy está serio. Miro a Laurence, que permanece inmóvil en su silla con la mirada baja. Una vez me siento, alza la vista.

—Tu marido me ha dado algunos detalles más, Yvonne.

—Le he contado más acerca de lo que hizo ese hombre —dice Guy sin mirarme. Laurence me mira con compasión.

—No tenía conocimiento de que fue algo tan violento, tan... bueno...

—¿Creías que fue solo un...? —Miro fijamente a Laurence y decido dejarlo pasar —. ¿Eso mejora o empeora mi situación según tu opinión?

Laurence mira a Guy.

—Estaba explicando a tu marido que legalmente hablando más bien la empeora. Te da un móvil. Por supuesto eso no explica por qué tu coacusado se comportó de esa forma, dado que solo erais amigos. No lo conocías desde hace tanto, ¿verdad?

—No —digo.

La respuesta omite tantas cosas que el ambiente se carga con ellas. Las cosas que no digo son como murciélagos gigantes que revolotean por la cocina, todos lo sabemos, pero ninguno lo dirá. Ni siquiera Guy, mi propio marido, me ha preguntado por la naturaleza de nuestra relación. Ha creído mi palabra.

—Y por supuesto, es difícil saber cómo actuará la acusación llegados a ese punto —añade Laurence—. Tal vez incidirán en la brutalidad del señor Craddock para dar fuerza al móvil, o pueden intentarlo afirmando que todo es mentira, que tuviste sexo consentido con el señor Craddock y mentiste para crearle problemas.

Miro fijamente a Laurence, consciente de que no reconocerá el peligro que encierra la tranquilidad de mi voz.

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

Laurence se encoge de hombros.

—Quién sabe, estabas enfadada con Craddock porque no te llamó después o algo así. Eso suele suceder bastante.

Lo que me resulta ofensivo es la ligereza con la que lo dice, su familiaridad con todo esto, su forma fácil y constante de generalizar lo que sucede en «estos casos». No soy un caso general, tengo ganas de decirle. Soy un caso particular.

Llegados aquí, incluso este chico poco intuitivo reconoce la expresión de mi rostro. Intenta desdecirse, a su manera.

—Solo juego a ser abogado del diablo, trato de sondear todas las posibilidades. Si vamos a prepararte, necesitarás estar lista para todo lo que puedan echarte encima y, quién sabe, es un enfoque que podrían adoptar. El mayor problema con los casos de agresión sexual es que parece que las mujeres nunca ofrecen resistencia. —El tono de incredulidad de su voz me parece imperdonable—. A decir verdad, esto dificulta

nuestro trabajo.

Miro a Laurence con tanto odio que apenas reparo en que Guy se ha levantado. Después veo que ha cogido un cuchillo de la barra imantada que tenemos tras la hornilla y se lo ha puesto a Laurence en el cuello. Este se ha quedado paralizado, con la barbilla hacia arriba. Tiene las manos suspendidas a poca distancia de la mesa. Me mira con ojos saltones, pidiendo clemencia. Me quedo contemplando a Guy conmocionada, pero no digo ni una palabra.

La voz de Guy es muy tranquila.

—¿En qué piensa ahora, señor Walton? —le pregunta. Silencio. Laurence ha decidido claramente que lo mejor es no responder—. ¿Quiere que le diga en qué piensa? —continúa Guy, amablemente—. ¿Le gustaría saber lo que está pasando por su cabeza, es decir, biológicamente? —Laurence permanece en silencio y paralizado. Ni siquiera traga saliva. Guy prosigue—. Así es como su cerebro funciona en una situación de amenaza. Le daré la versión simplificada. En sus lóbulos temporales medios tiene un grupo de núcleos conocidos en conjunto como amígdala. Forma parte del sistema límbico, pero no nos preocupemos ahora por eso. En una situación de amenaza la función de la amígdala es comunicarle lo más rápidamente posible que actúe de acuerdo a una sola cosa: asegurar su supervivencia. Usted también tiene un córtex, claro está, eso controla la lógica, pero no funciona tan rápidamente como la amígdala, como puede comprobar ahora. Permítame explicárselo. —Guy ni siquiera se toma un respiro. Así es como son sus clases, lo he visto, punto por punto, sin pausa alguna—. La parte lógica de su cerebro sabe que no existe la más remota posibilidad de que le raje la garganta. A: Mucha gente sabe dónde se encuentra. B: Estamos en mi casa y lo pondríamos todo perdido de sangre. C: ¿Cómo podríamos deshacernos Yvonne y yo de su cadáver? D: ¿No tiene ella ya suficientes problemas? La parte lógica de su cerebro sabe que solo hago esto para demostrar algo. Pero su amígdala, su parte instintiva, le dice, le grita, de hecho: «Permanece inmóvil, por si acaso, haz lo que te diga tu instinto para salvar la vida». Como he dicho, la amígdala funciona con más rapidez que el córtex, así hemos evolucionado. En una situación de amenaza, particularmente en una situación que nos coge desprevenidos y sin tiempo para evaluar de forma lógica nuestras posibilidades de vivir o ser asesinados, estamos programados para hacer aquello que asegure nuestra supervivencia. Lo único que queremos es vivir, punto y final. En cualquier situación en la que el nivel de amenaza sea desconocido, la amígdala superará al córtex, siempre.

Guy deja de hablar pero no se mueve, y al cabo de unos instantes Laurence levanta una mano lentamente y aparta el brazo de Guy de su garganta.

—Creo que lo ha dejado muy claro —dice.

Guy devuelve el cuchillo a la barra magnetizada y se sienta.

El abogado Laurence me mira.

Le devuelvo la mirada. Prefiero morir antes que disculparme. En lugar de eso, digo con la suficiente delicadeza:

—Ya ve, una cosa es discutirlo profesionalmente, es decir, como usted lo hace, pero para nosotros hay mucho en juego, toda nuestra vida. —Al ver que eso no lo aplaca, añado—: Estos días han sido muy angustiosos para ambos.

Laurence alza la barbilla, como si necesitara estirar el cuello, todavía intacto.

—Sí, estoy seguro de ello.

En cuanto Laurence se va, cierro la puerta con llave, y pongo los pestillos y la cadena, a pesar de que tan solo es media tarde. Después de todo, ninguno de los dos saldrá esta noche y nadie vendrá a visitarnos. Nuestras miradas se encuentran. Guy dice: «Vamos arriba». Y por la suavidad de su voz y la expresión de su rostro entiendo que no puede más. Asiento. Lo observo subir la escalera delante de mí, y por la curvatura de sus hombros sé que realmente no puede aguantar más, está cansado de ser el hombre fuerte, cansado de no hacer preguntas y agotado de apoyarme.

Lo sigo a la habitación. Me mira mientras se sienta al borde de la cama y apoya la cabeza sobre las manos. Voy hasta él, me arrodillo en la moqueta, entre sus rodillas. Le aparto las manos de la cara, se las bajo y me quedo mirándoselas. Las sostengo entre las mías, y de repente me percató de que debo pedirle, rogarle, que haga la única cosa que realmente necesito de él durante el transcurso de lo que está a punto de sucedernos. No sé si pedirselo en ese estado momentáneo de debilidad es una idea buena o terrible, pero sé que tengo que hacerlo ahora, porque es muy importante y puede que no haya otra oportunidad. Esto se demostrará como un acto profético por mi parte. Dentro de dos semanas la policía vendrá a arrestarme de nuevo. Me dirán que has intentado enviarme una nota desde prisión, al parecer una nota de lo más inocente, pero suficiente para contar como contacto potencial entre nosotros, lo cual significa un incumplimiento de las condiciones de mi fianza, aunque la iniciativa no procediera de mí. Se establecerá una audiencia sin que yo lo sepa y se me revocará la libertad bajo fianza. Durante el tiempo restante y mientras dure el juicio, permaneceré en la prisión de Holloway.

Aunque observo las manos de Guy entre las mías, sé que él me mira a la cara. Jamás le he suplicado nada en todos los años que llevamos juntos. Hemos discutido, le he pedido cosas de vez en cuando, que si podía pasar la aspiradora por la escalera porque odio hacerlo, si podía ser más paciente en la carretera, si podía entender que me pongo de mal humor cuando tengo un encargo que terminar, si podía poner fin, por el bien de ambos, al romance con su joven amante de una vez por todas. Pero ni siquiera entonces supliqué. Nunca había tenido una razón para suplicar como la tengo ahora.

—Guy —digo. Rara vez usamos nuestros nombres. ¿Qué pareja de larga duración lo hace? Los nombres son para los conocidos o los extraños, solo significan algo para aquellos que no nos conocen de manera íntima—. Tengo que pedirte una cosa. —El tono de mi voz es lineal. No puede dudar de la seriedad de lo que le pido. Guy no dice nada—. Tengo que pedirte por favor, por lo que más quieras... —Mi voz no se quiebra ni tiembla. Lo miro a los ojos. Me mira fijamente. Todavía tengo sus manos en las mías—. Por favor, no vengas, no vengas al juicio. —Sigue mirándome, así que añado—: No puedes hacer nada allí.

Cuando digo esto me aparta las manos con gesto enfadado, se levanta y se aleja de mí. Bajo la cabeza, pensando que está a punto de marcharse, tal vez de casa incluso, y se me rompe la voz.

—Por favor, habla conmigo de esto, Guy, por favor...

Guy se dirige a la cómoda y apoya las manos en ella con la cabeza gacha.

—No pensaba salir de la habitación. No te dejo sola cuando tienes problemas, ¿recuerdas? —Me quedo arrodillada junto a la cama. No respondo. Al final añade—: Jas dijo que era importante que estuviera en la tribuna. Así todos verán que te apoyo. El jurado se dará cuenta. Su marido la apoya.

—Lo sé —digo—. Sé que Jas dijo eso, y tal vez sea cierto. —Suspiro profundamente—. Pero no podré hacerlo si estás allí escuchándolo. Lo que tendré que decir, las cosas que dirán de mí, de lo que sucedió. —Mi voz se transforma en un susurro—. ¿Cómo podré soportarlo? ¿Cómo podrás soportarlo tú? Acabará con nosotros.

No puedo arriesgarme a que Guy se sienta expuesto y humillado. Si tuviera medios lo enviaría a Sudamérica durante las siguientes semanas. A todos los que quiero, los quiero lejos de todo esto.

Guy no responde, así que digo:

—No podré hablar de ello ante el tribunal si pienso que... No puedo...

—En casa tampoco has podido hacerlo.

—No.

Entonces se vuelve hacia mí con los ojos dolidos y bien abiertos.

—¡Por qué no me lo contaste! —Da unos cuantos pasos inquietos y vuelve al sitio—. En lugar de eso acudes a un extraño, un hombre al que apenas conoces, solo porque trabaja en seguridad, un hombre que conoces tan poco que acaba haciendo esto y te implica en ello, y tienes que ir a juicio con él. Sentarte en un, en un... —La voz se le quiebra por la frustración—. Un banquillo de acusados con él. ¿Te arriesgas a eso, en lugar de contármelo a mí?

—No sabía que lo mataría. No tenía ni idea.

—Eso no explica por qué acudiste a él y no a mí.

Y entonces me percató de que la verdad es incluso peor que la mentira que no

puedo contar. Quería convencerme de que no le conté a Guy lo de Craddock porque tenía una aventura, pero ahora sé que no se lo habría dicho de todas formas. No se lo habría contado porque estaba avergonzada, y no se lo habría explicado porque había demasiado en juego: nuestro hogar, nuestra felicidad, nuestros hijos. Y lo peor de todo, y aquí está la verdad real del caso, es que sabía que mi afecto por Guy no sobreviviría a una respuesta incomprensiva por su parte. Si me hubiera preguntado, por ejemplo: «¿Por qué subiste a su despacho?», jamás se lo habría perdonado. Eso habría acabado con nosotros, no inmediatamente, sino dos, tres, cuatro años después. Nos habría desgastado sin remedio.

Tengo que decir algo, así que doy a mi marido una razón parcial para no confiar en él, un motivo real pero que solo esconde un pequeño porcentaje de la verdad.

—No quería que te... contaminara.

No supe encontrar otra palabra.

—¿Que me contaminara? —dice, mirándome con incredulidad.

—Ya lo sé, solo quería... —Me pongo de perfil para mirarlo. Alzo las manos con impotencia y las pongo sobre el regazo—. Solo quería alejarlo de ti, de nuestro hogar, de los niños... —Guy resopla con desdén, convencido solo en parte—. Quiero que te vayas, al extranjero, hasta que termine todo. Le diré lo mismo a Carrie este fin de semana, puede preguntar a Adam, es mejor si se lo dice ella. He pensado que quizá unas vacaciones, tal vez...

—No pienso marcharme del país.

—Bueno, aunque vayan solo ellos, si es que quieren. Tal vez Sath y Carrie quieran llevarse a Adam, pero sería preferible que fuerais los cuatro. Lo único que quiero es que os alejéis de esto. ¿Acaso es tan difícil de entender?

Me mira. Su voz es ahora más amable.

—¿Aunque eso signifique una probabilidad mayor de que te condenen?

Le devuelvo esa mirada y también el tono de voz.

—No me condenarán. Soy inocente.

Y así comienza. Todo empieza un lunes por la mañana, y allí sentada en la parte de atrás de la furgoneta que me lleva de la prisión de Holloway al Old Bailey, entre traqueteos y topetazos, entre las paradas y los bamboleos de mi trayecto en hora punta a través de Londres, la sensación es, básicamente, que tengo plena conciencia de lo ordinario que resulta todo, es decir, para los que me rodean. Para los que se encargan de mí esto no es más que el comienzo de una nueva semana.

Me acompañan dos guardias de Holloway, pero esa mañana no hay más prisioneros que vayan al Tribunal Penal Central, así que estoy sola en mi banca. El interior de la furgoneta huele a desinfectante, esa marca penetrante que usan en los aseos públicos con una gruesa capa de vainilla encima, un olor tan fuerte que me provoca náuseas. El conductor frena de golpe en todos los semáforos y cruces y acelera a fondo cuando tiene que arrancar. Empiezo a sudar, y viajar de lado no ayuda. A mitad de camino uno de los guardias de la banca de enfrente nota mi respiración dificultosa y me acerca un cubo de plástico con el pie sin decir palabra. Vuelvo el rostro.

Las ventanillas altas de la furgoneta no dejan pasar mucha luz, pero los cristales polarizados me permiten ver el cielo a retazos mientras nos trasladamos a través de las calles de Londres. Una gotita se derrama por uno de los cristales. Fuera los funcionarios estarán apresurándose y sorteándose entre ellos, algunos con verdadera prisa, otros corriendo por pura costumbre. Habrá quien pisará un charco y maldecirá. Otro parará a comprar café y recogerá su vaso desechable al tiempo que se marcha, y todavía alguno más, o tal vez el mismo, caminará por el arcén hasta que lo sobresalte el malhumorado e indiferente rugido de la bocina de un taxi. Jamás me habían parecido tan seductoras las irritaciones provocadas por los trayectos de los lunes por la mañana. ¿Dedicará alguno de esos transeúntes una mirada a la furgoneta, preguntándose quién habrá en su interior?

Al fin, la furgoneta baja por una rampa. Descendemos hasta las sombras y nos detenemos. Antes de permitirme levantarme y bajar los escalones de la furgoneta con un guardia delante y otro detrás, me esposan en el sitio. Cuando mis ojos se acostumbran a la luz percibo que hemos aparcado en un contenedor enorme, sobre una placa de metal giratoria. Me llevan a las profundidades del edificio. La grandeza que pueda tener el Tribunal Penal Central del Old Bailey no llega hasta el área a la que confinan a los prisioneros. Hay un mostrador de recepción similar a los de las comisarías de policía en el que me dan un peto de plástico naranja con un número. Tengo que llevarlo todo el tiempo, salvo cuando esté en el juzgado, así el funcionario que se encuentre de guardia verá de inmediato ante qué tribunal tengo que presentarme. Al ponérmelo caigo en que no llevaba peto desde la escuela primaria. El

guardia que hay tras el mostrador es un negro viejo con el cabello blanco y unas gafas gruesas que le caen sobre la misma punta de la nariz. Habla conmigo en tono cálido y agradable mientras anota algo en su portapapeles. Está acostumbrado a tratar con personas angustiadas.

—La registraremos en un minuto, querida... —dice. Sonríe al oír que me llama «querida». Seguirá haciéndolo durante las siguientes tres semanas—. Bueno, mucha gente logra ocultar el tabaco aunque los registren, pero tengo que advertirle que si fuma lo oleré enseguida y que aquí abajo está estrictamente prohibido, ¿de acuerdo?

—No fumo —digo.

—Mejor —responde con una sonrisa de aprobación como la de un director de escuela. Me mira con fingida severidad—. Fumar es muy malo.

—¿Está usted aquí todo el tiempo? —pregunto.

Me refiero a si será él quien se ocupe de mí. ¿Puedo confiar en ti?

Sacude la cabeza.

—Todo el tiempo. Estoy aquí desde las siete de la mañana hasta las ocho en punto de la tarde. Llego aquí antes que vosotros y me quedo hasta que se va el último.

Una vez completas las formalidades de mi admisión me llevan por un pasillo de techos bajos. Está pintado de un color amarillo crema, como una crema pastelera diluida, y bajo la emulsión se ve claramente la textura del ladrillo. Hay una señal que dice: «Está usted en el área ROJA», con la palabra «roja» rodeada por un círculo. En otra pone: «Está usted en el penal de Serco». No me da tiempo a leerlo todo, pero sí la frase final: «Cualquier acción criminal se denunciará a la policía». Me parece un tanto cómico, pero la diversión que pudiera causarme va teñida de histeria.

—Hace calor aquí —digo a la mujer que me acompaña por el pasillo.

La respiración se me acelera. No hay luz natural, los techos son bajos; ¿cómo pueden trabajar aquí día tras día?

Es una mujer blanca de caderas anchas de unos cincuenta años, con andares lentos y respiración entrecortada. Enfisema, pienso.

—Debería estar aquí cuando hace calor de verdad —dice, respirando por la boca. Se detiene ante la puerta de una celda abierta—. He visto a los acusados deambular por aquí desnudos. No querría presentarse ante el tribunal completamente sudada, ¿verdad?

Imagino que esta guardia, al contrario que el de recepción, no siente compasión por nosotros.

En cuanto entro en la celda se me encoge el corazón. Es una caja minúscula, sin aire ni ventanas. Las paredes están pintadas de amarillo y el suelo de azul, en un intento de darle vida, pero está completamente vacía, aparte del catre de cemento con listones de madera encima. Estoy bajo tierra, sin luz natural ni ventilación, llevando un peto de plástico, en una zona en la que hará un calor sofocante.

Las puertas se cierran de golpe tras de mí. Me siento en el catre con las rodillas juntas y las manos sobre ellas, inspirando por la nariz y espirando por la boca para intentar mantener la calma.

Más tarde viene a verme Robert, mi abogado en el juicio. Apenas he esperado una hora, pero me parecen días. Tengo que calmarme, me digo una y otra vez. Estaré aquí sentada día tras día, durante todos los descansos para almorzar, cada mañana y cada tarde, cada vez que haya un retraso. Esto es mucho peor que la prisión. Tengo que ser capaz de hacerlo. No puedo.

No puedo.

Viene a recogerme la misma guardia poco comprensiva. Me lleva a una sala de consulta idéntica a la celda que acabo de dejar. Tiene una mesa firmemente atornillada a un marco metálico y unas sillas de metal que forman parte de la misma estructura. Supongo que esto es para evitar que los prisioneros levanten las sillas y las destrocen contra la pared o las rompan en la cabeza de su abogado.

Robert ya se ha puesto la toga y la peluca. Cuando se sienta en la incómoda silla de metal la toga le resbala por el hombro. Permanece ahí durante el resto de nuestra entrevista y tengo que resistir la tentación maternal de estirar el brazo y colocársela bien. Después, me doy cuenta de que cuando está de pie ante el tribunal deja que la toga le resbale del hombro con bastante frecuencia. Ahora lo veo como un manierismo por su parte, un intento medio consciente de parecer desaliñado de forma adorable y familiar. «No subestimes a Robert —me dijo Jaspreet—. Puede que parezca desorganizado, pero es una estrategia. Es un manipulador muy astuto.»

Robert viene con un sumario enorme que coloca entre ambos sobre la mesa.

—No traigo muy buenas noticias esta mañana —comienza diciendo, y yo lo miro—. Están arreglando un acceso de minusválidos para el padre. —Continúa explicándome que el padre de George Craddock asistirá a todo el proceso, acompañado por la agente asignada por los asuntos sociales. Pueden asistir al juicio hasta cuatro familiares cercanos a la víctima. El único pariente cercano de «nuestra víctima», como lo llama Robert, es su padre, que está en los primeros estadios de la esclerosis múltiple. Robert continúa diciendo que no cree que ese hombre tenga que estar en la silla de ruedas todo el tiempo, pero que la agente de asuntos sociales le habrá dado a entender que hay más posibilidades de que nos condenen si durante el proceso se queda sentado en un rincón con su silla de ruedas a la vista del jurado—. Por otra parte, es algo que puede sacarse a relucir en la apelación, esos elementos del juicio que te han parecido perjudiciales. Todos los problemas tienen su aspecto positivo.

Teniendo en cuenta lo poco que hace que nos conocemos, Robert me cae muy bien, así que el tono cínico de la conversación me coge por sorpresa, pero también yo

me descubro asintiendo. Apenas hemos empezado y ya pienso como ellos. Hay otra cosa que me viene a la cabeza, aunque intento obviarla en cuanto aparece: ni siquiera hemos comenzado y ya ha mencionado motivos para la apelación.

Robert hace un repaso del horario habitual de cada día, el juramento ante el jurado y la presentación del caso que hará la acusación. No cree que el primer día haya ninguna pausa para hacer alegatos, pero pronto aparecerán, y entonces sacarán al jurado de la sala y todo se ralentizará un poco. Espera que comprenda que todo esto es necesario. Durante la conversación me muestro más calmada y lógica que nunca, pero la claustrofobia no disminuye. Tengo ganas de suplicarle que me saque de allí, por favor.

Cuando hemos acabado de discutirlo, Robert se levanta y se excusa. Debe ir corriendo a su sala, comprobar que tiene los papeles en orden y respirar un poco, espero. Me tiende la mano al despedirse y me pone la otra encima de modo conciliador mientras me mira a los ojos. Tiene los párpados muy blancos y los ojos de un azul sorprendentemente claro. Me entran ganas de llorar un poco y tengo que disfrazarlo con una sonrisa que demuestre seguridad. Se marcha. Vuelve la guardia. Me llevan a mi celda.

Y entonces, al cabo de una espera que parece alargarse días, llega el momento en el que se abre la puerta de mi celda y no aparece ante mí la misma carcelera, sino dos funcionarios del tribunal, un hombre y una mujer, ambos vestidos con elegantes camisas blancas. Me sonrían.

La mujer dice: «¡Bueno, pues allá arriba vamos!». Y yo me pregunto qué pasaría si me pongo histérica, si me resisto a abandonar mi celda. ¿Qué pasa si caigo al suelo echando espuma por la boca y gritando? La sonrisa del hombre es intencionada y sin brillo. Me mira como si evaluara, de manera rápida y maquinal, si les daré problemas o no. Regresamos fugazmente al mostrador de recepción, donde me quitan el peto de plástico. Lo colocan en un cubículo correspondiente a su número, como esos anticuados casilleros para las llaves de los hoteles.

Los funcionarios del tribunal toman posiciones, uno delante de mí y la otra detrás, y avanzamos varios pasos por el estrecho pasillo de color crema. Se detienen ante una puerta frente a mi celda y al abrirla descubren un pequeño tramo de escalones de cemento. Hasta que llegamos al final de la escalera y el agente abre otra puerta no me doy cuenta, en estado de conmoción, de que estamos a punto de entrar en la sala de justicia. Había imaginado que habría algún tipo de camino de transición, interminables pasillos que recorrer, la oportunidad de recuperar la compostura, pero no, el tribunal y el banquillo que me esperan están justo encima de mi celda, a unos pocos pasos subiendo la escalera.

Cuando atravieso el umbral veo la sala de justicia, una estancia de techos altos y

revestimientos de madera, con mucha luz y abarrotada de gente. Robert y su ayudante ya están en sus puestos. Ambos se vuelven y me saludan con la cabeza. La ayudante es una joven que se llama Claire que solo conozco de nombre. Tiene una amplia sonrisa y un montón de pecas. Los abogados de la defensa están todos apiñados y hablando en voz baja. Tras la hilera de bancos de los abogados se encuentran los dos abogados de la Fiscalía General de la Corona y en la siguiente el inspector Cleveland. La atmósfera es como la de una pequeña estación de trenes, todo lleno de voces, bullicio, expectación y el deslumbrante brillo de la incómoda luz amarilla. Los agentes me hacen pasar directamente al banquillo de los acusados, que está rodeado por altos paneles de cristal de seguridad y tiene una larga fila de asientos abatibles con fundas verdes.

Después apreciaré muchas más cosas acerca de la geografía de las celdas y de la sala de justicia. Nunca me acostumbraré a lo cerca que están las celdas del tribunal. Durante mi juicio en la sala número ocho, oigo con claridad en varias ocasiones los gritos de otros prisioneros que permanecen abajo. La puerta a través de la que entra y sale el juez está en la misma parte que la nuestra, al otro lado del tribunal, e imagino que los despachos de los jueces —moquetas afelpadas, espaciosos escritorios de roble, cubiteras de hielo con las iniciales grabadas— se hallan justo encima de nuestras celdas; el mundo de las pelucas directamente sobre el húmedo inframundo al que ahora pertenezco. Imagino a todos esos hombres comiendo juntos ante una gran mesa ovalada, servidos por funcionarios del juzgado, mientras yo despacho mi comida de avión en una caja de cemento justo debajo de ellos.

Esto no lo pienso hasta después, mucho después, durante el juicio, cuando hay tiempo de sobra para reflexionar a lo largo de los múltiples recesos legales y burocráticos que llego a apreciar como parte inherente al proceso. Pero cuando accedo al banquillo de los acusados por primera vez no hay tiempo para pensar en esto, ya que, a pesar de que lo primero que me impresiona es la luz y el bullicio de la gente, veo inmediatamente que ya estás sentado entre tus dos agentes de custodia personales.

Mi amor, pienso, cómo has cambiado. Aunque solo me permito mirarte fugazmente, me da tiempo a reparar en toda tu persona y se me rompe el corazón a pesar de las circunstancias. Has encogido, has encogido físicamente en todos los aspectos, eso es lo que parece, aunque yo estoy de pie y tú sentado. ¿Cómo puede ser que hayas empequeñecido desde que estás detenido? La chaqueta del traje, ese mismo traje caro que acaricié en la capilla de la cripta, bajo el palacio de Westminster, parece colgarte de los hombros. Tienes la cara demacrada y un tono de piel grisáceo, a pesar de haberte afeitado a conciencia para el juicio. La barba de tres días te quedaría mejor. Llevas el pelo bien peinado, un poco aplastado, y advierto que empieza a clarear por arriba. ¿Has empezado a perder pelo, o simplemente lo noto ahora porque

te veo tan vulnerable? Tus grandes ojos negros, esos ojos que me miraban fijamente durante los primeros días de nuestro romance, están ahora vacíos, como si me mirases sin verme. Nuestras miradas se encuentran durante un instante, pero no muestras nada.

Me siento en el banquillo y quedamos separados por dos funcionarios del tribunal, uno de los que me escoltan a mí y otro de los tuyos. Está fingiendo, pienso. Él sabe que no puede haber conexión visual entre nosotros. Nos perjudicaría a ambos. Pero el vacío de tus ojos es terrible. ¿Dónde estás?

Te han confinado en las celdas de categoría A, un área diferente a la mía. Te trajeron aquí antes. Eres el primer imputado, así que durante el juicio lo harás todo antes. Incluso ahora que estoy sentada, no puedo resistirme a mirar más allá del funcionario para verte de nuevo. La última vez que te vi estabas sentado en el asiento del copiloto de mi coche mientras aparcábamos junto al metro de South Harrow. Daría lo que fuera por pasar media hora contigo a solas antes de que empiece todo esto y no hablar de nada relacionado con nuestra defensa, sino poder mirarte a los ojos y tocarte la cara.

Ese traje, el mismo traje caro gris oscuro que llevabas el día del Parlamento, cuando me llevaste a la capilla de la cripta. Te arrodillaste ante mí después para ponerme el botín y abrochármelo. Vuelvo allí por unos momentos y pienso que en el contexto de este tribunal lo que hicimos juntos parecería sórdido, a pesar de la inocencia del acto en sí. No dañamos a nadie con ello.

En cualquier caso, menos mal que nada de eso saldrá a relucir en el juicio, pienso entonces. La vergüenza que siento no es por el acto en sí, sino por cómo lo presentarían en relación con los cargos que nos imputan, cómo lo usarían para envilecernos y condenarnos. Cuánto le gustaría a la acusación disponer de esa información, pero no la tienen, y eso puedo saberlo gracias a la ley de revelación de información. También tú habrás visto la información disponible, los documentos en los que se resumen los cargos en nuestra contra. Me pregunto si por eso te has puesto ese traje gris para el primer día del juicio. Me gustaría saber si será tu forma de indicarme nuestro triunfo a ese respecto. Nadie conoce lo nuestro y nadie lo hará. Solo tenemos que mantener la calma.

Miro a los abogados para alejar los pensamientos de ti, y ahí es cuando sucede, una confusión momentánea que solo cobrará sentido para mí más tarde. Veo a la abogada de la acusación y es exactamente como me habían advertido que sería: una joven que rondará la treintena, menuda e impoluta, cabello caoba y mirada penetrante. Pero está sentada en el sitio equivocado, pienso, sorprendiéndome para mis adentros. Me han explicado la disposición del tribunal. ¿Por qué se sienta a la mesa que hay a la derecha de la de Robert? Miro al otro lado de la sala y entonces me percato. La abogada de la acusación no es esa joven impecable. La abogada de la

acusación es de mi edad, se la ve grande con la toga negra, con gafas, como una matrona de hospital. Está sentada en su sitio, a la izquierda de la sala. Su ayudante es un joven que se balancea sobre la silla.

La joven metódica del flequillo caoba no es la letrada de la acusación, como he pensado en un principio. Forma parte de la defensa, aunque no de la mía, obviamente. La joven te representa a ti.

Se abre la puerta que da al estrado y entra la ujier, una mujer de rizos oscuros con toga, pero sin peluca. Y comienza su letanía: «Todos en pie. Aquellos que tengan que dirimir sus intereses hoy aquí que se acerquen... —Su voz se vuelve un murmullo hasta que se alza de nuevo con—: Dios salve a la reina».

Aguanta la puerta para que entre el juez y de repente todo el mundo se levanta. Los abogados de la defensa disuelven el grupo y se apresuran a colocarse en sus puestos, el joven ayudante de la acusación deja de balancearse en la silla y se pone en pie. La agente del tribunal que tengo a la derecha me avisa con el codo, a pesar de que ya estoy levantándome. Este acto de deferencia colectiva recalca la seriedad de mi situación mejor que ninguno de los acontecimientos de esa mañana y me hace sentir impotente ante la autoridad como solo me sentía cuando era niña.

Es la primera vez que veo al juez. Es bajito, con un rostro sin expresión, como de cara larga. No camina hasta la silla, más bien va en procesión, con el aire de un hombre a quien la responsabilidad no parece pesarle, un hombre agradecido por el poder que se le confiere, pero no impresionado por ello. Se vuelve y saluda a la sala. Los abogados se colocan en fila frente a él. Los letrados y los agentes de policía, todos inclinan la cabeza y se sientan. El juez mira hacia el banquillo de los acusados, y yo me inclino torpemente y tomo asiento como el resto.

Hacen entrar a los miembros del jurado. Llegan a través de una puerta que hay a la izquierda y se apelotonan de pie bajo la tribuna pública, que continúa vacía. Parece fuera de lugar ese grupo de hombres y mujeres ordinarios con sus abrigos de invierno, bolsas y mochilas. El secretario los va llamando uno a uno y los veo atravesar la sala a su debido momento. Todos los presentes los observamos y hacemos nuestros cálculos acerca de su posible inclinación. ¿No parece un poco ceporro ese joven calvo del pendiente que mantiene la cabeza alta al caminar a pesar de haberse ruborizado? ¿Uno de esos que se han metido en más de una pelea y podría admirar la capacidad de un hombre para defenderse? ¿Estará esa mujer del cabello canoso que parece trabajadora social predispuesta a una defensa de inimputabilidad? El hombre blanco mayor con aire de militar parece de los que piensan que las mujeres son taimadas por naturaleza, aunque también podría ser todo lo contrario, estar chapado a la antigua y pensar que las mujeres son incapaces de ser violentas.

Una vez los doce están en su lugar tardan algo en situarse, generando un desbarajuste con sus toses y movimientos de pies. La mayoría de ellos no nos mira,

conscientes al parecer de que todos los ojos de la sala están puestos sobre ellos.

A ojos de los comunes mortales todos parecen terriblemente avergonzados de estar aquí.

Entonces llega la hora de los juramentos. Se pide silencio en la sala mientras se levantan uno a uno para jurar. Todos, salvo cinco, juran por Dios. De esos cinco, dos juran por Alá y otro por Guru Granth Sahib. Solo dos prometen al modo secular.

El juez hace los comentarios previos en los que indica a los miembros del jurado que deben llegar a una conclusión solo a través de las pruebas que oigan en ese tribunal. Pone especial énfasis en lo perjudicial que es investigar el caso por internet. Les advierte acerca de Facebook, Twitter y todas las redes sociales, y oír esos términos en boca de un hombre con una peluca de pelo de caballo resulta tan cómico que más de uno de ellos sonríe. Luego el juez mira los papeles que tiene ante sí, se inclina hacia delante y dice al secretario judicial cortésmente:

—Parece que no tengo por aquí el orden del día.

El secretario se vuelve, se levanta y señala un trozo de papel a su izquierda.

—Lo tiene justo ahí, milord.

—Ah, muchas gracias.

La abogada de la acusación, la matrona de hospital, ya se ha puesto en pie y se la ve tan grande y lenta como aparenta, pero seria, digna de confianza. Yo confiaría en ella. El juez le hace un gesto con la cabeza, y ella mira al jurado y luego dice educadamente: «Damas y caballeros, represento a la Corona en este caso...».

Su voz es muy queda, con un suave acento escocés. Habla en un tono apagado, sin exagerar la teatralidad ni ofrecer un sermón indignado, más bien como mero reconocimiento pesaroso de lo tristemente necesaria que es su presencia y la de todos nosotros en ese lugar.

—Un sábado por la tarde de octubre del pasado año un hombre se preparaba un té en la cocina. —Toda la sala permanece en silencio—. Vivía solo, llevaba divorciado unos años y no tenía mucho que hacer los fines de semana. Había preparado la tetera y estaba poniendo dos galletas en un platillo cuando sonó el teléfono. Era su padre, viudo, que lo llamaba desde West Midlands.

En ese momento se abre la puerta de la tribuna pública. A ellos no les permiten acceder hasta un poco más tarde. Todos miran hacia arriba cuando el guardia de seguridad admite a la pequeña multitud, que avanza tímidamente. Veo a Susannah de inmediato. Me ofrece una lánguida sonrisa. Dos hombres jóvenes y uno más mayor aparecen tras ella —estudiantes de derecho y su profesor, supongo— y después unas seis personas que deben de ser simples curiosos.

La abogada ha hecho una breve pausa.

—Su padre se llama Raymond —continúa, y todos volvemos a dirigirle la atención.

»Raymond era un predicador metodista laico, la única persona con la que ese hombre tenía contacto y cariño verdadero. El hombre contestó al teléfono y preguntó a su padre por su salud. Su padre estaba, está, en la primera fase de la esclerosis múltiple, parcialmente incapacitado. Al cabo de unos diez minutos el hombre le dijo a su padre que tenía el té todavía en la tetera y este le respondió que debería servírselo antes de que estuviera demasiado fuerte, o para usar sus palabras, “demasiado cocido”...

Cuando llega aquí la abogada de la acusación se detiene, mira sus notas, coge el vaso de agua que tiene ante ella y da un pequeño sorbo. Después vuelve a mirar sus notas antes de continuar, no como si hubiera olvidado algo, sino como si nos recordara a nosotros la seriedad de la historia que está contando. Observaré cómo hace esto a menudo durante el juicio y enseguida lo reconoceré tan bien como el amaneramiento de la toga que cae por el hombro de Robert, un tic físico perfectamente controlado. Vuelve a alzar la vista.

—Ese hombre acabó la conversación diciendo que se tomaría su taza de té y llamaría a su padre cuando terminara. Su padre le respondió que saldría un momento a la tienda del barrio, pero que si no, ya lo llamaría él. El hombre aconsejó a su padre que tuviera cuidado, ya que no mantenía bien el equilibrio. Le preocupaba que su padre se cayera en la acera.

En este momento hace otra pausa, pero solo momentánea. No quiere ponerse melodramática.

—Esa fue la última conversación que tuvo con su padre. De hecho, fue la última conversación que ese hombre tuvo con una persona.

Una pequeña tos.

—Es decir, aparte de la persona que estaba a punto de asesinarlo.

Estaba tan embelesada con el tono de su voz, por su habilidad para contar historias que no me doy cuenta de que ya hemos comenzado hasta que llegamos a este punto. Ya no hay X ni Y, mitologías personales ni misterios: solo pruebas. El juicio de la Corona contra Mark Liam Costley e Yvonne Carmichael ha comenzado.

Cuando la abogada de la acusación comenzó la presentación del caso su voz era grave, apesadumbrada, como si realmente no quisiera estar allí llevando a cabo su triste labor. Pero al resumir los hechos de nuestra causa, su voz se recrudece y adopta una postura más erguida, como si la verdad la hiciera más alta y capaz, como si ni siquiera ella, por más comedida que sea, pudiera evitar la indignación ante la temeridad que supondría declararnos inocentes.

—Damas y caballeros —dice para concluir, mirando directamente al jurado.

»La defensa de este juicio expondrá sus argumentos. Oirán al primer acusado decir que deberían declararlo inocente a causa de su inimputabilidad, que no fue responsable de lo que hizo aquella tarde debido a un... —Aquí hace una pausa mínima, lo justo para dejar clara su incredulidad—. A un trastorno de la personalidad. También oirán decir a la defensa de la segunda acusada que ella es... —De nuevo esa pausa minúscula—. Es completamente inocente, que desconocía totalmente las intenciones del primer acusado cuando lo condujo en su coche a él y su bolsa, en la que había una muda de recambio, hasta la puerta de la casa de un hombre que la había agredido brutalmente. La oirán decir que no tenía ni idea de lo que sucedía mientras ella esperaba en su coche a las puertas de la casa, una eternidad, podría pensarse, para alguien que solo iba a acompañarlo. Les dirán que ella no creyó en ningún momento que algo fuera mal al ver que regresaba tan tarde, habiéndose cambiado de ropa y de calzado, pero olvidando cambiarse los calcetines, esos calcetines a través de los cuales se filtraría la sangre a la alfombrilla del coche. —Esta vez la pausa es larga, para que esas notas de incredulidad se encuentren unas a otras en el éter de la sala del juzgado, se unan como átomos y formen algo más que la suma de sus partes. Baja un poco el tono de voz—. La acusación considera que eso es, damas y caballeros... —Y vuelve a elevarlo de nuevo—. Pura palabrería. La acusación considera que este fue un asesinato perpetrado en connivencia, discutido y acordado por ambas partes, que planearon por anticipado con suma frialdad que uno de ellos cometería la acción y la otra conduciría el coche de la fuga para facilitar la escapada, que ambos tenían pleno conocimiento del comportamiento del otro y por lo tanto son tan culpables el uno como la otra.

Tras esta floritura retórica se detiene y mira hacia su escritorio, donde también ella tiene uno de esos enormes archivadores de plástico blancos con anillas de palanca, los mismos que tenemos aquí en el banquillo de los acusados y también el jurado, junto a otras dos carpetas apaisadas con una encuadernación de plástico a la izquierda. Se trata de las pruebas documentales números uno, dos y tres. La abogada desplaza las carpetas sobre el escritorio y las remueve innecesariamente, según creo, para demostrar que ahora entraremos en materia.

—Prueba documental número uno, damas y caballeros, esto será a lo que me refiera cuando hable del pliego de mapas. Los invito a que lo abran por la primera página.

En la carpeta hay una serie de mapas. El primero de ellos está a escala reducida: muestra la localización del piso de Craddock en South Harrow y después los paraderos de tu casa y la mía, cada una de ellas con una línea recta que llega hasta el margen, donde están nuestras direcciones: tú vives en Twickenham y yo en Uxbridge. Los siguientes mapas están hechos a una escala mayor y muestran el emplazamiento exacto del piso en la calle de Craddock. Algunos de los mapas llevan pequeños dibujos rectangulares adosados, señalados también con una línea recta, que indican las grabaciones de las cámaras de seguridad.

La abogada de la acusación hace un repaso ante el tribunal de cada uno de los mapas, explicando detalladamente el tiempo que se tardaría en llegar andando desde las diferentes localizaciones, cuánto se tardaría conduciendo, la situación exacta de las paradas de metro y autobús, la localización y el nombre de las tiendas cercanas. «Mucho ruido y pocas nueces —me dirá Robert después, desdeñándolo—. La acusación tiene que ofrecer muchos hechos. Los miembros del jurado ven todos la televisión. Esperan hechos, hechos convincentes, así que la acusación les ofrece todos los que puede, aunque no sean en absoluto relevantes.»

Una vez concluido esto, la señora Price baja una o dos notas su tono de voz y dice al jurado:

—Damas y caballeros, los invito ahora a que pasen a la segunda carpeta, prueba documental número dos, a la que me referiré como el pliego de gráficos. —Estamos a punto de saber por qué ha ralentizado un poco su discurso y habla con más discreción, prácticamente con recato—. Tengo que pedirles que resistan la tentación de hojear los gráficos, ya que me gustaría explicárselos uno a uno.

El primer gráfico es un diagrama de un cuerpo en color carne, el torso superior, desnudo y sin vello, como un maniquí de costura. Al abrirlo, me percató con el rabillo del ojo de que tú no lo haces. Miras al frente.

—Ahora debo hacerles un repaso de las lesiones producidas al señor Craddock ese sábado por la tarde, damas y caballeros, heridas que fueron infligidas, como demostraré, solo unos minutos después de esa última llamada a su padre inválido, y a manos del hombre que tienen sentado en el banquillo, con el estímulo y la cooperación de la mujer sentada junto a él.

En el diagrama del cuerpo que tengo ante mí hay una serie de hematomas dibujados, o tal vez modificados con Photoshop, aunque sorprendentemente fieles a la realidad. En la parte superior se ven hematomas extendidos y difusos, de un tono gris. En la frente hay una marca roja amoratada y en el mentón un hematoma azulado. Los labios están partidos, la nariz claramente aplastada y rota. En el cuello hay una

línea roja bien marcada.

Las páginas siguientes enseñan fotografías solo de la cabeza, una de ellas de perfil, que muestra una oreja desgarrada con parte del lóbulo colgando.

La señora Price enumera las lesiones de George Craddock mirando los gráficos y pasando las páginas una a una. Hay una serie de hematomas en el torso provocados por pisotones mientras la víctima estaba tumbada boca abajo. Se ven claramente las suelas de las deportivas. El cráneo está fracturado. La causa de la muerte fue un edema cerebral. Tenía la nariz rota. Tanto los labios como la oreja derecha sufrían heridas severas. Había perdido cuatro dientes frontales.

Tras la enumeración de las lesiones se produce un silencio en la sala. Yo me quedo mirando al frente, exactamente igual que tú. Toda la emoción que hubiera podido generar el comienzo del juicio, el ritual del juramento y el melodrama de la presentación del caso de la acusación queda en suspenso por esto: la horrible muerte de un hombre.

—Me gustaría presentar ahora al primero de los testigos, el doctor Nathan Witherfield.

La ujier sale de la sala.

El doctor Witherfield es más animado de lo que se esperaría de un patólogo del Estado. Es alto, de rasgos afilados, con una voz brillante y un aire entusiasta. Lee el juramento con voz alta y confiada. Prefiere quedarse de pie. Su tarea consiste simplemente en ratificar lo que nos ha contado la abogada, la naturaleza de las lesiones. Como experto, se le permite especular y dar su opinión, al contrario que al resto de los testigos, pero sus opiniones parecen solo una constatación de lo evidente.

—¿Es usted el doctor Nathan Witherfield?

—Sí, soy yo.

—¿Y es usted...?

Tras una serie de preguntas, establece sus credenciales. Hasta entonces no se le invita a mirar el pliego del jurado, el archivador blanco grande de anillas con palanca.

La señora Price se dirige al jurado.

—Quisiera pedirles que lo abran al mismo tiempo que el doctor y que se fijen en la fotografía que hay tras el cuarto separador, en la página doce. Una vez más tengo que urgirlos a que se resistan a pasar las fotografías. Es importante que se las explique en el mismo momento de verlas.

Todos abren las anillas de sus enormes archivadores blancos, la sala se llena de sonidos metálicos, y mientras pasamos las páginas se oye un fuerte murmullo, como si una bandada de pájaros volara en derredor, tal vez gaviotas. Durante unos momentos, ahoga el zumbido del ineficaz aire acondicionado.

La abogada de la acusación nos conmina a concentrarnos en las fotografías. Tu carpeta del jurado, igual que la de los gráficos, continúa cerrada.

—Damas y caballeros, me disculpo por adelantado si a alguno de ustedes les resulta angustiosa esta parte del testimonio. En la mayoría de las fotos el rostro de la víctima ha sido oscurecido para evitar los elementos más alarmantes de las lesiones.

Lo que vemos ahora no son gráficos. Son fotografías a color del cadáver de George Craddock en su piso, tumbado de espaldas, con la mayor parte del cuerpo en el salón, pero la cabeza cerca de la pequeña cocina. Le han oscurecido la cara para otorgar dignidad a su muerte, pero los tejanos y la camiseta se ven claramente: una de las perneras arremangada muestra una pantorrilla blanca, calcetines grises y zapatillas de piel en ambos pies. A su alrededor, el sitio en el que vivía. Tras el cuerpo, la entrada a la cocina: elegantes módulos blancos con tiradores de madera, una nevera con congelador y un quemador de gas. Otras fotografías que veremos después mostrarán un sofá de piel con unos cojines de estampado africano de color naranja y marrón, fotografías de naturaleza salvaje —un leopardo al acecho, un águila planeando—, una toalla blanca grande encima de una silla de comedor moderna, papeles y libros desperdigados sobre una mesa de comedor con tablero de cristal, y un cuenco de cereales junto a una taza de té con su cucharilla olvidados en el otro extremo. Detrás de la mesa del comedor se ve una estantería de obra llena de libros. Es un piso de soltero bastante elegante, un buen intento de mejorar un piso de alquiler de una zona decadente. Funciona hasta cierto punto. Hay montones de personas en Londres que viven mucho peor. Pero hay algo que me inquieta en esta ventana a la vida de Craddock, y al final lo descubro: el cuenco de los cereales. Craddock era un hombre culto y respetable, un profesor universitario con libros en las estanterías, pero ver ese cuenco de cereales en la mesa del comedor a media tarde da una impresión de abandono.

La abogada de la acusación nos invita a contrastar el pliego de gráficos con el del jurado para repasar las heridas de Craddock en detalle. Al llegar a la lesión del cuello dice al patólogo:

—¿Y puede explicarme, doctor Witherfield, qué tipo de fuerza habría sido necesaria para causar una lesión de tal calibre en esta zona del cuello?

—Sí —responde el entusiasta patólogo—. Tendría que tratarse de una lesión por contusión a la que se ha aplicado una fuerza determinada coincidente con la de pisar a la víctima mientras esta estaba en posición decúbito supino, es decir, tumbada boca arriba en el suelo.

—¿Y cómo sabe que la fuerza debió de ser considerable?

—Bueno, por el hematoma, claro está. Además, el aparato fonador está aplastado. Para infligir una lesión de ese nivel yo diría que la persona que aplicaba la fuerza debió de saltar sobre el cuello para pisarlo.

Hay un ruido electrizante, imposible de describir con palabras. Es como un «¡Aaargh!», pero con una voz muy aguda e involuntaria, ahogada por el esfuerzo,

casi como si se tratara de gárgaras. Todas las cabezas se vuelven hacia la esquina más alejada de la sala, junto a la puerta donde está sentado el padre de Craddock en su silla de ruedas. El juez lo mira con enfado. Los que están sentados en la tribuna pública se inclinan sobre ella; oyen el extraño ruido, pero no saben quién lo emite. Los demás nos quedamos mirándolo. La agente de los servicios sociales situada junto al padre de Craddock le ha puesto la mano en el brazo y se inclina sobre él para tranquilizarlo, hablándole con dulzura, muy cerca, pero su grito sigue sonando, durante tanto tiempo que llego a pensar que además de estar atado a esa silla de ruedas tampoco puede hablar. Entonces grita: «¡George! ¡George, mi niño! ¡Georgie!», y yo miro al juez, que frunce el entrecejo, pero el inspector Cleveland ya se ha levantado y se abre paso entre la gente. Junto a los otros policías, rodean al padre de Craddock y se lo llevan de la sala empujando la silla de ruedas, aunque su grito sigue resonando hasta desvanecerse en el pasillo.

Poco después el tribunal hace un descanso para almorzar. El secretario clama: «Todos en pie», nos levantamos y el juez abandona la sala. Los abogados se recuestan en sus asientos y estiran los brazos. Los agentes de policía forman un corro junto a la puerta y hablan en voz baja. La agente de los servicios sociales regresa a la sala sin el padre de Craddock y niega con la cabeza mientras habla con sus compañeros. El funcionario del juzgado sentado junto a mí me toca el hombro y regreso a las celdas de abajo sin dirigirte ni una mirada.

Ya en mi ataúd de cemento con su pintura azul y amarilla, me traen el almuerzo: albóndigas grises sobre un charco de salsa marrón pastosa. Picoteo unos granos de arroz de la guarnición. Doy un bocadito a un triángulo de pan blanco untado con margarina, me entran arcadas y el trozo de pan reaparece de inmediato, como un pedazo de cuero imposible de digerir. Me lo trago, bebo un poco de agua de un vaso de plástico, suelto la bandeja de la comida en el catre y me recuesto contra la pared de cemento con los ojos cerrados, todavía con el grito ahogado del padre de Craddock en la cabeza; la realidad de tus actos conformando una imagen ante mí me parece tan obscena, tan diferente a lo que conozco que apenas puedo comprenderla, por más que mi imaginación distorsione tu apuesto rostro hasta hacer de él una máscara de odio y rabia.

Tras el almuerzo, tu abogada, la joven señorita Bonnard, se levanta para interrogar al patólogo. He aquí una peculiaridad del esquema que no entiendo bien. El contrainterrogatorio de este testigo supone la primera intervención de la defensa, pero al contrario que con la acusación, aquí no hay presentación del caso, eso vendrá después, así que cuando la señorita Bonnard se levanta no conocemos su línea argumental, qué sentido tendrán sus preguntas.

La motivación de esas preguntas permanecerá oculta para mí. Le pide al patólogo

que estime cuánto tiempo tardaría en causar la muerte la lesión contusiva que Craddock recibió. Después saca a relucir algunos aspectos técnicos sobre el edema cerebral y se manifiesta que, aunque el doctor pueda estimarlo, el margen es muy amplio. Establece que resulta imposible precisar cuál de los golpes en la cabeza causó el edema; también tenía una lesión en la nuca posiblemente originada por una caída.

Si lo que intenta demostrar es, tal como creo, que su muerte fue accidental, mi opinión sincera en este momento es que con eso no llegará a ninguna parte. La severidad de las lesiones indica con claridad que fue una agresión intencionada.

El padre de Craddock regresa a la sala, aún en la silla de ruedas, con la agente de asuntos sociales a su lado. Mi abogado, Robert, me cuenta después que el juez se ha quejado a la policía de que cualquier intervención del padre sería perjudicial para el juicio y que si no permanece en silencio lo expulsarán de la sala definitivamente.

A partir de ese momento se mantendrá impasible, pero su presencia seguirá siendo potente. Al final, la señorita Bonnard dice:

—Gracias, doctor Witherfield, si no le importa permanecer ahí un momento. —Se vuelve hacia el juez, inclinando un tanto la cabeza—. No hay más preguntas, milord. —Y se sienta.

Mi abogado, Robert, se levanta.

—No hay preguntas para este testigo, milord. —Vuelve a sentarse.

El juez mira al doctor Witherfield.

—Gracias, doctor, puede usted retirarse. Permítame recordarle que no debe hablar del caso ni de su testimonio con nadie.

El médico asiente diligentemente y baja los escalones.

Algunos miembros del jurado miran a Robert. Le dirigen unas miradas un tanto incrédulas que se repetirán varias veces durante la exposición de la acusación. Sé que se preguntan por qué no interroga al doctor Witherfield. Yo misma me lo estaría preguntando si Robert no me hubiera explicado la estrategia de antemano.

«Nos mantendremos a la espera —me dijo—. Dejamos que la otra defensa lleve la voz cantante, que abran fuego, por así decirlo. Eso reforzará la idea de que el autor del crimen es el señor Costley y no tú. Así que no preguntaremos nada al patólogo ni a ninguno de los testigos de la acusación. Tú no eras más que una inocente transeúnte, así que ¿para qué preguntarles? Haremos que esta idea se afiance en la mente del jurado simplemente evitando el interrogatorio.»

Yo seré el único testigo al que Robert llame durante todo el proceso.

El segundo día del juicio también consiste en análisis forense. No era así como lo había previsto. Imaginaba que la acusación se centraría primero en presentar el móvil y oscurecer nuestras personalidades progresivamente hasta llegar a nuestro horrible acto. Pero no, el segundo día tenemos a un experto en salpicaduras de sangre.

Hoy me veo capaz de implicarme menos. Todavía es el segundo día y ya he dejado de ver a la víctima como persona: Craddock es una prueba documental. No creo que sea solo porque lo odie. Tiene que ver con el proceso de reducción al que se ha visto sometido por su vida y su muerte. Esto es lo que sucede cuando morimos. Nos convertimos en una serie de hechos. Solo vislumbro la realidad de Craddock de vez en cuando, y siempre en los detalles más inesperados. En el pliego de gráficos hay dos esbozos de figuras como de maniqués de costura a tamaño completo, uno junto a otro, en páginas correlativas. Uno de ellos eres tú, vestido con la ropa que descubrieron en la bolsa de plástico que tiraste en la papelería de un parque a unos tres kilómetros de tu casa. Son los pantalones de correr azul marino, los primeros, y la camiseta gris que llevabas cuando te recogí aquel día en el metro. La mayor parte de la sangre estaba en esos pantalones de correr oscuros, imposible de reconocer a simple vista, pero marcada sobre el esbozo con una línea que indica un casillero con una descripción. La camiseta gris tiene igualmente algunas manchas de sangre señaladas en el gráfico, pero también hay una fotografía ampliada de la camiseta que las muestra por separado, señaladas de círculos. Son parduscas, de color salmón, pero perfectamente visibles.

El otro gráfico de un cuerpo completo es el de Craddock. Llevaba una camisa marrón claro y la sangre se ve con más claridad, su propia sangre, la sangre que le manaría de la nariz una vez rota. Cuando se hable de esta ilustración con el experto en salpicaduras se hará notar que falta un botón de la camisa y no hay modo de saber cuándo se soltó, pero hay una pequeña mancha de sangre alrededor del ojal claramente visible que sugeriría que sucedió antes de las agresión. A mí eso me cuadra con el cuenco de cereales abandonado todo el día en la mesa del comedor. Craddock vivía solo, divorciado. Compraba camisas de diseño, pero no se molestaba en coserles los botones, a pesar de no tener mucho que hacer durante las noches, supongo: corregir los trabajos de sus alumnos, ver la televisión y masturbarse con el porno al que accedía regularmente desde su ordenador.

Una vez más, tu abogada, la fría señorita Bonnard, se levanta para interrogar al experto. Esta vez la discusión versa sobre la diferencia entre sangre y sangre diluida. La sangre diluida está mezclada con algún otro fluido, como el agua o la orina. No importa que sea un cubo lleno o una sola gota, está diluida igualmente. Hay cierto debate acerca de si Craddock perdió orina durante la agresión. Presentan al experto

en salpicaduras de sangre la página en la que el informe del patólogo dice que la vejiga estaba vacía, pero no es capaz de confirmar si se vació durante la agresión o si la víctima había orinado justo antes. Una vez más desconozco el argumento de la señorita Bonnard. Por lo que parece, se propone resaltar que no se hicieron análisis de detección de orina en la ropa de Craddock manchada de sangre, y también se discute si una gota de sangre que encontraron en el suelo estaba diluida o no. Está claro que la señorita Bonnard no permitirá que ningún testigo de la acusación se vaya sin ser cuestionado. Todo testimonio de la acusación debe quedar en entredicho de alguna forma.

Y de nuevo, cuando mi abogado, Robert, se levanta es para dirigirse al juez, inclinarse cortésmente y decir: «No hay preguntas para este testigo, milord». Y una vez más, el jurado mira a Robert con incredulidad. En esta ocasión un par de ellos también me miran a mí.

Tras los expertos llega el turno de una serie de testigos a los que yo llamo testigos amateurs, que consumen lo que queda de la segunda jornada y el tercer día al completo. Me da la impresión de que su principal objetivo es que se prolongue el testimonio de la acusación. Solo hay un testigo de los hechos previos a la agresión de Craddock, el empleado de la tienda de comestibles. Craddock había estado allí esa mañana para comprar el *Guardian* y *The Sun*, un litro de leche, un paquete de cigarrillos Marlboro Lights, un paquete de Werther's Original y salami. Pagó con un billete de veinte libras. Le entregó los artículos en una bolsa de plástico a rayas blancas y azules. Guardó el cambio directamente en el bolsillo, y no en la cartera. Hay una grabación de la cámara de seguridad en la que se lo ve ante el mostrador. La veo cuando la proyectan en la sala mediante dos pantallas del tamaño de un televisor, una instalada en la pared y la otra suspendida justo debajo de la tribuna del público. Incluso ahora, incluso después de todo esto, la idea de verlo en movimiento como un ser humano me llena de repulsión y me devuelve fugazmente a lo que hizo: su cara frente a la mía, los estudiantes con las bolsas de basura deambulando por el salón de actos vacío, mi cara pegada al interior del taxi camino de casa, la sonrisa que me dedica a través de la ventana de la peluquería.

Una vez más, el interrogatorio es muy detallado.

—¿Y cómo describiría la forma en la que dijo eso? —pregunta la abogada de la acusación al de la tienda de comestibles en cierto momento.

La frase que se cuestiona es: «Y un paquete de Marlboro Lights».

Lo único que se establece con esto es que aquel día Craddock parecía completamente normal, sin inquietud ni miedos de ningún tipo, y que, por lo que se sabe, nadie lo seguía.

A algunos testigos los despachan con tal rapidez que parece descortés. A una

vecina de Craddock que vio mi coche pasando por la calle le preguntan:

—Cuando dice que el coche iba despacio, ¿quiere decir muy despacio?

La vecina es una mujer mayor blanca que se ha vestido para la ocasión con un elegante traje azul marino. Le tiemblan las manos al leer el juramento, lo justo para que la tarjeta aletee. Mira hacia el banquillo al entrar y al salir, pero durante su testimonio mantiene la vista al frente.

—Bueno, yo diría que muy despacio, sí, como si buscaran algo...

La señorita Bonnard se levanta instantáneamente.

—Milord, este testigo no está aquí para especular acerca de los pensamientos de las personas que había en el interior de ese coche.

El juez asiente con la cabeza.

—Señora Morton, le ruego que se limite a responder específicamente a lo que se le pregunta.

—Oh, sí, señor... —dice la señora Morton con voz trémula.

—Entonces ¿muy despacio? —repite la señora Price.

—Sí, yo diría que muy despacio.

Ni siquiera la señorita Bonnard tiene preguntas para esta testigo y Robert, por supuesto, tampoco.

Cuando el juez le dice a la señora Morton que puede marcharse se la ve decaída, como si hubiera fracasado en una audición.

La mañana del cuarto día de nuestro juicio se va en discusiones legales, un debate sobre la admisibilidad del testimonio referencial y las pruebas de mal carácter, y tiene que ver con los testigos que la acusación quiere llamar en relación contigo, con tu vida anterior. Ahora que avanzamos hacia ti, nos dirigimos inexorablemente a mí y a lo que me hizo Craddock. Todo está a punto de volverse mucho más duro.

No hacen pasar al jurado hasta la tarde, durante la cual habrá otro suceso que devolverá a la sala a la realidad y hará que nos sumerjamos en su torbellino, al igual que otros acontecimientos cada tanto a lo largo del juicio, a menudo cuando yo menos lo espero. Llegado este momento estoy cansada, aunque no tanto como lo estaré después. No duermo bien en la prisión. Nadie lo hace, a menos que les den una pastilla que los deje completamente fritos.

La galería pública se encuentra vacía por una vez. El incidente con tu mujer todavía no ha sucedido, no hay estudiantes ese día, y Susannah no ha podido venir esta tarde. Hay dos personas sentadas a un extremo que parecen parientes lejanos de Craddock, y en el otro lado pegado a la puerta, dos jubilados que han venido casi todos los días.

La mujer que descubrió el cuerpo de Craddock está en el estrado. Era su casera. Se presenta como la señora Asuntha Jayasuriya, la directora general de Petal Property Services. Es propietaria de diecisiete viviendas de alquiler en esa zona. Descubrieron el cuerpo tan pronto por pura casualidad. Podría haber pasado una semana, incluso diez días, antes de que alguien de la universidad denunciara que no había ido al trabajo y la policía fuera a su casa. Tuvimos mala suerte. Craddock iba atrasado en el pago del alquiler. El equipo de la señora Jayasuriya le había escrito varias veces sin recibir respuesta, así que decidió hacerle una visita sorpresa el sábado por la tarde. Normalmente no lo habría hecho, pero Craddock llevaba tiempo arrendando el piso y nunca antes se había retrasado en los pagos, así que quería saber si tenía algún problema, y de todos modos estaba ese día por la zona. Entró en el edificio y subió la escalera hasta el primer piso, esperando sorprenderlo, si bien al final la sorprendida sería ella. Había acudido con su sobrino, si bien le dijo que esperase en el vestíbulo. Nadie contestó cuando llamó a la puerta del piso B, pero al oír la radio sospechó que Craddock estaba dentro y no quería abrirle, de modo que aporreó la puerta con más fuerza y gritó: «¡Señor Craddock, voy a entrar!», y abrió con su propia llave. Una vez en el interior, ni siquiera tuvo tiempo de volver a gritar su nombre. La puerta daba directamente al salón, así que vio el cadáver de inmediato.

La señora Jayasuriya, aparte de una exitosa mujer de negocios, debe de tener también cierto autocontrol, porque no chilló ni dijo a su sobrino que subiera. Se quedó exactamente donde estaba y marcó el número de emergencias en su teléfono móvil. Cuando ponen la grabación de la llamada en la sala, la señora Jayasuriya permanece rígida en el estrado.

«—Servicio de emergencias, ¿qué servicio necesita?

»—La policía, por favor, una ambulancia, pero creo que es demasiado tarde. Creo que ha muerto.

»—¿Quién ha muerto, por favor?

»—Un hombre. El hombre al que le alquilo el piso. Estoy aquí en su piso y él está tirado en el suelo. Hay sangre. Está muerto. La dirección es... »

La señora Jayasuriya da el domicilio completo con el código postal.

«—De acuerdo. Ya están de camino. ¿Su nombre, por favor?

»—Mi nombre es Asuntha Jayasuriya. Es con J, A, Y...»

Deletrea el nombre completo.

«—¿Y cómo sabe que está muerto?

»—Es obvio.»

Después se oye una pequeña conmoción cuando el sobrino entra y se le oye gritar: «¡Tita! ¡Tita!».

La señora Jayasuriya le contesta en una lengua que no reconozco. Suena como si le dijera que se mantenga al margen.

Este no tendría por qué ser un momento impactante, ya que la señora Jayasuriya es comedida y pragmática, pero sigue habiendo algo que silencia la sala, incluso los pequeños movimientos de pies y papeles que caracterizan la mayoría de los testimonios. Es por el efecto espacio temporal. Estamos allí. Al escucharlo, imaginamos la escena y nos hacemos presentes, George Craddock yace en el suelo ante nosotros, con los pies apuntando hacia la puerta y la cabeza justo dentro de la cocina, hay sangre, el grito alarmado del sobrino suena de fondo, y tras eso, el incongruente tono urbano de un presentador de Radio 4 de la BBC.

El viernes no hacen pasar al jurado. Continúan las discusiones acerca del testimonio referencial. Tú y yo estamos allí en el banquillo, como siempre, escuchándolo todo. En cierto momento te inclinas sobre el asiento, colocas los antebrazos sobre el pequeño estante que tienes frente a ti, apoyas la barbilla en ellos y miras al frente. No sabría decir si estas aburrido o inusualmente atento.

Por el momento, no consigo imaginarme cómo estás viviendo todo esto. Imagino que el área de reclusión de categoría A debe de ser bastante parecida a la mía, pero supongo que tu experiencia carcelaria habrá sido muy diferente. Y ya llevas mucho tiempo encerrado. ¿Te has aclimatado? ¿Se han convertido las privaciones en rutina? ¿Tienes miedo? Se te ve muy cambiado, muy diferente del recuerdo que tengo de ti, de las fugaces ocasiones en las que te he disfrutado, y caigo en la cuenta de que aquellos embriagadores primeros días de nuestro romance me parecen sacados de una película. No puedo creer que hayamos hecho el amor en el Parlamento. Apenas puedo creer que hayamos tenido relaciones sexuales. Esa sensación tan acusada, el aturdimiento que me provocaba, la sensación de sumergir la cabeza en un ramo de lirios con un olor tan maravilloso que parecía a punto de desmayarme. ¿Era felicidad? ¿Solo se trataba de eso? ¿O era una especie de adicción a la historia y al drama de nuestros actos? Si se trataba de una película, nosotros éramos las estrellas.

Durante el fin de semana no me visita nadie. Susannah se ofreció, pero como estaba dedicándole tanto tiempo al juicio, le dije que no debía hacerlo. Me inventé la historia de que necesitaba pasar el fin de semana sin pensar en el juicio, pero la verdad es que quería que se diera un descanso.

Para mí no había descanso, ni entonces ni después. Una mujer enorme llamada Letitia choca conmigo en la cola para el desayuno, me golpea con su robusto brazo, pega su cara a la mía y dice: «¿Qué, puta rica, cómo va ese juicio?». Puta rica, así es como me llaman aquí. Todo el mundo tiene un apodo.

Su pregunta no es amistosa ni educada. Aparto la cara, y Letitia, que tiene un cabello fino y cano, una nariz que le han roto varias veces y el brillo de la verdadera

psicosis en la mirada, pone su gordo dedo índice bajo mi bandeja de plástico y la levanta limpiamente del mostrador, tirándomela encima. El té caliente me abrasa a través de la camiseta y las alubias chorrean por mi pantalón. El guardia de la esquina grita con aire cansado: «¡Letitia! ¡Aquí, ahora, por favor!».

Una chica negra muy joven y hermosa que tengo delante coge una servilleta de papel del montón del mostrador, me la da, y dice como si tal cosa: «Esa puta machorra está como una cabra».

Durante nuestra hora de recreo, Letitia se sienta en un rincón de la habitación y me fulmina con la mirada, mientras el televisor colgado en lo más alto de la pared ruge con anuncios y la nueva drogadicta de nuestra ala se pone a darse de cabezazos contra la pared lentamente.

«¡Eh, tú, fantoche! —grita Letitia a la drogadicta—. ¡Vas a provocarte un puto dolor de cabeza!» Y vuelve a asesinarme con la mirada. La ignoro. Me fastidia que tenga permiso de recreo después de lo de esta mañana. Pero su agresión no me asusta. Tras una semana de proceso supone un alivio.

El lunes la acusación comienza contigo, con nosotros.

El primer testigo es una agente de policía. Se trata de la subinspectora Amelia Johns. Es una mujer delgada de cabello rojo y corto, con la piel pálida y un rostro enjuto, prácticamente sin facciones. Recita el juramento y antes de sentarse en la silla abatible se ajusta la chaqueta de policía y se alisa la falda.

La señora Price ya está de pie.

—Gracias, agente —dice—. Usted es subinspectora de la policía metropolitana. ¿Puede constatar cuántos años lleva en el cuerpo de policía?

—Hace diecisiete años que trabajo en el cuerpo —responde la subinspectora Johns, mirando al jurado.

—Y al principio estuvo destinada en el distrito de Waltham Forest, ¿no es cierto?

—Sí, correcto.

—Pero la trasladaron al distrito de Westminster. ¿Es esto cierto?

—Sí, afirmativo, hace siete años. Me destinaron al equipo de seguridad del palacio de Westminster y sus alrededores inmediatos.

—¿Y podría explicar a nuestro jurado cómo funciona ese equipo de seguridad? Se trata de una situación un tanto inusual, ¿verdad?

La subinspectora Johns esboza una tímida sonrisa y dice:

—Sí, bueno, a algunos les sorprende su funcionamiento. La seguridad del Parlamento no está a cargo de la policía metropolitana en realidad, sino de los empleados del palacio. Todos los agentes de policía que trabajan allí están bajo el control del palacio.

—Entonces, si lo entiendo correctamente, los agentes que trabajan allí son más

bien guardias de seguridad privados.

La subinspectora Johns vuelve a sonreír.

—Sí, podría decirse de esa forma.

—¿Podría darnos un ejemplo concreto de su funcionamiento?

—Bueno, los agentes de policía patrullan y hacen informes de los crímenes, pero si se produjera un asesinato, por ejemplo, en la Cámara de los Comunes, en teoría ningún agente tendría derecho a entrar en la sala, a menos que se lo pidiera el sargento de armas o uno de sus portavoces.

La señora Price finge sorprenderse.

—Entonces, digamos que un parlamentario enloquece y se dedica a estrangular a otro... —Se vuelve hacia el jurado con una mirada irónica—. Algo que esperamos que no suceda nunca, claro, pero digamos que sucede. En teoría, los agentes de servicio no podrían intervenir a no ser que se lo pidiera el personal del palacio.

—Correcto.

—Y los trabajadores del palacio, ¿qué tipo de personas son?

Se lo piensa.

—Bueno, muchos de ellos han pertenecido al ejército, en realidad hay bastante variedad.

—¿Algún antiguo agente de policía?

—Sí, varios.

La señora Price hace una pausa.

—Y el hombre que tenemos aquí en el banquillo, el señor Costley, era uno de esos miembros del personal del palacio, ¿verdad?

Algo extraño sucede a la cara de la subinspectora Johns. Se cierra. Esa tímida sonrisa que esbozaba, lo que cualquiera habría pensado que era su comportamiento natural, desaparece. Su semblante está más compuesto que antes, y tengo la sensación, antes incluso de que hable, de que sus respuestas serán más cautelosas.

—Sí, era miembro del cuerpo de seguridad de palacio.

—Había trabajado en el cuerpo de policía durante once años, subinspectora, como usted misma; después salió de la policía metropolitana y empezó a trabajar en el palacio.

—No sé exactamente cuánto tiempo trabajó Mark en la policía.

—Sí, por supuesto, pero ¿podría explicarnos cuál era su función en el palacio?

—Era consejero de seguridad.

—¿En calidad de qué trabajaba?

Observo a la subinspectora Johns con mucha atención, su rostro pulcro y precavido, y tengo la certeza de que hubo algo entre vosotros cuando trabajabais en el Parlamento. No nos ha mirado una sola vez a ninguno de los dos.

—El señor Costley trabajaba como consejero del palacio. Me refiero a que

aconsejaba al agente de policía encargado de planear los eventos. —Hace una pausa, como si le costara recordar esa información práctica por alguna razón—. Su trabajo era, bueno, asegurar el cumplimiento... Las regulaciones sobre seguridad e higiene en los eventos, revisar el cumplimiento de las tareas, supervisar los turnos del equipo de monitorización del circuito cerrado de televisión... y demás.

Me pregunto cuánto sabe realmente de lo que haces.

—De modo que era una suerte de burócrata, entonces. ¿O alguien importante?

Una breve pausa.

—Bueno, todos esos puestos son importantes para el funcionamiento adecuado del palacio. Detrás de todo lo que el público ve hay una cantidad ingente de burocracia.

—Lo que quiero decir es, si algo iba mal, digamos un incidente, ¿sería el hombre que corre por el pasillo o el que rellena el formulario después?

—Sería el hombre que rellena el formulario.

La señora Price guarda silencio. Se cruza de brazos y mira a la mesa durante lo que a mí me parece un espacio de tiempo excesivo. Advierto mirando de soslayo que durante este largo período de tiempo te has inclinado hacia delante y has bajado un poco la cabeza.

Al final la señora Price acaba por alzar la vista.

—Subinspectora, ahora me gustaría que contara al jurado lo que sucedió entre usted y el señor Costley justo antes de que pidiera el traslado a su actual puesto en la unidad de drogas y armas de fuego de Barking & Dagenham. —Mira a la subinspectora y la conmina a hacerlo cordialmente—. Por favor, si no le importa.

—Sí, por supuesto —dice la subinspectora Johns—. Emití una queja al palacio por el comportamiento inadecuado de un grupo de hombres, en particular del señor Costley, una queja al jefe de personal del palacio.

—¿Podría explicarnos, por favor, en qué consistía esa queja?

—Comportamiento inapropiado, es decir, en varias ocasiones. Había estado en la oficina de monitorización, que es el conjunto de estancias en el que monitorizamos todas las cámaras de seguridad del palacio, dividido en varias áreas. Miraban las cámaras y ponían notas a las mujeres según su atractivo sexual.

La señora Price me da la espalda, pero puedo imaginar su expresión de sorpresa fingida. Después dice, con cierta cautela:

—Claro está que por más inadmisibles que sea ese comportamiento, algunos podrían decir que sucede en muchos entornos en los que predominan los hombres, por ejemplo, los guardias de seguridad de los centros comerciales.

—El comportamiento del señor Costley fue un poco más allá.

—¿Ah, sí? ¿Le importaría explicárnoslo?

—Una trabajadora del palacio, una chica joven, se quejó ante mí de que miraba

las cámaras de seguridad que monitorizaban la entrada de visitantes de Portcullis House y si veía a alguna mujer atractiva bajaba a la entrada y la seguía.

Al oír esto varios miembros del jurado te miran. Yo procuro mirar al frente.

—¿Y le contó esa trabajadora del palacio qué hacía después de eso?

La señorita Bonnard ya está de pie, pero antes de que pueda decir nada el juez suspira con hastío y levanta la mano de la mesa, diciendo:

—Señorita Bonnard, anticipándome a su objeción, creo que hemos pasado toda la semana ya con este mismo debate.

—Milord, creo que la pregunta que acaban de hacer a esta testigo va más allá de...

—Como confío en que la señora Price nos explicará lo necesaria que es esta pregunta, la permitiré. La defensa tendrá su turno después para interrogar a la testigo.

—Milord.

La señorita Bonnard hace una leve inclinación de cabeza como conclusión y se sienta.

La señora Price se inclina ante el juez y vuelve a dirigirse a la subinspectora Johns.

—Como decíamos, subinspectora Johns, ¿podría explicarnos, por favor, lo que sucedía después de que el señor Costley viera en las cámaras a una visitante femenina que le parecía atractiva y la siguiera?

—Volvía al centro de monitorización de las cámaras de seguridad y decía que la había seguido, comentaba su figura, lo que estaba haciendo y demás.

—¿Y observó usted misma cómo lo decía?

—No, me lo comentaron, pero una vez lo vi entrar en la lista de visitantes y contrastarla con los expedientes de autorización.

—Pero esto sería una actividad normal en su trabajo, ¿no?

—Había buscado a la mujer en cuestión en las imágenes de Google. En la pantalla de su ordenador había unas veinte o treinta fotografías pequeñas de ella. Cuando entré en la sala cerró la ventana, pero su escritorio estaba justo al otro lado de la puerta, así que lo vi perfectamente. Cuando salió vi el registro con el nombre de la mujer sobre su escritorio.

Pienso en las fotografías que aparecen de mí en Google. Cuando eres académica acabas teniendo unas cuantas, la mayoría de ellas poco favorecedoras. A veces los estudiantes te hacen fotografías en las conferencias, las publican, las envían por Twitter, y también algún que otro vídeo. La privacidad desaparece en el mismo momento en que tienes que presentarte ante otros. Aunque solo se trate de dos personas, todo el mundo verá que no te peinaste bien aquel día antes de que te enteres.

—¿Y cuándo sucedió ese incidente?

—Unos tres meses antes de que arrestaran al señor Costley por esta agresión que se juzga.

Me quedo mirando fijamente a la subinspectora Johns.

—Y sin intención de identificarla, ¿podría decirnos algo acerca de la mujer en cuestión?

—Era una funcionaria de inmigración que había venido a hablar sobre la selección del personal.

Estas palabras generan en mí cierta sensación de tristeza. Por supuesto. No era a mí a quien estabas buscando en las imágenes de Google aquel día del que habla la subinspectora Johns. Se trataba de mi sustituta virtual. En esos momentos yo estaba destrozada. Tú hacías lo que podías para apoyarme, pero ya mirabas hacia otra parte.

El interrogatorio a la subinspectora Johns continúa, pero el cuadro ya está esbozado.

Ha quedado establecido que eres un depredador, alguien cuyo comportamiento es preocupantemente deshonesto.

Cuando la señorita Bonnard se levanta para interrogar a la testigo lo hace con mucha calma y los ojos entrecerrados. ¿Son imaginaciones mías o un escalofrío de anticipación recorre la sala, como si fuera el momento de dar de comer a las fieras del zoo?

—Subinspectora Johns... —comienza la señorita Bonnard suavemente—. Gracias por venir hoy aquí, por tomarse este tiempo fuera de sus obligaciones. —La subinspectora Johns parece un tanto desconcertada. ¿Era eso una pregunta, o no?—. No la retendré mucho tiempo, se lo prometo... —La señorita Bonnard le sonrío—. Tal vez pueda explicarme algo. Entiendo que la joven que se quejó a usted, es decir, que dijo que el señor Costley observaba a las visitantes por las cámaras de seguridad, entiendo que la razón por la cual no está declarando ella misma en este juzgado es que está de viaje. En Vietnam, ¿no?

—En Tailandia, creo.

—Ah —dice la señorita Bonnard, fingiendo sorpresa—. Tailandia, pues me han informado mal. ¿Está usted en contacto con ella?

—No, no... no éramos amigas, lo que pasa es que, simplemente, he oído que se marchaba a Tailandia. Antes, quiero decir, antes del juicio.

—Bueno, estoy segura de que nos arreglaremos igual de bien con usted. ¿Por qué acudió esa joven a usted cuando le inquietó el comportamiento del señor Costley? Es decir, ¿por qué no fue ella misma a denunciarlo directamente al jefe de personal?

—Era nueva en el trabajo, y además le intimidaban un poco los hombres que había en la oficina. Fue a verme a mí porque...

—Esa no es la verdadera razón, ¿verdad, subinspectora Johns?

La señorita Bonnard mira al suelo cuando suelta esta frase incendiaria, y a pesar de que después tendré razones para odiar a esta joven, no puedo evitar admirar su estilo, la forma en que lanza esa acusación de manera tan casual, como si estuviera tan segura de sus razones que ni siquiera necesitara poner a la subinspectora Johns en su sitio.

La subinspectora Johns solo duda durante una fracción de segundo, pero es evidente.

—No, yo, sí lo es, creo que sí.

—La razón por la que dirigió la queja directamente a usted es que ella sabía que usted había tenido una relación fugaz con el señor Costley, que había terminado agriándose, y estaría dispuesta a oír hablar mal de él, ¿no es cierto?

—Eso es completamente falso.

La subinspectora Johns mira al jurado con rabia.

—¿Qué parte? ¿La de que mantuvieron una relación o la de que había terminado mal?

—La de la relación. No fuimos pareja, no es así como yo lo describiría. Me hizo proposiciones.

—Salió de copas con él después del trabajo, creo que tres veces..., ¿o fueron cuatro?

—Fueron pocas veces, una o dos.

—¿Una o dos?

—Tal vez dos.

—¿Ah, sí? Según mi información fueron tres veces. ¿Quiere que le diga las fechas? La última de estas ocasiones, en abril del pasado año, usted y él tuvieron contacto íntimo en un local muy conocido de Westminster, un pub llamado The Bull & Keg.

La pálida cara de la subinspectora Johns se contrae.

—Primero, la primera vez estábamos con un grupo de personas. Así que yo diría dos veces. Segundo, ese contacto al que se refiere usted lo inició él y le dije que parase.

—¿Inmediatamente?

—¿Disculpe?

—¿Inmediatamente? ¿Dijo usted al señor Costley que parase inmediatamente?

—No, inmediatamente no.

La voz de la señorita Bonnard se torna más suave.

—Al cabo de una hora, subinspectora Johns, usted y el señor Costley salieron del pub juntos y caminaron hasta la estación de metro, donde se despidieron amistosamente con un fugaz abrazo.

La subinspectora Johns suspira.

—Me... me hizo sentir incómoda. Habíamos tomado unas copas y a la tercera me puso la mano en la rodilla por debajo de la mesa durante un rato.

—Pero no se quedó ahí, ¿verdad?

—No...

—Subinspectora Johns... —La señorita Bonnard adopta cierto aire hastiado—. No tengo ningunas ganas de avergonzarla delante del tribunal, así que le sugiero que me permita que se lo explique yo al jurado. En aquella ocasión, usted y el señor Costley llevaban bebiendo juntos desde las seis de la tarde. Le puso la mano en la rodilla por debajo de la mesa, lo hacían a escondidas porque había un grupo de compañeros en el local, y en cierto momento subió la mano por debajo de su falda, pasó por encima de sus medias hasta llegar a las bragas, donde procedió a... creo que el coloquialismo apropiado sería: meterle el dedo. No impidió que él lo hiciera ni puso objeción de ningún tipo. En otras palabras, usted y él tuvieron contacto sexual íntimo, ¿o no? Algo que a los ojos de muchas personas supondría una relación.

Y llegados a este punto sucede algo. La subinspectora Johns se transforma ante nuestros ojos. Deja de ser una profesional, una agente de policía que testifica ante el tribunal, y se convierte en una persona sobre cuya vida sexual especulamos todos, vista bajo el prisma de nuestras ideas personales respecto al tema. Estoy bastante segura de que los hombres de la sala, los compañeros de la policía sentados al fondo, los miembros varones del jurado y tal vez incluso el juez están imaginándosela con falda y las piernas abiertas. Están imaginando qué tipo de bragas llevaba en ese momento. Yo, por supuesto, contrasto las fechas en mi cabeza y siento náuseas al darme cuenta de que estabas metiéndole el dedo a la subinspectora Johns dos o tres semanas después de conocerme. Al menos, dos de las mujeres del jurado parecen impactadas. Jamás permitirían que un hombre les hiciera eso, así que la subinspectora Johns debe de ser muy diferente a ellas. Otra mujer, una señora mayor, entrecierra los ojos con simpatía. Estoy segura de que aquello con lo que simpatiza es la humillación pública de la subinspectora Johns. De cualquier manera, cada uno de nosotros, según nuestros propios prejuicios, reduce a esa mujer a un mero símbolo de lo que provoca ese tipo de cosas en nosotros. Ahora se la define por ese acto, o por el hecho de no saber impedirlo.

—Después le dije que no me gustó, al día siguiente en el trabajo.

—Se lo dijo después, ¿no en el momento?

—Sí, así es. —La subinspectora Johns respira lentamente y con cuidado, y parece haber recobrado la compostura—. Al día siguiente en el trabajo le dije que no me interesaba. Después de eso se volvió antipático y hostil. Me dejó claro que estaba haciéndome el vacío. En las reuniones se dirigía a todos menos a mí. Traía té para todo el personal excepto para mí.

—Así que cuando su joven compañera acudió a usted para quejarse del señor

Costley, le alegró poder llevar la queja al departamento de personal.

—Sí —contesta la subinspectora Johns con firmeza.

La señorita Bonnard hace una pausa para que la firmeza de su respuesta flote en el aire antes de decir tranquilamente:

—No hay más preguntas para la testigo, milord.

El juez mira a la señora Price y esta se pone en pie. Su voz es cariñosa, maternal.

—Subinspectora Johns, no la retendré mucho más. ¿Puedo preguntarle simplemente si después de que el señor Costley empezara a hacerle el vacío por negarse a sus proposiciones, lo reprendió o sacó el tema con él en alguna ocasión?

—Intenté hablar con él. Una vez que nos quedamos solos en el despacho traté de decirle que lo olvidáramos.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Me contestó que estaba paranoica.

La señora Price no dice nada en este momento, simplemente espera un segundo, supongo que para permitir que pensemos en lo injusta que es esa acusación.

—Gracias, subinspectora Johns.

El juez se inclina hacia delante y comunica a Johns que su sufrimiento ha acabado.

Mientras miramos cómo abandona la sala, la información que tenemos de ella permanece en el aire como un perfume. Yo la veo marcharse y reparo en que se ve pequeña, impecable y joven.

La señora Price se ha quedado de pie, alza la vista hacia la tribuna del público, tose y dice:

—Milord, nuestro siguiente testigo es el testigo G.

—Sí, gracias, ya me han informado —dice el juez—. Sugiero que hagamos un descanso para almorzar.

No eres más que un hombre, Mark Costley. ¿Qué cabía esperar? ¿Realmente creí que me habías elegido porque yo era especial? Estoy tan cansada y triste porque sedujeras a la subinspectora Johns que no me doy cuenta —claro que no— de que esa pequeña traición no es nada comparada con la que ella ha sufrido. No me percaté de que en algún momento has tenido que hablar de ella detalladamente con la joven y fría abogada de lacios cabellos de color caoba.

Cuando volvemos al banquillo de los acusados después del almuerzo la parte frontal de la sala, la que conduce al estrado desde la entrada, está cubierta con un pesado telón de terciopelo. En el techo hay una barra larga y fina para colgarlo. Ahora el testigo G puede entrar en la sala, dar su testimonio y marcharse sin que lo veamos ninguno de los que estamos en el banquillo o en la tribuna pública, aunque el jurado sí podrá verlo. Yo, obviamente, intento adivinar qué aspecto tiene mediante el timbre de su voz. Lo imagino parecido al miembro del jurado mayor, ese hombre blanco que adoptaba un porte militar, pero tal vez en una versión más dura y curtida. Imagino que ronda también el metro ochenta y que tiene un cabello cano impoluto. Lo visualizo de pie ante el espejo con uno de esos peines de púas muy finas como el que solía usar mi padre, y que ahora ya no se ven. Aunque también pienso que puedo estar completamente equivocada. El testigo G podría ser bajito, pelirrojo y despreciable; es una de esas cosas de las que jamás estaré segura.

El testigo recita el juramento en voz alta y clara, y declina la oferta de sentarse cuando el juez lo invita a hacerlo. La señora Price casi le hace una reverencia antes comenzar el interrogatorio directo.

—Testigo G, gracias por presentarse ante este tribunal. A modo de explicación a la sala para estas medidas especiales, ¿podría explicarnos en qué consiste su trabajo?

Por la dirección de la que proviene su voz imagino que el testigo G está de cara al jurado.

—Soy operativo jefe de instrucción.

—¿Trabaja usted para el MI5, nuestros servicios secretos?

—Sí, correcto.

El jurado al completo mira en dirección al estrado, atento e impresionado.

—¿Y puede explicarnos lo que es, o hace, un operativo jefe de instrucción?

—Sí, por supuesto. Mi trabajo consiste en supervisar las muy rigurosas pruebas a las que sometemos a todos nuestros potenciales operativos, tanto física como psicológicamente.

—¿Puede explicarnos por qué es tan importante el elemento psicológico de las pruebas?

La señora Price se mueve aquí como pez en el agua.

—Sí, sin duda. —El testigo se aclara la garganta para impartir sus conocimientos con la mayor eficiencia—. Una de las cualidades más importantes en un operativo de seguridad es su habilidad para ocultar su verdadera profesión a amigos y a familiares. Algunos dicen que son funcionarios, otros que trabajan para compañías de importación y exportación, unos que son académicos, que tienen un trabajo en la Unión Europea... Es necesario que nuestros operativos tengan la habilidad de llevar a

cabo este ardid durante largos períodos de tiempo; de otra forma se pondrían en peligro a sí mismos, a sus familias y al servicio.

—A veces debe de causarles ciertas dificultades no poder contar lo que hacen ni siquiera a sus parejas, ¿no?

—Sí, correcto.

Como no puedo ver al testigo G, observo al jurado. Quiero ver qué cara ponen cuando se les revele la verdadera naturaleza de tu ocupación. Me pregunto si la señorita Bonnard incidirá en que estabas traumatizado por tu trabajo, si será esa la base de la petición de inimputabilidad.

Al jurado le pica la curiosidad. Por fin llega aquello que esperaban cuando los seleccionaron como miembros del jurado: una buena historia.

—Entonces ¿qué hacen para averiguar si un individuo en concreto está capacitado para llevar una vida a base de subterfugios?

El testigo G hace una breve pausa, imagino que esboza una fugaz sonrisa irónica.

—Bueno, obviamente, nuestros métodos exactos son confidenciales...

A pesar de que se trata de su testigo, la voz de la señora Price se tiñe de impaciencia. Supongo que no le hace gracia que la traten con condescendencia.

—Sí, sí, lo comprendo, pero ¿podría dar alguna idea al tribunal?

—Sometemos al candidato potencial a un proceso exhaustivo que dura varios meses. Hay cuestionarios psicológicos y entrevistas. Después lo ponemos a trabajar en una empresa en la que tienen que mantener un nombre, una historia personal y una identidad falsos durante un período de tiempo prolongado. Algunos de los trabajadores de la empresa forman parte de nuestro personal de instrucción, pero el operativo potencial no sabe quiénes son. El trabajo de esas personas es comprobar la capacidad del operativo para mantener su identidad encubierta.

—Suenas como si... —dice la señora Price lentamente, eligiendo las palabras a conciencia— como si este método fuera una invitación a volverse paranoico. Debe de ser muy difícil conocer la verdad sobre uno mismo al final de todo. ¿No supone esto una puerta abierta a los mitómanos?

Ahora sé que un buen abogado jamás hace una pregunta sin estar seguro de la respuesta que dará el testigo.

—En absoluto —dice el testigo G con firmeza—. Todo lo contrario. Un mitómano que fuera incapaz de diferenciar la verdad de la ficción sería un peligro para sí mismo y para el servicio. Una de mis responsabilidades más importantes es erradicar a los mitómanos. No serían de fiar en una situación de estrés.

Los miembros del jurado están todos arrobados con el testigo G. Yo me muestro algo más escéptica. ¿Cómo diferencias a un auténtico mitómano de alguien que simplemente sabe mentir muy bien? ¿Existe algún procedimiento psicológico capaz de «erradicar» a un verdadero mitómano? Seguramente las fronteras entre uno y otro

son muy difusas, y si no lo son cuando el individuo entra en el servicio, seguro que sí una vez que este lleva varios años en él.

—Gracias, eso ha sido muy revelador —dice la señora Price—. Me gustaría que dirigiésemos nuestra atención ahora al asunto que trata este tribunal, en particular, a su relación con Mark Costley. Retrocederemos unos cuantos años en el pasado, así que tal vez quiera mirar sus notas.

Hace una pausa. El testigo G debe de haber traído consigo una libreta o carpeta.

—Justo después de empezar a trabajar en el palacio, el señor Costley solicitó entrar a formar parte de los servicios secretos, ¿no es así?

—Correcto.

Miro al jurado de nuevo y siento una satisfacción pueril: Sé algo de lo que vosotros estáis a punto de enteraros.

—¿Me equivoco al decir que usted era el encargado de revisar su solicitud para entrar en el servicio tras la primera ronda de pruebas psicológicas, el cuestionario, la entrevista y demás?

—No, tiene usted razón.

—¿Y puede decirme a qué conclusión llegó?

—Sí, se decidió que el señor Costley no era un candidato idóneo para proceder al segundo estadio de la instrucción.

Lo que siento en ese momento no es tanto sorpresa como desconcierto. Mi primera reacción es preguntarme si no será algún tipo de ardid sofisticado. No puedo evitar mirarte de soslayo. Estás mirando al frente con el rostro impasible. ¿Y todas esas cosas que insinuabas? ¿Los teléfonos diferentes? ¿El refugio seguro? Cuando pasa este desconcierto momentáneo siento frío, simplemente frío. No eres un espía. Los espías no te admitieron. ¿Por qué me mentiste? O mentirme exactamente no, pero ¿por que me dejaste creer que eras mucho más enigmático de lo que realmente eres? ¿No pensabas que tener sexo en la capilla de la cripta mientras se celebraba una sesión en el Parlamento ya era suficientemente excitante? Me habría emocionado y trastocado igualmente si hubieras trabajado en el servicio de restaurante. No tenía nada que ver con tu trabajo. ¿Por qué sentiste la necesidad de seducirme con una mentira? Pero no me mentiste, claro está, directamente no. Tan solo mantuviste el misterio lo suficiente para que yo inventara mi propia historia.

—¿Y cuál fue el motivo? —pregunta la señora Price al testigo G.

—Quedó patente durante las pruebas que el señor Costley tenía dificultades para diferenciar los límites entre la realidad y la ficción. En resumen, que cuando se le invitaba a llevar una vida encubierta él mismo llegaba a creérselo. Es justamente lo que decía antes sobre los mitómanos, la diferencia entre alguien capaz de sostener una mentira durante un período de tiempo prolongado y quien se convence efectivamente de que es verdad.

—Eso que describe suena cercano a un trastorno de la personalidad, ¿no?

—Yo no diría eso —responde el testigo G—. Yo diría que...

La señorita Bonnard se levanta inmediatamente.

—Milord, este testigo no es un experto en psicología. No está cualificado para responder a la pregunta.

El juez se limita a mirar por encima de sus gafas a la señora Price, que se disculpa al instante.

—Le pido disculpas. Reformularé la frase. Testigo G, ¿sería justo decir que el señor Costley mostró durante su evaluación un comportamiento que sugería dificultad para distinguir la frontera entre la realidad y la ficción?

—Sí, correcto.

—¿Y fue esa preocupación por su incapacidad para distinguir la realidad de la ficción suficiente para rechazarlo como candidato adecuado, a pesar de que ya hubiera pasado las pruebas físicas y a usted le pareciera que tenía muchísimas ganas de acceder al servicio?

—Sí, afirmativo. No aceptamos a ningún candidato a la ligera, pero tampoco los descartamos a la ligera. No cabían dudas del entusiasmo del señor Costley y estoy seguro de que realizaba un trabajo muy competente en su puesto en la seguridad del Parlamento, pero en mi opinión no era un candidato apropiado para nosotros.

Hasta este momento, la señora Price parecía apoyar la idea de que eres mentalmente inestable, pero es obvio que solo quería que calara hondo para luego destruirla.

—Pero... ¿me equivoco al entender que, a pesar de no ser apto para los servicios secretos, no le preocupaba su estabilidad mental hasta el punto de comunicárselo a su jefe en el Parlamento?

—No lo consideraba activamente inestable, no.

—¿Podemos dejar esto claro a todos los efectos? El señor Costley, al fin y al cabo, era parcialmente responsable de asegurar que el proceso democrático de este país funcionara con normalidad. Tras su evaluación, ¿no le quedó ninguna duda de que fuera apto para continuar en su puesto?

—No, como ya he dicho antes, absolutamente no.

La señora Price decide trabajar más este punto.

—Así que, a pesar de que pensara que tenía dificultades para distinguir la realidad de la ficción, no le inquietaba tanto su salud mental para impedirle continuar con unas funciones burocráticas, aunque no por ello menos delicadas, que implican la seguridad de nuestros parlamentarios, en un edificio que debe estar siempre en alerta máxima de seguridad.

El testigo G deja que resuene su voz.

—Sí, correcto.

La señorita Bonnard prácticamente se retuerce cuando se levanta para hacer el interrogatorio de la contraparte. Tras su intervención durante el interrogatorio directo, la línea que seguirá resulta obvia. Hace esperar al testigo G durante un brevísimo momento, mientras se recoloca la peluca y oculta un mechón de pelo bajo ella. Esta parte se está observando al milímetro. No puede mostrar una cortesía obvia ni tampoco ser irrespetuosa, pero quiere dejar claro que, al contrario que a otros del tribunal, a ella no le impresiona demasiado. Cuando vuelve la cabeza veo que le dirige una cálida y lenta sonrisa.

Empieza por regresar al punto en que el testigo G descarta tu solicitud. Una vez hecho esto, añade:

—... Y la razón era, ya lo ha dicho antes, única y exclusivamente que le preocupaba su estado psicológico.

El testigo confirma este punto de inmediato.

—Ese era el único motivo, sí.

La señorita Bonnard le hace volver sobre lo mismo una y otra vez, incitándolo en todo momento a que detalle más sus preocupaciones acerca de tu estado mental. No hace más que repetir lo mismo, pero creo que tu abogada espera que cuanto más repita sus inquietudes el testigo G, más profundo calará en la mente del jurado. Al final se sienta, Robert rechaza hacer preguntas en mi nombre y el juez mira a la señora Price. A nadie le sorprende que vuelva a levantarse.

—Testigo G —comienza con lentitud, razonable—, ya sabemos que no tengo permiso para usar su nombre por motivos obvios... y aprecio que haya un límite a la información personal que puede revelar al tribunal, pero ¿podría informarnos un poco sobre su carrera?

—Sin duda —responde él—. Puedo decirles que pasé un período de tiempo en las fuerzas armadas, en operaciones que requerían viajar al extranjero, y después me establecí en nuestro territorio. Ahora estoy llegando al final del servicio. Llevo un período de ocho años en mi puesto actual al mando de la instrucción y la evaluación.

—Usted no es psiquiatra, ¿cierto?

—No, aunque obviamente he recibido una extensa instrucción en...

—Pero usted no es especialista en psiquiatría en el sentido médico, no tiene un doctorado relacionado con ello.

—No, eso es cierto.

—¿Es usted miembro del Instituto Británico de Psicología o alguna otra organización acreditada?

—No, no lo soy.

—A lo que me refiero es, y espero que me perdone, pues lo digo sin ánimo de crítica, a que la única instrucción psicológica que usted ha recibido es la relativa a si

un hombre es capaz o no de mentir a su familia o a sus compañeros de trabajo, a si es capaz de sostener la farsa. En resumen, que usted no se consideraría a sí mismo, ni está, cualificado para pronunciarse sobre si el señor Costley tiene algún tipo de trastorno de la personalidad de los que reconocen las guías de diagnóstico legales a disposición de este tribunal.

Hay un breve silencio en el estrado.

—Es cierto que no tengo ninguno de los títulos que usted ha mencionado.

—Gracias. —La señora Price mira al juez—. No hay más preguntas, milord.

El juez se dirige al testigo G:

—Gracias, puede usted marcharse. Tengo la obligación de advertirle igual que a cualquier otro testigo de que no hable del caso con nadie.

Escuchamos en silencio cómo el testigo G baja los escalones de madera del estrado, un caminar que me suena pesado, sí, un metro ochenta más o menos, como pensé. Imagino que sale a los pasillos del Old Bailey, baja la ancha escalera de piedra con naturalidad, sale a la calle, y la gente que lo ve pasar piensa que es simplemente un policía, un abogado o un hombre de negocios, si es que piensan en él de alguna forma. ¿En qué te convierte esa clase de trabajo, si no es en un mitómano? ¿En un robot? ¿No dice algo a tu favor que no te aceptaran, Mark Costley? Nunca me mentiste, directamente no. Dejar que la gente piense que somos más interesantes está en nuestra naturaleza. Yo te dejé creer que era una de las genetistas más importantes del país cuando en realidad no soy más que una científica de éxito relativo que vive de las investigaciones del pasado y sirve aquí y allá como analista o examinadora. Hace años que no estoy en la cresta de la ola.

Esa noche, por primera vez desde que comienza el juicio, sueño con ello. No sueño con esa árida sala de justicia ni contigo, tampoco tengo ninguna pesadilla visual del asesinato de Craddock, nada de imágenes de cadáveres ensangrentados persiguiéndome con los brazos tendidos. Sueño con un sitio del Old Bailey en el que nunca he estado.

Ese mismo día habíamos empezado tarde porque el tren de uno de los miembros del jurado se había retrasado. Nos lo comunicaron justo cuando nos habían trasladado arriba, así que los funcionarios del tribunal dieron media vuelta para devolverme a la celda y, justo al bajar la escalera, el viejo negro del cabello canoso que está tras el mostrador gritó:

—¡Preguntadle si quiere beber algo caliente!

—¡Me encantaría tomar un té! —grité yo en respuesta, a pesar de que en realidad no me apetecía.

Esperar a que lo preparasen haría pasar el tiempo y mientras me lo bebía transcurriría algo más.

«Que se siente en la zona de cocina», dijo el viejo a los funcionarios del tribunal, y para mi sorpresa y alegría, no me hicieron regresar a la celda, sino que me hicieron sentar a la entrada de una pequeña habitación de servicio en la que calientan nuestra comida en un microondas. Uno de los funcionarios del tribunal se marchó, pero el otro se quedó apoyado en una mesa al otro lado de la entrada para vigilarme. Estaba claro que oficialmente no podía sentarme allí, pero habían decidido que yo no era de las que correría como una loca a la cocina en busca de un cuchillo, aunque, en cualquier caso, toda la cubertería era de plástico. El simpático caribeño pasó a la cocina y regresó con dos tazas de té en vasos de plástico. Di un sorbo a la mía en cuanto me la puso delante. Sentí un calor agradable. El viejo se sentó en la silla al lado de la mía y me dio la sensación de que si hubiera sido apropiado habría dicho algo como: «¿Qué hace una señora como usted en un sitio como este?». Pero dijo: «Usted es una mujer con una educación». En realidad dijo «*heducación*», «una mujer con *heducación*». Eso mismo hacían mis abuelos de Fenland, los padres de mi madre, con los que perdí todo contacto tras su muerte; pronunciaban todas las palabras que empezaban por vocal con un sonido aspirado. «¿Ha hecho la visita alguna vez?»

No estaba segura de a qué se refería, pero luego me percaté de que hablaba del Old Bailey, de la parte histórica, no la zona moderna en la que estamos, sino las viejas salas de justicia que aparecen en todos los culebrones televisivos. Negué con la cabeza.

Él también sacudió la cabeza en respuesta, como si le entristeciera que no la hubiera hecho. «Ya sabe, realizan visitas guiadas de la zona antigua. Debería venir en alguna ocasión, mucha gente lo hace.»

Incliné la cabeza mientras daba un sorbo al té para ocultar la sonrisa que me provocó que pensara que cuando acabase el juicio tendría ganas de regresar allí a pasar el día, por placer. El hombre volvió a negar con la cabeza.

«Muy *hinteresante*, se lo aseguro, hay mucha historia en este sitio.»

Después sorbió su té ruidosamente para tamizarlo en el aire y que se enfriara un poco. «Esas viejas salas de justicia de allí son tan pequeñas que es comprensible que necesitaran las nuevas.»

Y luego me contó la historia del *Dead Man's Walk*.

Esa misma noche sueño con el *Dead Man's Walk* y soy capaz de imaginármelo con exactitud simplemente a través de su descripción, aunque nunca haya estado allí. Se halla en la parte trasera del edificio, en un callejón que ya no se usa. Me entero de que el Old Bailey tiene muchas zonas en desuso, incluso un tramo de muralla romana en alguna parte. El *Dead Man's Walk* existe desde hace siglos y probablemente fue construido en piedra. El amable guardia de seguridad caribeño me contó que actualmente —él no lo creía, pero es cierto— está cubierto de baldosas rectangulares

blancas, como si fuera un baño público. «Ahí es donde empieza», dijo.

Y en mi sueño estoy justo al principio del *Dead Man's Walk*. Ante mí hay una serie de arcos que van haciéndose cada vez más pequeños. Camino bajo ellos. La altura de la primera arcada con sus baldosas blancas es la justa para que pueda pasar sin agacharme y tan estrecha que roza mis hombros. Pero la siguiente es más baja y estrecha aún, y la otra, y la otra... hasta que tengo que arrodillarme y ponerme de costado para pasar por arcos cada vez más pequeños, pero por más pequeños y bajos que sean los arcos siempre consigo atravesarlos, lo cual resulta horrible, porque son infinitos...

El simpático guardia me dijo que la idea de hacer arcos cada vez más pequeños era que los prisioneros condenados a la horca tendían a entrar en pánico al llegar al final del pasadizo. «¿Quién no lo haría si tras ellos espera la horca?» La reducción progresiva del espacio era para que tuvieran menos sitio por donde escapar. Pero la lógica que se oculta detrás es un tanto extraña, pues ¿qué podría aterrar más a un condenado que camina hacia la muerte que una serie de arcos que se cierran sobre él y se hacen cada vez más pequeños con la certeza de que el arco final será un ataúd?

En mi sueño no hay ataúd, horca, ni multitud expectante. Solo hay un arco tras otro, y cada vez que cruzo uno me parece increíble que pueda pasar a otro más pequeño, pero lo hago. Y nunca acaba. En eso consiste el sueño simplemente, en una serie de sensaciones al intentar pasar a través de arcos cada vez más pequeños, sin sangre ni violencia, sino una sensación asfixiante y creciente de horror a cada arco que atravieso. Despierto de este sueño con la respiración sobresaltada y el pelo pegado a la cara para encontrarme en una celda, en la cárcel.

Puede que el jurado no lo sepa, pero yo sí, porque Robert me lo ha contado, y seguramente tú, Mark Costley, también lo sabrás. La mayoría de los testigos de la acusación han sido insustanciales, el único que cuenta es el experto en psicología, y el único dato importante es saber si sufres algún trastorno de personalidad que te permita acogerte a la petición de inimputabilidad. El jurado está todavía impresionado con la llamada a urgencias y los debates sobre sangre diluida, así que supongo que no compartirá mi expectación por el retraso del día siguiente a mi sueño. El testigo especialista de la acusación, un psiquiatra llamado doctor Sanderson, tiene que entrevistarte en prisión y hacer una evaluación psicológica. Para los del jurado la única diferencia es que pueden tomarse el día libre.

Es miércoles por la mañana. El cielo estaba nublado cuando he salido de la prisión de Holloway, pero a los diez minutos de estar dentro del Old Bailey, pierdo toda conciencia de lo que sucede con el tiempo y el mundo exterior. En el mundo normal podría nevar o hacer un día espléndido, pero aquí dentro el clima es siempre el mismo, todos los días luz artificial, humedad, encierro. Mientras subo los escalones de cemento que llevan del área de reclusión a la sala se me ocurre que no estoy viviendo el juicio, sino embebiéndome de él. La rutina se ha vuelto tan conocida, tan cercana, que los días previos al juicio parecen pertenecer a un pasado lejano. Me resulta difícil creer que en su día tuve un hogar, un marido, una carrera y unos hijos mayores que no mantenían tanto el contacto como me habría gustado. El habitual quehacer de preparar el café y las tostadas me parece un sueño inalcanzable. Mientras subo esos escalones de cemento intento hacerme una imagen de las comodidades físicas de casa, el tupido tejido de la moqueta verde botella de nuestra escalera, la suave madera de la barandilla de roble bajo mi mano. Subir la escalera de mi propia casa...

Tú ya estás en el banquillo. Los agentes de policía hablan de pie en voz baja entre ellos. El inspector Cleveland está levemente inclinado sobre su silla, subiéndose los pantalones y sonriendo por algo que acaba de decir uno de sus compañeros jóvenes. Me he percatado de que se cruza mucho de brazos cuando está de pie y se los aguanta muy arriba, como si su tamaño le hiciera sentir un poco torpe a menos que los mantenga controlados. El ayudante de la señora Price, el joven que se balancea sobre la silla, ofrece un Murray Mint a Robert de un paquete grande que reparte entre ambos equipos jurídicos.

No veo a la señorita Bonnard, y eso es inusual. Normalmente siempre está preparada, esperando que comience el proceso con cierto aire de impaciencia

diligente. Al cabo de unos minutos irrumpe en la sala con una carpeta llena de papeles aferrada al pecho, ignora al resto de los asistentes y cruza la sala hasta donde está su propio ayudante, otro joven. Tienen una conversación rápida y urgente y salen juntos de la sala. Vuelve unos minutos después. Tras ella vienen un hombre y una mujer que más tarde se revelarán como los expertos psicólogos de la defensa. Al contrario que a otros testigos, a ellos sí se les permite permanecer en la sala mientras testifica el psicólogo de la acusación; su trabajo consiste en contradecirlo cuando llegue el momento. Se sientan detrás de los abogados de la defensa, en la misma fila que los abogados de la Fiscalía de la Corona. La señorita Bonnard permanece medio vuelta y hablando en susurros con ellos hasta que se abre la puerta de las dependencias y llega el juez.

«Todos en pie», exclama la ujier mientras el juez entra con ceremonia. Y lo hacemos, vaya si lo hacemos.

El juez saluda con la cabeza como de costumbre, y todos nos inclinamos ante él y nos sentamos. La ujier ya está saliendo para recibir al jurado cuando se levanta la señorita Bonnard.

—Milord... —dice en un volumen un tanto exagerado.

La ujier llega hasta la mitad de la sala. El juez frunce el entrecejo encima de las gafas. Todos miran a esta joven a la que hasta el momento se veía tan comedida y confiada. Está de espaldas a mí, pero por el movimiento de los codos sé que se agarra las solapas de la toga con ambas manos. Se aclara la garganta. Tiene alguna instancia que reclamar. El juez la mira y le dedica una de sus habituales sonrisas indulgentes, pero un poco forzada esta vez; se avecina algo que no le gustará.

—Milord, antes de que entre el jurado, siento decirle que podemos tener otro retraso y me resulta difícil precisar cuánto tiempo durará. —El juez mira ostensiblemente el reloj que hay justo bajo la barra que recorre el frontal de la tribuna pública—. Me temo que el problema, milord, es el informe del doctor Sanderson. Al parecer, la fotocopiadora del edificio no funciona bien. Esto significa que, aunque he recibido el informe por correo a las siete de la mañana, yo ya estaba de camino, con lo cual solo he tenido oportunidad de leerlo en el teléfono durante el trayecto del tren, y como su señoría sabe, consta de veintiocho páginas de extensión... —Se detiene un momento. El juez simplemente se queda mirándola—. Milord, realmente tengo la sensación de que no podría ofrecer a mi cliente la representación adecuada y plena a menos que pueda leer el informe en profundidad, con una copia en papel, anotar lo que sea necesario y hablarlo con él. Hay partes del informe que nos parecen discutibles y algunas de ellas, sin duda, atacan el propio núcleo de nuestra defensa. No sugeriría un nuevo retraso si no se tratase de un problema de máxima importancia.

El juez suspira.

—¿En serio no es posible que la señorita Bonnard disponga de una copia?

Mira alrededor de la sala con una sonrisa forzada, como si la pregunta estuviera dirigida a cualquiera que tenga una copia, incluyendo a la ujier y a los que están en la tribuna pública, y no pudiera entender realmente por qué nadie lo ayuda. Siento un impropio —aunque instintivo— deseo de alzar al mano, como la favorita del maestro que siempre fui, a pesar de que yo, por supuesto, no tengo una copia del informe. Tampoco Robert.

—Milord, entiendo que hay una fotocopiadora en la otra sala y es posible imprimirlo, pero tendré que releerlo completamente. Comprendo que es un retraso muy enojoso, y si hubiera recibido el informe antes de salir de casa, obviamente lo habría impreso y lo habría leído en papel durante el trayecto.

El juez se inclina hacia delante.

—Tengo entendido que les enviaron el informe a todos a la medianoche de ayer. Su sonrisa es cada vez más forzada.

—Puede que sea así, milord, pero mi conexión de internet se averió anoche y no he podido acceder a mi correo hasta que estaba en el tren.

El juez vuelve a suspirar y frunce los labios. Veo de repente lo malhumorado que puede ponerse un domingo en casa si las patatas asadas llegan antes que el cordero. Vuelve a mirar el reloj.

—Haremos un receso hasta las once. ¿Tendrá suficiente tiempo, señorita Bonnard?

La abogada inclina la cabeza fugazmente.

—Gracias, milord, eso sin duda me daría tiempo para imprimirlo y revisarlo lo más rápido posible. No obstante, puede que necesite más tiempo para consultar con mi cliente.

Robert está de perfil, con el brazo sobre el respaldo de la silla. Lo veo fruncir el entrecejo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta el juez, pronunciando cada sílaba por separado.

—Milord, le sugeriría respetuosamente que el jurado no entre hasta después del almuerzo, a las dos de la tarde.

El juez la mira fijamente un instante y luego dice al vacío ante él:

—El jurado, por favor...

Robert me mira, aún con el entrecejo fruncido. La ujier sale y hace entrar al jurado. Cuando atraviesan la sala hasta sus asientos, un joven que va al final de la procesión se detiene a abrir su mochila y el juez le dice con un deje de impaciencia:

—Le ruego que tome asiento, señor, le prometo que seré breve. —El jurado se sienta y el juez declara—: Damas y caballeros, ha surgido un problema legal que requiere cierto tiempo. Como les he dicho antes, ustedes están aquí para juzgar las pruebas y yo estoy aquí para juzgar los temas legales. Lo que esto significa a efectos prácticos es que ustedes podrán tomarse un descanso y yo no. —El jurado prorrumpe

en sonrisas de alivio al darse cuenta de que el juez ha hecho una broma bastante inesperada—. A resultas de esto, no necesitaremos su asistencia hasta después de comer. Pueden retirarse hasta las dos de la tarde.

Y eso es todo. Los acompañan afuera. Me maravilla que el juez no se disculpe por el innecesario viaje que han hecho esta mañana, pero supongo que eso debilitaría su autoridad. Las bromas pueden dispensarse desde lo más alto; las disculpas no.

—¡Pónganse en pie en la sala! —brama la ujier.

Todos nos levantamos, nos inclinamos ante el juez y este sale.

La señorita Bonnard se dirige a ti, mi coacusado, que estás en el banquillo, y dice:

—Bajaré a verte enseguida.

Estoy un poco desconcertada. ¿El problema inmediato no era imprimir el informe? El equipo de tu defensa recoge sus papeles y carpetas, y abandona la sala a toda velocidad.

El inspector Cleveland se vuelve hacia sus compañeros, arquea las cejas y se dirige hacia la mesa de la acusación. La señora Price va hacia él y alza las manos.

—Están ganando tiempo —dice. Y después baja un ápice la voz y añade—: La conexión de internet, y un cuerno.

Robert sigue sentado con un brazo apoyado en el asiento y la misma expresión pensativa. El ayudante está a su lado, en silencio.

El terror me invade en cuanto el doctor Sanderson aparece en la sala. Tiene el rostro antipático de un bulldog y un cabello cano esponjoso. No parece impresionarle en absoluto su posición allí, aunque supongo que le están pagando por ello. De pie en el estrado, la señora Price hace un repaso a la evaluación psicológica que te ha hecho, durante el cual, en suma, asegura que no cabe posibilidad alguna de que sufras un trastorno de la personalidad. Cita tu buena conducta durante la reclusión, la ausencia de un historial psiquiátrico previo y tu sólida experiencia laboral. Lo más dañino de todo es que afirma que eres lo que él llama un «narrador poco fiable», y como prueba de ello habla de lo calculador que has sido persiguiendo tus intereses sexuales extramaritales. En otras palabras, que eres un mentiroso. No estás loco o perturbado, no sufres ningún estrés postraumático ni ningún trastorno de la personalidad, ni límite ni antisocial. No eres más que un mentiroso.

La señorita Bonnard hace lo que puede. Intenta lidiar con el doctor Sanderson del mismo modo que con los otros testigos de la acusación: directa al ataque. Le pide un historial de sus testimonios en juicios y establece que casi siempre trabaja para la acusación. Cita un informe que escribió para el Ministerio del Interior titulado: «El enfermo imaginario en la defensa criminal». Le hace explicar cómo los criminales

intentan evitar la responsabilidad de sus crímenes fingiendo enfermedades para parecer perturbados psicológicamente y cómo algunos de ellos investigan esos trastornos con mucho esmero.

—Usted piensa a menudo que la gente simula enfermedades, ¿no?

El hombre bulldog la mira con frialdad, imperturbable, y dice:

—Creo que fingen enfermedades cuando no hay evidencia de que sufran un trastorno psiquiátrico serio y simplemente quieren librarse de algo.

Mira al jurado tras decir esto de un modo que sugiere que alzaría la vista al cielo si no estuvieran ellos presentes.

Entonces la señorita Bonnard saca el arma definitiva de su arsenal. Pide al doctor Sanderson que comente un caso en el que testificó para la acusación de una mujer que había apuñalado a su padrastro tras años de abusos sexuales.

—Su testimonio, por lo que yo entiendo, fue que esta mujer no sufría ningún estrés postraumático.

—Sí, correcto —responde—. En mi opinión no sufría ninguno.

—Usted es escéptico respecto a la existencia real del estrés postraumático —afirma la señorita Bonnard, bajando la vista como siempre hace cuando asesta una de sus afirmaciones asesinas.

El doctor Sanderson no cede ni un milímetro.

—Mi trabajo no consiste en ser escéptico ni nada parecido. Mi trabajo consiste en hacer diagnóstico de evaluación de acuerdo con la ley.

Ahora sé por qué la señorita Bonnard intentó ganar tiempo después de leer el informe psicológico que hizo el doctor Sanderson. Resulta devastador para tu defensa. El doctor Sanderson combina su cinismo con la justa moderación para no parecer demasiado brusco. Me parece una persona odiosa, sin un ápice de empatía humana, el tipo de persona que habría dicho hace unos años que el abuso sexual solo existe en la mente de la víctima, pero he de admitir que no dice una sola mentira. Le encanta su trabajo y es bueno en ello. Es completamente sincero.

Cuando Robert viene a verme a final del día se le ve descontento.

—Aunque nuestra defensa no dependa de la inocencia del señor Costley, obviamente nos gustaría que lo declarasen inocente, porque eso haría automáticamente que tú también lo fueras.

—¿Qué te ha parecido la defensa de la señorita Bonnard ante el psicólogo? —pregunto, a pesar de conocer la respuesta.

Robert frunce el entrecejo. La toga sigue cayéndole por el hombro y su peluca está un poco torcida. Se le ve cansado.

—Digamos simplemente que lleva las cosas de manera un poco diferente a como yo lo haría. —Hace un gesto burlón con la nariz—. Por lo general tengo mejor

relación con el otro equipo de la defensa en casos de acusación múltiple. Al fin y al cabo, trabajar en equipo redundaría en nuestro propio interés.

Nos quedamos en silencio durante un par de minutos, los dos solos en esa pequeña sala de consultas. Mañana será mi turno.

El caso de la acusación en mi contra es muy claro. Descalifican a su propia víctima. Presentan a George Craddock como un monstruo. No intentan desacreditar ni infravalorar la historia de la agresión, del modo en que habría hecho la defensa si Craddock estuviera en el banquillo de los acusados. Hacen justamente lo contrario. Cuanto peor lo pinten, más fuerza tendrá mi móvil. Tienen pruebas de los expertos de informática de la policía sobre las páginas pornográficas que visitaba. Su ex esposa no está disponible, no han podido localizarla en América, así que traen a la hermana para que testifique acerca del matrimonio de Craddock y las alegaciones de maltrato doméstico. No sabía que pudieran darse pruebas de mal carácter en contra de una víctima fallecida, pero al parecer sí se puede. Empiezo a pensar que en este juicio todo está permitido, porque es un juicio al revés. Es como ese espejo grande de la cafetería en la que hablamos con Kevin. Como atravesar el espejo. Todo lo que debería contar a mi favor cuenta en mi contra.

El propio Kevin es el siguiente testigo de la acusación en mi caso, y da un testimonio convincente de cómo, a pesar de que nuestra charla fue comedida y bien articulada, advertía la angustia que me causaba el suceso bajo mi apariencia de control. Kevin es un buen testigo, tan agradable en el estrado como me pareció en la cafetería, un hombre comprensivo cuyo trabajo es ayudar a las mujeres. Nada podría resultar peor para mí. Todo está al revés, patas arriba. El testimonio de Kevin es lo más cerca que me encuentro en todo el juicio de querer gritar y taparme la cara con las manos.

La señora Price no toca el tema de las especulaciones de Kevin acerca de nuestra relación. Se ha declarado impropio. Solo hay dos personas a las que pueda preguntárseles por la naturaleza de nuestra relación: tú y yo.

El taxista que me llevó a casa aquella noche también testifica. Lo localizaron gracias al recibo que me dio, el cual encontraron entre mis papeles cuando registraron mi casa. Y también sale bien parado: posee un fuerte acento londinense, es algo patán, pero sincero, un hombre agradable.

—¿Qué observó entre la acusada y la víctima del caso? —pregunta la señora Price.

Por la acusada se refiere a mí. Por víctima quiere decir Craddock.

Robert se pone en pie. Es la primera vez en el juicio que objeto algo y varias de las personas del jurado lo miran con sorpresa.

—Milord, a este testigo se le está pidiendo que dé su opinión.

El juez alza la mano para interrumpir a Robert a media frase, reflexiona un momento y dice:

—Creo que a este testigo le están preguntando qué observó. Señora Price, se asegurará de que sus preguntas se limiten a eso, ¿verdad?

—Por supuesto, milord.

—Entonces, proceda.

Robert se sienta. Es su primera interpelación y lo han rechazado de plano. Pienso en cómo cualquier cosa que lo haga parecer débil seguramente debilite también nuestra causa.

—Bueno, como le dije a mi mujer aquella noche, me preocupó un poco —continúa el taxista prestando atención, dándose cierta importancia, alternando la vista de la abogada al jurado y viceversa—. Era mi último trabajo de la noche, yo mismo vivo en la zona oeste de Londres, así que me alegró llevarlos y pensé que acabaría un poco antes, y cuando llegué a casa mi mujer estaba esperándome despierta y le dije: «Creo que esa mujer que he llevado en el taxi estaba mal, arrinconada allí en una esquina. No sé lo que pasaba, pero no parecía estar bien».

El testimonio al revés acaba concluyendo y aquí es donde fallan los argumentos en mi contra. Sin nada que pruebe la naturaleza de nuestra relación no suena plausible sugerir que te insté a matar a Craddock. Más allá de dejar claro que Craddock me hizo mucho daño, poco más puede hacer la acusación.

Me pregunto si ellos sabrán eso en su fuero interno. Me pregunto si la señora Price piensa: «Bueno, con él tenemos suficiente. Haremos todo lo que podamos para condenarla, pero no pinta muy bien». Me pregunto, no por primera vez, hasta qué punto importa aquí la implicación emocional. ¿Cuánto importa esto a esa gente?

Es viernes por la tarde. El jurado está todavía volviendo a sus asientos, realizando esos pequeños movimientos que hacemos todos al sentarnos, cuando el ayudante de la acusación se levanta. En esta ocasión, la señora Price permanece sentada. Obviamente, los ayudantes de los abogados tienen que servir para algo.

—Milord, tenemos un documento que presentar... —El joven de los Murray Mints lee la declaración de un sanitario que no ha sido llamado al estrado porque están extirpándole el apéndice en el hospital. Pero su declaración es suficiente y el juez ha de atenderla—. Está en el pliego de milord, página dos, uno, tres... —«El pliego de milord», suena como la manta de un perrito. Se produce un silencio mientras el juez pasa las páginas del pliego. No llego a comprender la importancia del testimonio del sanitario ausente, pero Robert me explica más tarde que tiene que ver con la limpieza que hiciste tras el asesinato de Craddock. Esto es importante, porque

alegarás inimputabilidad. Cuanto más exhaustivo fueras con la limpieza, más organizado y más responsable, o cuerdo, parecerás. Pero sigo viendo excesivo tanto detalle. La acusación ha demostrado ya que sabías lo que hacías. Aun así, tenemos que enterarnos de que los dos asistentes sanitarios se pusieron bolsas de quirófano en las botas antes de entrar en el piso. Normalmente habrían esperado a que llegaran los trajes y las botas especiales para proteger las pruebas, al fin y al cabo, el servicio de emergencias afirmaba que había un cadáver, pero como tardaban mucho en llegar tomaron la decisión de entrar en la propiedad de todas formas, por si era necesario reanimar a alguien. Esto me parece otro ejemplo más de cómo mucha de la información sirve más para proteger a alguien de la crítica que le harán después que por ser relevante para nuestro caso. El señor Murray Mint continúa hablando por el sanitario—: «Cuando entré en la propiedad procedí inmediatamente al interior de la cocina, donde encontré a un varón desconocido que yacía de espaldas con la cabeza mirando hacia la nevera. Advertí un gran charco de sangre bajo su cabeza». — Volvemos al principio una vez más: el cadáver. Una y otra vez damos vueltas alrededor del cadáver, no del hombre, sino del cuerpo. El cuerpo siempre está ahí, como el cadáver de una película de terror que aparece allá donde mire el protagonista: en la habitación, en la cocina, en el comedor, trabajando en la oficina, conduciendo su coche. Este cuerpo no nos sigue de tal forma, es un cadáver real y se queda en el sitio, pero tampoco nosotros podemos librarnos de su presencia. El imberbe sigue leyendo en voz alta la declaración del sanitario, la llegada de los agentes a la escena del crimen, y después, al final, el médico de la policía—. «... Y a las dieciocho horas se extinguió su vida.»

Se extinguió. Se fue para siempre. No se ausentó simplemente, no se marchó un momento. Se extinguió, para nunca volver.

La palabra «extinguió» sigue resonando en mi cabeza cuando el ayudante del abogado dice:

—Y una información más, milord. —Y arroja otra carga de profundidad más a las ya de por sí turbias aguas que son los datos que el jurado tiene de ti—. En el año 2005 declararon a Mark Costley culpable de agresión.

Los miembros del jurado parecen sorprendidos, y un poco desconcertados. Tienen la sensación de que esa información es relevante y por supuesto quieren más detalles. No han tenido acceso a las discusiones legales acerca de la admisibilidad de las pruebas de mal carácter, durante las cuales salió a la luz que te declararon culpable de agresión tras pelearte con un hombre a la salida de un pub. Al parecer, ese hombre había insultado a tu esposa. El jurado no tiene permiso para oír los detalles, porque la señorita Bonnard adujo que podría perjudicar su juicio.

Sigo observando la reacción del jurado a esta información cuando se levanta la señora Price. Solo consigo oírla decir serenamente:

—Milord, con eso concluye el caso para la Corona.

La acusación ha terminado tan tranquilamente y sin dramatismos que miro a mi alrededor en la sala para ver si todos están igual de sorprendidos que yo. No puedo evitar sentir que debería haber algún tipo de gran conclusión final, pero eso vendrá más tarde, en los alegatos de clausura. Ahí es donde pueden esperarse los fuegos de artificio, si es que hay alguno.

El jurado también parece un poco sorprendido. El juez se dirige a ellos y les dice que, siendo las tres de la tarde del viernes, no cree razonable pedir a la defensa que empiece en ese momento. Les recuerda que no deben hablar del caso con nadie durante el fin de semana. Pueden marcharse hasta las diez y cuarto del lunes por la mañana. La causa de la acusación contra nosotros ha durado dos semanas. La defensa resultará mucho más rápida.

Los miembros del jurado salen uno a uno de la tribuna y desfilan ante nosotros. Los vemos marcharse, van a continuar con su vida cotidiana.

Hay un suspiro colectivo en la sala. Los abogados de la defensa y la acusación se miran entre ellos. La agente de asuntos sociales cierra su carpeta con una exhalación. El juez se dirige a Robert y le pregunta si presentará algún documento, y él le contesta que sí, que lo tendrá en su escritorio para la medianoche.

Robert se vuelve hacia mí y dice:

—Bajaré en unos minutos, ¿vale?

Me levanto del asiento decepcionada. No sé lo que esperaba de las conclusiones de la acusación, pero esperaba más que esto. Tal vez porque pensaba que la declaración del sanitario nos llevaría a algún sitio y no ha sido así. Puede que sea porque todavía no me he sentado en el estrado. ¿Es arrogancia o desesperación lo que me lleva a tener tantas ganas de hacerlo?

Cuando Robert baja a mi celda tiene el aire de un hombre contento de marcharse, seguramente porque es viernes por la tarde. Trae con él a su ayudante, Claire, y ambos se sientan juntos en la minúscula mesa de la sala de consultas mientras yo lo hago frente a ellos y Robert me dice que esa tarde presentará un documento al juez para que mi causa sea sobreseída. El único testigo efectivo para la acusación que ha presentado la Corona es Kevin, dice, pero aunque su testimonio ofrezca al jurado un móvil para implicarme, no queda probado en absoluto. Y la clave de ello es sin duda, aunque Robert no lo diga abiertamente, que no podía especular sobre la naturaleza de nuestra relación. A pesar de todo lo que he averiguado sobre ti recientemente, tengo ganas de decirte: «Tenías razón, ocultar lo nuestro es lo que me está salvando».

Cuando Robert y Claire se preparan para irse los miro. Quiero retrasar su marcha, aunque ambos parecen deseosos de hacerlo. Una vez que se hayan ido lo único que podré hacer es esperar en mi celda hasta que me devuelvan a la prisión. Ellos, y el

resto de los profesionales de la sala de justicia, pasarán el fin de semana lejos de esto, regresarán al mundo exterior, a la vida corriente, el tiempo, las noticias de las diez, un restaurante que les parece caro o una botella de vino que sabe peor de lo que debería. Estas cosas y muchas más aguardan a Robert, a Claire y al resto de los profesionales implicados en nuestro caso, pero no a mí, y a ti tampoco, ni al padre de Craddock.

En cualquier caso, mi pregunta es sincera:

—¿Cómo os parece que lo tiene Mark?

Al oír esto se quedan callados e intercambian miradas.

—Bueno, solo puedo decir que si yo fuera su abogado no alegraría inimputabilidad. Ya lo viste tú misma, la señorita Bonnard no pudo con el doctor Sanderson. Más le vale que tenga a uno de los mejores psicólogos de su parte, eso es todo lo que puedo decir. Puede que guarde algo debajo de la manga. Costley mantuvo un puesto de responsabilidad durante años, tiene familia y ningún historial psiquiátrico serio. Me sorprende que se basaran en eso, dadas las circunstancias. Obviamente, todos estamos obligados a seguir las instrucciones de nuestro cliente, y no estoy al tanto de sus conversaciones, así que...

Robert frunce los labios y ladea un poco la cabeza.

Les pregunto lo mismo que le pregunté a Jas en la pizzería.

—¿Por qué no ha alegado defensa propia?

Una vez más, Robert y Claire intercambian una mirada fugaz. Luego Claire dice cuidadosamente:

—Las pruebas forenses habrían dificultado mucho esa defensa.

Una vez que se han marchado no sé cómo sentirme. Tal vez el lunes, gracias a la información que presente Robert, sobreseerán mi caso y pueda marcharme. Parece todo tan repentino... Ni siquiera me he sentado en el estrado. No han presentado ningún testimonio en mi favor, pero tampoco el que tengo en contra es muy poderoso. Estamos a mitad de partido. Los entrenadores se encuentran con sus equipos, dándoles una charla, revisando el juego hasta ahora y diciéndoles lo que ha de suceder en la segunda parte. Para mí pinta bastante bien, para ti fatal. Estoy preocupada por lo que te pase, por supuesto. Pero no puedo quitarme de la cabeza la aterradora y tentadora idea de marcharme a casa el lunes, como si fuera una nube, como una migraña. No puedo pensar en otra cosa. En ese momento tendría que haber recordado la historia que me contó Jas acerca del experimento del chimpancé. Si lo hubiera hecho, no me habría permitido esa desoladora, tímida y estúpida sonrisa que dediqué a Robert y a Claire aquel viernes por la tarde cuando me estrecharon la mano y se despidieron de mí en la sala de consultas.

El lunes comienza la segunda parte del juicio. He vivido de la esperanza todo el fin de semana.

El traslado del lunes por la mañana me parece un trayecto ordinario en metro. Ya no me dan mareos en la furgoneta. Converso con los agentes de la prisión que me acompañan. Cuando llegamos, el viejo guarda caribeño del Old Bailey me saluda con una sonrisa. Le digo:

—¿Cómo fue tu fin de semana?

—¡Fantástico! —responde.

Ya en la sala, han abierto la tribuna pública y veo a Susannah. Al sentarme le hago una señal esperanzada con el pulgar. Ella me la devuelve con una débil sonrisa. Robert se levanta de su mesa y dice: «No te hagas ilusiones». Pero a pesar de esto, no me daré cuenta de que he estado mintiéndome durante toda la exposición de la acusación hasta más tarde, cuando estemos todos en posición esperando, pero antes de que entre el jurado, justo en el momento en que el juez dice: «Declino la petición de...». Durante todas estas dos semanas he estado diciéndome que la acusación no tenía una causa contra mí. Y durante todo el fin de semana he estado convencida de que, por supuesto, el juez sobreseería mi caso, no porque las mociones de sobreseimiento suelen tener éxito, más bien al contrario, sino porque sé que deben hacerlo y lo harán. ¿Cómo puede la mente dividir tan limpiamente? Nunca lo he comprendido. La psicología humana tiene zonas demasiado grises o ambiguas. ¿Cómo puede la gente funcionar en dos niveles, seguir con su vida diaria mientras el resto se derrumba? No hace falta ser un adúltero para saberlo. Solo tienes que verte obligado a ir al trabajo por las mañanas cuando tu hijo está enfermo o tiene problemas, y eso debe valer para la mayor parte de la raza humana. «¿Cómo estás?», me preguntó la recepcionista del Beaufort con mucho ánimo el día después de que le diagnosticaran trastorno bipolar a mi hijo. «¡Bien!», contesté yo con voz alegre.

Cuando se sobresee tu caso, o cuando te declaran inocente, ni siquiera vuelves a las celdas para que hagan el papeleo. Te dejan salir directamente. Hay una puerta en el banquillo de los acusados que da al interior de los tribunales y no tienes más que pasar por ella, recorrer el pasillo, bajar la escalera y salir a la calle.

Estoy sentada en el banquillo, preguntándome qué estarás pensando, pero permaneces en silencio e impassible, igual que durante todo el proceso. ¿No es de suponer que te alegraría verme libre, a pesar de la seriedad de tu propia situación? Y entonces acude a mí un pensamiento aleccionador: ¿Acaso tengo que preguntar eso para saberlo?

Estoy tan embargada por la decepción que ni siquiera me doy cuenta de que el proceso continúa. Por supuesto. Las defensas pueden proceder con celeridad ahora,

empezando con la tuya. Me cuesta mucho levantar la cabeza y mirar a mi alrededor, pero me digo que debo permanecer alerta. Estaré en el estrado antes de que me dé cuenta de ello.

El juez ha terminado de arreglar los papeles que tiene ante sí, alza la vista, mira la sala, nos sonrío y dice: «¿Estamos preparados ya para el jurado?».

La señorita Bonnard empieza llamando a varios testigos que rebatirán la pobre impresión de ti que mostraron la subinspectora Amelia Johns y el testigo G; tu jefe en el Parlamento, un compañero de cuando trabajabas para la policía. Me da la impresión de que tu abogada tiene aquí una difícil papeleta. Quiere humanizarte y que empieces a caerle algo mejor al jurado, pero también desea mostrarte lo suficientemente perturbado para avalar su alegación de inimputabilidad. Es una tarea complicada.

El único testigo que importa, no obstante, es su psicólogo. «Más le vale que tenga a uno de los mejores.»

Al final resulta que la señorita Bonnard viene con dos. Desconozco la variedad de opciones que tiene un abogado para elegir a los psicólogos que testifican en sus casos. Supongo que habrá un registro y que ellos tendrán a sus favoritos. Pero la señorita Bonnard ha elegido una pareja de comodines: un joven que no aparenta suficiente edad para tener experiencia laboral y una mujer como ella. Me pregunto si pensaba que el jurado se mostraría más favorable a sus jóvenes y entusiastas psicólogos que al desagradable peso pesado doctor Sanderson. Conmigo funciona. Me caen bien ambos. Ellos eran las dos personas que había sentadas detrás de la señorita Bonnard durante el testimonio del psicólogo; los vi tomar notas.

Aunque trabajan en equipo, la única que sube al estrado es la mujer. Su nombre es doctora Ruth Sadiq, cabello lacio oscuro y tez pálida, con unas manos muy bonitas, lo advertí desde el otro lado de la sala mientras recitaba el juramento secular, y me acordé de lo que Laurence dijo acerca de cómo recibimos la información. También ella te ha entrevistado en prisión y presenta un retrato mucho más compasivo que el doctor Sanderson. Sí, coincide con el doctor en que eres un «narrador poco fiable», pero eso es característico de las personas con problemas psicológicos que llevan a cabo trabajos con mucha presión y una vida familiar, podría verse como una estrategia de supervivencia. Resulta que la doctora Sadiq es especialista en trastornos de pacientes con nivel de funcionamiento alto. Normalmente los trastornos de la personalidad se diagnostican en personas con modos de vida caóticos, dice, como drogadictos, alcohólicos, vagabundos, el tipo de gente que vemos frecuentemente en los banquillos. El trastorno antisocial de la personalidad, por ejemplo, suele ir unido a esas condiciones. Pero en los casos de personas muy inteligentes que cuentan con una buena estructura de apoyo estas son capaces de desarrollar mecanismos de

supervivencia que mejoran sus trastornos. Por ejemplo, en el trastorno límite de la personalidad, si el paciente está en un entorno tranquilo, rodeado de personas que se comportan de manera coherente, puede hacerse una idea del comportamiento adecuado según los que están a su alrededor. La doctora Sadiq habla en voz baja, el juez tiene que pedirle dos veces que hable más alto, y no muestra en absoluto la seguridad retórica del doctor Sanderson ni su socarronería. Noto que el jurado se ablanda con ella. Mis esperanzas aumentan.

—Entonces, usted dice, si no me equivoco —apunta la señorita Bonnard—, que el comportamiento inestable que suele asociarse al trastorno límite de la personalidad a veces no se muestra en quienes tienen una base de apoyo sólida.

—Sí, exacto, yo creo que se manifiesta de otras formas.

—¿Le importaría describir al jurado de qué formas?

—Bueno, en la fase de desarrollo los trastornos límite de la personalidad pueden llevar a lo que llamamos disociación, es decir, cuando una persona se desliga de la vida real y empieza a crear su propia narrativa de subsistencia, casi como si se viera en una película, si quiere, un pequeño drama a su alrededor en el que ella es la pieza central y en el cual se siente a salvo. Algo que también se ajusta, en mi opinión, al trastorno narcisista de la personalidad.

La señorita Bonnard adopta el aire de quien recibe una sorpresa agradable.

—Entonces ¿una persona en estado disociativo como consecuencia de un trastorno límite o narcisista de la personalidad, o de una combinación de ambos, podría usar invenciones sobre sí misma para hacer frente a su vida diaria y ocultar ese trastorno a sus allegados?

—Exactamente, sí. Si inventa una historia sobre sí misma está bajo control. A salvo, como dije antes.

—Estas personas ¿pueden parecer al resto, bueno, un tanto fantasiosas?

La doctora Sadiq ofrece una sonrisa y dice:

—Bueno, no es un término muy técnico pero sí, creo que así es como las llamarían, cuando en realidad lo que sufren es un serio trastorno psicológico sin diagnosticar y se sirven de una estrategia de subsistencia sofisticada para llevar a cabo su vida diaria.

Todo esto me suena plausible, y encaja con la idea que tienes de ti mismo, la necesidad de fingir que eres más interesante y excitante que en la realidad, el sexo arriesgado... las historias que nos contamos sobre nosotros mismos, el modo en que escogemos nuestro testimonio. Intento mirar esto con frialdad, extraer el elemento interesado de esa teoría, y sigo convencida de ello.

La señorita Bonnard sonrío agradablemente a la doctora Sadiq y dice:

—Gracias, doctora. No se vaya todavía, por favor.

La señora Price se pone en pie para hacer el contrainterrogatorio. No posee esa presencia felina de la señorita Bonnard, su aterradora lentitud y precisión. Cuando se levanta, uno no tiene la sensación de que sus interrogatorios son un espectáculo. Al estar sentada más cerca del estrado que la señorita Bonnard, no tiene que volver la cabeza, así que no veo la expresión de su rostro, pero por la posición de sus hombros supongo que sigue teniendo ese aire hastiado, como si su punto de vista fuera tan evidente que apenas quiere molestarse en hacer el interrogatorio de la contraparte.

—Doctora Sadiq —dice, bajando la vista y alzándola de nuevo—. Su teoría, eso de que las personas que sufren trastornos de la personalidad y tienen un nivel de funcionamiento alto pueden desarrollar estrategias de subsistencia para que su modo de vida no se vuelva caótico, que pueden ocultar durante muchos años esos graves trastornos a sus amigos, familiares, compañeros de trabajo, doctores y demás... ¿no era la base de su tesis doctoral? La que hizo en la Kingston University. ¿No es cierto?

La doctora Sadiq permanece tranquila y habla en voz baja.

—Sí, es cierto.

La señora Price alza la vista y dice simplemente:

—Es su teoría fetiche, ¿verdad?

Y entonces la doctora Sadiq se lo toma de la peor forma. No dice nada. Mira a la señorita Bonnard, como pidiendo instrucciones, pero todo cuanto esta puede hacer es darle ánimos con la mirada. Es un error garrafal. Hace que parezca una pupila avezada en busca de la respuesta correcta. Mira al juez y al jurado, pero ninguno de ellos puede ayudarla. Mira al banquillo y me entran ganas de decirle: «Sigue, olvídate de tu baja autoestima y mantén una opinión firme, pero inequívoca». El sesenta por ciento es cómo te ven, el treinta por ciento cómo lo oyen y solo el diez por ciento lo que realmente dices. Ese treinta por ciento es tuyo.

La doctora Sadiq dice:

—Bueno, sí, podría llamarlo así, es una teoría en la que creo. No obstante estoy convencida de que es una buena teoría. Me parece que explica muchas cosas.

—Pero, discúlpeme, doctora Sadiq —dice la señora Price, pacientemente—. Lo que quiero decir es que la teoría sobre los trastornos de personalidad con niveles altos de actividad que usted expone en su tesis doctoral es rebatida por la mayoría de los instrumentos de diagnóstico de psicología reconocidos que se usan en los casos criminales, ¿verdad? ¿El *Manual de diagnóstico y estadística de trastornos mentales*, por ejemplo?

Y de nuevo esa pausa saboteadora.

—Bueno, sí, pero...

—¿Y la *Clasificación internacional de enfermedades*?

—Bueno... —titubea la doctora Sadiq.

Tras esto, empieza la carnicería. La señora Price enumera uno a uno los manuales,

los ensayos y los trabajos de otros autores con un currículum impresionante. Se me cae el alma a los pies. Soy experta en citas. Sé que la presentación de una nueva teoría consiste en anticipar las refutaciones de aquellos que están en desacuerdo contigo y tener unas cuantas citas bajo la manga que las contrarresten. Esta mujer, la doctora Sadiq, es una joven agradable, inteligente y competente, con una teoría muy válida, pero carece por completo de la agresividad necesaria para presentarla como un hecho. El cuestionable doctor Sanderson la está barriendo de la pista sin necesidad de estar presente, simplemente con la fuerza de su convicción.

Cuando permiten a la doctora Sadiq bajar del estrado todavía no ha llegado la hora de comer. Si en ese momento el juez hubiera insistido en su pleno derecho a que la señorita Bonnard continuara con el caso, puede que nada de lo que vino después hubiera ocurrido. No habría habido tiempo. La señorita Bonnard habría anunciado entonces que no te sentarías en el estrado y el juez habría hecho su advertencia preceptiva de que la Corona podría colegir una inferencia negativa por negarte a hacerlo. Es posible incluso que Robert hubiera comenzado su caso y llamado a su único testigo: yo.

Lo cierto es que el juez mira el reloj colgado bajo la tribuna pública de la manera obvia que tiene de hacerlo, sonrío a la señorita Bonnard, tal vez compadeciéndome un tanto de ella, y dice:

—Creo que esta puede ser una coyuntura adecuada para levantar la sesión.

La señorita Bonnard no puede más que acceder con alegría. La observo atentamente una vez que nos hemos levantado para que salga el juez. Se desploma sobre la silla y se inclina un poco hacia delante. No veo la expresión de su rostro, pero creo que sabe que está perdiendo el caso.

Y entonces miro con el raballo del ojo, y veo que alzas la mano, te inclinas sobre el cristal antibalas y lo golpeas sonoramente: toc, toc. Las cabezas de la sala se vuelven, y yo también te miro y caigo en la cuenta de que has estado tan quieto hasta ahora, tan callado, que casi he olvidado que te hallas en el banquillo junto a mí. La verdad es que el hombre que tengo sentado a un metro de distancia, ese hombre que nunca se mueve ni deja traslucir nada en sus gestos o su expresión, se ha parecido tan poco a ti a lo largo del proceso que prácticamente he separado por completo tu destino del mío. Mark Costley, esa figura escuálida del estrado, es muy diferente de X, el amante que pegaba sus labios a los míos.

La señorita Bonnard alza la vista, se vuelve y te dirige una sonrisa cansada. El funcionario del tribunal que está a mi lado se levanta, me toca el codo y regreso a mi celda sin volver a dirigirte la mirada.

A la vuelta del almuerzo la señorita Bonnard parece recobrada, lo cual resulta extraño, porque las cosas se ponen mal para ella y no tiene adónde ir.

—Milord —dice, una vez que estamos todos en posición y ella se ha puesto en pie—. No hay más testigos.

Cuando Robert se pone en pie dirige una mirada inquisitiva a la señorita Bonnard, pero esta tiene la cabeza inclinada sobre sus papeles y no se la devuelve.

El juez sonrío a Robert como si se alegrara de tener al fin a un compañero varón ante él. Robert se inclina levemente y dice:

—Milord, nuestra defensa llamará a su único testigo: Yvonne Carmichael.
Me pongo en pie.

Hay sitio de sobra frente al banquillo cuando paso delante de ti y los funcionarios del tribunal, pero aun así solo tendría que deslizarme a un lado levemente para rozarte las rodillas. Permaneces inmóvil, mirando al frente fijamente. El funcionario del tribunal que va delante baja los tres pequeños peldaños hasta llegar a la puerta lateral que da acceso al banquillo. Al cruzar la sala para llegar al estrado paso ante los escritorios de los agentes de policía, juristas y abogados; sé que todos me observan, pero el jurado más atentamente que ningún otro. En cierto momento les dirijo una mirada. Mantengo la cabeza alta. ¿Sabéis qué?, pienso, preguntándome si lo verán en mi cara: Ya estoy harta. Estoy harta de que me digan lo que tengo que hacer, cómo mirar y cómo hablar. Soy inocente. Yo no he matado a nadie. Y no tengo nada que temer de estos trámites acartonados, ni de la policía, ni de Letitia en la cola del desayuno, ni de ninguna otra cosa. Ya estoy harta de tener miedo. Ni siquiera el jurado me espanta. Puede que sean ellos quienes tengan que asustarse de mí.

Los miembros del jurado están fascinados. Me observan con el mismo horror que sentirían si se encontraran de visita en el zoo y un jaguar se colara entre los barrotes de su jaula y caminara entre ellos. Estoy muy contenta de poder salir al fin del banquillo de los acusados. Miren, los acusados de asesinato de los juicios también somos humanos. Recito el juramento en voz alta y clara, devuelvo la tarjeta al ujier y después alzo la vista y miro alrededor como si inspeccionara la sala por primera vez.

La posición estratégica del estrado es muy diferente a la del banquillo de los acusados. Estás en un lugar elevado para que te vean todos, pero lo bueno es que puedes mirarlos desde arriba. A estas alturas conozco esta sala al dedillo. La calidad de la luz, el rumor del aire acondicionado... No tengo miedo. Tomo mi posición en el asiento abatible que está detrás de mí y cuando Robert se levanta me dirige una mirada afectuosa, con media sonrisa en las comisuras de la boca y un brillo amistoso en los ojos. Las dudas que tengo respecto a cómo lleva a cabo mi defensa se diluyen.

Puedo confiar en él.

—¿Se llama usted Yvonne Carmichael? —pregunta.

Copio a los testigos profesionales instintivamente, a los agentes de policía y a los patólogos. No soy como los otros, los testigos accidentales, yo también soy una profesional. Miro directamente al jurado.

—Sí, correcto.

—Señora Carmichael, ¿puede decirnos cómo se gana la vida?

—Soy genetista.

Robert no malgasta demasiado rato en repasar mi carrera, solo deja claro dónde trabajo y el tiempo que llevo haciéndolo. Incide fugazmente en mi matrimonio, estable y de larga duración, alude a mis dos hijos ya criados y señala que mi marido es un respetado científico, igual que yo. No me gusta hablar de Guy, Adam y Carrie, noto que mi voz se apaga, pero sé que Robert está obligado a hacerlo para que dé una imagen de mujer completamente normal. Le resulta muy sencillo conseguirlo. Así es como soy. Al cabo de un rato llegamos a esa parte de mi trabajo que impresiona más a los demás, a pesar de que es una de las cosas peor pagadas que he hecho: presentar testimonio en la comisión permanente de la Cámara de los Comunes. Robert tampoco necesita extenderse mucho sobre esto, lo suficiente para darme credibilidad, y una vez ha concluido, yo misma me veo incapaz de cosas que en realidad he hecho, por no hablar de aquello que no he hecho y de lo cual me acusan.

—¿Y conoció al hombre que está en el banquillo durante la última sesión a la que asistió?

—Sí, correcto.

Robert se yergue un poco más, se cruza de brazos y dice con naturalidad:

—¿Puede decirme la impresión que le causó?

—Sí —respondo—. Me cayó bien. Estuvimos hablando en el pasillo. Conocía el Parlamento a la perfección y me hizo una visita guiada, el salón Westminster. —Una pequeña pausa—. La capilla de la cripta. Sabía mucho acerca de la historia y de cómo funcionaban las cosas. Parecía muy competente.

Paseo la mirada por la sala y obtengo lo que había esperado desde el comienzo del juicio, que me mires. Me miras con dulzura. Solo me atrevo a hacerlo durante un segundo. Cuando desvío la vista, advierto la expresión del inspector Cleveland, sentado detrás del equipo de la acusación, justo a la misma altura que tú. Su mirada no es dulce. Está pensando: «Has follado con él y lo sé, pero no puedo demostrarlo».

—¿Se hicieron amigos? —pregunta Robert.

—Sí, quedamos varias veces para tomar café.

—Solo amigos —afirma Robert, y yo asiento. Continúa sin dejarme elaborar una respuesta—. Creo que el señor Costley quería que lo asesorase.

—Sí —digo—. Su sobrino estaba pensando hacer una carrera de ciencias y hablamos de ello.

Robert hace una pausa llegado ese punto, una pausa dramática, lenta y deliberada, que todos los que están en la sala advierten.

—Señora Carmichael, ahora tendremos que hablar de los hechos que la han conducido indirectamente hasta aquí, dejándola en una posición en la que no creo arriesgado decir que jamás se habría imaginado. —Una nueva pausa. Robert se

inclina hacia delante y pregunta—: ¿Quiere que desocupemos la tribuna pública?

Yo ya sabía que Robert haría esa pregunta y que tenía que responder afirmativamente, pero lo más extraño es que, a pesar de estar completamente preparada, se me ruborizan las mejillas al pensar en la humillación y me sale una tímida voz absolutamente sincera cuando digo:

—Sí. Si es posible sí, por favor.

Es la gentileza de Robert lo que me hace llorar. Es la moderación de su voz al incitarme a contestar las preguntas que el propio jurado puede hacerse.

—A alguna gente —dice lentamente— le resultaría difícil comprender que no fuera capaz de contarle a su marido esa brutal y despiadada agresión...

Mis ojos se inundan de lágrimas y noto que la cara se me tensa y tiembla al esforzarme por mantener la compostura. Aun así, llegado ese momento, ya puedo mirar al jurado, y quiero que también ellos lo entiendan, como lo entiendo yo.

—Sé que para quienes no han sufrido esto es difícil comprenderlo, yo misma habría pensado así antes de que me sucediera. Pero la realidad es que tu marido es la última persona a la que quieres contárselo. Si se lo hubiera contado a mi marido habría tenido que ser en casa. Habría hecho que invadiera mi hogar. Y tal vez dos años después habríamos estado sentados a la mesa de la cocina hablando de cómo se sentiría él respecto a esa agresión que él no había vivido y yo sí, porque a mí sí me pasó...

Entonces me derrumbo, lloro y me doy cuenta de lo enfadada que estoy. ¿Qué coño estaba haciendo Guy en Newcastle? ¿Por qué no estaba en esa fiesta? Y pensándolo bien: ¿Dónde estabas tú? ¿Dónde estaba toda esa gente que dice quererme, mi familia, mis amigos, dónde coño estaban todos aquella noche?

Cuando levanto la vista, una de los miembros del jurado, la mujer china, también tiene lágrimas surcando sus mejillas.

Esas cálidas y enfurecidas lágrimas tardan un tiempo en desaparecer. Robert hace pausas entre las preguntas, pero, poco a poco, va quedando claro que estoy deshecha. Incluso la pregunta más leve —¿Qué hice el fin de semana posterior a la agresión?— provoca un nuevo mar de lágrimas, y aunque me sorprende y humilla esa incapacidad para controlarme, una parte de mí siente un gran alivio al poder hablar al fin de ello, contar la verdad, reconocer mi furia y mi sufrimiento. Me desdoble y me observo haciendo esto, sincerarme. ¿Cómo puede alguien dudar de mí en este momento?

Robert comprueba la hora, mira al juez y me hace una última pregunta.

—Señora Carmichael, cuando acudió a pedir consejo al señor Costley, ¿pensó en algún momento en vengarse del señor Craddock por lo que le había hecho?

Niego con la cabeza, lloro de nuevo, agarro el pañuelo entre los dedos como una niña, miro a Robert, vuelvo a sacudir la cabeza, lloro más.

—Solo para que quede claro —dice Robert en voz baja—. ¿Quería que George Craddock sufriera algún daño físico? ¿Instó o exhortó al señor Mark Costley a que matara a George Craddock?

Solo soy capaz de negar con la cabeza entre sollozos.

Robert baja la vista un momento, espera un rato y se dirige al juez:

—Milord...

—Sí —dice el juez.

Al mirarlo veo que tiene una leve expresión de desdén. Imagino que será de ese tipo de hombres que no soportan ver a una mujer llorar, que la impotencia y la irritación se apoderan de él, como le pasa a Henry Higgins en *My Fair Lady*. ¿Por qué no pueden ser las mujeres un poco más como los hombres?

—Me permite sugerir, dada la hora y el obvio estado de agitación de mi testigo...

—Sí, supongo que sí —acepta el juez de buena gana. Pasea la mirada por la sala—. La vista se pospone hasta mañana. Miembros del jurado, ¿podemos contar con su presencia a las diez de la mañana en punto?

Los miembros del jurado recogen sus cosas. Ninguno de ellos me mira cuando bajan de su tribuna y caminan presurosos hacia la salida. Resulta extraño que yo tenga que quedarme aquí y verlos marchar. No puedo evitar pensar que se acostarán pensando en mí, compungida y humana, llorando abiertamente en el estrado.

Cuando se marchan, Robert sale de entre las mesas y hace una ligera señal al funcionario del tribunal, que está esperando para llevarme de nuevo al banquillo. Entonces, se acerca hasta mí entrelazando las manos, las eleva y las sacude a modo de felicitación.

—Bien hecho —dice en voz baja y seria—. Lo has hecho muy bien.

Contesto con una tímida sonrisa, y solo entonces soy consciente de lo agotada que estoy y lo que echo de menos a Guy y a los niños. Esta experiencia estaba siendo tan distinta y extraordinaria que había conseguido mantener el sentimiento a raya y no pensar en ellos, pero ahora se cierne sobre mí inexorablemente y sé que moriré si no salgo de esta sala pronto y vuelvo a mi vida cotidiana.

Esa noche, por primera vez desde mi encierro, duermo profundamente en ese fino colchón de mi celda en la prisión de Holloway.

Al día siguiente me escoltan de nuevo al estrado, compuesta y sin lágrimas, con una camisa blanca recién planchada, esperando que haya pasado la peor parte de mi interrogatorio y preparada para el contrainterrogatorio de la acusación, aunque sin

poder imaginar por dónde atacarán. No pueden intentar desacreditarme expresando sus dudas acerca de la agresión, ya que quieren mostrar a Craddock como un monstruo. Supongo que podrían preguntarme por nuestra relación, pero tampoco tienen pruebas de ello. ¿Qué pueden hacer?

El repaso que Robert hace de las preguntas es fugaz, sabe que el jurado ha pasado la noche con la imagen de mí, llorando y angustiada, en la cabeza. Sabe que para ellos será un alivio verme más calmada y que desean que siga así. Están de mi parte. No reincide en la agresión ni en lo que sucedió después, sino que se centra en los acontecimientos de aquel sábado por la tarde, cómo te recogí en el metro y te llevé hasta su calle, la conversación que mantuvimos antes y después, cómo te negaste a contarme lo sucedido. Acaba preguntando:

—Señora Carmichael, ¿urgió usted en algún momento, ya fuera antes o durante el trayecto hacia la casa de George Craddock, a que matara o hiriera al hombre que la agredió?

—No.

—¿Sospechó en algún momento que Mark Costley pudiera estar a punto de matar o herir a George Craddock?

—No, en absoluto.

¿Siento inquietud cuando se levanta la señorita Bonnard? No, no lo creo. El momento no ha empezado a producirse. De hecho, ese momento es todavía inimaginable.

—Señora Carmichael —comienza—. Todos vimos lo difícil que le resultó el día de ayer ante el tribunal y obviamente no deseo causarle más aflicción, pero me gustaría hacerle varias preguntas acerca de la noche en la que usted asegura haber sido agredida por la víctima del caso. —La palabra «asegura» se hunde en mí tan limpia y finamente como si me clavara una aguja en el estómago. ¿Cómo desmentir esa palabra? No aseguro nada. Sucedió. La miro fijamente. Ella me devuelve la mirada—. Hay varios detalles que me gustaría que nos aclarase, si no le importa.

—Sí, por supuesto.

—Aquel día estuvo usted trabajando en casa antes de la fiesta. ¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto.

—Y caminó directamente desde el metro hasta el edificio de la universidad, donde tendría lugar la fiesta. El complejo Dawson, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—¿Y estuvo en esa fiesta con el señor Craddock durante horas y bebieron juntos antes de marcharse con él a su alejado despacho de la quinta planta, una parte del edificio que ambos sabían que estaría desierta a esa hora de la noche?

—Dijo que tenía que coger unos papeles de su despacho.

—Sí, eso explicó usted ayer, señora Carmichael. —Su tono de voz es desconcertantemente neutral—. Solo quiero dejarlo claro. En esa fiesta en la que bebió y fumó junto al señor Craddock, ¿estuvieron ustedes sentados juntos fuera, en un pequeño patio de la parte trasera del edificio?

—Sí.

—Y durante ese período en el que estuvo sentada junto al señor Craddock en un murillo, ¿recuerda haberle puesto la mano en la rodilla?

—No, no lo recuerdo.

—¿Recuerda si él le puso la mano a usted en la rodilla?

Me quedo pensando un momento, y no es para ganar tiempo.

—Puede que lo hiciera, sí, lo hizo, creo, justo por encima de la rodilla, para que no me cayera.

—¿Puede ser más explícita?

—Nos reíamos de algo, una broma que hizo alguien. Había otras personas con nosotros en ese momento. Trajeron sillas y se sentaron enfrente. Uno de ellos dijo algo gracioso y espurreé mi bebida. Creo que se me derramó un poco, me tambaleé y le puse una mano en la rodilla para recuperar el equilibrio.

—¿Usted le puso la mano en la rodilla?

—O él la puso en la mía, o ambas cosas. No estoy muy segura. Puede que los dos lo hiciéramos.

—¿De modo que mantenían contacto físico abiertamente durante la conversación?

—Bueno, sí, pero era solo...

—Estaban coqueteando, ¿no es cierto?

—Bueno, yo no diría eso, estábamos hablando, bromeando, supongo, había mucha más gente...

—Señora Carmichael, no me veo inclinada a discutir demasiado la definición de «coqueteo», pero si le dijera que hay gente de esa fiesta que reparó en que estaban juntos, no se sorprendería, ¿verdad?

—No, supongo que no.

¿Coqueteé aquella noche con George Craddock? Es muy posible. Pero hay muchas formas de coqueteo. Existe el coqueteo social, el que todos practicamos, con los compañeros de trabajo, con el hombre que está detrás en la cola para comprar la tarjeta del metro, con el camarero que nos trae un vaso de agua helada. Y luego está coquetear con una intención. Lo que hicimos tú y yo cuando paseábamos por los pasillos del Parlamento. La diferencia entre las dos formas es abismal. ¿Quién podría confundirlo?

—Señora Carmichael, le dijo o no le dijo a George Craddock que usted era promiscua?

—¡En absoluto!

La pregunta es tan absurda que mi respuesta es triunfal.

La abogada alza su inmaculada ceja.

—¿De verdad? Parece muy convencida.

—Sí, claro que lo estoy.

—¿Qué me diría si yo le contara que puedo traer a un testigo que la observó hacer precisamente eso?

—Que se equivocan. Todo el mundo estaba borracho. Era una fiesta de esas en las que la gente bebe mucho.

Hace una pequeña pausa, durante la cual arquea la espalda casi imperceptiblemente, y después dice con voz grave:

—No me refiero a la fiesta, señora Carmichael.

—Pues no tengo idea de a qué se refiere.

Suspira, mira sus papeles, se inclina hacia delante, apoyando el codo en su caja de documentos, y se toma más tiempo. Yo espero en silencio.

—¿Recuerda usted... —empieza con lentitud— aquella ocasión en la que pasó una semana junto a George Craddock? Sucedió nueve meses antes de que lo mataran.

—¿Se refiere a cuando asistí a la universidad como examinadora externa para evaluar el trabajo de los estudiantes?

—Sí, exactamente a eso me refiero —responde rápidamente, como si me hubiera cogido por sorpresa en algún tema delicado.

—Sí, lo recuerdo. Pasé todas las mañanas de esa semana evaluando a los estudiantes con él y otra profesora de la universidad. Almorcé con ambos el viernes. Lo hicimos de mutuo acuerdo, no era más que un almuerzo de...

—¿Lo recuerda? Eso está bien... —Hace otra larga pausa, una inspiración, baja la vista y vuelve a alzarla—. Entonces ¿puede que también recuerde haber dicho a George Craddock que era promiscua en presencia de un testigo?

—No.

Niego con la cabeza.

—¿Se definió, o no se definió a usted misma, y cito de la declaración del testigo, que con gusto leeré en su totalidad, como: «Fácil y barata, así soy yo»?

—¡Ah! —Se hizo la luz—. ¡Eso es ridículo! Estábamos hablando del café, en el vestíbulo.

—¿Usó usted la frase, «Me gusta hacer ver que tengo clase, pero en realidad soy fácil»?

—Sí, pero estaba hablando de la máquina de café.

—Señora Carmichael, no le pregunto por el contexto de ese comentario. Estoy segura de que usted bromeaba sobre muchas cosas con el señor Craddock, pero, por favor, responda sí o no: «Fácil y barata», ¿usó usted exactamente esa expresión? ¿Sí o

no?

—Eso es absurdo.

—¿Sí o no?

—Es ridículo, le intenta dar la...

—¿Sí o no?

—Estoy tratando de...

—¡Sí o no!

—¡No del modo al que se refiere!

Mi última respuesta es una exclamación. Me resulta imposible evitarlo. No puedo creer que esté sucediendo esto.

Una vez consigue hacerme gritar, la joven abogada cede, mira al juez y después al jurado, como diciendo: «¿Lo ven? Yo he hecho cuanto he podido. Ahí la tienen». Ahora sé por qué siempre asignan a mujeres jóvenes la defensa de los violadores, como dijo el pobre Laurence, a quien pusieron un cuchillo en el cuello solo por airear la verdad un tanto a la ligera, como el que juega a voltear monedas sobre una mesa. Por si no me había quedado claro, ahora sé perfectamente a lo que me habría enfrentado en caso de apostar por la vía legal y llevar a Craddock a juicio, y sé que esto solo es una pequeñísima parte. Me juzgan por asesinato, pero si declarase como víctima de una agresión sexual, el juicio habría ido por los mismos derroteros. Me alegro, pienso, y lo hago despiadadamente y sin vacilación. Me alegro de que le dieras una paliza de muerte. Merecía eso y más. Y sé, mientras lo pienso, que mi rostro es una mezcla de furia y odio, pero no expresa ni la mínima parte de lo que realmente siento.

El proceso sigue su curso. Hasta que paramos para almorzar.

Robert viene a verme a mi celda a la hora de comer. Para mi sorpresa, no parece demasiado preocupado con las acusaciones de la señorita Bonnard, sino que lo ve más bien como una estrategia desatinada.

—Es un torpe intento de mostrarte como una casquivana, cuando ya ha quedado claro que eres todo lo contrario.

—¿Por qué lo hace?

Robert se encoge de hombros.

—Se aferra a lo que puede. Cree que cuanto peor te pinte, mejor parado saldrá Costley.

Según Robert, el interrogatorio directo salió tan bien que no le preocupa lo que pretenda la señorita Bonnard ni lo que haga la acusación en su turno. Lo que quieran hacerme parecer no guarda ninguna relevancia respecto al trastorno de personalidad del señor Costley. Robert entiende que debe de ser angustiante para mí, pero me pide que no me preocupe demasiado por ello. Podría objetar, pero en realidad piensa que

es mejor dejarla continuar y que se retrate como una persona desagradable y rencorosa. Además, está comiendo terreno a la acusación. Si tenían intención de seguir con ese mismo enfoque, parecerán repetitivos. «Ayer quedaste como una buena ciudadana respetable», dice Robert. Y es fácil creerse esa versión de mí, es muy reconfortante. Es posible que, en ese momento en particular, incluso yo misma olvidara la verdad.

Tras el almuerzo me llevan al banquillo de los acusados como de costumbre, me levanto cuando el juez entra y después me hacen pasar a la sala por la puerta lateral. Esta vez no miro al jurado cuando atravieso el tribunal, aunque todos me observan igual que antes. La galería pública está ahora abierta, pero ni siquiera les dirijo una mirada. En este momento no tengo miedo a la señorita Bonnard.

—Señora Carmichael —comienza la abogada. Su tono sigue siendo completamente neutral, como antes, y me pregunto si tendré que aguantar lo mismo, esas horribles preguntas insinuantes. En lugar de eso dispara lo siguiente—: Solo para tener un poco de contexto, y espero que me disculpe, usted era una persona bastante ambiciosa en la universidad, ¿verdad? La aceptaron en su primera opción, creo.

—Sí, es cierto.

Tras esto, dedica más tiempo a mi educación, matrimonio y aficiones. Después del modo en que iba a por mí esta mañana el desconcierto en los rostros del jurado es comprensible, incluso el juez empieza a sentirse un poco culpable. Al ver que continúa con mi matrimonio, frunce un tanto el entrecejo.

—Conoció a su marido en la universidad...

—Sí.

Al cabo de un rato el juez se incorpora y se aclara la garganta, y la señorita Bonnard dice:

—Lo siento, milord, una pregunta más y tendremos la coyuntura adecuada para un pequeño descanso. Señora Carmichael, ¿describiría su matrimonio como un matrimonio feliz?

—Sí, muy feliz.

—Ninguna separación de prueba, grandes peleas, ni aventuras salvajes?

La señorita Bonnard me sonrío.

—No.

—Gracias, señora Carmichael. Con eso basta por ahora. Continuaremos después del descanso.

El juez se dirige al jurado y dice:

—Miembros del jurado, sugeriría que no fuesen más de diez minutos. —Se levantan y comienzan a salir—. Señorita Bonnard...

La señorita Bonnard se levanta, inclina la cabeza y pide permiso para acercarse.

El inspector Cleveland se retrepa en su asiento, saca pecho, levanta los brazos por encima de la cabeza y los baja lentamente. El padre de Craddock permanece inmóvil en su silla de ruedas. La agente de los servicios sociales le habla con delicadeza, pero no parece reaccionar. Te miro, pero estás sentado con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Ya casi ha terminado, pienso. Por lo visto, todo se decidirá en los alegatos de clausura.

El descanso dura más de lo esperado. Cuando el juez entra, la ujier va a buscar al jurado y vuelve al cabo diciendo que uno de ellos está todavía en el lavabo. La ujier transmite su mensaje con el aire de alguien a quien van a fusilar por ello. Por la cara que pone, parece que el juez realmente podría fusilarla, pero eso no es nada comparado con lo que hará al desafortunado miembro del jurado cuando regrese. El juez deja que su brazo caiga sobre la mesa ruidosamente, se quita las gafas con rapidez y dice: «Quiero a mi jurado en la sala ya». La ujier vuelve a presentarle respetos y sale. Mientras sucede todo esto, el inspector Cleveland está junto a la mesa de la acusación hablando con la señora Price. El juez se vuelve hacia él y gruñe: «¡Por favor, agente, a su sitio!». Y el inspector Cleveland se pone en posición de firmes como un soldadito de plomo, se sonroja de vergüenza, inclina la cabeza y regresa a su sitio, a pesar de que la mitad de la sala continúa sin sentarse.

Yo he permanecido en el estrado durante todo el descanso y empieza a parecerme un error. ¿Cuánto más puede tardar esto? El agotamiento se apodera de mí.

En esta ocasión, la señorita Bonnard se levanta lentamente y siento algo, un indicio de ansiedad. Miro a Robert, pero él sigue inmerso en sus papeles.

—Me gustaría que retrocediéramos un poco en su carrera —dice la señorita Bonnard—. Espero que sepa disculparme.

En ese momento, el negro de mediana edad que lleva la camisa rosa y se sienta en el extremo derecho del jurado bosteza ostensiblemente. Advierto que todos están cansados, no solo yo. Creo que es por el aire viciado de la sala, eso no ayuda. El aire acondicionado parece producir un irritante murmullo, pero no tiene ningún efecto.

—¿Puede recordar a la sala —prosigue la señorita Bonnard— cuándo fue la primera vez que asistió a una comisión en el Parlamento? ¿Cuánto hace de eso?

—Cuatro años —respondo.

—Eso fue en una comisión de estudio de la Cámara de los Comunes el día...

—No —digo—, en realidad era una comisión permanente en la Cámara de los Lores. Ya no existen las comisiones permanentes, pero en aquel momento la Cámara de los Lores tenía cuatro de ellas y cada una cubría un aspecto diferente de la vida pública. —Esta parte ya la repasamos ayer con Robert, pero continúo—. Me

presentaba ante la comisión permanente de Ciencias para dar fe de los avances en secuenciación informática para mapeo genético.

Me pregunto si intentará hacerme parecer una trepa como en los culebrones televisivos, presentando la ambición de la mujer en el trabajo como algo patológico.

—Pero antes trabajaba a tiempo completo en el Instituto Beaufort, ¿verdad?

Querido, tardé mucho más tiempo del debido en darme cuenta de que no quería hablar de la naturaleza ambiciosa de mi carrera, sino de la geografía de mis paseos.

—¿Puede decir a la sala dónde estaba situado el Instituto Beaufort?

—En Charles II Street.

—Esa es paralela a Pall Mall, creo; ¿no llega hasta Saint James's Square Gardens?

—Sí.

—Hay una cantidad enorme de instituciones por allí, ¿verdad? Institutos, clubes privados, bibliotecas de investigación... —Mira hacia el jurado y les dedica una tímida sonrisa—. Círculos de poder, ese tipo de cosas...

—No estoy... Yo...

—Disculpe, ¿cuánto tiempo decía que trabajó para el Instituto Beaufort?

Me resulta imposible evitar el tono de irritación de mi voz. La razón es que estoy cansada.

—Todavía trabajo allí. Pero trabajé durante ocho años a tiempo completo.

—Ah, sí, lo siento, ya nos lo había dicho. Y durante esos ocho años ¿usaba el transporte público todos los días, autobús y metro?

—El metro normalmente, sí.

—¿Iba andando desde Picadilly?

—Desde la estación de metro de Picadilly, sí.

—Y durante las horas del almuerzo, los descansos para el café, con tantos sitios para comer por allí y bares para ir tras el trabajo... —En ese punto la abogada de la acusación, la señora Price, suspira y alza el brazo. Me sorprende que el juez no haya intervenido ya, dado su enfado por el retraso en el almuerzo, pero simplemente mira a la joven letrada por encima de las gafas y esta pide perdón con la mano en respuesta—. Disculpe, milord, estoy a punto de llegar, sí... Así que en total, lleva visitando el distrito de Westminster ¿cuánto, unos doce años? ¿Más?

—Seguramente más —digo, y noto entonces cómo se acerca el momento, una profunda sensación de incomodidad en mi interior similar a una ligera punzada en el plexo solar. Yo misma me lo diagnostico, al tiempo que me desorienta.

—Entonces —dice con una voz que se ralentiza y se vuelve más cortés— ¿sería justo decir que tras todos esos trayectos y paseos desde el metro, a la hora de comer y demás, está usted bastante familiarizada con la zona?

Va llegando. Mi respiración se hace más profunda. Siento cómo mi pecho se infla

y se desinfla, al principio imperceptiblemente, pero cuanto más intento controlarme más evidente resulta. El ambiente en el interior de la sala se tensa, todos lo advierten. El juez me mira fijamente. ¿Son imaginaciones mías o el miembro del jurado de la camisa rosa que veo de reojo se ha enderezado un tanto y se incorpora en su asiento? De repente no me atrevo a mirar al jurado directamente. No me atrevo a mirarte a ti, que estás sentado en el banquillo.

Asiento, y no soy capaz de pronunciar ni una palabra. Sé que en unos segundos empezaré a hiperventilar. Lo sé, a pesar de que nunca antes me haya pasado.

La voz de la abogada es grave y sinuosa.

—Conoce las tiendas, las cafeterías... —El sudor me provoca cosquillas en la nuca. El cuero cabelludo se me contrae. Hace una pausa. Ha notado mi intranquilidad y desea que sepa que he acertado: sé adónde quiere ir con el nuevo rumbo que da al interrogatorio y ella también sabe que soy consciente de ello—. Las callejuelas adyacentes... —Se detiene de nuevo—. Los callejones traseros...

Y entonces llega el momento. Te miro, sentado en el banquillo, y veo que te llevas las manos a la cabeza.

Ahora hiperventilo de manera obvia, respirando a grandes bocanadas. Mi abogado defensor, el pobre Robert, se queda mirándome, sorprendido y preocupado: «Hay algo que Yvonne no me ha contado».

El equipo de la acusación también me mira fijamente: la señora Price y su ayudante, tras ellos la fiscal general de la Corona, una fila más atrás el inspector Cleveland y su equipo, junto a la puerta el padre de Craddock y la agente de asuntos sociales. Todos tienen la vista clavada en mí. Todos menos tú. Tú ya no me miras.

—¿No es cierto que conoce usted un pequeño callejón llamado Apple Tree Yard? —dice la señorita Bonnard con su voz sedosa y entrecortada. Cierro los ojos. La señora Bonnard se queda en silencio durante largo rato. Al ver que continúo callada repite en voz baja—: Apple Tree Yard...

Pronuncia esas tres palabras de manera bastante contemplativa, como si ella misma recordara haber estado allí. Lo hace para que el nombre del lugar, su importancia, resuene en el aire de la sala, ese aire acondicionado reciclado que llevamos semanas respirando. Abro los ojos y la miro. Me devuelve la mirada. Quiere que todos los presentes, pero especialmente el jurado, adviertan la importancia del momento.

No es necesario, porque mi respiración agitada señala su importancia de manera mucho más efectiva que el histrionismo de cualquier abogado. «Mucho ruido y pocas nueces», todo ello, incluso el análisis forense. Los abogados tienen que dar al jurado lo que espera para conseguir lo que quieren. La señorita Bonnard está dando al jurado más incluso de lo que espera. Una testigo en el estrado al descubierto. ¿Qué más podrían pedir?

La parte lógica de mi cerebro, el córtex, funciona lo justo para que pueda pensar esto mientras la miro fijamente, a pesar de que mi parte intuitiva, la amígdala, está tan confundida que no sabe cómo discurrir ni qué sentir. Mis pensamientos son como ratas que corren sin parar de una pared a otra en un edificio en llamas.

—Apple Tree Yard —continúa la señorita Bonnard, mirándome a los ojos— es un callejón del distrito de Westminster, Saint James, para ser exactos, en el que usted tuvo relaciones sexuales con su amante, Mark Costley, en una vía pública, supongo que apresuradamente, a la hora punta, en un portal, de pie, antes de asistir a una fiesta en la que se emborrachó y tuvo relaciones sexuales con el señor George Craddock en su despacho del complejo Dawson mientras sus alumnos limpiaban los restos de la fiesta. Al día siguiente dijo al señor Costley que había tenido relaciones sexuales con George Craddock y aseguró que él la había forzado. Poco después volvió a quejarse al señor Costley de que George Craddock estaba molestándola. Le dijo que le diera su merecido. Llevó en coche al señor Costley hasta la casa del señor Craddock, sabiendo perfectamente lo que pasaría. El señor Costley, su amante, entró para enfrentarse al señor Craddock consternado por su historia en un estado de extrema tensión, y este último se burló de él porque lo había hecho con su pleno consentimiento, lo cual provocó que el señor Costley lo golpeará varias veces, resultando esto en su muerte.

Miro fijamente a la señorita Bonnard. Todos los demás me miran a mí. ¿Por qué no interviene Robert? ¿Por qué no se levanta? No se levanta porque está tan sorprendido con esta vuelta de tuerca como el resto de la sala. Está planeando una estrategia. ¿En serio? ¿Es eso lo que hace?

Hay muchas cosas de lo que ha dicho la señora Bonnard que quiero negar, pero primero habría que desmenuzarlo todo. Lo único que consigo es un débil y extrañamente amable:

—Eso no es cierto...

Pero no puedo mirar al jurado.

—Señora Carmichael —dice la señorita Bonnard. No me mira a la cara mientras habla, mira al frente, como si estuviera cavilando e invitara al jurado a observar. Su voz es firme, pero no especialmente acusadora. No hace más que constatar un simple hecho—. Ayer mismo estaba usted en ese estrado, igual que ahora, y dijo a este tribunal bajo juramento que su matrimonio era feliz, que nunca había tenido una aventura, e insistía en que su relación con Mark Costley era meramente platónica. Ha mentado a su marido, ha mentado a la policía y ha mentado a este tribunal. —Hace una nueva pausa y me mira con benevolencia—. Es usted una mentirosa, ¿verdad?

—No... —respondo débilmente.

—¿Quiere que le dé ejemplos de aquellos a los que ha mentado? ¿Otra vez? Tuvo una aventura con Mark Costley que le ocultó a su marido, a la policía y a este tribunal. ¿Su declaración jurada como testigo, los documentos del tribunal? —Alza

un poco la voz con indignación—. ¿De verdad quiere que lo repita de nuevo? ¡Usted ha mentado a su marido, ha mentado a la policía y ha mentado a este tribunal!

—Sí —susurro.

Diría lo que fuera para que me dejaran salir del estrado. Volvería con gusto a esa celda de cemento subterránea con sus ridículas paredes amarillas brillantes y su brillante suelo azul, con tal de que me permitieran hacerme un ovillo sobre el catre de madera. Haría o diría lo que fuese para que me dejaran en paz.

—¿Disculpe?

Inclina la cabeza hacia mí inquisitivamente, pero mira al jurado.

—Sí.

La señorita Bonnard deja que el monosílabo flote en el aire como una estrella, y después dice tranquilamente:

—No hay más preguntas, milord.

Y se sienta.

Llegará un momento después de todo esto en el que piense en los manzanos en flor. Estaré tumbada en una hamaca entre los dos manzanos de mi jardín y miraré las constelaciones de flores blancas en contraste con las ramas negras, preguntándome si alguna vez existió un Apple Tree Yard en la era preindustrial que tuviera manzanos, o si se han sacado ese nombre de la chistera, como en muchas otras calles.

Ese momento está lejos. Ahora sigo en el estrado enfrentándome al interrogatorio hostil de la señorita Price, aunque la acusación tendrá poco trabajo que hacer gracias, Mark Costley, a los esfuerzos de tu abogada defensora.

Robert hizo lo que pudo. En cuanto le llegó el turno pidió tiempo para debatir con su cliente antes de proceder, petición que fue denegada. Atado de manos por su patente ignorancia de nuestra relación, se concentró en Craddock, volvió a incidir en la violencia de su agresión, el miedo que yo tenía a que reapareciera en mi vida... Pero mi afirmación siguió flotando sobre la sala durante todo ese tiempo, como un adorno de Navidad en unos grandes almacenes. E inevitablemente, a la luz de lo que acababa de admitir, las caras de los miembros del jurado denotaban que la agresión les parecía mucho más leve. El negro de la camisa rosa me miraba fijamente, impertérrito, el viejo del porte militar fruncía los labios y la china parecía en estado de conmoción. Esa nueva información cambiaba la visión que todos ellos tenían de mí. Mis actos y lo que habían hecho conmigo reemplazaban a mi personalidad. Me entraban ganas de decir que lo que hice no me define, y tampoco lo que me hicieron. Pero en lo que respecta a los demás, no somos más que la suma de nuestros actos y de aquello que actúa sobre nosotros. Solo eso cuenta como evidencia. Nuestras vidas interiores pueden ser muy diferentes a la imagen que tienen de nosotros mismos, pero ¿cómo esperar que la gente entienda eso? No pueden meterse en nuestra piel, por más intimidad que compartamos con ellos.

Me veo reflejada en los ojos del jurado, y es como mirar un espejo de feria que amplía y reduce mi imagen hasta distorsionarla por completo, pero dejándome reconocible. Tus tres décadas como científica respetada y madre de barrio residencial no cuentan si has echado un polvo en un portal.

Al día siguiente llega la hora de los alegatos finales. Comienza la acusación, y la señora Price tiene todo un arsenal a su disposición. El análisis forense te pone en una difícil posición y la señorita Bonnard, en su intento de defenderte de la cortina de fuego en la que te envuelve la ciencia, ha servido mi cabeza en bandeja a la Corona.

La hecatombe continúa con sus propios alegatos.

—Damas y caballeros, se les dio a entender al comienzo de este juicio que mi cliente se declararía inocente por inimputabilidad y que les daríamos pruebas de que tiene un trastorno de la personalidad. Damas y caballeros, seguimos sosteniendo que el señor Costley sufre un serio trastorno psicológico, pero ya no hay necesidad de probar esto ante el tribunal para que lo absuelvan. Permítanme que lo explique... — Desde que el tribunal conoce nuestra aventura, te declaras inocente por enajenación mental transitoria. El detonante del que hablaba Jas es, en efecto, yo misma. La señorita Bonnard continúa—. Puede que nunca sepamos la verdad de lo que sucedió entre George Craddock e Yvonne Carmichael aquella noche, la noche en que esta mantuvo relaciones sexuales con Mark Costley y con él en un espacio de horas, la primera ocasión en un portal de Apple Tree Yard, la segunda en un despacho de un edificio universitario después de una fiesta alocada. George Craddock está muerto y no puede explicar ni defender sus acciones, así que solo tenemos la palabra de Yvonne Carmichael de que ese encuentro no fue consentido. Pero podemos suponer que hubo un encuentro de un tipo u otro, y que Yvonne Carmichael se lo contó a su amante, mi cliente, y que después afirmó que George Craddock la acosaba. Entonces ¿de quién fue la idea de ir en coche hasta el piso de Craddock aquel día? Yo diría que fue de Yvonne Carmichael. Lo único en lo que pensaba Mark Costley era en proteger a la mujer que amaba. —Hace una larga pausa en este momento—. ¿Y qué pruebas tienen ustedes, damas y caballeros, de que Mark es un hombre que protegería a la mujer que ama? Bueno... —dice con una sonrisa desoladora—. Podría deducirse por el modo en que ha mantenido esa aventura en secreto para protegerla, llevándolo incluso a ocultárselo a este tribunal y decidiendo aceptar la culpa de lo sucedido el máximo tiempo posible, hasta que incluso él empezó a darse cuenta de que tenía que decir la verdad.

Estoy sentada en el estrado escuchando su narración. Y se me ocurre que lo único que se necesita para construir una historia es ligar una serie de hechos. A veces la araña teje un hilo que va desde un arbusto hasta un poste a varios metros, y puede parece increíble, pero no por ello deja de ser una telaraña.

—Quién sabe qué encendió la mecha de la violencia entre esos dos hombres. Quién sabe si Mark Costley estaba alterado y angustiado en su desesperación por proteger a una mujer a la que amaba, una mujer que él creía en una situación de peligro real ante George Craddock (si eso es cierto o no, nunca lo sabremos), quién sabe el estado de ansiedad en que se encontraba cuando desafió a George Craddock, y quién sabe cómo respondió este, provocándole, tal vez, con la promiscuidad de su amante, una provocación que a Mark le pareció insoportable a la luz de lo que creía...

Era un buen intento, eso lo reconozco, pero no había pruebas que apoyaran la

teoría de que Craddock te provocó, ¿verdad, mi amor? La enajenación mental transitoria siempre sería una defensa débil para ti. Tendrías que haber seguido con la inimputabilidad.

¿Quién sabe?, como diría la señorita Bonnard. A mí me gustaría saberlo. Tal vez me lo cuentes algún día. Yo tengo mi propia teoría y es la siguiente. No creo que supieras que ibas a matar a George Craddock aquel día. Si hubieras planeado asesinarlo no me habrías pedido que te recogiera en el metro y te llevara allí; ¿para qué tener un posible testigo? Un asesinato no requería testigo alguno, pero un acto de heroísmo sí, para justificar la visión que tienes de ti mismo de hombre que siempre hace lo correcto. Lo que sucedió aquel día fue una empresa conjunta, pero no en la forma en que dejaba ver la acusación. Querías una fantasía conjunta. Querías que te viera como mi héroe vengador. Llevaste la muda de ropa para poder decirme después que no la habías necesitado porque le habías dado una lección. Ya no volvería a molestarme. Ibas bien preparado para hacerle daño, asustarlo e infringir la ley en el proceso, pero no tenías intención de matarlo. Sabías lo difícil que sería librarte de eso. Puedes ser muchas cosas, pero no estás loco.

¿Te provocó, amor mío? ¿Te dijo que él había disfrutado haciéndolo y yo también? Cuesta imaginarse a Craddock retándote así a la cara. Tal vez le engañara tu complexión normal y la ropa informal. Tal vez no tuviera percepción del peligro. O quién sabe si lo agrediste para asustarlo y todo iba a acabar así en cualquier caso.

Pero se cayó, ¿verdad? Cayó al suelo. Y en un momento dado sucedió algo, algo que descargó tu rabia. Pudo provocarte, o quizá te dejaras llevar por la adrenalina del momento, pero lo cierto es que perdiste el control. Se cayó, o tal vez lo derrumbaste. Se golpeó la nuca con el borde de la encimera. Y una vez estuvo en el suelo no paraste. Saltaste sobre él. Le pegaste y lo pateaste hasta matarlo. Es posible que apenas durase unos segundos.

Llegado a un punto te detuviste. Después, te inclinaste para ver lo que habías hecho.

Me pregunto qué pasaría entonces, mi amor. Me pregunto qué pasaría por tu cabeza mientras te agachabas y la sangre de ese hombre que exhalaba su último suspiro te salpicaba en la cara. A pesar del tiempo que tuviste para librarte de la ropa y lavarte, descubrieron su ADN en ti tras tu detención. El ADN llega a todas partes. Seguramente hubo un momento en que te levantaste y bajaste la vista para ver su cuerpo tumbado en el suelo, y también supongo que tu mente se dividió en dos, como probablemente pasara con las neuronas del cerebro de la víctima. En ese momento una parte de ti seguía viviendo en la narrativa imaginada que controlabas, y otra parte de tu mente intentaba absorber la dura realidad de lo que acababas de hacer. Ya que entonces debiste de percatarte de que tenías ante ti la esencia de la muerte: su

irreversibilidad. Al fin disponías de una fantasía que tu otra vida, tu vida real, no podría desterrar, por más que se interpusiera. Aquello era una disociación permanente, la disociación de George Craddock de su propia persona. En los momentos que siguieron debiste de reconocer que ya no vivías en una ficción inventada por ti mismo. Habías perdido el control de la ficción. Aquello había sucedido y no podrías eliminarlo cuando volvieras a tu barrio residencial junto a tu mujer y tus hijos. Habías asesinado a una persona.

No puedo dejar de imaginar lo que sucedió entonces. Imagino cómo te alejas del cuerpo unos pasos y recobras la conciencia, cómo te echas las ensangrentadas manos a la cabeza a la altura de la sien y manchas de sangre esos hirsutos cabellos castaños entrados en canas, cómo te vuelves y compruebas que, efectivamente, el cadáver continúa allí. Aquello había sucedido de verdad. La paradoja de un cadáver es que escapa a la vida, pero su presencia sigue siendo palpable, y la razón de que ese cuerpo no pueda huir es precisamente que su vida ha escapado. Las historias de terror en las que los cadáveres se levantan y andan, o persiguen a sus asesinos, no pueden ser más atinadas. Cuando quieres que el cuerpo desaparezca, en realidad lo que quieres es dar marcha atrás a tus actos. Si pudieras insuflar vida a tu víctima de nuevo, esta podría levantarse, dar media vuelta y marcharse. Te he imaginado caminando en pequeños círculos por el piso en un intento por relajar la respiración, incapaz de calmar tus pensamientos.

Pero debió de llegar un momento, y, mi amor, me pregunto cuánto tiempo pasó, en que esas dos mitades desunidas de tu cerebro volvieron a juntarse para enfrentarse a una nueva realidad. Al fin y al cabo fuiste policía, así que te han adiestrado para salir al paso a un nivel profesional. Me pregunto si fuiste consciente realmente de lo que hacías, pero no creo que importe. Fuera como fuese, quizá después de unos minutos andando en lentos círculos, elegirías una vía para escapar de allí, de los círculos. Tus preparativos para cualquier eventualidad, la ropa, los zapatos y demás, impedían que llamaras al servicio de emergencias para denunciar una muerte accidental. Tenías experiencia suficiente, calma y sensatez de sobra, para saberlo. De no haberte esforzado tanto en esos preparativos para perpetrar un asesinato imaginario habrías tenido más probabilidades de librarte del real. Podrías haberles contado lo que pasó en realidad, confesar que os habíais peleado y había muerto accidentalmente, mostrarte alterado por ello. Cualquiera con un poco de sentido común sabe que, al final, esa es la mejor forma de librarse de una acusación de asesinato. Pero todo cuanto habías usado hasta entonces para alimentar tus fantasías hizo que la realidad se volviera sospechosa. Así que te la jugaste, tu libertad y la mía. No pensaste que yo esperaba en el coche. No pensaste en mí en absoluto. Solo pensaste que si llamabas a una ambulancia dirías adiós a todo, pero si adoptabas la muy arriesgada estrategia de huir, tendrías alguna posibilidad, mínima, pero real. Si

no descubrían el cuerpo hasta pasado un tiempo, si las cámaras entre el piso y la estación estuvieran averiadas, como sucede a menudo...

Puede que en cierto momento te sintieras satisfecho contigo mismo. Al fin había sucedido. Tus fantasías paranoicas se transformaban en realidad. Ya no eras simplemente un hombre aburrido de su trabajo que inventa una historia más emocionante. La historia se convertía en realidad. Gracias a ti. Supongo que te pondrías en acción con bastante eficiencia. Te ocuparías del asunto de las pruebas forenses, volverías sobre tus pasos hasta el momento en que entraste en el piso, limpiarías todas las superficies que había que limpiar con un trapo de la cocina, el mismo que dejó un círculo en el suelo con la sangre diluida de George Craddock. Te asegurarías cuidadosamente de no olvidar nada. Irías al espejo del pasillo para limpiarte la cara y el pelo de sangre. Solo una vez que hicieras esto te habrías parado tras la puerta de entrada para sacar tus pantalones de la bolsa Nike y cambiarte las zapatillas de deporte. En este momento imagino que estarías al borde de algo similar a la euforia.

Verme a mí, sentada en el coche, esperando pacientemente, ¿no te bastó?

¿No era suficiente eso para despertar a la realidad de lo que habías hecho, de lo que arriesgabas por mí y sin mi consentimiento? ¿En ningún momento me viste la cara cuando te acercabas al coche y te sentiste un poco culpable? Te olvidaste de mí, con lo cual quiero decir que te olvidaste de que era una persona real, con sus propias necesidades y deseos, con su propia historia. Para entonces yo no era más que una pequeña parte de la tuya: «Arranca».

Sala número ocho del Tribunal Penal Central, Old Bailey, ECI, limpia, moderna y eficaz. Pero incluso en esta estéril habitación de madera con sus fluorescentes cuadrados en el techo y el cansancio cayendo como un telón sobre sus personajes habituales, incluso aquí, se genera un inconfundible frenesí cuando el jurado regresa a la sala. Sé, tan bien como tú, cuánto nos jugamos los dos en esto, pero hasta que nos exhortan a levantarnos y miro a mi alrededor no me percató de lo que se juegan también todos ellos. Cada victoria o derrota cuenta a favor o en contra del abogado. La señorita Bonnard se aclara la voz compulsivamente. El juez ha hecho patente su sentir en la conclusión, así que su reputación en el oficio también está en juego. Después de todo, es la primera vez que su poder está en tela de juicio. Los agentes de policía saben obviamente qué resultado quieren, y el inspector Cleveland se ajusta la corbata, la recoloca bajo la americana y yergue la espalda como si con su apariencia pulcra pudiera manipular el resultado. También los miembros del jurado, que ahora entran por la misma puerta que el juez —les han destinado una sala específica para deliberar—, ni siquiera ellos que conforman el todopoderoso gran jurado saldrán de allí sin mácula. Al cabo de unos momentos, cuando se pronuncien, un hombre y una

mujer saldrán libres del Old Bailey y volverán con sus familias, sus hogares, sus vidas cotidianas; o irán presos durante muchos años a los bajos fondos, a otro mundo. Los miembros del jurado tendrán que convivir con esa decisión durante el resto de sus vidas.

Cuando me levanto dirijo la vista a la tribuna pública y solo entonces advierto que mi marido, Guy, está sentado junto a Susannah, esperando que alce la vista y lo reconozca. Va vestido con una camisa celeste y una americana, lleva su abundante cabello lacio recién lavado, y muestra un rostro ancho y diáfano que parece embeberse de mí, intentar descifrar cómo estoy. Es demasiado. Las rodillas me flaquean. Mi vida, mi vida real, está ahí arriba, a solo unos metros. Sé que quiere apoyarme, pero sufro un tormento. Intento sonreír y también Guy lo intenta, pero ni siquiera él puede ocultar su miedo. Susannah me ofrece una esperanzada sonrisa y Guy levanta la mano en un pequeño gesto de reconocimiento, disculpándose un poco, creo, porque debe de saber que su inesperada aparición hace que la cabeza me dé vueltas. «Lo siento», musita. Más tarde me diría que había mantenido su promesa de no asistir al juicio, pero no había prometido nada respecto al veredicto. Regresaba de Marruecos después de un fin de semana con Carrie, Sath y Adam. Él permaneció en nuestra casa todo el tiempo. Susannah lo llamaba diariamente para mantenerlo informado. En este momento en el que yo estoy en el banquillo y él en la tribuna pública lo sabe todo. Nos quedamos mirándonos un par de instantes antes de volvernos para ver pasar al jurado.

Sigo en pie. No sé cómo, pero sigo en pie. Es un milagro porque no puedo respirar. Mi pecho parece un saco lleno de piedras que golpea el resto de mi cuerpo, e incluso tengo tiempo para pensar si será esto lo que uno siente cuando le da un ataque al corazón. Aunque yo sé que no. El inicio de un ataque al corazón suele ir acompañado por una sensación de hundimiento, un negro descenso hacia un mundo desconocido pero inevitable. Mi ahogo no produce ese efecto, al contrario, me da alas, soy ligera como el aire porque de repente me percato de que todo está a punto de acabar. Gracias a Dios, gracias a Dios... Ya me veo escapando del banquillo de los acusados como una exhalación, cruzando a sala y saliendo al pasillo. Imagino que corro escalera abajo hacia la salida y que Susannah y, ahora también, Guy me esperan en la calle. Me permito visualizar aquello que he evitado durante todo el juicio: mi cocina, el sillón de cuero gastado donde suelo sentarme a tomar café ante las puertas dobles que dan al jardín y en el que el sol da de pleno en esta época del año; a Guy trabajando arriba, distraído y ausente; a mi hijo sentado en el escalón de atrás fumándose un cigarrillo durante una de sus raras visitas; a mi hija y a su novio en la cocina —les gusta cocinar cuando vienen—. Estas son las imágenes que ocupan mi cabeza, unas imágenes separadas y a la vez interconectadas, instantáneas de mi vida anterior, mi vida doméstica, que por fin se ven cercanas. ¿Cuándo volverán los chicos

de Marruecos? Pase lo que pase, dijeron que volverían este fin de semana.

Pero antes, el veredicto.

Las relaciones de pareja se basan en historias, no en la realidad. Solos, como individuos, tenemos nuestra mitología personal, las historias que nos contamos para que la vida cobre sentido. Eso suele funcionar bien si mantenemos la cordura y la soltería, pero en cuanto tienes una relación íntima con otra persona se produce una discordancia automática entre la historia tal como tú la cuentas y la historia que narran ellos.

Esto lo recuerdo gracias al juicio. Recuerdo lo tranquila que se sentía y lo bien preparada que estaba la rolliza señora Price cuando se levantó para la presentación del caso. Tenía su historia completa. Ni siquiera necesitó aclararse la garganta. Se miró los pies brevemente, supongo que para mostrarse humilde respecto a la verdad que iba a contar al tribunal. Esa mirada gacha quería decir que no era su historia, nada de eso, ella contaba lo que había sucedido realmente. Sean cuales sean mis sentimientos hacia esa mujer y el proceso que representa, puedo distanciarme lo suficiente para observarla y admirar que tenía una hipótesis, exactamente igual que yo tengo las mías. La suya quedó comprobada gracias a mi afirmación, con triquiñuelas, si se quiere, sacando el testimonio de contexto para vender humo con artificios, así que no estoy muy segura de que la analogía con la ciencia se sostenga, pero al menos me hizo pensar algo: como científica he contado más historias de las que era consciente, o de lo que admitía. Tú, Mark Costley, eras un mitómano, una persona que solo podía sobrellevar su vida diaria bajo el palio de una serie de cuentos narcisistas en los cuales eras espía, experto seductor, héroe vengador y quién sabe qué más. Tus historias se han vuelto tan necesarias que te reclaman y te impiden sentir la realidad objetiva en modo alguno. Y el fin de nuestra historia fue este: ambos fuimos a la cárcel.

El día siguiente a la muerte de mi madre seguía a mi padre de habitación en habitación. No me acercaba a él ni intentaba tocarlo. No buscaba consuelo físico, simplemente su presencia. Mi madre se había marchado por voluntad propia de la unidad de cuidados mentales de Redhill. Las semanas previas a su muerte parecía estar bien, pero después habría una investigación para saber por qué le permitieron salir cuando sabían que estaba en peligro. Había caminado hasta las vías del tren, a la línea que mi padre usaba para ir a trabajar a Londres, la misma que yo usaría durante los siguientes años. Encontró un sitio por el que podía acceder a través de la valla metálica, seguramente tuvo que agachar la cabeza para entrar, y después descendió por una pendiente empinada. Un testigo la vio bajar a la cuneta deslizándose por el suelo con el trasero y las rodillas encogidas, con las manos a los costados, lentamente, como si tuviera miedo a caerse. El conductor del tren dijo que estaba en medio de las vías, entre los dos raíles, pero mirando en dirección contraria al tren, y que se preguntó si lo haría para que su rostro no lo persiguiera de por vida. No se me permitió asistir a las pesquisas, pero oí a mi padre y a mi tía hablando de ello más tarde, de lo que había dicho el maquinista y el calor que hacía en la sala del forense en comparación con el frío de fuera.

Los recuerdos que tengo de mi madre siguen siendo nítidos, aunque escasos. Recuerdo estar sentada con ella a la mesa de la cocina haciendo una cama para el gato, tendría cuatro o cinco años por aquel tiempo. La tejíamos con una lana verde recia. Ella sostenía el hilo en alto entre los dedos para que yo hilvanara la lana mientras cantaba alguna cancioncilla que había aprendido en la escuela. No lo hacíamos muy bien, al menos no tan bien como con mis amigas, parecía más una telaraña agujereada que un verdadero lecho. Mi madre llevaba las piernas al aire, recogidas con recato bajo la silla en la que estaba sentada. Los huesos de los tobillos se le veían enormes en las zapatillas.

El día después de la muerte de mi madre seguía a mi padre de habitación en habitación. Cuando se levantaba de la mesa de la cocina para sentarse en el salón yo iba detrás de él. Si se dirigía arriba también lo seguía, y cuando se metía en el cuarto de baño y cerraba con llave, supongo que incapaz de enfrentarse a mí, me sentaba en el suelo apoyada en la puerta y esperaba a que saliera abrazándome las rodillas.

Es primavera, un año después de nuestro juicio. Estoy en casa. Mi hijo ha puesto una hamaca en el jardín, una hamaca larga hecha con un recio encordado de plástico azul. La ha colgado entre los dos manzanos. Paso mucho tiempo en la hamaca, envuelta en una manta gris que Guy encontró en la habitación de invitados. Hace un

tiempo extraordinario para ser abril. Me quedo allí cobijada en la manta, meciéndome suavemente entre los manzanos, mirando el cielo que dice adiós al invierno.

Salí de Holloway hace dos días. Adam ha estado viviendo en casa durante mi estancia en prisión. Dice que se ha cansado de la escena de Manchester, pero no me lo creo del todo. Pienso que se ha trasladado aquí para estar con Guy. Me daba miedo que se marchara cuando me pusieran en libertad, pero en cuanto me trajeron a casa salió conmigo al jardín, me enseñó la hamaca y dijo: «Hace tan buen tiempo que hemos pensado que después de todo eso te gustaría pasar algunos ratos fuera».

Esa noche, la noche de mi liberación, no hubo alcohol ni celebraciones. Carrie vino de Leeds y por el camino llenó el maletero de comida. Todo lo que comí esa noche era fresco: cuatro ensaladas diferentes y una macedonia de fruta dispuesta en una bandeja. Nos sentamos todos a la mesa de la cocina, más o menos en silencio, y me observaron picotear de la fruta con el tenedor.

Carrie solo podía quedarse una noche, después tenía que volver al norte. Se casa con Sathnam en verano. Tiene muchos preparativos que hacer.

Guy y Adam me cuidan. Los veo intercambiar miradas en torno a mí de vez en cuando.

A veces, cuando estoy tumbada en la hamaca, oigo sonar el teléfono en la casa. La puerta trasera de la cocina suele estar abierta, así que oigo murmurar a Guy cuando contesta. «Sí, está bien —imagino que dice—. Está muy delgada, pero bien.»

Adam ha estado ayudando a su padre a despejar el garaje. Tiene buen aspecto, atlético, con sus anchos pantalones de camuflaje, una camiseta con las mangas recortadas y esa barba de tres días que le sienta tan bien. Sé que cuando me recupere corro el peligro de ahuyentarlo. Pero no estoy recuperada. Me quedo tumbada en la hamaca mirando el cielo.

Hace dos años más o menos que nos conocimos. Me sacaron de la cárcel hace dos días, tras cumplir tres meses de una condena de seis por perjurio. Me declaré culpable en cuanto tuve oportunidad, así que en el juicio de enero la sentencia fue relativamente leve. Estoy en libertad condicional. Soy libre, pero no lo soy. Puedo volver a prisión en cuanto rompa las reglas de la condicional. Te declararon inocente de asesinato premeditado, pero culpable de homicidio involuntario. Te condenaron a catorce años de presidio. Con el tiempo que has pasado en detención y una reducción por buena conducta, podrías salir dentro de cinco o seis años. A mí me declararon inocente de asesinato y de homicidio involuntario, y salí del banquillo de los acusados, pero me arrestaron por perjurio en el pasillo inmediatamente después. En cuanto salí de la sala número ocho me esperaban tres agentes de policía. El inspector Cleveland me siguió y lo observó todo con sus pálidos ojos.

Traicionarme te funcionó, en parte. La balanza se equilibró. Que yo mintiera al tribunal te hizo parecer menos culpable. Las cosas feas que yo había hecho mejoraron tu imagen. Te declararon culpable de homicidio involuntario, pero no de asesinato, alegando enajenación mental transitoria.

Miro al cielo tumbada en la hamaca y pienso en ti, Mark Costley, mi amante, un ex policía que realizaba funciones administrativas en la seguridad del Parlamento y al cual le gustaba el sexo en lugares públicos e inventar dramas para sentirse menos corriente. Los espías no te quisieron, mi amor. Si te hubieran admitido, nada de esto habría sucedido.

Mark, mi amante, ¿quién o qué era? Un hombre al que la historia de su vida le resultaba demasiado vulgar. Un hombre que buscaba emociones principalmente a través del sexo, pero también inventando sucesivas historias hasta darse cuenta de que no bastaba con ninguna de esas emociones. Igual que George Craddock se obsesionó tanto con la pornografía que no distinguía la realidad de la ficción, a ti la necesidad de inventar una vida emocionante te llevó primero a tener aventuras sexuales, después a un romance en toda regla y, por último, a la violencia. El problema de las historias es que son adictivas.

Guy aparece y se queda de pie en el escalón de la puerta trasera. Cuando advierte que lo miro sonrío. Tiene una taza de té en la mano. Se la lleva a la boca, le da un sorbo y me la muestra en señal de ofrecimiento. Niego con la cabeza y cierro los ojos para que se vaya. Sigue observándome cuando vuelvo a abrirlos, pero entonces llega Adam con una lijadora que debemos de tener en casa desde hace veinte años.

Guy y él bromean sobre ello y regresan al interior de la casa.

Al cabo de una hora sale Adam, se sienta en el escalón sin mirarme y se pone a liar un cigarrillo. Al alzar la vista veo que Guy mira al jardín desde una de las ventanas. Tiene el teléfono móvil en la mano. Mira a un punto indeterminado en la distancia mientras habla, pero luego baja la vista y me descubre observándolo. Se da la vuelta repentinamente, por instinto, y se aparta de la ventana para que no lo vea hablar por teléfono. Me pregunto con quién estará hablando. Me pregunto si será Rosa.

Un poco más tarde nos visita Susannah. Sale al jardín conmigo. Trae una bandeja desechable de cartón con cuatro vasos de plástico encajados y una bolsa llena de dulces. Su alta y esbelta figura permanece inmóvil bajo el dintel de la puerta unos

segundos y me mira allí tumbada, como si intentara tantearme un poco antes de acercarse. Después sonrío y se acerca, pisando el césped suavemente con sus sandalias de color claro. Se sienta al borde de los arriates, a un metro de distancia, suelta la bandeja, saca dos de los vasos con cuidado y me ofrece uno. «Eh, tú —dice. Se agacha para darme un beso, apartando el vaso del peligro—. He pensado que te gustaría tomar un café en condiciones.» Deja la bolsa de dulces encima de mi estómago y ahí se queda.

Me incorporo con torpeza sobre la hamaca para beberme el café sin tirármelo encima. Susannah vuelve a sentarse en el arriate con su taza para que le dé el sol en la cara. Nos quedamos bebiéndonos el café en silencio durante un rato. Después hablamos un poco de nada en concreto: cómo estoy, cómo está ella, lo que haré durante las próximas semanas, que me lo tendré que tomar con calma por el momento. En cierto momento mira hacia la casa y dice: «Creía que Guy y Adam saldrían para estar con nosotras». No contesto.

Susannah, esa amiga con la que ni siquiera soñaba de pequeña. La veo dudar. Intenta decirme algo, se detiene, quiere usar las palabras adecuadas. Espero, y al cabo de un rato empieza con serenidad:

«Todos los días, ¿sabes? Cada día después del juicio. Me parecía horrible dejar la tribuna del público, mirarte y saber que esas personas te llevarían, que no tenías más opción que volver a prisión. Todos los días bajaba los escalones de la salida y no importaba que lloviera a cántaros, respiraba hondo y me resultaba imposible creer que yo saliera de allí libremente y tú no pudieras. Era muy extraño. A veces veía a esa pareja de viejos hablando, él era el más mezquino, todo el tiempo diciendo que tú eras peor que el asesino. Me daban ganas de empujar a ese viejo cabrón por la escalera... —Tras eso me diriges una mirada de amor desmedido—. Lo primero que tenía que hacer, antes incluso de subirme al tren, era llamar a Guy, cada día tenía que llamarlo. Me hizo prometérselo. Cada día recogía el teléfono de aquella cafetería y después me quedaba en la calle, aunque estuviera lloviendo, lo encendía al momento y ni siquiera revisaba los mensajes ni los correos, porque sabía que Guy esperaba mi llamada. Y cada día tenía que contárselo todo. Qué aspecto tenías, si estabas soportándolo bien, quién había estado en el tribunal ese día, cómo había ido, si nuestro abogado lo hacía bien, qué impresión estaba causándome el juicio... Caminaba hasta la estación, pasaba ante el bar donde estaban los policías bebiendo cervezas y cruzaba la carretera atenta a los autobuses y los taxis, porque ese tramo tiene mucho tráfico, sin dejar de hablar con Guy en ningún momento. Aunque mi tren estuviera a punto de llegar, no podía entrar antes de contárselo todo, por si perdía la cobertura.»

No contesto nada. Susannah mira los cafés de Guy y de Adam, y sé que le inquieta que se enfríen. Hace muy buen tiempo para ser abril, pero el aire aún es frío.

Me pregunto cuándo sucedería. ¿Cuál fue el momento exacto de tu traición? Supongo que tendría lugar en las celdas del Old Bailey, durante una de las consultas que teníamos con nuestros abogados. Seguramente esa fría joven te impresionó, en cierto modo a pesar de ti. Se ganaría tu respeto gracias a su evidente talento. Llegarías a verla como tu ángel vengador, o como tu hada madrina.

Tal vez ocurriera antes, cuando viste que la señorita Bonnard suplicaba un aplazamiento tras leer el informe del doctor Sanderson en su teléfono camino del tribunal aquella mañana, puede que entonces te percataras de lo serias que se ponían las cosas. Quizá ocurriera cuando leíste el informe por tu cuenta en la celda, ese informe en el que se descartaba tan eficazmente cualquier diagnóstico de trastorno límite de la personalidad con elementos de narcisismo. Imagino que la señorita Bonnard te haría una visita tras conseguir el aplazamiento. Imagino que verías la expresión de su cara cuando te contaba con delicadeza que aquello probablemente anularía la alegación de inimputabilidad, que el debate que aquello suscitaría en el estrado sería problemático. Estoy segura de que usó esa palabra. Para nosotros. Los abogados lo dicen mucho: «Esto podría ser problemático para nosotros».

Tal vez lo pensaras entonces, o puede que más tarde, cuando estabas en el banquillo a solo unos metros de mí, observando al doctor Sanderson y cómo la hasta el momento brillante señorita Bonnard era incapaz de alterarlo lo más mínimo. Eso es lo extraño del caso, a pesar de retratarse como un ser horrible, un hombre sin un ápice de compasión humana, al final del interrogatorio de la contraparte nadie dudaba de lo que dictaminó respecto a tu cordura. ¿Cómo te sentiste al escuchar eso, al oír que las posibilidades de conseguir un veredicto de inocencia se hundían bajo el peso de su certeza? Puede incluso que sucediera tras presenciar el fracaso de la doctora Sadiq en el estrado, o al oír la primera de las autoridades que citó la señorita Price contra ella. ¿Cuánto tiene que calentarse el suelo de la jaula para que la madre chimpancé ponga a su bebé en el suelo y se suba sobre él?

En algún momento tomaste esa decisión que llevó a tu abogada a cambiar los fundamentos de tu defensa por trastorno mental transitorio en lugar de declararte inocente. Tú sabrías que ningún abogado hace eso a bote pronto. La acusación tiene un día para trabajar en caso de que la defensa cambie a mitad del proceso. Tu abogada solo habría aceptado este salto mortal en caso de que saliera a la luz nueva información durante el juicio. Necesitaba una razón, así que se la diste. Mirarías a la señorita Bonnard cuando se sentó frente a ti a la mesa de las celdas del Old Bailey, le dirigirías tu mejor mirada, esa mirada franca y directa, la mirada sincera que siempre me provocaba un nudo en el estómago, y le dirías: «Hay algo que no te he contado».

Abril termina y con él desaparecen los días soleados. Ahora toca lluvia de mayo.

Una mañana, Adam y Guy discuten en el desayuno acerca de si debemos dejar la hamaca en el jardín o es mejor meterla en casa. Guy dice que si fuera de cuerda natural tendrían que desmontarla, pero siendo de plástico no pasa nada.

Ando por la casa como un fantasma. Evito recuperarme y tomar las riendas de mi vida de nuevo para impedir que Adam se marche.

Paso mucho tiempo en mi despacho fingiendo ponerme al día con el correo y reactivar mi vida. Es una explicación adecuada. A veces salgo del estudio y me quedo en el descansillo de la escalera oyendo a Guy y a Adam deambular por la casa y hablar entre ellos. En ocasiones, Guy trabaja y Adam rasguea las cuerdas de la guitarra en su vieja habitación. De vez en cuando uno de ellos sale de casa, pero nunca al mismo tiempo. Uno de esos días que Adam sale un rato, oigo cómo Guy se traslada por el piso de abajo como un oso grande y herido mientras estoy sentada en el último tramo de la escalera, y de repente su soledad me parece insoportable. No puedo resistir la idea de saberlo dolido y que tiene que ocultar su sufrimiento hasta que yo me recupere, así que bajo la escalera, pero se mete en la cocina antes de que llegue, y a mí no me apetece entrar, de modo que me siento en el salón sin ninguna razón y al cabo de un rato aparece con una taza de té. Se va inmediatamente después y cualquiera que no lo conociera diría que se comporta con naturalidad. Ha perfeccionado ese aire de lentitud sistemática en torno a las tareas domésticas. Tengo ganas de que vuelva, de que se siente conmigo para decirle: «Quiero que te sientas mejor, pero no hables». Como me parecería injusto, prefiero no decir nada.

Guy cree que me he desenamorado de él, que ha fracasado en el intento, por decirlo con las palabras que usaba para referirse a su propia aventura. Él cree que podía amar a Rosa y seguir queriéndome a mí porque es un hombre. Pero como yo soy mujer, y más sincera, no podría hacer lo mismo. Así que ha llegado a la conclusión de que yo no podía hacer aquello con Mark Costley sin desenamormarme de él. Se equivoca. He sido mucho más masculina en ese asunto de lo que podría imaginar. Su determinismo biológico a este respecto está basado en parte en la ciencia y en parte en su caballerosidad, pero se equivoca en ambos sentidos. Piensa tan bien de mí que sufre más de lo necesario.

En ningún momento me desenamoro de él. No me desenamoro de nuestra vida, la que tenemos en casa, ni del mundo que construimos a nuestro alrededor. Lo construimos por un motivo. Nos sienta bien. Aquí era donde teníamos que estar. Me desenamoro de algo más sutil y concreto. Me desenamoro de lo que he aguantado a lo largo de los años, de trabajar tan duro, de los sacrificios que he hecho, de mi capacidad para criar a dos niños mientras hacía todas esas otras cosas, por más que me hubiera comprometido a hacerlo.

Mientras me bebo sentada en el sofá el té que Guy ha preparado, me viene a la memoria súbitamente que siempre tenía una tetera y una taza de café preparadas en

mi despacho mientras seguía la rutina previa a acostar a los niños, les cantaba una canción al tiempo que los metía en la bañera y pensaba en algún aspecto técnico de la secuenciación de proteínas para poder marcharme al escritorio en cuanto los sacara y les diera el beso de buenas noches. Carrie solía dormirse una hora antes del desayuno cuando era bebé, y yo dejaba a Adam viendo la tele y me ponía a escribir frenéticamente o a leer ensayos de investigación. A veces me descubría en esa fase y me permitía este pensamiento, nada más complaciente ni extremo: Puedo hacerlo. Mirad cómo me las arreglo. Cuando los niños eran pequeños solíamos ir de visita a casa de la madre de Guy para comer el asado del domingo. Murió cuando ellos tenían seis y ocho años respectivamente, pero cuando eran más pequeños a la abuela le gustaba hacer un buen almuerzo de domingo para Guy, sus dos hermanas y el resto de la familia. Cada vez que se levantaba para cambiar un pañal parecía que fueran a entonar todas el Aleluya. A mí nunca me alabó nadie por todos esos malabarismos y combinaciones que tenía que hacer. No pedía que lo hicieran. Daba por hecha mi competencia, igual que todo el mundo.

No fui vulnerable a ti y a lo que hicimos por estar desenamorada de Guy. Estaba hastiada, y me había desenamorado de todo lo que tuviera que ver con esa competencia mía. Me había desenamorado de mí misma.

Supongo que hay dos clases de adúlteros: los que repiten y los que solo lo hacen una vez. Yo soy de estos últimos. Nunca habría tenido un aventura de no haberte conocido. Fue una ocasión de esas entre un millón, como cruzar la carretera en el preciso instante en que la furgoneta blanca aparece por la esquina y el conductor está distraído con el móvil. Para los que lo hacemos una sola vez suele llegar en un momento crucial de nuestro matrimonio y en realidad tiene más que ver con el matrimonio que con la aventura. Después, la vergüenza y la culpa son tan grandes que sentimos una gratitud infinita hacia el cónyuge traicionado por permanecer ahí.

Tú eres del otro tipo, ahora lo sé, un adúltero en serie. Los adúlteros en serie serían infieles a cualquiera con quien se casaran, aunque ellos quieran pensar lo contrario. Sus aventuras no tienen nada que ver con sus matrimonios. Tienen que hacerlo porque de lo contrario sus vidas serían insoportables. Visto así, la forma de actuar del adúltero en serie puede parecer más censurable que la mía, pero en realidad son mejores mintiendo, y la posibilidad de que arruinen un matrimonio perfecto y decente por la emoción que encuentran en otra parte es menor.

Moralmente no hay ninguna diferencia. Ahora lo sé.

No sé nada de tu matrimonio. No sé cómo manejas la parte normal de tu existencia. Lo único que supongo es que conseguiste llevar una doble vida en el sentido estricto de la palabra. En casa, en Twickenham además, eras completamente corriente. Veías la televisión con tu mujer y compartíais las tareas domésticas. De vez

en cuando discutiríais acerca de a quién le tocaba renovar el permiso de circulación del coche, como hacemos Guy y yo. Y después estaban las aventuras, prácticamente una detrás de otra. Sin esas aventuras no habrías podido seguir casado, al mismo tiempo que la estabilidad de tu matrimonio las permitía. No podría haber existido lo uno sin su contrario. Tu vida estaba ligada a ese agotador juego de ping-pong, todo el tiempo saltando de un modo de vivir a otro. Te enganchaste tanto a la adrenalina de esa existencia que ya no sabías cómo vivir sin ella.

Tras el drama imaginado que hace nuestras vidas cotidianas soportables, llegó el drama real, más de lo que podíamos controlar, y entonces quisimos recuperar nuestras vidas, pero ya no existían. Descubrimos que la seguridad y la inmunidad no pueden recuperarse cuando las intercambiamos por emociones.

Me pregunto qué sucederá cuando salgas de prisión. ¿Recuperarás tu vida anterior? No sé por qué, pero no lo creo. Tu esposa no parecía de las que perdonan, y quién podría culparla. ¿Te pondrás en contacto conmigo entonces? ¿Nos veremos? ¿Nos sorprenderemos al comprobar lo mediocres, viejos y vulgares que somos? No lo sé. Lo único que sé es cómo lo llevo con Guy.

Nos queremos. Eso es lo que sé.

Poco a poco, nuestras vidas recuperan la normalidad. Guy vuelve a dar clases. Adam sigue con nosotros, pero dice que va a alquilar un piso. Está pensando en trasladarse a Crouch End. Tiene un amigo allí que toca el teclado. Crouch End está mucho más cerca que Manchester. Puedo soportarlo. La agente de la condicional, una irlandesa que ronda los sesenta, me anima a salir más de casa. Dice que hago bien tomándomelo con calma, pero que es hora de empezar a mirar al futuro. ¿He pensado en qué trabajo podría hacer ahora? No, no lo he pensado. Me pregunto si me cogerán en alguna tienda o cafetería de la zona.

Un mes después de salir de prisión me dejaron sola en casa durante todo el día y, sin pensarlo siquiera, decidí coger el metro para ir al centro. Si lo hubiera pensado bien no lo habría hecho, pero sabía que tarde o temprano me encontraría en el distrito de Westminster y no quería que sucediera por accidente. Quería ir allí a propósito para que no me pareciera una emboscada. El Instituto Beaufort, el Parlamento, los jardines de Embankment, pensé en arriesgarme a visitarlos para comprobar si estaban allí nuestros fantasmas de aquel tiempo, como si fuera a tropezarme con nosotros mismos caminando del brazo a la orilla del río o sentados juntos en una cafetería, con las rodillas apretadas con fuerza bajo la mesa. Pensé: Hazlo una vez y luego olvídale.

No fui directamente allí. Antes hice otras cosas, como si pudiera engañarme a mí misma diciéndome que mi peregrinaje era accidental. Fui de compras a John Lewis y

luego bajé por Bond Street mirando entre las puertas abiertas de sus desoladas tiendas de diseño, echando un vistazo a las escasas prendas negras que cuelgan con desahogo de sus percheros cromados y a la ocasional dependienta tiesa como una vela. Y entonces, juro que ni lo pensé, seguí caminando hacia el sur, crucé Piccadilly cerca del Royal Academy, miré la entrada y decidí que no me gustaba la exposición. Pensaba abandonar el propósito de mi viaje y volver directamente al metro, pero en lugar de eso bajé por Church Place, solo porque es peatonal y me apetecía huir del tráfico.

Y entonces me encontré allí. Había llegado por mí misma sin quererlo. Estaba en la mediación de Duke of York Street, mirando hacia la izquierda. Habíamos tenido sol y lluvia alternativamente durante toda la semana y el cielo era de un extraño color gris dorado. Alrededor del sol se agolpaban nubes de tormenta que lo empañaban con esa luz llena de nuevos presagios.

Lo primero que vi al acercarme fue que había andamios alrededor del viejo edificio ennegrecido de la esquina. Tenía la mitad de las ventanas rotas por los trabajos de demolición del edificio contiguo y estaba claro que sería el siguiente en caer. El bloque de oficinas que se erguía ante él, el que estaba frente al portal, ya había desaparecido. Esas ventanas vacías a las que miraba por si alguien salía, toda la cubierta del tejado, ahora formaban parte del cielo, de ese cielo gris dorado. Habían puesto vallas para proteger los trabajos y una gran señal con este lema escrito en mayúsculas rojas sobre fondo blanco: EN PROCESO DE DEMOLICIÓN: MANTENGÁSE ALEJADO. Tras las vallas se oía el rugido de las máquinas, las excavadoras, los martillos neumáticos y los taladros, y los gritos de los obreros con sus cascos. Entonces, mientras miraba a través de la valla, oí un sonido chirriante como el de un viejo tren entrando en una pequeña estación y apareció el brazo de una excavadora amarilla inmensa que se elevó por encima de la valla, abriendo la boca en el aire antes de sumergirse de nuevo y dar un mazazo. A pesar de que la valla me separaba del monstruo, retrocedí hasta la pared de enfrente.

Lo están derruyendo, amor mío, pensé mientras lo veía. Apple Tree Yard está a punto de desaparecer. Mi error ha sido borrado. Lo están desmontando ladrillo a ladrillo.

Me quedé allí escuchando esa destrucción que no podía ver. Después bajé un poco la calle en busca del portal en el que me habías inoculado tu ADN. No fui capaz de diferenciar cuál era. Ninguno tenía suficiente profundidad, y además aquella noche estaba a oscuras. El calor del momento, el ensimismamiento son difíciles de creer ahora, cuesta creer que yo hiciera algo así. Todo se ve diferente a la luz del sol, y a mi espalda, tras las vallas, las excavadoras, los martillos neumáticos y los taladros siguen trabajando, ruidosos y ajenos bajo el cielo gris dorado.

Y este es mi secreto, amor. A veces me levanto por las noches y salgo de la habitación; Guy se vuelve cuando lo hago, pero aunque lo despertara no se le ocurriría seguirme. Vengo aquí arriba, a mi despacho. Enciendo la estufa y el ordenador, que la policía nos devolvió tras el juicio. Las lucecitas parpadean al tiempo que la estufa empieza a crujir y abro la carpeta *Admin*. con la cabeza despejada y despierta. Hay unas carpetas dentro de otras y más carpetas en su interior. Al final voy a «Contabilidad» y, solo para asegurarme, me detengo en cada documento, a veces incluso los abro uno a uno. He hecho esto ya al menos una veintena de veces y no puedo evitar seguir haciéndolo en noches como esa. Busco algo que ya no está allí. Busco el documento llamado *IVAdatos3*, que empecé a escribir hace más de dos años, la noche de nuestro primer encuentro en la capilla de la cripta del Parlamento, donde contaba lo que habíamos hecho bajo aquellos santos abrasados, los santos ahogados y otros que habían sufrido todo tipo de torturas. Ese documento ya no existe. La única persona que podría haberlo borrado es mi marido. Debí de subir inmediatamente después de mi arresto, tal vez incluso con la policía todavía en casa. Y para hacer eso tendría que haber sabido que ese archivo existía. Corría un grave riesgo al borrarlo para protegerme. Si lo hubieran atrapado se habría convertido en mi cómplice.

Busco el archivo a pesar de saber que no se encuentre ahí, pero más que ese archivo busco otra cosa. Busco una información que nunca estuvo en este ordenador. Una prueba que solo obtendría si la relación entre una persona y su ordenador fuera reversible, si el ordenador fuera un ojo enorme que observa al individuo que está ante él y grabara todos sus pensamientos y acciones. Me quedo sentada, mirando fijamente un archivo que ya no existe mientras intento adivinar si Guy lo leería antes de borrarlo.

He dejado de escribir. Sé lo que me conviene. Paseo por los archivos hasta que me canso de hacerlo, y después cierro la carpeta que contiene cada uno, y después la que contiene a esta otra, y otra... dándoles las buenas noches a los documentos como si apagara una a una las luces de un dormitorio escolar. Luego me recuesto en la silla, me ajusto la bata y me dejo mecer por el calor de la estufa y el vacío de mis pensamientos. La noche languidece, igual que yo en la silla, y me viene a la cabeza una imagen lánguida pero dolorosa. Somos nosotros. Estamos tumbados, medio desnudos, saciados, en el piso de Vauxhall que yo creí un piso seguro y al final resultó que era del difunto tío de tu esposa y aguardaba el momento en que lo amueblaran y lo alquilasen. Yacemos sobre el colchón sin sábanas, con la blanca montaña del edredón sin funda a nuestros pies. La luz que atraviesa los visillos está teñida de gris, pero sigue iluminando demasiado. Se me ven todas las arrugas y manchas de la piel, esas señales que revelan lo que soy en realidad, aunque tampoco

tú escapas de eso. Estamos a finales de septiembre y hace un día sorprendentemente bueno como anticipo del octubre que tendremos. La habitación es pequeña y está vacía. Nos miramos, medio desnudos, envueltos el uno en el otro, enredados. Me agarras por la cintura con un brazo y me pasas el otro por los hombros, con los dedos enortijados entre mis cabellos, sosteniéndome la cabeza por detrás para pegarme a tu pecho. Creo que estás dormido, te has despertado antes, pero has vuelto a caer. Yo estoy completamente despierta, respirando tu aroma, tu piel, tu pelo, un ligero sudor, el olor del amor saciado. Necesito ir al baño. Me pregunto si seré capaz de desengancharme de ti sin despertarte, moviéndome muy lentamente. La mano enredada en mi cabello lo impide. Me quedo tumbada un rato disfrutando del peso de tu brazo sobre mi cintura, de su solidez y determinación, de su intención. Aunque tenga la nariz pegada a tu pecho, tan cerca que los pelos me hacen cosquillas, sonrío.

Sé que te has despertado. Hablo en voz baja contra tu pecho.

—¿Sabes lo que quiero realmente?

—¿Mmm...? —murmuras.

—Quiero que lo mates —digo—. Quiero que le revientes la cara.

No respondes. Te aprietas contra mí. Yo también te abrazo con más fuerza. Al cabo de un rato tu respiración vuelve a hacerse pesada.

Al final, transcurrido un tiempo, aunque sigues respirando profundamente y no quiero despertarte, intento cambiar de posición, deslizar la cabeza hasta abajo y deshacerme de la mano que se aferra a mi pelo. Echo la cabeza atrás lo justo para verte la cara. Ni siquiera abres los ojos. Solo frunces un poco el entrecejo. Te aprietas contra mí y me agarras por la cintura con más fuerza. Tu mano vuelve a posarse sobre mi cabeza.

—Lo dudo mucho... —murmuras.

Sonrío al tiempo que nos abrazamos con fuerza. Sonrío por mi locura, por la nuestra. Ambos sabemos que podría levantarme si quisiera, que se trata de un juego, que te gusta reclamarme como tuya, un juego que nos halaga a ambos. Durante unos minutos más fingiremos que soy tuya y tú eres mío, y no podemos evitarlo, lo cual significa que no somos responsables de ello. Si somos víctimas de nuestros deseos, esos deseos sobrecogedores, esto no puede ser culpa nuestra, ¿verdad? No hacemos daño a nadie. No tenemos por qué sentir vergüenza. No tenemos por qué sentirnos culpables. Somos inocentes.

Agradecimientos

Este libro tal como os ha llegado no habría sido posible de no haber podido acceder a un juicio por asesinato en el Tribunal Penal Central del Old Bailey durante el verano del año 2011. Estaré eternamente agradecida al juez Stephen Kramer por darme un permiso especial para sentarme en plena sala, a Lorna Heger, de la Fiscalía General de la Corona, por solicitar ese permiso en mi nombre, y al inspector Mark Whitham por presentarme a Lorna.

También quisiera agradecer al subinspector Nick Mervin y a todos los agentes de su equipo de investigación de Homicidios por los cafés, los sándwiches y su inagotable paciencia ante mis preguntas.

Tengo que dar las gracias asimismo a Vincent Zdzitowiecki del departamento de Seguridad Policial del palacio de Westminster, a la doctora Sarah Burge del Wellcome Trust Sanger Institute, a la doctora Ruth Lovering del University College de Londres y a Glenn Harris de 33 Bedford Row Chambers.

Espero que todos los arriba nombrados puedan perdonarme esos momentos de la novela en los que he tergiversado los hechos de la realidad en mi propio beneficio, o aquellos en los que me he equivocado por completo.

Gracias también, como siempre, a mi agente, Antony Harwood, y a mi editora, Sarah Savitt.

Y por último, me siento en deuda eterna con la consejería de Arte de Inglaterra por su apoyo hacia este libro.



LOUISE DOUGHTY es escritora, guionista y crítica. Es autora de seis novelas y un libro de no ficción. Además, ha escrito cinco guiones para radio, fue juez en el Premio Man Booker de ficción de 2008 y tiene una amplia experiencia como crítica y locutora en Reino Unido, donde reside actualmente.